RICHARD OSMAN

EL MISTERIO DE LA BALA PERDIDA

Nada les gusta más que una buena taza de té y un asesinato por resolver

ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Bethany Waites entiende que ya no hay marcha atrás...
Primera parte. Un rostro conocido en cada esquina
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5. Joyce
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19

Segunda parte. Brindemos por los nuevos amigos
- 20
- 21. Joyce
- 22
- 23
- 24

25
26
27. Joyce
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38. Joyce
39
40
41
42
43
44
45
46. Joyce
47
48
49
50
51
52
53. Joyce
54
55
56
57
58
59
60
61. Joyce
62

63
64
65
66
67
68
69
Tercera parte. Hay que ponerse al día de las noticias…
70. Joyce
71
72. Joyce
73
74. Joyce
75
76
77. Joyce
78
79
80. Joyce
81
82
83
84
85
86
87
88. Joyce
89
90
91
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Es otro jueves cualquiera. Excepto que los problemas nunca andan lejos si la pandilla del Club del Crimen de Los Jueves está metida en el ajo. Una leyenda de las noticias locales, a la caza de un titular jugoso, visitará Coopers Chase y pronto nuestro cuarteto de octogenarios andará tras la pista de dos asesinatos sin resolver. Por si fuera poco, un nuevo enemigo pondrá a Elizabeth entre la espada y la pared al encargarle una misión letal: matar o morir.

Mientras Elizabeth lidia con su conciencia (y una pistola), la pandilla hará lo posible por resolver el misterio a tiempo. Pero, ¿podrán atrapar al culpable y salvar a Elizabeth antes de que el asesino vuelva a atacar?

No subestimes el talento de un grupo de abuelos

El misterio de la bala perdida

Una novela del Club del Crimen de los Jueves

Richard Osman

Traducción de Albert Fuentes

Para Ingrid. Te estaba esperando

Bethany Waites entiende que ya no hay marcha atrás. Es hora de ser valiente y ver cómo se desarrolla todo.

Sopesa la bala en la mano.

La vida consiste en entender las oportunidades. En entender que surgen muy de vez en cuando y que hay que aprovecharlas cuando se presentan.

«Ven a verme. Solo quiero hablar.» Eso era lo que decía el correo electrónico. Le había estado dando vueltas desde entonces. ¿Debía ir?

Una última cosa que debe hacer antes de decidirse: enviarle un mensaje a Mike.

Mike conoce el artículo en el que ella está trabajando. No está al corriente de los detalles —una periodista debe guardar sus secretos—, pero aun así sabe que la investigación es peligrosa. Puede contar con él si lo necesita, aunque hay cosas que una debe hacer sola.

Pase lo que pase esta noche, le dará pena dejar atrás a Mike Waghorn. Es un buen amigo. Un hombre bueno y divertido. Por eso los espectadores lo quieren tanto.

Pero Bethany aspira a más, y tal vez esta sea su oportunidad. Una oportunidad peligrosa, pero una oportunidad al fin y al cabo.

Escribe el mensaje y pulsa «Enviar». Él no le responderá esta noche; ya es tarde. Quizá sea mejor así. Se lo imagina diciendo: «¿A quién se le ocurre mandar un mensaje a las diez de la noche? Millennials *y pervertidos, ¿a quién, si no?».*

En fin, ahí vamos. Ha llegado el momento de hacer girar la rueda de la fortuna. ¿Vivirá o morirá?

Se sirve un trago y echa un último vistazo a la bala.

En realidad, no tiene alternativa.

Por las oportunidades.

Primera parte
Un rostro conocido en cada esquina

1

—No necesito maquillaje —dice Ron. Ha elegido una silla de respaldo recto porque Ibrahim le ha dicho que en la tele no puedes salir repantigado.

—¿Ah, no? —responde la maquilladora, Pauline Jenkins, sacando varios pinceles y paletas de su bolsa. Ha instalado un espejo en una mesa de la sala de los puzles. Tiene bombillas en el marco y la luz se refleja en sus pendientes de color cereza, que oscilan a un lado y a otro.

Ron nota que le sube ligeramente la adrenalina. De eso va la cosa. Un poco de tele. Pero ¿dónde se han metido los demás? Les dijo que podían pasarse si les apetecía, que tampoco era para tanto, aunque le sabrá fatal si al final no aparecen.

—Tendrán que aceptarme como soy —dice Ron—. Me he ganado a pulso este careto. Cuenta una historia.

—Una historia de terror, si no te importa que te lo diga —contesta Pauline, echando un vistazo a la paleta de colores antes de volver a concentrarse en el rostro de Ron. Le lanza un beso.

—No todo el mundo puede ser guapo —repone Ron. Sus amigos saben que la entrevista es a las cuatro. No pueden tardar en llegar, ¿no?

—En eso estamos de acuerdo, querido —conviene Pauline—. Yo no obro milagros. Aunque me acuerdo de cómo eras en los buenos tiempos. Un cabrón bien guapo, si te va ese rollo...

Ron suelta un bufido por toda respuesta.

—Y a mí sí que me va ese rollo, si te digo la verdad —continúa Pauline—. No hay cosa que me guste más. Siempre luchando por los trabajadores, ¿no? Poniendo el cuerpo cuando hacía falta. —Pauline abre una polvera—. Todavía crees en toda esa historia, ¿verdad? Arriba la clase obrera...

Ron echa atrás los hombros solo un poco, como un toro a punto de embestir.

—¿Si todavía creo en eso? ¿En la igualdad? ¿Si todavía creo en el poder de la clase obrera? ¿Cómo te llamas?

—Pauline —responde ella.

—¿Si todavía creo en la dignidad de un trabajo justo por un sueldo justo? Más que nunca.

Pauline asiente.

—No sabes cuánto me alegro. Ahora, cierra el pico durante cinco minutos y deja que haga el trabajo por el que me pagan, que es recordarles a los espectadores de *Diario de noche del sureste* que eres un guaperas.

Ron abre la boca, aunque, raro en él, no articula palabra. Sin más preámbulo, Pauline se pone a trabajar en la base.

—Pero qué dignidad ni qué niño muerto. ¿Has visto qué ojazos tienes? Como el Che Guevara si fuera estibador.

Ron ve en el espejo que la puerta de la sala de los puzles se abre. Joyce entra. Sabía que ella no lo dejaría en la estacada, entre otras razones porque ella sabe que Mike Waghorn también estará allí. Todo esto ha sido idea de Joyce, a decir verdad. Ella eligió el caso.

Ron se fija en que lleva una rebeca nueva. Esta mujer no tiene remedio.

—Nos dijiste que no ibas a dejarte maquillar, Ron —señala Joyce.

—Me han obligado —replica él—. Te presento a Pauline.

—Hola, Pauline —saluda Joyce—. No te lo han puesto nada fácil hoy.

—Me he visto en situaciones peores —contesta Pauline—. Trabajé un tiempo en una serie de médicos.

La puerta vuelve a abrirse. Entra un operador de cámara, luego un técnico de sonido y, por último, una mata de pelo blanco, el frufrú de un traje caro y el perfume perfecto, masculino y sin embargo sutil de Mike Waghorn. Ron ve que a Joyce se le suben los colores. Pondría una mueca de fastidio si no fuera porque Pauline le está aplicando un corrector de ojeras.

—Bien, ya estamos todos —exclama Mike con una sonrisa tan blanca como su pelo—. Me llamo Mike Waghorn. El único, el inimitable, no acepten sucedáneos.

—Ron Ritchie —dice Ron.

—El mismo, el mismísimo —responde Mike estrechándole la mano—. No ha cambiado ni un pelo, ¿eh? Esto es como ir de safari y

ver a un león de cerca. Este hombre es un león, ¿no crees, Pauline?

—Pues no sé, pero un animal sí que es —concede Pauline, empolvándole las mejillas a Ron.

Ron ve que Mike vuelve la cabeza lentamente hacia Joyce y le arranca la rebeca nueva con la mirada.

—¿Y quién es usted, con el debido respeto?

—Soy Joyce Meadowcroft —contesta ella, y poco le falta para hacerle una reverencia.

—Estupendo —dice Mike—. ¿Así que usted y el maravilloso señor Ritchie son pareja, Joyce?

—No, qué va. Por el amor de Dios, solo de pensarlo... Madre mía, no —repone ella—. Somos amigos. No te lo tomes a mal, Ron.

—Muy buenos amigos —dice Mike—. Qué suerte la tuya, Ron.

—Para de ligar, Mike —le advierte Pauline—. Nadie tiene interés.

—Bueno, Joyce sí lo tiene —dice Ron.

—Lo tengo —asiente ella para sus adentros, pero lo bastante alto para que se oiga el comentario.

La puerta vuelve a abrirse e Ibrahim asoma la cabeza. ¡Buen chico! Ahora solo falta Elizabeth.

—¿Llego tarde? —pregunta Ibrahim.

—Llegas justo a tiempo —dice Joyce.

El técnico de sonido se ha acercado a Ron y le está colocando un micro en la solapa. Ron lleva una americana encima de su camiseta del West Ham porque así se lo ha rogado Joyce. Un gesto innecesario, según él. Un sacrilegio, a decir verdad. Ibrahim toma asiento al lado de Joyce y se queda mirando a Mike Waghorn.

—Es usted muy apuesto, señor Waghorn. Tiene una belleza muy clásica.

—Gracias —responde el interpelado asintiendo en gesto de conformidad—. Me gusta jugar al squash, me pongo crema hidratante y la naturaleza se ocupa del resto.

—Y mil libras a la semana en maquillaje —añade Pauline mientras da los últimos toques a Ron.

—Yo también soy guapo, o eso es lo que suelen decirme —comenta Ibrahim—. Creo que, a lo mejor, si mi vida hubiera ido por otros derroteros, también podría haber sido presentador de telediarios.

—Yo no soy presentador de telediarios —replica Mike—. Soy un periodista al que le ha tocado presentar las noticias.

Ibrahim asiente.

—Con una mente aguda. Y muy buen olfato para una exclusiva.

—Bueno, por eso estoy aquí —dice Mike—. En cuanto leí el correo electrónico, me olí que aquí había una noticia potente. Una nueva forma de vida, comunidades de jubilados, y el famoso rostro de Ron Ritchie en el mismo centro de todo este tinglado. Pensé: «Sí, a mis espectadores les encantará que le dedique unos minutillos».

Han sido unas semanas tranquilas, pero Ron está encantado de que el cuarteto haya vuelto al trabajo. La entrevista no era más que un pretexto. La planeó Joyce para atraer a Mike Waghorn a Coopers Chase. Para ver si podía ayudarlos en el caso. Joyce envió un correo electrónico a uno de los productores. De todos modos, le ha servido a Ron para volver a salir en la tele, y está la mar de contento.

—Señor Waghorn, ¿le apetece cenar con nosotros más tarde? —pregunta Joyce—. Tenemos mesa reservada a las cinco y media. Después del ajetreo.

—Puedes tutearme y llamarme Mike —responde él—. Y no, lo siento mucho, pero no. Procuro no mezclarme demasiado con la gente. Es una cuestión de intimidad y de gérmenes y qué sé yo. Seguro que lo entiendes.

—Oh —musita Joyce.

Ron ve su cara de desilusión. Si hay un fan más incondicional de Mike Waghorn en Kent o en Sussex, le gustaría conocerlo. De hecho, ahora que lo piensa, la verdad es que no le gustaría conocerlo.

—Siempre hay una gran cantidad de alcohol —le dice Ibrahim a Mike—. Y me figuro que vendrán muchos seguidores suyos.

Este último comentario hace que Mike se lo piense.

—Y así podremos hablarle del Club del Crimen de los Jueves —remacha Joyce.

—¿El Club del Crimen de los Jueves? —inquiere el presentador —. Con ese nombre, parece un invento.

—Todo es un invento cuando uno se para a pensarlo detenidamente —repone Ibrahim—. El alcohol está subvencionado, por cierto. Intentaron cortarnos el grifo de las subvenciones, pero pedimos una reunión, tuvimos un intercambio subido de tono y al final recapacitaron. Y a las siete y media podrá volver a su casa.

Mike se mira el reloj y luego se vuelve hacia Pauline.

—¿Qué te parece si nos apuntamos a una cena rapidita?

Pauline mira a Ron.

—¿Tú vendrás también?

Ron mira a Joyce y esta asiente con rotundidad.

—Pues parece que sí —contesta él.

—Entonces nos apuntamos —asiente Pauline.

—Muy bien, muy bien —dice Ibrahim—. Queríamos comentarle algo, Mike.

—¿De qué se trata? —pregunta este.

—Todo a su debido tiempo —replica Ibrahim—. No quiero robarle protagonismo a Ron.

Mike se sienta en una butaca que hay delante de Ron y empieza a contar hasta diez. Ibrahim se inclina hacia Joyce.

—Está comprobando el volumen del micro.

—No me digas —responde Joyce, e Ibrahim asiente—. Gracias por conseguir que se venga a cenar. Nunca se sabe, ¿no crees?

—Nunca se sabe, Joyce. Ahí has dado en el clavo. Quizá terminéis casados antes de fin de año. Y aunque no caiga esa breva, que es un supuesto para el que es preciso prepararse, estoy seguro de que recabaremos mucha información sobre Bethany Waites.

La puerta se abre una vez más y Elizabeth entra en la sala. La pandilla está ya al completo. Ron disimula la emoción. La última vez que tuvo un grupo de amigos así, estaban todos en el hospital después de que los antidisturbios los hubieran apaleado con sus escudos durante la huelga de impresores en Wapping. Días felices.

—No me hagas mucho caso —dice Elizabeth—, pero te veo distinto, Ron. ¿Qué te pasa? Tienes cara... de buena salud.

Ron suelta un gruñido, pero ve que Pauline sonríe. Tiene una sonrisa deslumbrante, eso hay que reconocérselo. ¿Podría aspirar a Pauline? Sesenta años largos, ¿algo joven para él? ¿Y a qué puede aspirar él hoy? Hace mucho que no lo comprueba. Da igual, menuda sonrisa.

2

A veces no es fácil dirigir desde una celda a una banda de narcotraficantes con unos activos de varios millones de libras. Pero Connie Johnson está descubriendo que no es imposible.

La mayor parte del personal de la cárcel está de su lado, ¿y por qué no iban a estarlo? Se pasa el día soltando pasta. Aunque todavía hay un par de guardias que se le resisten, y Connie ya ha tenido que engullir dos tarjetas SIM ilegales esta semana.

Los diamantes, los asesinatos, la bolsa de cocaína. La habían pringado a base de bien, los muy cucos. Faltan un par de meses para que se celebre su juicio y Connie desea que todo siga funcionando como un reloj hasta ese día. Quizá la declaren culpable, quizá no, pero Connie prefiere pecar de optimismo en todas las facetas de la vida. «Prepárate para tener éxito», solía decirle su madre, aunque poco tiempo después murió atropellada por una furgoneta sin seguro.

Ante todo es fundamental mantenerse ocupada. La rutina es importante en la cárcel. También lo es tener proyectos de futuro, y el de Connie consiste en cargarse a Bogdan. Él es el culpable de que esté encerrada y, aunque sus ojos sean del color de un lago alpino, tendrá que palmarla.

Y también el viejo. El tipo que ayudó a Bogdan a incriminarla. Ha hecho algunas averiguaciones y ha descubierto que se llama Ron Ritchie. Él también tendrá que palmarla. Esperará a cerrar el tema del juicio —a los jurados no les gusta que los testigos sean asesinados—, pero luego se los cargará a los dos.

Connie mira el móvil y ve que un tipo que trabaja en la administración de la cárcel está en Tinder. Se lo ve medio calvo y está junto a lo que parece un Volvo, nada menos, pero Connie desliza su perfil hacia la derecha igualmente, porque nunca se sabe cuándo alguien puede resultarte útil. Ve de inmediato que son un *match*. Menuda sorpresa...

Connie se ha informado un poco sobre Ron Ritchie. Por lo visto,

el tipo fue famoso en los años setenta y ochenta. Se fija en la foto que ha abierto en el móvil; tiene cara de boxeador fracasado mientras berrea con un megáfono en la mano. Es evidente que al tipo le gustaba ser protagonista.

«Menuda suerte la tuya, Ron Ritchie —piensa—. Volverás a ser famoso cuando haya acabado contigo.»

Si algo tiene claro Connie es que hará todo lo que esté en su mano para pasar el menor tiempo posible en la cárcel. Y en cuanto ponga un pie en la calle, que empiece la fiesta.

A veces hay que tener un poco de paciencia en esta vida. A través de los barrotes de su ventana, Connie mira el patio de la prisión y las montañas que se alzan más allá de los muros. Enciende su cafetera Nespresso.

3

Mike y Pauline se han apuntado a la cena. Ibrahim es feliz cuando la pandilla se reúne. Cuando están todos juntos y tienen una misión entre ceja y ceja. Joyce se había empeñado en que debían investigar el caso de Bethany Waites e Ibrahim accedió enseguida. En primer lugar, porque es un caso interesante. Y un caso sin resolver. Pero sobre todo porque Ibrahim se ha enamorado del nuevo perro de Joyce, Alan, y teme que ella no le permita verlo tan a menudo si se enfada con él.

—¿Quieres un poco de tinto, Mike? —le ofrece Ron, botella en ristre.

—¿Qué es? —pregunta Mike.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué vino es?

Ron se encoge de hombros.

—Es un tinto. No sé la marca.

—Vale, vamos a vivir peligrosamente por una vez —dice el presentador, y permite que Ron le sirva.

El cuarteto tiene mucho interés en hablar con Mike Waghorn acerca del asesinato de Bethany Waites. Dan por supuesto que dispondrá de información que no consta en el expediente policial. Mike todavía no se ha enterado del asunto, por supuesto. Sencillamente, está disfrutando de una copa de vino gratis con cuatro pensionistas inofensivos.

Ibrahim se lo tomará con calma antes de empezar a preguntar sobre el asesinato, porque sabe que Joyce está emocionada con la idea de conocer a Mike y tiene muchas preguntas que hacerle. Las ha apuntado en una libretita que lleva en el bolso, por si acaso se le olvida alguna.

Ahora que Mike ya tiene la copa de tinto sin identificar frente a él, Joyce se siente en condiciones de empezar.

—Mike, cuando presentas las noticias, ¿está todo escrito o te permiten meter baza de vez en cuando?

—Es una pregunta estupenda —señala él—. Muy intuitiva. Directa al meollo del asunto. Todo está escrito, pero no siempre me ciño al guion.

—Te has ganado ese derecho después de tantos años —afirma Joyce, y Mike asiente.

—Aunque de vez en cuando me meto en algún lío —añade él—. Me obligaron a asistir a un cursillo de imparcialidad en Thanet.

—Qué bien —comenta Elizabeth.

Ibrahim advierte que Joyce echa una miradita a su libreta sin sacarla del bolso.

—¿Te pones alguna prenda especial cuando presentas el informativo? —pregunta ella a continuación—. ¿Unos calcetines especiales o algo así?

—No —dice Mike.

Joyce asiente, un poco desilusionada, y luego echa otro vistazo a su libreta.

—¿Qué pasa si necesitas ir al baño durante la emisión?

—Joyce, por el amor de Dios —interviene Elizabeth.

—Voy al servicio antes de empezar —responde Mike.

Aunque todo eso sea la mar de entretenido, Ibrahim se pregunta si no habrá llegado ya la hora de tomar la palabra y dar inicio a la investigación prevista para la velada.

—Bueno, Mike, tenemos una...

Joyce le pone una mano en el brazo.

—Disculpa, Ibrahim, solo me faltan un par de cositas. ¿Cómo es Amber?

—¿Quién es Amber? —pregunta Ron.

—La copresentadora de Mike —responde Joyce—. De verdad, Ron, te estás poniendo en evidencia.

—Suelo hacerlo —replica él. Aunque se lo dice directamente a Pauline, quien, en opinión de Ibrahim, se ha sentado con toda la intención del mundo al lado de Ron cuando han llegado al restaurante. Ibrahim suele sentarse junto a Ron. No pasa nada.

—Solo lleva tres años en el telediario, pero ya está empezando a gustarme —comenta Joyce.

—Es estupenda —opina Mike—. Está todo el día en el gimnasio, pero es estupenda.

—También tiene un pelo precioso —añade Joyce.

—Joyce, deberías juzgar a los presentadores del telediario por cómo ejercen el periodismo —señala Mike—. Y no por su aspecto físico. Las presentadoras, en especial, tienen que aguantar muchos comentarios sobre su físico.

Ella asiente, se pimpla media copa de vino blanco y vuelve a asentir.

—Entiendo muy bien lo que dices, Mike. Pero solo quería decir que puedes tener mucho talento y, además, lucir un pelo precioso. Quizá sea un poco frívola, pero las dos cosas me parecen importantes. Claudia Winkleman es un buen ejemplo. Y tú también tienes un pelo precioso.

—Me pido el filete —dice Mike dirigiéndose al camarero que está tomándoles nota—. Entre crudo y poco hecho, y mejor crudo que poco hecho. Aunque si finalmente me lo servís poco hecho, lo soportaré.

—He leído que eres budista, Mike. ¿Es verdad? —Ibrahim ha dedicado la mañana a investigar el perfil de su invitado.

—Lo soy —responde él—. Ya hace más de treinta años.

—Ah —dice Ibrahim—. Pues tenía entendido que los budistas sois vegetarianos, ¿puede ser? Habría puesto la mano en el fuego.

—También soy anglicano —agrega Mike—. Así que voy eligiendo sobre la marcha. En eso consiste ser budista, precisamente.

—Pues lo retiro —dice Ibrahim.

El presentador va ya por su segunda copa de tinto y parece estar listo para el interrogatorio. Todo marcha a pedir de boca.

—En fin, contadme qué es eso del Club del Crimen de los Jueves —pide.

—Lo llevamos bastante en secreto —responde Ibrahim—. Bueno, nos encontramos una vez a la semana, los cuatro, y revisamos viejos expedientes policiales. Para ver si podemos resolver algún caso que a la policía se le atragantó.

—Pues parece un pasatiempo muy entretenido —señala Mike—. Revisar viejos asesinatos. Supongo que os mantendrá ocupados. Así las viejas neuronas siguen trabajando, ¿no? Ron, ¿qué te parece si pedimos otra botella de este tinto?

—Últimamente nos hemos ocupado sobre todo de asesinatos recientes —dice Elizabeth, arrimando un poquito más el anzuelo.

Mike se ríe. Es evidente que no cree que Elizabeth hable en serio. Lo cual es posible que les beneficie. No quieren que se asuste, por lo

menos no todavía.

—Parece que no os importa meteros de vez en cuando en problemas —observa el presentador.

—Yo siempre he sido un imán para los problemas —replica Ron.

Pauline le llena la copa a este último.

—Bueno, ten cuidado, Ron —le advierte—, porque yo siempre traigo problemas.

Ibrahim se fija en que Joyce esboza una sonrisita discreta al oírlo. Y decide que, antes de intentar derivar la conversación, suave y lentamente, hacia Bethany Waites, también tiene una cuestión que plantear. Se vuelve hacia la maquilladora.

—¿Estás casada, Pauline? —pregunta.

—Soy viuda —responde ella.

—Oh, no me digas —exclama Joyce.

Ibrahim advierte que la mezcla de vino y famoseo de esta noche está convirtiendo a su amiga en una vieja ligera de cascos.

—¿Cuánto tiempo llevas sola? —pregunta Elizabeth.

—Seis meses —dice Pauline.

—¿Seis meses? Eso no es nada —comenta Joyce colocando la mano sobre la de Pauline—. A los seis meses, yo seguía poniendo una rebanada de más en la tostadora.

¿Ha llegado ya el momento? «Sí, ahora o nunca», piensa Ibrahim. Es el momento de derivar la conversación, con cambios sutiles, hacia el caso de Bethany Waites. Una danza muy delicada en la que él hará las veces de coreógrafo principal. Ya tiene perfectamente planeado su primer paso.

—En fin, Mike, me preguntaba si...

—Os daré un consejo gratis —interrumpe Mike, ignorando a Ibrahim y describiendo un círculo en el aire con su copa de vino—. Si queréis resolver un asesinato, puedo daros un nombre.

—Somos todo oídos —asegura Joyce.

—Bethany Waites —dice Mike.

El presentador se ha subido al carro. El Club del Crimen de los Jueves siempre consigue enrolar a sus objetivos. Ibrahim advierte, y no es la primera vez, que la gente a menudo parece muy dispuesta a caer en las trampas que otros les han tendido.

Mike les cuenta la historia de punta a cabo, aunque ellos ya la conocen por haberla leído en el expediente policial. Los cuatro

asienten de vez en cuando, fingiendo que todo les resulta nuevo. La brillante periodista de investigación Bethany Waites. La gran noticia en la que estaba trabajando, una estafa gigantesca con el IVA, y, luego, su muerte inexplicada. Su coche que se despeña en el acantilado de Shakespeare en plena noche. Pero no hay ninguna novedad. Mike les está enseñando ahora el último mensaje que Bethany le envió, la noche anterior a su muerte:

> No te lo digo todo lo que debería, pero gracias.

Conmovedor, sin duda. Pero sigue sin aportarles nada nuevo. Quizá la mayor revelación que sacarán de esta noche es que Mike Waghorn va al servicio antes de entrar en antena. Ibrahim decide tentar a la suerte.

—¿Y qué puedes contarnos de los mensajes de las semanas anteriores? ¿Algún detalle que se saliera de lo normal? ¿Algo que la policía no haya visto?

Mike empieza a revisar los mensajes, leyéndoles los que considera más destacados.

—¿Me apetece una cerveza? ¿He visto *Line of Duty*? Conservo uno sobre el reportaje en el que estaba trabajando, pero es de dos semanas antes. ¿Os interesa?

—Nunca se sabe. Podría sernos útil —dice Elizabeth al tiempo que le sirve otra copa de tinto.

Mike se lo lee en voz alta.

—«Capitán…», así solía llamarme.

—Entre otras cosas —apostilla Pauline.

—«Info nueva. No puedo contarte nada, pero es pura dinamita. Estoy acercándome al meollo de esta historia.»

Elizabeth asiente.

—¿Y llegó a decirte en qué consistía esa información nueva?

—No —responde Mike—. Pero os diré una cosa: este tinto está bastante potable.

4

La agente Donna de Freitas se siente como si alguien hubiera abierto un boquete en las nubes de un puñetazo. La invade una calidez, un calor, la sensación de una vida renovada por un placer que conoce a la perfección, pero que también le resulta radicalmente nuevo. Quiere llorar de felicidad, reírse con la alegría sencilla de la vida. Si alguna vez fue más feliz, no es capaz de traerla al recuerdo. Si los ángeles decidieran llevársela en ese mismo instante —y a tenor del ritmo al que late su corazón no sería descartable que así fuera—, dejaría que la tomaran en sus brazos mientras daba gracias al cielo por haber disfrutado de una vida bien vivida.

—¿Te ha gustado? —pregunta Bogdan, acariciándole el pelo con la mano.

—No ha estado mal —dice Donna—. Para una primera vez.

Él asiente.

—Creo que puedo hacerlo mejor.

Donna esconde la cabeza en el pecho de Bogdan.

—¿Estás llorando? —pregunta él.

Donna niega con la cabeza sin levantarla. ¿Dónde está la trampa? ¿Quizá solo sea un rollo de una noche? ¿Y si Bogdan es de ese estilo? Es un poco solitario, ¿no? ¿Y si no está disponible emocionalmente? ¿Y si mañana por la noche tiene a otra mujer en esta misma cama? ¿Una veinteañera blanca y rubia?

¿Qué estará pensando él? Donna sabe que esa pregunta no puede hacérsele a un hombre. Casi siempre tienen la mente en blanco, de modo que la pregunta los deja perplejos y se ven obligados a inventarse algo. Aun así, le gustaría saberlo. ¿Qué se mueve detrás de esos ojos azules? Unos ojos que pueden clavarte a una pared. El azul puro de... Un momento, ¿está llorando él?

Donna se sienta en la cama, preocupada.

—¿Estás llorando?

Bogdan asiente.

—¿Por qué lloras? ¿Qué ha pasado?

Él la mira entre dulces lágrimas.

—Me hace muy feliz que estés aquí.

Donna besa una lágrima de su mejilla.

—¿Te ha visto alguien llorar alguna vez?

—Un dentista, una vez —dice él—. Y mi madre. ¿Podemos quedar otro día?

—Ya lo creo. ¿A ti qué te parece? —pregunta ella.

—Creo que sí —responde él.

Donna vuelve a apoyar la cabeza en su pecho, poniéndose cómoda sobre un tatuaje de un puñal envuelto en alambre de espino.

—Aunque la próxima vez podríamos probar algo distinto, en vez de cenar en Nando's e ir al Laser Quest...

—Perfecto —conviene él—. ¿Te parece bien si la próxima vez elijo yo?

—Sí, creo que los dos saldremos ganando. No se me da muy bien elegir. Pero lo has pasado bien, ¿no?

—Claro. Me ha gustado ir al Laser Quest.

—¿A que sí? —dice Donna—. Esos críos de fiesta de cumpleaños no sabían por dónde les venían los disparos.

—Se han llevado una buena lección —señala él—. En el combate, lo principal es saber esconderse. Y es bueno aprenderlo cuanto antes.

Donna echa un vistazo a la mesilla de noche de Bogdan. Hay una *hand grip* para hacer ejercicios de musculación, una lata de Lilt y la medalla de oro de plástico que ha ganado en el Laser Quest. ¿Con qué clase de persona se ha encontrado? ¿Con alguien que viaja ligero de equipaje como ella?

—¿Te pasa a veces que te sientes distinto de los demás, Bogdan? ¿Como si estuvieras mirando el panorama desde fuera?

—Bueno, yo todavía estoy aprendiendo el idioma —contesta él—. Y no hay manera de que entienda las reglas del críquet. ¿Tú te sientes distinta?

—Sí —dice Donna—. La gente me hace sentir distinta, supongo.

—Pero ¿a veces te gusta sentirte diferente, quizá? A veces es algo bueno, ¿no?

—A veces, sí, desde luego. Aunque me gustaría elegir yo el momento. A menudo lo único que quiero es pasar desapercibida, pero en Fairhaven es imposible.

—Todo el mundo quiere sentirse especial, pero nadie quiere sentirse distinto —sostiene Bogdan.

Pero mira qué hombros. Dos interrogantes le vienen a la cabeza a la vez: «¿Las bodas polacas son como las inglesas? Y ¿estaría bien darme la vuelta e intentar dormir?».

—¿Puedo hacerte una pregunta, Donna? —De pronto Bogdan suena muy serio.

«Oh, oh.»

—Claro —dice ella—. Lo que quieras. —«Dentro de lo razonable, por supuesto.»

—Si tuvieras que asesinar a alguien, ¿cómo lo harías?

—¿Hipotéticamente? —pregunta ella.

—No, de verdad —responde él—. No somos niños. Eres una agente de policía. ¿Cómo lo harías? Para que no te descubrieran.

Mmm... ¿Era esa la pega de Bogdan? ¿Es un asesino en serie? Sería difícil no tenérselo en cuenta. Aunque tampoco le parece descabellado, con esos hombros que tiene.

—¿Qué está pasando aquí? —inquiere Donna—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Son los deberes que me ha puesto Elizabeth. Quería conocer mi opinión.

«Vale. Eso tiene más sentido. Qué alivio. Bogdan no es un loco homicida. Lo es Elizabeth.»

—Veneno, supongo —dice Donna—. Algo que no pudiera detectarse.

—Sí, hacer que parezca una muerte natural —coincide Bogdan—. Que no parezca un asesinato.

—Quizá atropellar a la víctima con el coche, de madrugada —continúa ella—. Cualquier método que te ahorre tocar el cuerpo; es ahí donde te pillan los forenses. O un arma, una muerte rápida y fácil, un disparo, ¡pum!, y salir por patas, siempre lejos de las cámaras de videovigilancia. Y, por supuesto, planear la ruta de huida, eso también es fundamental. Sin forenses, sin testigos, sin un cuerpo al que enterrar, así lo haría yo. Con el móvil apagado o abandonado en un taxi, para que esté a varios kilómetros de distancia cuando estés cometiendo el asesinato. Tal vez sobornar a una enfermera para que te consiga unos viales de sangre de unos desconocidos y luego arrojarla sobre el cadáver. O...

Bogdan la mira. Donna se pregunta si no se habrá expuesto demasiado. Quizá mejor cambiar de tema.

—¿Qué está tramando Elizabeth?

—Me ha contado que asesinaron a alguien.

—Menuda novedad —dice ella.

—Pero que el asesinato fue dentro de un coche y que luego lo despeñaron por un acantilado. Yo no mataría a alguien así.

—¿Tiraron el coche por el acantilado? Vale, me hago una idea —asiente Donna—. ¿Por qué lo está investigando Elizabeth?

Bogdan se encoge de hombros.

—Porque Joyce quería conocer a alguien de la tele, creo. No lo he entendido bien.

Donna afirma con la cabeza, suena más o menos convincente.

—¿Había alguna marca en el cadáver? ¿Algo que permitiera suponer que asesinaron a la víctima antes de despeñar el coche?

—No encontraron el cuerpo. Solo ropa y algo de sangre. El cuerpo salió despedido del coche.

—Qué oportuno para el asesino. —Donna no está habituada a este tipo de conversaciones postcoito. Normalmente, tenía que soportar que el tipo le hablara de su moto o de una ex a la que de pronto descubría que seguía amando. O le tocaba darle una charla motivacional para tranquilizarlo—. Pues me parece muy espectacular, si el asesino quería mandar un mensaje a alguien. Difícil no darse por aludido.

—Creo que es demasiado complicado —concluye Bogdan—. Para un asesinato. Un coche, un acantilado... Venga ya.

—¿Y desde cuándo eres un experto en asesinatos?

—Leo mucho —asegura él.

—¿Cuál es el libro que más te ha gustado?

—*El conejo de felpa* —responde—. O la autobiografía de Andre Agassi.

¿A lo mejor Bogdan podría matar a Carl, su ex? Ha fantaseado varias veces con la idea de asesinarlo. ¿Podría Bogdan despeñar el estúpido Mazda de Carl por un acantilado? Aunque la idea le pase fugazmente por la cabeza y se estire como un gato en busca de un rayo de luz, Donna se da cuenta de que Carl ya no le importa. «No te rebajes a su altura, Donna. Deja que Carl viva en paz.»

—Elizabeth podría habernos pedido a Chris y a mí que le

echáramos una mano —dice Donna—. Podríamos haberle echado un vistazo al caso. ¿Te acuerdas del nombre?

Bogdan se encoge de hombros.

—Bethany no sé qué. Pero les gusta ocuparse por su cuenta de esas historias.

—Pues vaya novedad —replica ella mientras tiende el brazo sobre su pecho infinito. Pocas veces se ha sentido tan increíblemente pequeña al lado de un hombre—. Me gusta hablar de asesinatos contigo, Bogdan.

—Y a mí contigo, Donna. Aunque no creo que esto lo fuera. Todo encaja demasiado bien.

Ella levanta la vista y se pierde nuevamente en sus ojos.

—Bogdan, ¿me prometes que no será la última vez que nos acostemos? Porque me encantaría dormir un poco ahora y luego despertarme contigo y volver a hacerlo.

—Te lo prometo —dice él acariciándole el pelo.

«Así es como una debe quedarse dormida», piensa Donna. ¿Cómo es posible que no lo haya sabido antes? Segura, feliz y satisfecha. Y asesinatos y Elizabeth, y tatuajes y ser diferente pero también como los demás, y coches, acantilados y ropa, y mañana, mañana y mañana.

5

Joyce

Reconozco que elegir el asesinato de Bethany Waites fue idea mía.

Estábamos revisando varios expedientes para un nuevo caso del Club del Crimen de los Jueves. Había, por ejemplo, una solterona en Rye que, a principios de los años ochenta, había muerto dejando tres esqueletos sin identificar y una maleta con cincuenta mil libras en el sótano de su casa. Era el favorito de Elizabeth, y debo admitir que habría sido una perita en dulce, pero en cuanto vi el nombre de Bethany Waites en otro dosier no tuve la menor duda. No suelo ponerme firme, pero cuando lo hago soy inflexible. Elizabeth se puso de morros, pero los chicos sabían que no serviría de nada llevarme la contraria. No he venido aquí a tomar té con pastas, evidentemente.

Me acordaba de Bethany Waites, por supuesto, y había leído un artículo que Mike Waghorn había escrito para el *Kent Messenger* sobre el asesinato, así que pensé para mis adentros: «Oye, Joyce, esto huele a chamusquina, y por el mismo precio podrías conocer a Mike Waghorn».

¿Qué hay de malo en ello?

Ya ni recuerdo cuándo empecé a ver a Mike Waghorn en *Diario de noche del sureste*. Si alguien es asesinado o inaugura una fiesta benéfica en el sureste, Mike estará ahí, luciendo una gran sonrisa. Bueno, en realidad no sonríe cuando se trata de un asesinato. Esos días pone una cara seria, lo que también se le da estupendamente. La verdad es que prefiero su cara seria. Si hay un asesinato, por lo menos tiene ese lado positivo. Me recuerda un poco a cómo sería Michael Bublé si tuviera más o menos mi edad.

Mike lleva treinta y cinco años presentando *Diario de noche del sureste*, pero cada cinco años le ponen a una chica nueva para que dé las noticias con él. Y es ahí donde Bethany Waites entra en escena.

Bethany Waites era rubia y norteña, y murió en un coche que se despeñó en el acantilado de Shakespeare, cerca de Dover. (Justo al lado de la A20; lo he comprobado porque me figuro que en algún momento nos acercaremos a echar un vistazo.) De eso habrán pasado ya casi diez años. Lo típico habría sido pensar que se trató de un suicidio: un coche, un acantilado y qué sé yo, pero había muchas otras cosas. Justo antes, habían visto a alguien con ella en el vehículo, y en su móvil encontraron varios mensajes ambiguos; en definitiva, las aguas estaban un poco turbias. Así que la policía dictaminó que era un asesinato y, después de revisar el expediente, nos inclinamos a compartir su punto de vista.

La noticia cayó como una bomba en el sureste. En Kent no suele pasar nada reseñable, así que podéis figuraros cómo se recibió. Le dedicaron un programa de homenaje en la tele y recuerdo que Mike lloró y que Fiona Clemence tuvo que pasarle el brazo por el hombro en plena emisión. A Fiona la acababan de elegir para ser la segunda de a bordo en el telediario.

Fiona Clemence es famosísima ahora, pero mucha gente no sabe que empezó en *Diario de noche del sureste*. Le he preguntado a Mike si ve el concurso que ella presenta, *¡Para el reloj!*, pero nos ha dicho que no. Lo que debe de convertirlo en la única persona de este país que no sigue el programa. Pauline —es la maquilladora; volveremos a hablar de ella más adelante— ha dicho que simplemente está celoso, pero Mike nos ha asegurado que él no ve la tele.

Voy a seros sincera. Me había hecho la ilusión de coquetear un poco con él esta noche. Había imaginado que me diría que le gustaba muchísimo mi collar y que yo me pondría roja y soltaría una risita al oír el halago, mientras Elizabeth ponía cara de resignación.

Pero nada que hacer, me temo.

«Mucho ruido y pocas nueces», ha comentado Ron refiriéndose a Mike. Y quizá no le falta razón. Mike me dio un beso en la mejilla y en cierto momento me acarició la mano y sentí un chispazo de electricidad, pero creo que se debió a la suma de la moqueta mullida de la entrada del restaurante y mi nueva rebeca.

Esta tarde ha entrevistado a Ron: están haciendo un reportaje sobre la vida en las residencias de jubilados para *Diario de noche del sureste*. Todo fue idea de Elizabeth; me hizo enviarle un mensaje a uno de los productores. Si quieres tentar a alguien, Elizabeth es la mejor arma.

Debo reconocer que Ron ha estado muy bien. Sabe en qué momento dar el do de pecho. Ha hablado sobre la soledad, la amistad y la seguridad, y verlo sincerarse de esa forma me ha hecho sentir muy orgullosa. Es evidente que se le han pegado algunas cosas de Ibrahim. En cierto momento se ha despistado y se ha puesto a hablar del West Ham, pero Mike ha sabido devolverlo al redil.

Lo que pretendíamos con todo este plan, en realidad, era recabar información sobre Bethany Waites, y Mike tenía ganas de hablar, sin duda. Estaba un poco piripi y nos ha contado un montón de cosas que ya conocíamos por el expediente policial, pero el hombre estaba encendido. Recapitulando, los datos fundamentales son los siguientes: Bethany investigaba un fraude masivo con el IVA. Tenía que ver con la importación y exportación de teléfonos móviles. La estafa era multimillonaria.

Una mujer llamada Heather Garbutt manejaba los hilos. Trabajaba para un tal Jack Mason, un delincuente local, y la opinión general era que ella se encargaba del día a día del negocio. Heather terminó en la cárcel por el fraude, pero Jack Mason no. Jack el afortunado.

Una noche de marzo, Bethany le envió un mensaje a Mike, y este esperaba verla contenta como unas castañuelas a la mañana siguiente. Pero no hubo una mañana siguiente para Bethany.

Esa noche se la vio salir de su edificio de apartamentos —antes los llamábamos *bloques de pisos*— a eso de las diez. Luego estuvo desaparecida unas cuantas horas, nadie sabe dónde. Después, su coche apareció de nuevo en una

cámara de seguridad en las inmediaciones del acantilado de Shakespeare, cerca de las tres de la madrugada. Un pasajero sin identificar iba en el asiento del acompañante.

El coche no vuelve a ser visto hasta que aparece al pie del acantilado, aplastado, con manchas de sangre y toda la ropa de Bethany, pero sin su cadáver. Lo que me hace recelar, pero por lo visto es habitual, con las mareas que hay en esa zona. Un año después, sin que se hubiera encontrado el menor rastro de ella, y sin que nadie hubiese tocado sus cuentas bancarias, se emitió el correspondiente certificado de defunción por ausencia. Una vez más, como no puede ser de otro modo, debes preguntarte: ¿dónde está el cuerpo? Eso no se lo he dicho en voz alta a Mike, porque es evidente que Bethany Waites significaba mucho para él.

Eso sí, nos ha dado un dato que desconocíamos. Un mensaje de texto que Bethany le había enviado. Por lo visto, había descubierto nuevos indicios, algo importante. Mike nunca llegó a saber de qué se trataba.

Heather Garbutt era evidentemente la sospechosa principal, a tenor de todas las pruebas que Bethany había acumulado contra ella, pero los investigadores no encontraron la forma de relacionarla con su muerte. Y, por más que lo intentaron, tampoco pudieron relacionar a Jack Mason con el asesinato. Al cabo de poco tiempo, Heather Garbutt dio con sus huesos en la cárcel acusada de fraude y todo el mundo siguió adelante con su vida.

Pero Mike no pudo hacerlo. Las preguntas clave, a juicio de Mike, son las siguientes: ¿en qué consistía esa prueba nueva de la que Bethany le habló en el mensaje? En el sumario judicial no aparecía por ningún lado, pero ¿cabía la posibilidad de que Bethany hubiera guardado una copia en algún sitio? Y ¿podía esa prueba relacionar a Jack Mason con el crimen? Sigue siendo un hombre libre a día de hoy. Y muy rico, por cierto.

¿Por qué abandonó Bethany su apartamento a las diez de la noche? ¿Iba a verse con alguien? ¿A pedir explicaciones a alguien? ¿Y por qué tardó más de cuatro horas en llegar al acantilado de Shakespeare? Tuvo que parar en algún sitio, pero ¿dónde? ¿Se citó con alguien?

Y por último, desde luego, ¿quién la acompañaba en el coche?

Con todo esto tenemos de sobra para ponernos en marcha. Incluso Elizabeth parecía interesada hacia el final de la cena.

Después todos nos hemos tomado alguna que otra copa de más. Pauline y Ron han compartido un postre, lo que tal vez os parezca normal, pero yo nunca he visto a Ron compartir comida de buen grado, y mucho menos una tarta *banoffee*. ¡Cuidado, que vienen curvas!

Se nos han hecho casi las ocho de la noche sin que nos diéramos cuenta. Alan estaba que se subía por las paredes cuando he llegado. Digo que se subía por las paredes, aunque en realidad estaba hecho un ovillo en el sofá y me ha soltado levantando una ceja: «¿Qué horas son estas para mi cena, jaranera?». Ya sabéis cómo son los perros. Le he llevado un poco de filete y enseguida ha cambiado el tono. Se lo ha zampado sin pestañear. Alan será muchas cosas, pero budista no es, eso seguro.

Estoy buscando información sobre Heather Garbutt mientras escucho las

noticias del servicio internacional de la BBC. No es fácil de localizar en Google porque hay una jugadora australiana de hockey que se llama igual y la mayoría de los resultados remiten a ella. Al final, me ha terminado interesando bastante la susodicha y ahora la sigo en Instagram. Tiene tres hijos preciosos.

Heather Garbutt sigue en la cárcel (no la jugadora de hockey, pero eso ya lo sabéis). De hecho, resulta que está en la cárcel de Darwell, lo que podría venirnos muy bien a todos los implicados. Porque, en realidad, ya conocemos a alguien en la cárcel de Darwell. Le acabo de escribir un mensaje a Ibrahim con una idea que le encantará.

Ahora están hablando de criptomonedas en la radio, así que aprovecharé para informarme un poco en internet sobre el tema. Bitcoin, esa es la más importante. Parece interesantísimo y, según el programa, se ha puesto muy de moda, pero aun así es bastante arriesgado. Acaban de entrevistar a alguien que ganó un millón de libras con esa moneda antes de cumplir los dieciséis años, y está completamente a favor.

Gerry y yo tuvimos algunos bonos, pero hasta ahí han llegado mis experimentos con el dinero. ¿Igual debería soltarme un poco el pelo? ¿Hacer cosas distintas? ¿Ser una mujer distinta? Pero ¿distinta de qué? ¿Quién soy yo?

¿Quién soy yo? Soy Joyce Meadowcroft y con eso habré de conformarme por ahora.

La noche es el momento de las preguntas sin respuesta, y las preguntas sin respuesta me hacen perder la paciencia. Eso se lo dejo a Ibrahim. A mí me gustan las preguntas que se pueden responder.

¿Quién mató a Bethany Waites? Esa sí es una pregunta como Dios manda.

6

Ha amanecido en Coopers Chase. Desde la ventana del apartamento de Elizabeth se ve a gente paseando al perro y a algún que otro rezagado que llega tarde a la clase de «Zumba para mayores de ochenta años». Se oyen por doquier saludos afectuosos, el canto de los pájaros y el trajín de las furgonetas de reparto de Amazon.

—¿Por qué está mirando el móvil todo el rato, Elizabeth? —pregunta Bogdan. Está sentado frente a un tablero de ajedrez, con Stephen al otro lado, pero ella lo ha distraído.

—Recibo mensajes, querido —responde—. Tengo amigos.

—Solo recibe mensajes de Joyce —replica Bogdan—. O míos. Y ambos estamos aquí.

Stephen mueve una pieza.

—A ver qué haces, campeón —dice.

—Bogdan tiene toda la razón —interviene Joyce, dando un sorbo a su taza—. ¿Este té es de Yorkshire?

Elizabeth se encoge de hombros como diciendo: «¿Cómo quieres que lo sepa?», y vuelve a concentrarse en los documentos que tiene extendidos delante. Son las pruebas del juicio de Heather Garbutt. A disposición de cualquier particular si estás dispuesto a esperar tres meses más o menos. O solo un par de horas si eres Elizabeth. Tiene que dejar de mirar el móvil. El último mensaje decía:

> No puedes ignorarme eternamente, Elizabeth.
> Tenemos mucho de que hablar.

Ha empezado a recibir mensajes amenazantes de un número anónimo. El primero llegó ayer y decía:

> Elizabeth, sé lo que has hecho.

«Bueno, podrías concretar un poquito más», pensó ella. Luego llegaron otros. ¿Quién los envía? Y lo que es más relevante, ¿por qué? Aunque tampoco sirve de mucho preocuparse de momento. Sin duda

todo quedará aclarado a su debido tiempo y, mientras tanto, tiene algo más importante entre manos: resolver el asesinato de Bethany Waites.

—Pues de verdad diría que es té de Yorkshire —insiste Joyce—. Estoy casi segura. ¿En serio que no lo sabes?

Elizabeth sigue revisando los documentos. Archivos financieros, densos e insondables. Rastros documentales de teléfonos móviles inexistentes que supuestamente fueron expedidos desde el puerto de Dover y, al cabo de unas semanas, volvieron al mismo puerto. Miles de impresos de devolución del IVA. Extractos bancarios por un importe total de varios millones de libras. Dinero que desaparece en cuentas en paraísos fiscales sin dejar el menor rastro. Bethany Waites lo había destapado todo. Era de admirar.

—No importa —dice Joyce—. Estás ocupada. Voy a la alacena a mirar.

Elizabeth asiente. Todos esos papeles fueron motivo suficiente para que el juez condenara a Heather Garbutt por fraude. Pero ¿contendrían también alguna pista sobre la muerte de Bethany Waites? De ser así, nadie la había encontrado todavía. Elizabeth tampoco es que confíe demasiado en sus posibilidades; aquello no es su especialidad. Así pues, ¿qué hacer? Tiene una idea.

—Sí, es de Yorkshire —exclama Joyce desde la cocina—. Lo sabía.

Joyce había insistido en que se pasaría a verlos. Y da igual lo arriba que una haya llegado en el MI5 o el MI6, da igual las veces que te haya disparado un francotirador o te haya recibido la reina, porque nada se interpone en el camino de Joyce cuando se le mete una idea entre ceja y ceja. Elizabeth había actuado con rapidez.

Sabe que Stephen está cada vez peor. Ve que la demencia senil lo aleja de ella paso a paso, pero aun así trata de sujetarlo a su lado con todas sus fuerzas. Si no lo pierde de vista, nunca desaparecerá, ¿no?

Stephen brilla cuando Bogdan se pasa a echar una partida de ajedrez, así que Elizabeth lo ha invitado a venir y ha decidido arriesgarse con Joyce. Ha pensado que sería una buena forma de que Stephen se animase. Y quizá eso baste para mantener la pantomima unas semanas más. Lo ha afeitado y le ha lavado el pelo. Stephen ya no se sorprende. Elizabeth echa una ojeada al tablero.

Bogdan tiene la barbilla apoyada en las manos mientras piensa la

siguiente jugada. Elizabeth lo nota cambiado.

—¿Usas un gel de ducha distinto, Bogdan? —le pregunta.

—No incordies al chico —salta Stephen—. Lo tengo contra las cuerdas.

—He usado un exfoliante sin perfume —contesta Bogdan—. Es nuevo.

—Mmm... —murmura ella—. No es eso.

—Tiene unas notas muy femeninas —señala Joyce—. No es sin perfume.

—Estoy jugando al ajedrez —dice Bogdan—. No me distraigan, por favor.

—Me da la impresión de que te callas algo —comenta Elizabeth —. Stephen, ¿crees que Bogdan tiene un secreto?

—Mis labios están sellados —responde Stephen.

Elizabeth vuelve a enfrascarse en los documentos. Ahí hay algo que provocó la muerte de Bethany Waites. ¿La mató Heather Garbutt? Elizabeth lo duda. El patrón de Heather Garbutt, Jack Mason, se dedica, en teoría, a la chatarra, pero en realidad es uno de los delincuentes mejor relacionados de la costa sur. Heather Garbutt parece un soldado raso, no un general. Así pues, ¿era Jack Mason el general? ¿Su nombre consta en alguno de esos papeles? Ha llegado el momento de poner en marcha el plan B.

—¿Cómo está Joanna, Joyce? —pregunta Elizabeth. Joanna es la hija de Joyce.

—Hoy se tirará en paracaídas en un acto benéfico contra el cáncer —responde ella.

—Me encantaría verla para ponernos al día —dice Elizabeth.

Joyce se lo huele enseguida.

—Querrás decir que te encantaría que echara un vistazo a esos papeles porque tú no los entiendes, ¿no es así?

—No nos vendría mal, ¿verdad? —Elizabeth está segura de que Joanna y sus compañeros de trabajo no tardarían nada en revisar toda la documentación. Quizá incluso descubrieran un par de nombres.

—Se lo pediré —dice Joyce—. Aunque me tiene en la lista negra porque le dije que no entendía toda esa pasión por el sushi. Por cierto, ¿por qué no paras de mirar el móvil?

—No seas pesada, Joyce —replica Elizabeth—. No eres Miss Marple.

Justo en ese instante, su móvil suena. No lo mira. Joyce la pilla y levanta mínimamente una ceja. Luego se vuelve hacia Stephen y le dice con una mirada mucho más dulce:

—Me alegro mucho de verte.

—Es siempre un placer ver a las amigas de Elizabeth —dice él levantando la vista del tablero—. Pásate cuando quieras. Siempre es un gusto ver caras nuevas.

Joyce no se inmuta, pero Elizabeth sabe lo que significan esas palabras.

Bogdan mueve una pieza y Stephen se pone a aplaudir con suavidad.

—Es posible que huela distinto —señala Stephen—. Pero lo que es jugar, juega como siempre.

—Yo no huelo distinto —replica Bogdan.

—No es verdad —dice Joyce.

Elizabeth aprovecha el momento para echar un vistazo al móvil.

Tengo un encargo para ti.

Siente que el corazón le late con fuerza. Los últimos meses han sido demasiado tranquilos. Un optometrista jubilado se estampó en su ciclomotor contra un árbol y ha habido una discusión sobre las botellas de leche, pero hasta ahí ha llegado la cosa en materia de emociones fuertes. La vida sencilla está muy bien, pero, en ese instante, con un asesinato que investigar, y esos mensajes amenazantes que recibe a diario, Elizabeth se da cuenta de que ha echado de menos meterse en problemas.

7

El agente Chris Hudson camina por la orilla de la playa en un día gélido, zarandeado por las fuertes rachas de viento de un temporal de mar. Acuna entre sus manos una taza de un aguachirle tibio parecido al té. Lo acaba de comprar en una cafetería del paseo marítimo donde se han negado a darle cambio o a permitirle usar el servicio de los empleados.

Pero nada va a arruinarle el día. Sin que sirva de precedente, las cosas parecen salirle a pedir de boca.

La agente de la policía científica asoma la cabeza desde el interior del microbús calcinado que reposa entre algas y guijarros como un cangrejo pavoroso.

—Tardaremos un ratito.

Chris le hace un gesto con la mano como diciendo que le da igual, y así es.

¿Por qué está tan contento? La respuesta es sencilla, pero también complicada.

Chris está enamorado de alguien y ese mismo alguien está enamorado de él.

Desde luego, todo se irá al traste a su debido tiempo, pero de momento no ha ocurrido todavía. Tras realizar un número de acrobacias aéreas, una bolsa vacía de patatas fritas le da en la cara. El amor..., el amor no entiende de barreras.

¿Y si al final no se va al traste? ¿Cabe esa posibilidad? ¿Quizá haya llegado el momento de la verdad? Chris y Patrice. Patrice y Chris. Evita por los pelos pisar una de las muchas jeringuillas tiradas alrededor del microbús. A los heroinómanos les encanta la playa. ¿Quizá envejecerá junto a Patrice? ¿Dándose atracones de series en DVD y yendo a mercados de productos agrícolas? «Una mano, un corazón», como cantan en *West Side Story*. Hace poco, Patrice lo obligó a ver la película y la verdad es que se dejaba ver si conseguías pasar de las canciones y los bailes. Eso no estaría nada mal, ¿no?

Se vuelve hacia la agente Donna de Freitas. Está casi doblada por la mitad para hacer frente al vendaval y apenas si se le ve la cara, cubierta por la capucha del impermeable. De Freitas es su compañera —oficialmente todavía es su «aprendiz», pero no parece que su relación se desarrolle en esos términos— y es también la hija de Patrice. Chris se da cuenta de lo mucho que ya le debe a esta.

Donna también parece muy contenta pese al mal tiempo. Se pone de espaldas al viento y se quita un guante con los dientes para responder a un mensaje que acaba de llegarle al móvil. Tuvo una cita anoche y se muestra muy reservada al respecto. Chris no está seguro de que la cosa fuera bien, pero la ha pillado tarareando *A Whole New World* en el coche cuando iban de camino a la playa, así que tiene sus sospechas. Quizá Patrice pueda averiguar quién es el hombre misterioso.

El microbús, del que solo queda un amasijo deformado y derretido que destaca, negro como el carbón, contra el gris del cielo y el mar, había sido propiedad de un centro de menores. El cadáver en el asiento del conductor todavía no ha sido identificado. Chris nunca se había parado antes a pensar en lo bonito que es el mar. Pisa sin querer el cuello roto de una botella de cerveza. El viento arrecia, clavándole alfileres helados en el rostro. Una maravilla, si te das un momento para contemplar el espectáculo. Cuando te sumerges en él por completo.

Chris también ha perdido casi diez kilos de peso. Hace unos días se compró una camiseta talla L en lugar de su habitual XL o la humillante XXL que de vez en cuando tenía que elegir. Ahora se alimenta de salmón y brócoli. Come tanto brócoli que ya se sabe todas las variedades habidas y por haber. ¿Cuándo fue la última vez que se zampó un Toblerone? Ni siquiera se acuerda.

Suena su móvil. Donna no es la única a la que pueden enviarle mensajes misteriosos. Mira el nombre que aparece en la pantalla y ve que es Ibrahim. Los de Elizabeth siempre anuncian problemas. Los de Ibrahim, a veces sí y a veces no. Lee el mensaje:

> Buenas tardes, Chris. Soy Ibrahim. Espero que esto
> no te llegue
> en un momento inoportuno.
> Es imposible estar al corriente
> de los horarios de toda la gente, y menos todavía

si trabajan para los cuerpos policiales, donde las jornadas de trabajo son, cuando menos, imprevisibles.

Aparecen unos puntos suspensivos en la pantalla que indican que Ibrahim está redactando un segundo mensaje. Chris puede esperar. Hace solo seis meses nada de esto existía en su vida. No conocía a Patrice, no conocía a Donna, no conocía al Club del Crimen de los Jueves. De hecho, se da cuenta de que todo empezó con ellos. Había algo mágico en esa pandilla. Es verdad que su intervención supuso la muerte de dos hombres en los muelles de Fairhaven hace poco y que, además, robaron una cantidad inimaginable de dinero, pero aun así tienen su magia, esos cuatro.

—¿A quién escribes? —le pregunta a Donna, levantando la voz para que ella pueda oírlo pese al viento. Por qué no intentarlo.

—A Beyoncé —grita ella, y sigue tecleando.

El móvil de Chris vuelve a sonar. Es Ibrahim otra vez.

Me preguntaba, y te ruego que me disculpes si entiendes que esto excede el ámbito de nuestra amistad, si podrías echar un vistazo a dos casos viejos. Creo que tal vez podrían parecerte interesantes a ti también, y espero que entiendas que no te lo pediría si la situación en la que nos hallamos inmersos no lo exigiera.

Los puntos suspensivos indican que habrá un tercer episodio.

Chris y Donna fueron hace poco a la central a reunirse con el comisario jefe de Kent, un tal Andrew Everton. Un buen poli, que da la cara por su tropa, pero despiadado si alguien se pasa de la raya. Además, escribe novelas en su tiempo libre, con pseudónimo. El comisario se autopublica los libros y solo pueden comprarse en Kindle. Otro agente le dijo a Chris que ahí es donde uno puede sacarse un buen dinero hoy día, pero Andrew Everton todavía se pasea en un Vauxhall Vectra viejo, así que igual no es verdad.

Andrew Everton les dijo que ambos iban a recibir una condecoración en los premios de la policía de Kent por su labor en la captura de Connie Johnson. Es agradable obtener un poco de reconocimiento. Las paredes del despacho del comisario jefe estaban engalanadas con varios retratos de agentes con gesto orgulloso. Todos

héroes. Como esas cosas Chris las ve hoy desde la perspectiva de Donna y Patrice, se fijó en que todos los retratados eran hombres, con la excepción de una mujer y un perro policía. El perro llevaba una medalla. Chris ve un preservativo usado enrollado en una concha. La vida es un milagro.

Otro mensaje de Ibrahim. A ver si se decide a ir al grano.

> Los casos a los que me he referido en mi mensaje anterior son la muerte de Bethany Waites y la condena de Heather Garbutt por fraude. Ambos de 2013.
> Con un interés especial en conocer el paradero de Bethany Waites entre las 22.15 y las 02.47 de la noche de su muerte. Y quién podía acompañarla en su coche. Toda información que puedas brindarnos será muy bienvenida. Dinos algo pronto, amigo. Besos a Patrice. No me cabe duda de que has encontrado en ella a una gran mujer. A menudo, en las relaciones, la clave es...

Chris deja de leer. Recuerda los dos casos, Bethany Waites y Heather Garbutt. ¿Les echará un vistazo? ¿A quién pretende engañar? Claro que lo hará. Es posible que algún día pierda el trabajo, o incluso la vida, por culpa del Club del Crimen de los Jueves, pero el riesgo merece la pena. Es como si alguien hubiera hecho aparecer por arte de magia al cuarteto solo para él, para salvarlo. El Club del Crimen de los Jueves le regaló a Donna, Donna le regaló a Patrice, y Patrice le regaló el tofu salteado. Y, visto lo visto, todo ello le ha regalado la felicidad.

Donna levanta la vista de su móvil.

—¿A qué viene esa sonrisa? —le pregunta ella.

Chris se encoge de hombros.

—¿Y la tuya? —replica.

Donna también se encoge de hombros.

—¿Te envía mensajes mi madre?

—Esos no los puedo abrir en público —afirma Chris—. Asuntos Internos me leería la cartilla.

Donna le saca la lengua.

—Ibrahim quiere que echemos un vistazo a un caso.

—A ver si lo adivino —dice Donna—. ¿Una tal Bethany que se despeñó en su coche por un acantilado?

—¿Cómo diablos te has...?

Donna da un manotazo al aire para cerrar la conversación.

Chris mira el mar y ella se pone a su lado. Las nubes grises están adquiriendo unos tonos negros que no presagian nada bueno y el viento racheado azota sus rostros con una lluvia finísima y punzante de agua marina. El olor a metal y plástico quemado del microbús se mezcla con el hedor que despide el cadáver en descomposición y se adhiere a sus gargantas. Dos gaviotas se pelean, intercambiando graznidos enfurecidos, por una bolsa de plástico de supermercado.

—Esto es precioso —dice Chris.

—Impresionante —coincide Donna.

8

Elizabeth ha estado pensando en las cámaras de videovigilancia. ¿Cómo es posible que no capturasen la imagen del coche de Bethany al pasar por Fairhaven? Antes de salir a dar un paseo, ha llamado a Chris para comentárselo y él le ha dicho:

—Ah, esperaba su llamada.

Ella le ha preguntado si podría echar un vistazo al caso y él le ha respondido que estaba muy ocupado con otro muerto, así que Elizabeth lo ha felicitado por la condecoración que acaba de recibir del comisario jefe, recordándole asimismo su ayuda inestimable en la detención de Connie Johnson.

A Chris no le ha quedado más remedio que aceptar echar un vistazo al asunto.

Elizabeth y Stephen han empezado a salir a pasear a la misma hora todas las tardes. Llueva o truene, siempre el mismo camino, siempre a la misma hora.

Pasean por el bosque, en paralelo al muro occidental del cementerio, donde no hace mucho Elizabeth fue a excavar, y luego enfilan por los campos abiertos que hay más allá de los edificios nuevos que están empezando a brotar en lo alto de la colina. Allí hacen un alto en el camino, sacan la petaca y hablan con las vacas.

Stephen ha asignado a cada vaca un nombre y una personalidad, y todos los días le comenta a Elizabeth las últimas novedades bovinas. Hoy le cuenta que Daisy le ha puesto los cuernos a Brian con Edward, un toro más joven y apuesto de un campo cercano, por lo que Daisy y Brian han empezado a asistir a terapia de pareja bovina. Elizabeth toma un sorbito de whisky y dice que Daisy es un nombre muy trillado para una vaca.

—Ahí te doy la razón —conviene Stephen—. Toda la culpa es de su madre. También se llamaba Daisy.

—¿De verdad? —dice Elizabeth—. Y el padre, ¿cómo se llamaba?

—Eso nadie lo sabe, ese es el problema —repone Stephen—. Fue

todo un escándalo en su momento. Daisy madre había estado de vacaciones en España, y hubo rumores de una aventura.

—Vaya, vaya —musita Elizabeth.

—De hecho, si prestas atención, verás que Daisy tiene un deje español, casi inapreciable.

Daisy muge, como si se hubiera dado por aludida, y ambos se ríen.

Ya va siendo hora de desfilar de vuelta a casa, por el camino que Elizabeth ha trazado, tranquilo, discreto, para ellos dos. Un camino que protege a Stephen de miradas entrometidas. De las preguntas impertinentes sobre su salud mental.

Sus manos permanecen unidas durante el paseo, sus brazos se balancean ligeramente, dos corazones que laten como si fueran uno. Esta costumbre recién adquirida se ha convertido en el mejor momento del día para Elizabeth. Su marido, apuesto y feliz. Puede fingir un poquito más de tiempo que todo va bien. Que siempre tendrá la mano de Stephen en la suya.

—Bonito día para dar un paseo —declara él con el rostro iluminado por el sol—. Deberíamos hacerlo más a menudo.

«Si Dios quiere —piensa Elizabeth—, daré todos los paseos contigo que me regale la vida.»

El cadáver de Bethany jamás apareció. Es un detalle que preocupa a Elizabeth. Ha leído las suficientes novelas de detectives para saber que un asesinato sin cadáver no es de fiar. A decir verdad, ella misma fingió varias veces su propia muerte a lo largo de los años.

Como tiene la cabeza en otra parte, Elizabeth ve al hombre apenas una fracción de segundo. Pero se da cuenta al instante de que ha cometido un gran error.

Ocurre. No muy a menudo, pero ocurre.

Esta feliz costumbre suya, estos paseos con Stephen que le recuerdan a otros tiempos, este placer de otra época, ha sido, por supuesto, el gran error de Elizabeth. Como suele ocurrir con el amor.

El hábito es el peor enemigo del espía. Nunca tomes el mismo camino dos días seguidos. Nunca salgas del trabajo a la misma hora. No cenes en el mismo restaurante cada viernes. El hábito es la oportunidad de tu enemigo.

Una oportunidad para planear, una oportunidad para esconderse, una oportunidad para tenderte una emboscada.

La fracción de segundo ha terminado. El último pensamiento de Elizabeth es: «Por favor, no le hagas daño a Stephen». Ni siquiera siente el golpe que sabe que se le viene encima.

9

—Y luego, a finales de los años setenta, salí con uno de los integrantes de UB40, aunque creo que en esa época todas lo hicimos —dice Pauline.

—¿Cuál de ellos? —pregunta Ron, intentando dar cuenta de su sopa con un mínimo de decoro.

Pauline se encoge de hombros.

—Eran muchos en esa época. Creo que también me acosté con uno de Madness, o por lo menos me dijo que lo era.

Ron había llamado a su hijo, Jason, para preguntarle por un buen sitio donde comer, un restaurante que fuera elegante, pero en el que no le afearan que no supiera qué cuchillo emplear con cada plato. Un sitio donde preparasen comidas que conociera, pero con buenas servilletas y unos servicios bonitos. Un sitio donde no fuera imprescindible ir encorbatado, pero pudieras llevar corbata si te apetecía, solo como hipótesis, digamos, aunque no había que olvidar que era pensionista y no le salía el dinero por las orejas, claro, pero, eso sí, tenía unos ahorrillos, «no te preocupes por eso, hijo».

Después de escucharlo educadamente, Jason le había preguntado: «¿Y cómo se llama?». «¿Cómo se llama quién?», había dicho Ron. «La afortunada.» A lo que Ron había respondido: «¿Qué te hace pensar que...?». Y Jason le había dicho: «Le Point Noir, papá. Le encantará». Y Ron había dicho: «Pauline». Tras lo que su hijo le había deseado buena suerte. Luego, hablaron del West Ham un rato hasta que Ron le preguntó a Jason si podía ocuparse él de reservar mesa, porque nunca se aclaraba con las páginas web y le daba vergüenza pedírselo a Ibrahim.

—¿Me dices en serio que tu amigo irá hoy a la cárcel de Darwell? —pregunta Pauline.

—Tenemos la sana costumbre de entrometernos —dice Ron—. En fin, ¿qué te parece todo el asunto de Bethany Waites? ¿Trabajabas entonces en la tele?

Le Point Noir es lo que llaman un *gastropub*. Ron ha tenido que leerse la carta un par de veces antes de descubrir que servían filete. Aun así, ponía que era filete de *bavette*, pero lo servían con guarnición de patatas fritas, así que espera que sea una opción segura.

—Bethany era un perro de presa, eso seguro —dice Pauline—. En el buen sentido de la palabra. Mike se quedó destrozado cuando murió. Cuidaban el uno del otro. No suele pasar en este mundillo.

—Y muy guapa también —comenta Ron—. Si te gustan las rubias, que no es mi caso. Tampoco era mi tipo, aunque no es que tenga preferencia por ningún tipo de mujer. En fin, soy un poco exigente, pero...

Pauline le pone un dedo en los labios para ayudarlo a salir del callejón sin salida en el que se ha metido. Él asiente agradecido.

—Bethany había empezado a verse con alguien hacía poco —dice Pauline—. Un cámara, como siempre. En la tele, todas las mujeres terminan saliendo con cámaras y todos los hombres terminan saliendo con maquilladoras.

—¿De verdad? —inquiere Ron levantando una ceja—. ¿Así que te gusta Mike Waghorn? ¿Alguna vez te...?

Pauline se ríe.

—Por eso no te preocupes, querido. Mike también sale con los cámaras.

—Pues adiós a las ilusiones de Joyce —replica Ron en el mismo instante en que llega su filete de *bavette*. Comprueba aliviadísimo que es un filete normal que ya viene cortado. Bravo—. ¿Entonces piensas que la mataron por el reportaje?

Pauline finge entusiasmo cuando ve el plato de coliflor estofada que acaban de servirle.

—Es posible —dice—. Cambiemos de tema. Bastante tengo con la tabarra que me da Mike.

Ron está intentando descubrir a quién le recuerda Pauline. ¿Se parece un poco a Liz Taylor quizá? ¿A la nueva presidenta del jurado de ese concurso de baile que dan en la tele? Después de pensarlo, ha concluido que no tiene ninguna posibilidad con Pauline. Y, sin embargo, ahí está.

—¿Qué tal está tu coliflor?

—Adivina.

Ron sonríe.

—Entonces ¿lo pasaste bien anoche? —pregunta Pauline. Ron había dormido en su casa por primera vez. Si es posible comer coliflor estofada de forma seductora, eso es exactamente lo que está haciendo ella.

Ron nota que se le ruborizan las mejillas.

—Yo..., mira, no sé, hacía tiempo que no salía con nadie, así que es posible que no sea el tipo de hombre al que estás acostumbrada. Hacía mucho tiempo. Fue agradable, quedarnos despiertos y hablar solamente. Espero que te pareciera bien.

—Amor, yo también hace mucho que no salgo con nadie —replica Pauline—. Fue perfecto. Eres todo un caballero. Y un caballero guapo y divertido, por si fuera poco. Vayamos a nuestro propio ritmo, ¿te parece?

Ron asiente y come un poco más de filete. No les han traído kétchup, pero aparte de eso no le encuentra ninguna pega a Le Point Noir. «Gracias, Jase.»

—¿Te apetece caminar un poco por el paseo marítimo cuando terminemos de comer? —pregunta Pauline—. ¿Antes de que se ponga el sol? ¿Compramos un helado en el muelle?

Ron piensa en sus rodillas. En lo mucho que le duelen cuando no utiliza ese puñetero bastón que Jason le regaló. En lo viejo que le hacen sentir. Cada paso le dolerá, y tanto más por intentar ocultárselo a Pauline. Mañana tendrá que pasarse todo el día en la cama.

—Me encantaría —dice en cambio—. Me encantaría. —¿Quizá con Pauline no sea necesario esconder nada?

—Y ya sé que tu rodilla te da la lata —añade ella—. Así que vamos a buscarte un bastón, por el amor de Dios. No me gustan los chicos duros que me hacen caminar despacio. Solo quiero un helado y un beso de Ron Ritchie en el muelle.

Él vuelve a sonreír. No quiere que lo vea con bastón —tiene su orgullo—, pero aun así ha sido todo un detalle por su parte.

Pauline señala su bolso.

—Tengo un par de canutos. Nos irán bien.

10

¿Cuánto tiempo lleva inconsciente Elizabeth? Imposible saberlo.

Bueno, ¿qué es lo que sabe?

Está tendida en el frío metal del suelo de un vehículo que circula a toda velocidad. Tiene las manos esposadas a la espalda. También le han atado los pies. Una venda cubre sus ojos y le han puesto unos auriculares con ruido de fondo a todo volumen. Un método habitual de tortura.

Lo bueno es que no está muerta. Lo que por lo menos le da alguna opción.

Ahora mismo lo único que puede controlar es su respiración, así que eso es lo que hace. Respira hondo, despacio, de forma acompasada. De nada vale entrar en pánico. Sospecha que necesitará toda su energía cuando finalmente descubra adónde la llevan.

¿Habrán pegado a Stephen también? ¿O no lo habrán considerado necesario? ¿Está ahí con ella?

Elizabeth culebrea hacia atrás sobre el suelo del vehículo —ya ha deducido que se trata de una furgoneta— hasta que se roza con otro cuerpo. Están espalda contra espalda. Sabe que es Stephen. Lo distingue por la electricidad que recorre sus cuerpos.

Intenta tocar sus manos por detrás. Él hace lo mismo y estas se unen como si fueran las de unos amantes que se despiertan soñolientos. Aprieta la mano de su marido, pero inmediatamente le preocupa que el gesto pueda parecerle humillante. ¿Debería apretarle él la mano a ella? En esta tesitura, quizá lo más indicado es que sea ella quien haga el papel de presencia tranquilizadora. La verdad es que Stephen nunca se ha hallado en este tipo de circunstancias.

Acerca el dedo a la muñeca de Stephen en lo que podría pasar por un gesto afectuoso, pero en realidad está comprobando su pulso. Quiere averiguar si *él* ha entrado en pánico.

Su pulso es firme como una roca: sesenta y cinco pulsaciones por minuto. No le sorprende. Él también debe de estar controlando su

respiración, confiando en que su esposa lo saque de este atolladero.

Pero ¿podrá? Bueno, eso depende en gran medida de lo que sea este atolladero, supone Elizabeth. Sin duda ha de tratarse del hombre que le ha estado enviando mensajes de texto. Finalmente ha hecho realidad sus amenazas. Pero ¿quién es? ¿Y qué encargo tiene para ella?

La furgoneta empieza a frenar. Como si hubiera abandonado una vía principal para internarse por una carretera secundaria. Elizabeth toma nota.

La echarán de menos en Coopers Chase, lo cual está bien. Joyce se fijará en que la luz de su apartamento está apagada esta noche. ¿O quizá no? ¿Estará ocupada investigando a Heather Garbutt? ¿E Ibrahim estará haciendo cábalas sobre Connie Johnson? ¿Y Ron estará ocupado con...? Bueno, eso no hace falta ni decirlo. ¿Llegarán a reparar en su ausencia? ¿Darán la voz de alarma?

Elizabeth sabe que, en cualquier caso, ya se encuentran muy lejos de casa. Esta vez el séptimo de caballería no acudirá a salvarla. Se ha metido ella sola en este lío y sola tendrá que salir de él.

La furgoneta se detiene por fin. Elizabeth espera y respira. Nota el contacto de una mano en su hombro que tira de ella despacio para incorporarla.

Pero ¿de quién es la mano?

11

—¿Así que no trabajas para el *Sunday Times*? —pregunta Connie Johnson, sin que le falte razón, a juicio de Ibrahim. La mujer masca chicle. Ibrahim tampoco ve inconveniente en ello; es bueno para la salud dental, siempre que sea sin azúcar.

—No, mentí —responde él cruzando las piernas y tirando hacia abajo de la costura de la pernera de sus pantalones—. Pensé que sería más fácil que accedieras a hablar conmigo si pensabas que era periodista.

Están sentados en la sala de visitas de la cárcel de Darwell. Las mesas están separadas, pero aun así quedan lo bastante cerca las unas de las otras como para que todos los presentes puedan oír los lamentos de sus vecinos si les apetece. Ibrahim sigue todas las conversaciones mientras habla con Connie. Tiene esa costumbre.

—Entonces ¿quién eres? —pregunta ella. Lleva el mono de reclusa, pero a Ibrahim le sorprende lo bien maquillada que va para alguien que no debería tener acceso fácil a productos cosméticos de lujo.

—Me llamo Ibrahim Arif. Soy psiquiatra.

—Bueno, qué divertido —dice Connie, y parece que lo dice en serio—. ¿Quién te ha enviado? ¿El fiscal? ¿Para comprobar si estoy loca de atar?

—Sé perfectamente que no lo estás, Connie. Eres una mujer inteligente, motivada y con un gran dominio de ti misma.

Ella asiente.

—Mmm... Siempre he sido una persona ambiciosa. Se me da bien fijarme metas. Hice una encuesta en Facebook y saqué noventa y seis puntos. Bonito traje, por cierto. Parece que te va bien en la vida.

—Te fijas metas y luego las alcanzas, ¿me equivoco, Connie?

—Es verdad —contesta ella antes de echar un vistazo a su alrededor—. Aunque estoy en la cárcel, ¿no, Ibrahim? Así que no soy perfecta.

—¿Y hay alguien que sí lo sea? —plantea él—. Es sano reconocer que no se es perfecto. Me preguntaba si podía hacerte un encargo, Connie.

—¿Un encargo? ¿Necesitas cocaína? No tienes pinta de necesitarla. ¿Quieres acabar con la vida de alguien? Tienes pinta de poder pagarlo.

—No te voy a pedir nada ilegal ni por asomo —replica Ibrahim. Disfruta de lo lindo hablando con criminales, es innegable. Lo mismo que con famosos. Le encantó conversar con Mike Waghorn—. Todo lo contrario.

—Lo contrario de ilegal. Vale. ¿Y qué voy a sacar yo de ello?

—Tú, nada en absoluto —repone Ibrahim—. Solo intuyo que podría dársete de maravilla. Y que por esa misma razón lo podrías pasar muy bien.

—Mira, estoy muy ocupada —dice Connie sonriendo.

—Eso ya lo veo —contesta Ibrahim, sonriendo también. La sonrisa de ella parece sincera, de modo que la que él le dirige también lo es.

—Vale, ¿cuál es el encargo? —inquiere—. Me gusta tu rollo. Me gusta tu traje. Vayamos al grano.

Ibrahim baja un poco el ritmo y procura hablar sin levantar la voz para pasar desapercibido.

—Hay aquí una reclusa que se llama Heather Garbutt. ¿La conoces?

—¿Es la estranguladora de Pevensey?

—Creo que no —dice Ibrahim—. No.

—Hay una Heather en la galería D —informa Connie—. Mayor, parece inteligente. ¿Con pinta de maestra que ha atracado un banco?

—Supongamos de momento que se trata de ella. ¿Crees que podrías hacerte amiga suya? ¿Quizá averiguar algo para mí?

—Diría que ese tipo de cosas se me dan bien —responde Connie. Ibrahim ve que los engranajes de su cabeza ya se han puesto en marcha—. ¿Qué necesitas averiguar?

—Quiero saber si esa mujer asesinó a una reportera de televisión llamada Bethany Waites en 2013. Tirando su coche por un acantilado.

—Guay —responde Connie mientras una sonrisa asoma en su gesto—. Se lo preguntaré a bocajarro: «Este té está muy rico, qué buen tiempo hace para la época del año..., ¿has matado a alguien?».

—Bueno, dejo en tus manos cómo abordas el asunto —concluye Ibrahim—. Es tu especialidad, no la mía. Además, quizá no fue ella. Esa información también me sería útil.

—Pues yo apuesto a que lo hizo —dice Connie—. Nunca he tirado un coche por un acantilado. Siempre he querido hacerlo.

Él levanta las manos en un gesto de sorpresa.

—Todavía estás a tiempo, estoy seguro.

—¿Y de verdad que yo no ganaré nada? —pregunta ella—. ¿No podrías colarme una tarjeta SIM o algo?

—No creo que pueda —dice Ibrahim—. Aunque podría buscar en Google cómo se hace e intentarlo.

—No te agobies, tengo un montón. Y no creo que te apetezca saber lo que hay que hacer para entrarlas.

Ibrahim decide que lo buscará en Google de todos modos. Lo está pasando divinamente. No ha salido mucho desde que lo atracaron, pero, poco a poco, va recobrando la confianza en sí mismo y, poco a poco, nota que vuelve a ser el que era. Quedan cicatrices, qué duda cabe, pero por lo menos eso significa que la hemorragia ha cesado. Y es agradable recordar que se le dan bien estas cosas. Leer a las personas. Comprender los problemas y saber encauzarlos. Connie le cae bien y el sentimiento es mutuo. Aunque es preciso extremar la cautela: esa mujer es una asesina despiadada y, sin ánimo de ser moralista, eso no está nada bien. De todos modos, tendrá buenas noticias que compartir con la pandilla. Empieza a pensar en las tarjetas SIM. Son muy pequeñas, eso ya lo sabía, de modo que se pregunta de qué manera... Ibrahim se da cuenta de que Connie acaba de decir algo que se le ha escapado. Eso no es propio de él. Nada propio de él. Es hora de ponerse las pilas.

—Lo siento —se disculpa—. Se me ha pasado esto último que has dicho.

—Estabas en Babia, Ibrahim —replica Connie—. Permíteme que te lo pregunte de nuevo: como psiquiatra, ¿qué crees que me motiva?

Eso es pan comido para él. Desde luego, todos somos distintos, copos de nieve sin igual que llevan vidas sin igual, pero a fin de cuentas todos tenemos lo mismo en la sesera.

—La inercia, diría. Un deseo de movimiento y cambio. —Ibrahim une las yemas de los dedos—. Algunas personas necesitan que todo permanezca inmutable; yo soy así, sin ir más lejos. Si modificasen la

sintonía del parte meteorológico de la BBC, por ejemplo, me pondría a hiperventilar. Por el contrario, otras personas necesitan que todo cambie. Tú necesitas que todo cambie. En ese caos es donde puedes esconderte.

—Mmm... —dice Connie—. Qué perspicaz, señor Ibrahim Arif. Pero ¿crees que la honestidad es importante para mí?

«¿Adónde quiere ir a parar?»; Ibrahim tiene un mal presentimiento.

—Supongo que sí —admite—. En tu campo, la honestidad, por paradójico que parezca, es fundamental.

—Eso crees, ¿no? —pregunta Connie—. ¿De dónde sacaste mi nombre, colega? ¿Cómo oíste hablar de Connie Johnson? ¿Quién te envía?

—Un cliente —responde Ibrahim. No se le da bien mentir y trata de evitar las mentiras en la medida de lo posible. Pero desde que conoció a Elizabeth, Joyce y Ron, cada vez ha tenido que mentir más.

—Porque ya había oído tu nombre —añade ella—. Ibrahim Arif. ¿Sabes dónde lo oí?

A él se le han acabado las mentiras. Connie se arrima y le susurra al oído:

—De tu amiguito Ron Ritchie, el día que me detuvieron.

Connie vuelve a apoyar la espalda en la silla. «Tu turno, Ibrahim.»

—Fue él quien te dijo que vinieras, ¿verdad? —pregunta ella—. ¿Trabajas para él?

—No, trabajo para Elizabeth Best, del MI5. O del MI6. Uno de los dos.

Connie se da un momento para asimilarlo.

—¿El MI5 o el MI6 quiere que hable con Heather Garbutt?

—De forma indirecta, sí —responde él.

—¿Y me servirá de algo en el juicio? ¿Crees que una banda de hombres con pasamontañas podrá rescatarme del banquillo?

—No, me temo que no —dice Ibrahim. Aunque le da por pensar que seguramente podrían hacerlo. Elizabeth sabría cómo. En todo caso, mejor no prometer nada.

—Ibrahim —dice Connie—. No me gusta que me mientan.

—No —contesta él—. Lo siento.

—Y es importante que sepas que —prosigue Connie—, en cuanto

salga a la calle, voy a cargarme a tu amigo Ron Ritchie por haberme metido aquí.

—Tomo nota.

Connie se da un momento para pensar.

—¿Y conoces a Bogdan?

—Así es —reconoce Ibrahim.

—Pues a él también voy a cargármelo. ¿Me harás el favor de decírselo a los dos?

—Trasladaré el recado. Sí.

—¿Bogdan está saliendo con alguien? ¿Lo sabes?

—Me parece que no.

Connie asiente. Un funcionario de prisiones se acerca a su mesa.

—Se acabó el tiempo, Johnson. Ya has gastado tus veinte minutos.

Connie se vuelve hacia él.

—Cinco minutitos.

—No diriges esta cárcel —dice el guardia—. De eso nos ocupamos nosotros.

—Cinco minutos más a cambio de conseguirle un iPhone a tu hijo.

El guardia lo piensa un momento.

—Diez minutos. Y quiere un iPad.

—Gracias, funcionario —dice Connie, y se vuelve hacia Ibrahim —: Me aburro muchísimo aquí dentro, así que, vale, adelante. Dime todo lo que sepas sobre Heather Garbutt. No renunciaré a cargarme a tus amigos, pero mientras eso no ocurra vamos a llevarnos bien y a divertirnos un poco.

Ibrahim asiente.

—Connie, sabes que nada te obliga a asesinar a mis amigos, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —pregunta ella desconcertada.

—Digamos que sencillamente fueron más astutos que tú. ¿Tan malo es eso? Se aprovecharon de tu avaricia. ¿Tan frágil es tu autoestima que no puedes tolerar que alguien sea más astuto que tú de vez en cuando?

Connie suelta una carcajada.

—Pero si es mi trabajo, Ibrahim. Así es como me gano la vida. Estoy segura de que lo entenderás. Eres un hombre inteligente.

—Muy amable —dice él—. Una vez hice un test de inteligencia

y...

—Pongamos que no me cargo a Ron y a Bogdan —lo interrumpe ella—. Vamos a analizarlo entre los dos. Hasta el último buscavidas de Fairhaven pensaría que puede desafiarme. ¿Sabes cuál es mi lema comercial?

—Ni siquiera sabía que tuvieras uno —repone Ibrahim.

—«Venganza inmediata y brutal» —dice.

—Tiene sentido —concede él—. ¿No hay narcotraficantes con sentido ético?

—En Brighton hay un camello que pasa coca de comercio justo. Imprime un sello en sus papelinas y toda la pesca. Cocaína de explotaciones familiares, sin pesticidas.

—Algo es algo —aventura Ibrahim.

—Bueno, el tipo también tiró a alguien desde el último piso de un aparcamiento por haberle robado pasta.

—Paso a paso se hace el camino. ¿Sabes que quizá podría traer a Ron para que os veáis? Tal vez no tendrías tantas ganas de matarlo si lo conocieras mejor. —Le da un par de vueltas a la idea. En realidad, Ron suele provocar el efecto contrario en la gente.

Connie se lo piensa.

—Eres interesante. ¿Estás buscando trabajo?

—Ya tengo trabajo. Soy psiquiatra.

—¿Y un trabajo de verdad? —insiste Connie.

—No, gracias —responde él. Aunque sería divertido trabajar para una organización criminal. Todas las cosas que hay que planear, las reuniones en trastiendas llenas de humo, la gente con gafas de sol bajo techo.

—Entonces ¿te gustaría ser mi psiquiatra?

Ibrahim se da un momento para asimilar la propuesta. La verdad es que sería muy divertido. E interesante.

—¿Qué es lo que esperas de un psiquiatra, Connie? ¿Qué crees que necesitas?

Ella se toma unos segundos para pensarlo.

—Aprender a aprovechar los puntos débiles de mis enemigos, supongo. Y cómo manipular a los jurados, o detectar a un policía infiltrado, ¿no?

—No sé yo...

—¿Por qué me equivoco siempre eligiendo a mis hombres?

—Creo que en eso sí podría echar una mano —dice Ibrahim—. Si alguien me pide ayuda, siempre empiezo con la misma pregunta: «¿Eres feliz?».

Connie medita un momento.

—Bueno, estoy en la cárcel.

—Pero ¿aparte de eso?

—No sé. ¿Si podría ser más feliz? Es posible, quizá un cinco por ciento más. Estoy bien.

—En eso sí puedo ayudarte. Un cinco, un diez, un cincuenta por ciento, lo que sea. Ese es mi trabajo. No puedo arreglarte, pero sí conseguir que funciones un poco mejor.

—¿No puedes arreglarme?

—Es imposible *arreglar* a las personas —apunta Ibrahim—. No somos cortacéspedes. Ojalá lo fuéramos.

—Pero podría ser divertido, ¿no crees? —replica Connie—. Librarme de todos mis secretos. ¿Cuánto cobras? Viendo los trajes que te compras...

—Sesenta libras la hora. O menos si el paciente no puede permitírselo.

—Te pagaré doscientas la hora —afirma Connie.

—No, son solo sesenta.

—Si le cobras menos a alguien que no puede permitírselo, entonces cóbrale más a quien sí pueda. Eres un hombre de negocios. ¿Con qué frecuencia podríamos vernos?

—Una sesión a la semana es la mejor forma de empezar. Y tengo un horario bastante flexible.

—Vale, yo me ocupo de gestionarlo aquí. Están flipados con la salud mental. Les encantan esas historias. Y mientras tanto aprovecharé para echarle un vistazo a esa Heather Garbutt. Charleta de chicas, rollo: «¿Qué horóscopo eres?», «¿Tiraste un coche por un acantilado?»...

—Gracias. Ya estoy deseando volver a hablar contigo —contesta Ibrahim—. Y ver si puedo convencerte de que no mates a Ron.

—Estupendo —asiente Connie—. Que sea los jueves.

—En realidad —dice Ibrahim—, ¿no podría ser los miércoles? Los jueves tengo un compromiso.

12

La última vez que a Elizabeth le quitaron una venda de los ojos y una bolsa de la cabeza fue en 1978. Se encontraba en las oficinas de un matadero en Hungría, bajo unos potentes fluorescentes, a punto de ser interrogada y torturada por un general del ejército ruso con la pechera repleta de medallas manchadas de sangre. Según pudo comprobar después, no habría tortura, dado que el general había olvidado la bolsa de herramientas en el coche y este ya se había marchado esa noche. Así pues, Elizabeth consiguió salir del atolladero con un ligero morado y una anécdota para las cenas.

¿Qué quería ese general? Elizabeth lo ha olvidado. Algo que parecía importantísimo en su momento. Conocía a gente que había muerto por unos planos de maquinaria agrícola. Hay muy pocas cosas por las que merezca la pena jugarse la vida. En cambio, hay muchísimas otras por las que sí merece la pena poner en riesgo la de los demás.

Cuando le quitan la venda de los ojos, no se ve enfrentada al brillo de unos fluorescentes, ni a un general sonriente, ni a unos archivadores manchados de sangre. Se encuentra en una biblioteca, sentada en una mullida butaca de cuero. Unas velas, como las que compra Joyce, iluminan la sala. El hombre que le ha quitado la venda y las esposas ha abandonado silenciosamente la sala, lejos de la vista de Elizabeth.

Se vuelve hacia Stephen. Él le levanta una ceja y dice:

—En fin, menudo escándalo.

—¿Verdad que sí? —coincide ella—. ¿Estás bien?

—Fresco como una rosa, cariño. Tú solo preocúpate de mantenerte alerta. Yo estoy totalmente desubicado. Con un buen coscorrón, pero nada grave. Es posible que el golpe me haya hecho entrar en razón.

—¿Cómo tienes la espalda?

—Nada que no pueda curar un paracetamol. ¿Alguna idea de lo

que nos espera? No creo que nos hayan sentado en unas butacas tan cómodas si quieren matarnos, ¿no? Aunque tú eres la experta en esto.

—Intuyo que quieren hablar conmigo acerca de algo.

—¿Y luego decidirán si nos matan según lo que les cuentes?

—Es posible.

Ambos guardan silencio un momento.

—Te quiero, Elizabeth.

—No te pongas sentimental, Stephen.

—Bueno, en cualquier caso, nunca nos aburrimos —dice él.

La puerta de la biblioteca se abre y un hombre muy alto y con barba agacha la cabeza al pasar bajo el dintel.

—Un vikingo, ¿no? —le susurra Stephen a Elizabeth.

El hombre toma asiento en una butaca situada frente a ambos. Su envergadura supera con creces las dimensiones de la butaca, como un maestro que se sienta en la silla de un aula infantil.

—Usted es Elizabeth Best, ¿verdad? —pregunta.

—Eso dependerá de quién sea usted —responde ella—. ¿Nos conocemos?

El hombre se saca algo del bolsillo.

—¿Le importa si vapeo?

Elizabeth levanta las manos en un gesto de conformidad.

—Es malísimo para la salud —comenta Stephen—. Lo leí en un artículo.

El hombre asiente, da una calada y lo mira.

—Y usted debe de ser Stephen, ¿verdad? Lamento haberlo involucrado en esto.

—Descuide, son gajes del oficio con ella. Disculpe, creo que no he oído bien cómo se llamaba.

El hombre hace caso omiso de la alusión y vuelve a concentrarse en Elizabeth.

—Ha estado usted muy ocupada para ser una anciana.

¿De dónde es el acento? ¿Sueco?

Elizabeth advierte que Stephen está revisando los estantes de la biblioteca y que se queda pasmado al ver alguno de los libros.

—Bien, Elizabeth —dice el vikingo—. Al grano. Tengo entendido que robó usted unos diamantes.

—Ya veo —dice ella. Por lo menos ahora ya sabe por dónde pisa. No es una historia antigua, sino sencillamente la última aventurilla del

cuarteto. Le había parecido que había finiquitado todo ese asunto con un bonito lazo, pero por lo visto ninguna buena acción pasa sin su debido castigo—. ¿He de suponer después de todo que se los robé a usted y no a Martin Lomax?

—No, no —contesta el vikingo—. Se los robó a Viktor Illyich.

—¿Viktor Illyich?

Elizabeth se desdice: historia antigua en el sentido más pleno de la expresión. «El hombre más peligroso de Rusia», solían llamarlo. Eso sí, debe felicitarse a sí misma. Es posible que un chispazo de electricidad haya recorrido su cuerpo al oír el nombre, «Viktor Illyich», pero ningún observador externo podría haber adivinado que no era la primera vez que lo oía.

—¿Y trabaja usted para ese tal Viktor Illyich?

El vikingo se ríe.

—¿Yo? Qué va. Yo no trabajo para nadie. Soy un lobo solitario.

—Todos trabajamos para alguien, chaval —tercia Stephen, sin dejar de revisar los lomos de los libros. Está tramando algo. Dios lo bendiga.

—Pues yo no —rebate el vikingo—. Aquí mando yo. —Se pone a aullar como un lobo, pero el aullido se hace tan largo que Elizabeth empieza a sentirse incómoda. Espera pacientemente a que termine.

—¿Y por qué estoy aquí? —pregunta al cabo—. No son sus diamantes, no son los diamantes de su jefe, no es asunto suyo.

—Los diamantes me dan igual. ¿Cree que veinte millones de libras me quitan el sueño? Eso es calderilla.

El vikingo se inclina hacia delante en la butaca, ladea la cabeza y mira a Elizabeth a los ojos.

—Está aquí porque, desde hace un tiempo, estoy barajando la posibilidad de liquidar a Viktor Illyich.

—Entiendo —dice ella.

—Y no es fácil —añade el vikingo.

—No me cabe duda —asiente Elizabeth—. Si asesinar fuera fácil, nadie sobreviviría a las fiestas de Navidad.

—Por ello —continúa el vikingo—, quiero que usted lo liquide por mí.

Y vuelve a apoyar la espalda en la butaca, una vez puestas las cartas sobre la mesa. Elizabeth reflexiona a toda velocidad. ¿Cómo ha terminado metida en este embrollo? Esa misma mañana estaba

pensando en cámaras de videovigilancia y en un cadáver desaparecido. Ahora, un vikingo la amenaza. O le hace una propuesta. Lo cual suele ir de la mano en su mundo.

Sea lo que sea, todo apunta a que ella y Stephen verán amanecer un día más. Que empiece esta nueva partida. Se arrellana en su butaca y junta las manos.

—Me temo que no me dedico a matar a la gente.

El vikingo la imita y sonríe.

—Ambos sabemos que eso no es verdad, Elizabeth Best.

Ella admite que lleva razón.

—Sin embargo, se equivoca en algo. Solo he matado a gente que quería matarme a mí.

El vikingo coge un portátil de una mesilla y sonríe de oreja a oreja.

—Entonces estamos de suerte. Porque enseguida voy a enviar un mensaje a Viktor Illyich con dos fotos adjuntas. En una se la ve en la estación de ferrocarriles de Fairhaven abriendo una taquilla y en la otra en los muelles de Fairhaven el día del tiroteo. Un suceso que ha ocasionado grandes molestias a Viktor Illyich.

—Te pillaron con las manos en la masa, cariño —tercia Stephen.

Elizabeth no sabía que Viktor se relacionaba con Martin Lomax ni que tuviera algo que ver con el asunto de los diamantes. Pero ahora ve que tiene sentido. Hace tiempo que Viktor trabaja por cuenta propia.

—En fin —dice el vikingo—, en cuanto Viktor Illyich vea estas fotos, querrá matarla. Arderá en deseos de venganza. Una solución perfecta. Lo único que debe hacer usted es matarlo antes.

—Cárgatelo tú mismo, chaval —interviene Stephen—. No hay más que ver tu tamaño.

—Para mí todo será mucho más fácil si alguien se ocupa del asunto —contesta el vikingo—. ¿Y quién mejor que una antigua espía, una viejecita de aspecto inofensivo, una mujer que sabe matar y que acaba de efectuar uno de los mayores robos del siglo? ¿Quién mejor que ella, Stephen?

—Eso es de cobardes —replica Stephen—. Nunca había pensado que los suecos lo fueran.

Elizabeth está cavilando. O, por lo menos, fingiendo que lo hace. Ordena sus naipes antes de jugar su primera baza. No tiene una buena mano, aunque sí tiene un as. Tendrá que moverse con cuidado.

—Sigue sin convencerme —dice dirigiéndose al vikingo—. Si me niego, lo peor que podría pasarme es que me matara, lo cual sería una molestia para usted y, francamente, he de decirle que he disfrutado de una larga vida. Y esta sala sería un sitio agradable donde morir. Muy acogedora.

El vikingo sonríe.

—Es posible que su marido discrepe. Quizá prefiera que usted siga con vida.

Stephen se encoge de hombros.

—A todos nos llega la hora tarde o temprano, mi querido vikingo. Es verdad que prefiero que mi esposa no muera a manos de un sueco cobarde, pero lo mejor es hacer mutis con dignidad. Seguro que la echaré de menos, pero alguien más aparecerá tarde o temprano. El mundo está lleno de espías preciosas. Las hay a patadas.

Elizabeth sonríe. Pero ¿y si de verdad estuviera a punto de morir? ¿Qué pasaría entonces? ¿Qué sería de Stephen? Siente un desgarro en el corazón, pero su rostro conserva la serenidad. Porque sabe algo que el vikingo desconoce.

—Escuche —dice—. Si no tiene inconveniente, voy a llevarme a mi marido a casa y todos olvidaremos que hemos mantenido esta conversación. Vuelva a ponernos las bolsas en la cabeza: no necesito saber dónde estamos y no tengo el menor interés en averiguar quién es usted. Entiendo su postura, como entiendo también por qué soy la candidata perfecta para matar a Viktor Illyich, pero no voy a hacerlo. Lo que lo deja a usted en la siguiente disyuntiva: o bien me mata, lo que sería muy engorroso, supondría muchas gestiones y, probablemente, la furia del MI6 cuando se diesen cuenta de que he desaparecido, o bien nos deja marchar y aquí paz y después gloria.

—Entonces Viktor Illyich la matará —repone el vikingo—. Averiguará dónde vive. A mí me ha resultado muy fácil.

—Asumiré ese riesgo —acepta Elizabeth.

Viktor Illyich no la matará, ella lo sabe a la perfección. Ese es su as. El vikingo no ha tenido suerte en eso. Elizabeth y Stephen estarán de vuelta en casa antes de que amanezca, a salvo. Aunque eso dependerá de dónde se encuentren en estos momentos, desde luego.

—En fin, máteme o deje que me marche. Esas son sus dos opciones. ¿Cuál elige?

—Creo que escogeré la tercera —responde el vikingo—. La

opción de enviarle a Viktor Illyich las fotos enteras.

—¿Las fotos enteras?

—Sí, claro. Las fotos en las que su amiga Joyce Meadowcroft aparece a su lado. Las dos fotos, los dos nombres.

—Eso ha sido un golpe bajo —tercia Stephen.

Elizabeth todavía se siente a salvo. Viktor tampoco irá a por Joyce. No si aparecen juntas en la foto. Una amiga de Elizabeth lo es también de Viktor.

—Es posible que Viktor no tenga las agallas de matar a Joyce, desde luego —apunta el vikingo—. Ella es más bien una civil, ¿no? Así que le propongo este trato. Solo para guardarme las espaldas. Si Viktor no está muerto antes de dos semanas, yo mataré personalmente a su amiga Joyce.

13

La segunda cita ha sido, si acaso, incluso mejor que la primera. Acaban de estar en Brighton para ver una película polaca. Donna no sabía que se hicieran películas en Polonia, aunque es evidente que así es. En un país de ese tamaño, alguien tendrá que hacer alguna película de vez en cuando.

Por supuesto, estando en Brighton, tenía que ser una sala de cine independiente, por lo que ha sido misión imposible conseguir un surtido de chucherías en condiciones. No tenían ratoncitos de chocolate, ni gominolas de cola, nada. Solo cosas sanas.

Pero sí que te dejaban pasar con una copa de vino a la sala, así que Donna se ha dicho que haría de tripas corazón y se conformaría con un puñado de anacardos sin sal. Además, todo el mundo ha permanecido en silencio durante la película, algo a lo que ella no está en absoluto acostumbrada.

Han tomado el tren desde Fairhaven. Donna se ha bebido un mojito de lata y Bogdan un refresco energético de gran tamaño que ha mezclado con un sobrecito de proteína en polvo.

Han ido al cine caminando desde la estación. Donna iba de su brazo. Han pasado por una casa en Trafalgar Street que, según Bogdan, era un fumadero de *crack*, y luego por una vieja fundición en London Road donde estaba enterrado un lituano. A Bogdan se le daría muy bien hacer de guía para un tipo muy concreto de turista.

Había más negros en Brighton, lo cual ha sido agradable de ver. Pero aun así lo bastante escasos como para intercambiar un discreto saludo con la cabeza cuando te los cruzabas por la calle. A Donna le gusta Brighton. Se ha imaginado a sí misma haciendo redadas en unos cuantos fumaderos de *crack* antes de retirarse.

Han charlado un poco sobre Bethany Waites y sobre Heather Garbutt. Donna le está preparando a Chris un mapa con todas las cámaras de vigilancia de Fairhaven. No es un trabajo divertido.

La gente en Polonia no solo hace películas; resulta que las hace

buenísimas. Donna se temía que sería una tortura ver un retrato del amor y la muerte que cubría varias generaciones de una familia de campesinos en una granja perdida en medio de la nada y que habría tenido que volverse hacia Bogdan a cada rato y asentir para demostrarle que entendía lo que pasaba. Pero no ha sido así en absoluto. Había asesinatos, luchas, un policía con la camisa hecha jirones. No ha estado nada mal. Cada tantos minutos, Bogdan se arrimaba y ella se preparaba para un beso, pero él solo quería indicarle algún error en los subtítulos. Ella sostenía su mano, el vino tinto le ha sentado de maravilla, la chica conseguía al chico y alguien derribaba un helicóptero. Ocho sobre diez, la recomendaría.

Han regresado juntos a su casa y ni siquiera han tenido que hablarlo. ¿Dónde se habrían despedido? ¿Y para qué?

Bogdan está ahora en el lavabo y Donna aprovecha la ocasión para rehidratarse a marchas forzadas, mientras trata de recordar si alguna vez se ha sentido tan feliz como hoy.

Han hablado un poco más sobre Bethany Waites. Donna había echado un vistazo al expediente de Jack Mason, el empresario. Un dosier tan largo como una cola en la oficina de correos. Encantador pero peligroso.

Lo mismo podría decirse de Bogdan, por cierto. Justo ahora vuelve a la habitación y se mete en la cama. Ella lo rodea con el brazo, soñolienta y sintiéndose a salvo.

Se ríen. Dios, qué bien sienta esto. Es natural y auténtico, nada forzado. Es como esas cosas que lees sobre las relaciones pero que das por supuesto que son mentira.

El móvil de Bogdan empieza a sonar en la mesilla de noche. Ambos se vuelven para mirarlo. Son las dos de la madrugada.

«En fin, hasta aquí hemos llegado», piensa Donna, expulsada repentinamente de su ensueño. Claro que son mentira todas esas cosas. Hay otra mujer. Por supuesto. Un buen intento que no pasará a mayores, una vez más. Siempre tiene que ocurrir algo. De pronto Donna ha perdido el sueño y ya no se siente tan a salvo.

Bogdan mira el número y luego se vuelve hacia ella.

—Tengo que cogerlo, lo siento.

Donna se encoge de hombros. Había planeado quedarse hasta la mañana, pero ahora empieza a buscar su ropa con la mirada.

14

Han dejado a Elizabeth y a Stephen en el arcén de una carretera secundaria en un frondoso bosque. La luna llena está en lo alto del cielo y una luz pálida zigzaguea entre el dosel de ramas desnudas e invernales que se extiende sobre ellos.

—Has pegado un buen bote cuando ha nombrado a Viktor Illyich —dice Stephen.

—¿Un bote? Pensaba que lo había disimulado bastante bien. No se te escapa nada, ¿eh?

—Disimular es una forma de cortesía. ¿Un viejo amigo, el tal Viktor?

—Más bien enemigo. Jefe de sección del KGB en Leningrado en los años ochenta —explica Elizabeth, su aliento convertido en vaho en el aire cristalino—. Luego tuvo un ascenso meteórico.

Una de las fotos de Viktor en el dosier que el vikingo le ha ofrecido lo muestra en su mejor momento. Tal vez no exactamente en su mejor momento: el pelo ya empezaba a clarearle y llevaba unas gafas de culo de botella con una montura demasiado grande para su cara. Pero por lo menos se lo veía joven. La foto más reciente impresionaba por los estragos de la edad. Avejentado, arrugado, mechones de pelo cano asomándose al filo del precipicio. Las gafas siguen siendo demasiado grandes, pero basta mirar a través de los cristales para encontrarlo. El Viktor de siempre. La picardía y la inteligencia de su mirada. El rival que se convirtió en su amigo. El enemigo que se convirtió... ¿en su amante? ¿De verdad fue así? Elizabeth no lo recuerda, pero, conociéndose, tampoco se atreve a descartarlo.

Viktor mirará la foto de ella de la misma forma, está segura: «¿Quién es esta anciana?».

Su móvil está muerto y Stephen no lleva el suyo encima, así que echan a andar.

—Sin querer ser inoportuno —dice él—, tu expresión me indica

que no te apetece demasiado matarlo, ¿no?

—No, no me apetece —contesta Elizabeth.

—¿Y crees que él intentará matarte a ti?

—No, por Dios. Echará un vistazo a la foto y se partirá de risa.

Escuchan un rato las conversaciones de las lechuzas y caminan arrimados para conservar el calor. Pasear con un viejo amante por una carretera desconocida no es algo que ocurra muy a menudo, ¿no? Elizabeth mira la luna y luego a su marido, y piensa para sus adentros que es una extraña ocasión para sentirse feliz.

—Pero si no lo matas —dice Stephen—, nuestro amigo vikingo matará a Joyce...

—Esa es la tesitura en la que nos encontramos. —Pensarlo empaña un poco su estado de ánimo.

—Una disyuntiva endiablada. Y, de momento, todavía no sabemos quién es el vikingo, ¿no?

—No, todavía no —admite Elizabeth mientras escudriña una cabina telefónica que queda un poco más adelante, en el arcén de la carretera—. Pero lo primero es volver a casa. ¿No llevarás unas monedas por casualidad?

Stephen rebusca en su bolsillo y le da una moneda.

—Son las tantas de la madrugada, cariño. Lo sabes, ¿no? Estarán todos durmiendo.

Elizabeth marca un número que se sabe de memoria. Todos los importantes se los sabe de memoria. Deben de ser las dos de la madrugada, pero el destinatario de la llamada contesta antes de que termine el primer tono.

—Hola, Bogdan —dice Elizabeth.

—Hola, Elizabeth —responde él—. ¿Qué necesita?

—Un poco de ayuda. Inmediatamente, a ser posible.

—Entendido. ¿Está en casa?

—Bogdan, oigo ruido de fondo. ¿Estás con alguien?

—Es la tele.

—Bueno, sé que no es la tele, pero no es momento de discutir. Estoy en una cabina, no tengo ni idea de dónde, pero el número es el 01785 547541. Me preguntaba si podrías averiguar dónde está y luego, quizá, venir a recogerme.

Elizabeth oye el ruido de un portátil que se abre.

—¿Dónde está Stephen? ¿Quiere que vaya a echarle un vistazo?

—Está conmigo, cariño. —Elizabeth acerca el auricular a la boca de Stephen.

—Hola, viejo —saluda Stephen—. Siento las molestias. Tienes un par de perros callejeros a los que cuidar.

—No se preocupe —contesta Bogdan—. Póngame con Elizabeth otra vez.

Ella vuelve a coger el teléfono.

—Vale, la cabina está en Staffordshire —anuncia Bogdan—. ¿Ha oído hablar de Staffordshire?

—Claro que sí —dice Elizabeth—. ¿Podrías acercarte? Hace mucho frío.

—Ya estoy vistiéndome —repone Bogdan.

—Gracias. ¿Tienes idea de cuánto puedes tardar?

Bogdan se queda en silencio un instante.

—Google dice tres horas y cuarenta y cinco minutos. Así que estaré allí en dos horas y treinta y ocho minutos.

—Estoy casi segura de que oigo a alguien más contigo, Bogdan.

—Es el GPS —dice él—. Ustedes no se muevan. Procuraré tardar lo mínimo. ¿Necesitan que les lleve algo?

Elizabeth piensa un momento. Viktor Illyich, el vikingo, Joyce. ¿Se le está ocurriendo un plan? Piensa que es muy posible que así sea.

—Sí, por favor, encanto —responde—. ¿Podrías traerme un termo de té y una pistola?

15

Mike Waghorn está sentado en un sillón giratorio de cuero, en una sala de edición con las luces bajas. Sostiene una pluma como si fuese un cigarrillo que ansiara fumarse. Pero fumar queda descartado ahora que todo hijo de vecino tiene una tele de alta definición en casa. El tabaco envejece mucho el cutis.

Frente a él se extiende una hilera de monitores con una mesa de control que no desentonaría en un Airbus 380. Hace poco, Mike pilotó un Airbus 380 en un simulador. Le ofrecieron hacer de anfitrión en una visita para ejecutivos de Delta Airlines celebrada en el aeropuerto de Gatwick. Se estrelló en el Adriático intentando alardear.

La cara de Bethany Waites llena las pantallas que tiene delante. Mike está viendo el programa de homenaje que presentó junto a Fiona Clemence. Fiona, con sus concursos televisivos, sus anuncios, sus portadas en las revistas. Acaba de sacar su propio libro de recetas para adelgazar. Pero míralos a los dos en la pantalla en 2013. Mike Waghorn, el famoso; Fiona Clemence, la productora catapultada de la noche a la mañana a presentadora. Mike no creía que Fiona fuese a durar.

Fiona no era una gran admiradora de Bethany, sin duda. Y la antipatía era mutua, a decir verdad. Tenían unas broncas monumentales. Es algo que se le ha pasado varias veces por la cabeza durante esos años. ¿Pudo Fiona haber asesinado a Bethany? Es una idea absurda, pero la muerte de Bethany brindó a Fiona una oportunidad de oro, así que ¿quién sabe? El mundillo de la televisión es despiadado, por decirlo suavemente. Mike releyó la noche anterior los mensajes de Bethany, remontándose todavía más en el tiempo. Bethany había recibido notas anónimas en el trabajo: «Lárgate. Nadie te quiere aquí. Eres el hazmerreír de todos». Cosas de patio de colegio, la verdad. Aunque quizá no lo fueran... ¿Se las enviaba Fiona? Y si no fue ella, ¿quién, entonces?

Hay unas imágenes de la época de Bethany en *Diario de noche del*

sureste. En su mayoría, tomas en directo, la clase de secuencias que quedan bien en los montajes. Bethany Waites en la montaña rusa más alta de Kent; Tom Jones coqueteando con Bethany Waites en el *backstage* del auditorio de Brighton; Bethany Waites en lo alto de un rascacielos de Dubái, entrevistando a una mujer de Faversham que se había hecho de oro montando clínicas de cirugía estética; Bethany Waites cayendo a una piscina después de que unos colegiales de Deal la empujaran.

Pero los recuerdos de verdad nunca terminan en el montaje de momentos destacados. Los recuerdos auténticos de tardes tranquilas viendo trabajar a Bethany. El talento con el que encontraba las noticias y las contaba. Las pequeñas bromas, las miraditas discretas, cómo se estrechaban la mano cada noche cuando faltaban «cinco segundos para entrar en antena». Todos los días: «¿Quieres algo de la cantina, Mike?». «No, gracias, Beth. Mi cuerpo es un templo.» El Twix que ella siempre le traía a la vuelta.

Ni una sola montaña rusa, ni un solo rascacielos, solo la suma de pequeños momentos que convierten una relación superficial en una verdadera amistad.

A Mike le cuesta llorar porque empezó a inyectarse bótox antes de que se dominara la técnica y tiene bloqueados los lagrimales. Pero sabe que las lágrimas están ahí y las recibe de buen grado. Esas lágrimas existen por la sola razón de que Bethany existió también.

¿De verdad puede confiar en ese Club del Crimen de los Jueves? Tiene la extraña sensación de que lo están manipulando, pero de una forma tan agradable que quizá de momento no abandone el barco. Solo para ver de qué son capaces esos cuatro.

Congela la imagen que tiene delante. La cara de Bethany. No elige una sonrisa o una carcajada. La congela en un gesto de serena determinación, mirándolo directamente a los ojos. Echa un vistazo al código en la pantalla y ve que es de una semana antes de su muerte.

Cuando vuelve la vista atrás es como si todo estuviera escrito. Mientras contempla el rostro de Bethany, Mike sabe que una semana más tarde estará muerta. Se acerca a la pantalla y observa sus ojos. ¿Sabían esos ojos lo que iba a ocurrir? Mike juraría ahora que sí. ¿En qué embrollo se había metido su amiga?

La puerta de la sala de edición se abre.

—Imaginaba que estarías aquí —dice Pauline, entrando con dos

tazas de té.

—Solo quería hacer memoria —contesta él—. Recordar que Bethany fue una persona real y no solo una noticia.

La maquilladora asiente.

—Sé que la querías.

—Podría haber hecho lo que se propusiera, ¿no crees? —comenta Mike—. Tenía tanta ambición y tantas ideas...

—Nos habría dejado atrás, ¿no? —dice ella.

—Y bien que habría hecho —repone él—. ¿Te acuerdas de esas notas que recibía? «Nadie te quiere aquí.» En su mesa, en el parabrisas, todo eso.

Pauline niega con la cabeza.

—Te he preparado un té.

—Gracias. ¿Qué crees que pasó? Me refiero a qué pasó de verdad.

Ella le da una palmada en la mano.

—Sabes que es posible que nunca lo averigües, ¿no? ¿Sabes que debes aceptar esa posibilidad?

Mike vuelve a mirar la cara de Bethany en el monitor. Escudriña sus ojos. Claro que lo averiguará.

Pauline abre su bolso.

—¿Vemos más vídeos juntos?

El presentador asiente.

Ella saca un Twix y lo deja junto al té de Mike.

16

Las reclusas en prisión preventiva de la cárcel de Darwell suelen estar encerradas en sus celdas hasta veintitrés horas al día. Connie Johnson piensa en lo inhumana e improductiva que es esa medida al pasar junto a la hilera de puertas cerradas a cal y canto en su último paseo del día.

Uno de los guardias se quita la gorra en su honor al verla en la pasarela de acero camino de la celda de Heather Garbutt. El eco metálico de sus mocasines Prada recorre la inmensa galería.

Connie llama con los nudillos y, sin esperar respuesta, abre de par en par la puerta de la celda. Es la Heather que imaginaba. Pelo oscuro con algunas canas, cutis fofo y pálido, pero nada que no pueda arreglarse con un poco de bótox. Connie conoce a alguien que podría pasarse y echarle un vistazo a esta mujer si es necesario.

Heather Garbutt, sentada en una silla de plástico junto a una mesa metálica, levanta la vista y le dirige una mirada triste. No hay asombro ni sorpresa en su gesto. Connie sabe que en la vida de una reclusa abundan los visitantes inesperados y las interrupciones inoportunas. En la vida de una reclusa del montón, por lo menos. Connie tiene un timbre en su celda.

—No tengo dinero —dice Heather—. No tengo tabaco. No creo que tenga nada que pueda interesarte.

Connie se sienta en la cama inferior de la litera.

—¿Necesitas dinero? ¿Necesitas tabaco? Puedo conseguírtelo.

Heather intenta calarla, aunque Connie sabe que no es nada fácil. En un primer encuentro, la gente siempre cree que Connie es una mujer simpática. Divertida, incluso. Pero Heather lleva el suficiente tiempo en la cárcel para olerse que también es peligrosa. Por ello, se muestra cauta, y Connie no se lo reprocha en absoluto. Ella estaría aterrorizada en la piel de Heather.

—No necesito nada, gracias. Solo un poco de paz y tranquilidad.

—Me marcharé enseguida. ¿Qué estabas escribiendo? —pregunta

Connie señalando la mesa con la cabeza.

—Nada —dice Heather.

—Me llamo Connie Johnson —se presenta. Se pone de pie, se coloca detrás de Heather y empieza a masajearle los hombros—. Una amiga leal, una enemiga formidable, pero estás de suerte, porque tú y yo vamos a ser buenas amigas. Te noto muy tensa, por cierto.

—Por favor, no tengo nada. —Si Heather pudiera achicarse todavía más en la silla, desaparecería sin dejar rastro.

Connie abandona el masaje y vuelve a situarse en el centro de la celda.

—Todas tenemos algo, Heather. A ti te enchironaron por fraude, ¿no? Diez años. Debió de ser un fraude de los gordos.

—Lo fue —afirma Heather.

—¿También te obligan a devolver el dinero? ¿A cambio de una reducción de un par de años? ¿Ley de Activos Criminales?

—Me lo pidieron, sí —confirma Heather—. Pero no había activos.

—Claro —responde Connie riéndose—. Pero no tardarás en salir, ¿no?

Heather asiente.

—Seguro que estás contenta...

—Lo estoy cuando cierran mi puerta con llave por la noche —dice Heather.

Connie echa un vistazo a la celda. No hay fotos de familiares en la pared. Algunos libros de la biblioteca de la cárcel sobre su mesa. Uno se titula *Pequeños placeres*, con unas naranjas en la cubierta. Se acuerda de la pantalla plana que tiene en su celda. Y del minibar.

—Eres la alegría de la huerta, ¿eh? —dice—. Pero creo que puedo animarte un poco. ¿Qué te apetece? ¿Chocolate? ¿Hombres? ¿Alcohol? Puedo conseguirte lo que quieras.

—Connie, lo que quiero es que me dejen tranquila —replica Heather—. ¿Puedes conseguirlo?

—Por supuesto que sí. Dejaré de incordiarte en un minuto. Solo necesito que respondas a una pregunta.

—¿Dónde escondí el dinero?

—No, no dónde escondiste el dinero —contesta Connie—. Aunque, ya puestos, ¿dónde está?

—No hay dinero —asegura Heather—. Por eso sigo aquí.

Connie asiente.

—No te desvías ni una coma de tu historia, chica. Bravo por ti. No. La pregunta que quiero hacerte es la otra, Heather.

Ella mira al suelo.

—No.

—Alegra esa cara, vamos. Somos un equipo. Mírame.

Heather levanta la mirada.

—Heather, ¿mataste a Bethany Waites?

—No puedo hablar de eso contigo.

—¿Eso quiere decir que la mataste o que no?

—Quiere decir que no puedo hablar sobre el tema. Y ya te vale preguntármelo.

Connie observa a Heather Garbutt, que ha vuelto a bajar la mirada al suelo y tiene los hombros caídos. ¿Por qué no consigue seducir a esa mujer? No hay nada que enfurezca más a Connie que alguien que se resiste a sus armas de seducción. No lo va a tolerar. Connie rompe a llorar y, con ello, consigue que Heather levante una vez más la vista.

—Por favor, no llores aquí —pide Heather—. Ya he visto bastantes lágrimas.

—Lo siento —dice Connie mientras procura enjugarse las lágrimas—. Es que me recuerdas mucho a mi madre. Y la perdimos el año pasado.

Heather la mira, mueve la cabeza de manera casi imperceptible y se encoge de hombros.

—No mientas con esas cosas, Connie.

Ella deja de llorar de inmediato y suspira.

—De acuerdo, no tenemos por qué ser amigas, pero me han encargado un trabajo y pienso hacerlo. Cuéntamelo y habremos terminado. Bethany Waites era periodista, había descubierto lo que estabais haciendo, que era ganar millones desde un bonito despacho sin dar un palo al agua. La mujer iba a hacerlo público y de pronto alguien tira su coche por un acantilado. ¿Tú qué pensarías?

Heather se encoge de hombros mínimamente.

—Vamos —dice Connie—. La mataste tú...

—No.

—O conoces a quien lo hizo...

Connie se percata de que Heather no responde a esa pregunta.

—¿Sabes quién mató a Bethany? ¿Estás protegiendo a alguien?

—Por favor —suplica Heather en voz baja—. Esto es peligroso.

—Conmigo estás segura, princesa —asegura Connie—. ¿Por qué ibas a proteger a alguien? ¿Te están chantajeando? ¿Sabes que podría cargarme a ese alguien y asunto resuelto?

Heather guarda silencio un buen rato. Luego se pone de pie, se acerca a la puerta de la celda y la abre. Asoma la cabeza al pasillo y llama al guardia a gritos.

—¡Señor Edwards! Hay alguien en mi celda. Me están amenazando.

Connie oye que el hombre sube por la escalera metálica. Heather regresa despacio al interior de la celda y vuelve a sentarse.

—Lo siento —dice—. Voy a pedirte que salgas.

Los pasos llegan a la puerta y aparece el guardia.

—Vale, vamos a acompañarte de vuelta a tu... Oh, Connie, eres tú.

—Hola, Jonathon. Solo estaba haciéndole una visita a mi amiga Heather.

—Pues me parece muy bien —indica Jonathon—. Voy a cerrar la puerta para que tengáis un poco de tranquilidad.

El guardia cierra al salir y Connie se vuelve hacia Heather.

—Oye, valía la pena intentarlo. Solo quiero que me lo digas, Heather. Tiene toda la pinta de que lo hiciste tú. Pero al mismo tiempo no me parece que seas una asesina. Y no encontraron ninguna prueba. Entonces ¿en qué quedamos? ¿Lo hizo tu jefe? ¿Jack Mason? Lo conocí en una fiestecilla. Alguien intentaba apuñalarlo en un aparcamiento.

Heather piensa un buen rato.

—Quedará entre tú y yo, Heather —trata de persuadirla Connie, poniéndole una mano en el hombro—. Nadie se enterará jamás. ¿A quién estás protegiendo? ¿Es a Jack Mason? ¿Te da miedo?

—Has dicho que te habían encargado un trabajo, ¿no?

Connie asiente.

—¿Quién?

—Nadie de quien debas preocuparte.

—Yo decido de quién debo preocuparme —replica Heather. A Connie le gusta el desplante. Por fin está demostrando un poco de nervio.

—Ahí le has dado. Tienes razón. Escucha, Heather. Soy una

persona muy difícil.

Heather asiente.

—Y volveré a pasar por aquí todos los días de tu condena hasta que me lo cuentes. ¿Quién mató a Bethany Waites?

—La respuesta será siempre la misma.

—No tengo prisa. Y la próxima vez te traeré algo. ¿Un Kit Kat? ¿Una Coca-Cola Zero? ¿Una pistola?

Heather esboza una primera sonrisa. «Vamos mejorando —piensa Connie—. Por fin.»

—Me gusta hacer calceta —comenta Heather—. Tengo un ahijado que acaba de ser padre. Me gustaría tejerle algo al bebé, pero...

—Pero no se fían de darte unas agujas de punto, ¿no? No los culpo. ¿Niño o niña?

—Niño —dice Heather—. Lo han llamado Mason, figúrate.

—Te traeré un par enseguida, lana azul y todo lo demás —afirma Connie—. Y mañana vemos cómo te las arreglas.

—Gracias —dice Heather—. Me cuesta confiar en la gente. Necesito tiempo.

—Bueno, te diría que nunca confíes en mí, pero si algo nos sobra a las dos es tiempo —repone Connie—. Seguiré pasándome a verte. No me gusta dejar las cosas a medias.

Acto seguido, se pone de pie para marcharse. Le tiende una mano y Heather se la estrecha.

—Tengo muchas ganas de volver a verte, Connie —comenta Heather—. Aunque no te contaré lo que quieres saber.

—Eso ya lo veremos, preciosa —contesta ella, y se despide guiñándole el ojo discretamente.

17

Jueves. La sala de los puzles.

—Pero tuvisteis las luces apagadas toda la noche —dice Joyce.

—No montes el número —le suelta Elizabeth. Ya le contará lo del secuestro cuando haya decidido el plan para ocuparse del vikingo. Hasta entonces, el asesinato de Bethany Waites es una distracción muy bienvenida.

—No estoy montando el número —replica Joyce—. Solo digo que es raro. ¿Stephen está bien?

—Celebramos una velada romántica en casa. En el cuarto de baño, a la luz de las velas. Y nos acostamos temprano.

Joyce no se lo traga, pero Elizabeth cree que de momento servirá para mantenerla a raya. Al final tendrá que contárselo. En fin, manos a la obra.

—Bien, ¿qué noticias nos traes, Waghorn?

Mike Waghorn y Pauline se han reunido con ellos en la sala de los puzles. Pauline vuelve a llenarle la copa al presentador.

—Solo una cosa que recordé el otro día —dice Mike—. Alguien empezó a dejarle notas a Bethany. En realidad, parecían una chiquillada. Seguramente no tiene importancia.

—Acoso.

—No soporto a los acosadores —comenta Ron.

—¿Y averiguaste quién se las enviaba? —pregunta Ibrahim.

—No. Bethany se las tomaba a guasa —responde Mike—. Me escribió unos cuantos mensajes sobre ello, pero nunca llegamos al fondo del asunto.

—¿Todavía conservas los mensajes de Bethany? —pregunta Elizabeth.

—Desde luego —asiente él—. Nunca los borraré.

—Creo que yo haría lo mismo —dice Joyce—. Gerry consiguió una vez que publicaran una carta suya en *Radio Times*. Guardo la revista como oro en paño.

Mike está mirando su móvil.

—Era sobre *Cagney & Lacey* —continúa Joyce—. Lo que no era nada propio de él.

Mike ha encontrado los mensajes de Bethany. Los lee en voz alta:

—«Otra nota hoy, capitán. Me la he encontrado en el bolso: "Si no te vas tú, yo haré que te vayas".» Siempre eran cosas así: «Márchate. Todo el mundo te odia». Cosas de patio de colegio, pero nunca se sabe. Y en su momento no se me ocurrió contárselo a la policía.

—¿Crees que pudo ser Fiona Clemence? —pregunta Joyce—. Espero que no.

—Pauline, ¿tienes alguna idea? —tercia Elizabeth.

—Ni siquiera me acordaba de las notas —contesta ella.

Joyce apoya la mano sobre el brazo del presentador.

—¿Un poco más de vino, Mike?

—Sí, por favor —contesta él, y Joyce le llena la copa.

—Chico, luego das las noticias, ¿no? —dice Ron.

—Con tres copas de vino no tienes ni para empezar si lo que quieres es que Mike no presente las noticias —señala Pauline—. Haz tu número, Mike.

Él se pone derecho en la silla y mira a Ron a los ojos.

—Cambiando de asunto, las maniobras militares continúan en Bosnia Herzegovina, mientras el portavoz del movimiento secesionista serbio ha entablado conversaciones con varios mediadores con intereses en la zona.

Ron levanta la copa.

—Este chico sabe encajar una copa.

—Gracias, Ronald —responde Mike.

—Lo he entrenado a base de bien —indica Pauline.

—Bueno, ya veo que todos somos fantásticos —tercia Elizabeth —. Pero me gustaría continuar. Repasemos lo que sabemos hasta ahora.

La sala de los puzles ha recibido recientemente una mano de pintura. O una de sus paredes, por lo menos. Lo llaman *pared con personalidad* y es de color azul huevo de pato. Fue idea de Joyce: vio a alguien hacerlo en televisión y luego lo propuso a la Comisión de Instalaciones Recreativas. Hubo algunos reparos, tanto por el coste como por la estética, pero Elizabeth podría haberles dicho que no

perdieran el tiempo discutiendo. Si Joyce quería una pared con personalidad, tendría una pared con personalidad.

La pared, que en realidad ha quedado bastante bonita, está cubierta de fotografías y documentos. Han colgado retratos de Bethany Waites y de los restos de su coche al pie del acantilado de Shakespeare. También hay imágenes de baja resolución obtenidas de las grabaciones de distintas cámaras de videovigilancia. Las fotos están rodeadas de documentos financieros y de cronogramas meticulosamente reconstruidos que Ibrahim ha mandado imprimir y plastificar. Antes colocaban este tipo de documentación sobre la mesa de puzles, pero Joyce ha descubierto hace poco unos ganchitos adhesivos que se pueden pegar y despegar de la pared sin dejar marcas. Elizabeth lo prefiere así. Le recuerda a la «sala de incidentes graves», un sitio en el que pasó muchas horas felices.

—Por motivos de su solo conocimiento o del de su asesino —dice Elizabeth—, Bethany decide salir de su apartamento. La cámara del portal de su edificio la detecta a las diez y cuarto de la noche y, unos minutos después, vemos pasar su coche frente al edificio.

—El coche parece desaparecer a continuación —prosigue Ibrahim —. Se pierde todo rastro del mismo durante varias horas, hasta que aparece de nuevo a las dos y cuarenta y siete de la madrugada, a un kilómetro y medio más o menos del acantilado de Shakespeare.

—Es decir, ha tardado más de cuatro horas en realizar un trayecto en coche de cuarenta y cinco minutos —añade Elizabeth.

—Lo que nos indica —apostilla Ibrahim— que debe de haber parado en algún punto del camino. Para encontrarse con alguien, hacer algo, quizá morir. Y cuando las cámaras de videovigilancia vuelven a detectar el coche cerca del acantilado, en su interior se advierten dos personas, no una.

—Muy borrosas —interviene Pauline—, a decir verdad.

—A la mañana siguiente —continúa Elizabeth, al tiempo que toma nota mental de la intervención de Pauline—, el coche de Bethany aparece al pie del acantilado. Su cuerpo ya no está en el interior del vehículo, lo que no resulta en absoluto sorprendente. Una vez tuve que empujar un Jeep con un cadáver en el asiento delantero para tirarlo a una cantera. El cadáver salió despedido casi de inmediato.

—¿Por qué tuviste que empujar un...? —empieza a preguntar

Mike.

—No tenemos tiempo, Waghorn. Lo siento —lo interrumpe Elizabeth—. Los alumnos de Francés Oral pondrán el grito en el cielo si tardamos un minuto más de la cuenta en dejar libre la sala. El coche terminó convertido en un amasijo de hierros, pero en su interior se encontraron restos de la sangre de Bethany Waites y varios fragmentos de la ropa que llevaba la última vez que se la vio con vida. Una chaqueta de pata de gallo y unos pantalones amarillos.

—Bueno, ahí tenemos otro detalle —dice Pauline—. ¿A quién se le ocurre combinar una chaqueta de pata de gallo con unos pantalones amarillos?

Elizabeth echa una mirada a la maquilladora. Ya van dos intervenciones.

—Su cadáver no fue encontrado —añade Ibrahim—. En condiciones normales, la marea lo arrastraría a la costa al cabo de un tiempo, pero no siempre ocurre así. Sus tarjetas y sus cuentas bancarias no se tocaron desde entonces, y tampoco constan movimientos llamativos en sus cuentas con anterioridad al incidente. No estaba guardándose un dinerillo para desaparecer.

—El secreto podría estar en los extractos bancarios de Heather Garbutt —propone Elizabeth—. Tendremos más datos en cuanto hayamos hablado con nuestra consultora.

—Cuando dice «consultora», se refiere a mi hija —tercia Joyce.

—Y hasta aquí hemos llegado más o menos —concluye Elizabeth.

—¿Has tenido noticias de Connie Johnson? —pregunta Ron a Ibrahim.

—Nada que nos sirva de momento —responde él—. Me dijo no sé qué sobre hacer calceta, pero su conexión wifi falla bastante. Ha presentado una queja al ministerio.

Alguien llama a la puerta. El grupo de Francés Oral que usará la sala de los puzles después de ellos ha llegado antes de tiempo. Elizabeth decide cantarles las cuarenta.

18

Chris y Donna están estudiando un mapa de Fairhaven en la pared del Centro de Coordinación.

Hay una chincheta en el mapa que indica el apartamento de Bethany, y otras que señalan las ubicaciones de las cámaras de videovigilancia cuyas grabaciones se analizaron la noche de su muerte. Su coche no activó ninguna cámara hasta llegar a las inmediaciones del acantilado de Shakespeare. Están intentando trazar su ruta desde Fairhaven para ver dónde pudo haberse detenido. Después de salir de Fairhaven era bastante fácil seguir una ruta sin cámaras. Solo había que tomar carreteras secundarias. Pero ¿dentro de la población? Era mucho más difícil.

¿Dónde diablos estuvo durante esas horas en las que no dejó rastro? ¿Y con quién se vio?

—Es imposible —dice Chris—. Hay muchísimas cámaras en Fairhaven, y Bethany solo pudo haber tomado Rotherfield Road o Churchill Road. No hay más caminos que lleven del pueblo al acantilado de Shakespeare.

En teoría, deberían estar investigando la muerte del hombre que apareció en el microbús calcinado, pero aún no les ha llegado el informe forense, así que han pensado que quizá podrían dedicar la mañana a echar un vistazo al caso de Bethany Waites. Además, Elizabeth se lo ha pedido. Y Elizabeth tiene acceso a muchísimos recursos, pero no a la ubicación exacta de cada cámara en Fairhaven.

Donna empieza a trazar una ruta desde el apartamento de Bethany evitando las cámaras. Cada vez que debe doblar una esquina, encuentra una. Es como un laberinto, pero sin salida.

—¿Y todas las cámaras funcionaban?

—Para variar, sí —dice Chris.

—Haga lo que haga —dice Donna deslizando un dedo por el mapa—, no consigo pasar de Foster Road. Bethany tuvo que ir por esa carretera, pero no puedo salir de ella ni a izquierda ni a derecha sin

encontrarme con una cámara. ¿Cómo lo hizo?

Chris va a su ordenador y abre Google Street View para echar un vistazo a Foster Road.

—Vamos a ver si hay algún atajo que no salga en el mapa.

Avanzan por Foster Road. Es una zona en gran medida residencial, con enormes bloques de pisos y algunas casas victorianas adosadas, además de una pequeña serie de comercios. No ven ninguna vereda entre casas.

—Párate aquí —pide Donna. Coge el ratón y hace rotar la imagen. Aparece un gran bloque de pisos moderno llamado Juniper Court. A la izquierda del edificio hay una rampa que conduce a la reja de un aparcamiento subterráneo—. Deberíamos comprobar si hay una salida por el otro lado del edificio —dice. Hace clic en las flechas y avanza por Foster Road, toma Rotherfield Road, pasa frente a la cámara de seguridad y luego dobla a la derecha para enfilar por Darwell Road, que discurre por la parte trasera de Juniper Court.

—Eres muy espabilada con estas cosas —señala Chris.

—Me he tirado un montón de horas en la página web de la inmobiliaria Rightmove —responde ella—. Mirando casas que no puedo permitirme.

Y ahí está. La parte trasera del bloque de pisos. Otra rampa que lleva al subterráneo, pero en esta ocasión con un letrero en el que se lee: PROHIBIDO EL PASO. Es la salida del aparcamiento.

—Si Bethany pasó por el parking, pudo doblar a la derecha por Rotherfield Road —indica Chris—. Las cámaras no la habrían visto. Es la única forma.

—Una de dos —dice Donna—. O intentó evitar las cámaras a propósito, lo que es improbable, dado que no sabría dónde estaban todas...

—O...

—O... —continúa Donna— la persona con la que se citó esa noche vivía en Juniper Court.

—Y podría ser el asesino que buscamos —remata Chris.

—Así pues, Bethany sale de su edificio a las diez y cuarto, conduce cinco minutos hasta llegar a Foster Road y mete el coche en el parking de Juniper Court. Unas horas después...

—Acompañada de otra persona en su coche...

—Sale del parking por Darwell Road, dobla a la derecha por

Rotherfield Road y se dirige al acantilado de Shakespeare.

—Somos unos genios —dice Chris—. Vamos a hacer una excursión a Juniper Court para ver quién vive allí.

—Me parece muy...

La puerta se abre y entra el inspector Terry Hallet con una hoja de papel en la mano.

—He pensado que esto podría interesarte, jefe —dice Hallet—. Teniendo en cuenta por quién me preguntaste el otro día.

Le muestra la hoja a Chris. De momento, Juniper Court tendrá que esperar. Chris mira a Donna.

—Cambio de planes. Vamos a ver a unos viejos amigos nuestros.

19

—Qué sorpresa más agradable —dice Joyce mientras invita a Chris y a Donna a pasar a la sala de los puzles—. Pero qué buen aspecto tenéis.

—Hola a todos —saluda Chris.

—Tenemos vino y galletas —anuncia Joyce—. Tinto para las galletas Bourbon de chocolate y blanco para las Pim's de mermelada.

—No hay Jammie Dodgers, aunque las he pedido —comenta Ron.

—Ahora no, Alan —dice Donna. El perro se ha encariñado con ella.

Chris saca una silla y Donna lo imita.

—Pero qué cara traes, inspector jefe —señala Ibrahim—. Te veo muy preocupado.

—Tenemos que hablar seriamente —contesta Chris—. Un momento, ¡usted es Mike Waghorn!

—Me confieso culpable —responde Waghorn, tendiendo con jovialidad las muñecas para que lo esposen.

—¿Cómo es que conoce a estos...? —empieza a decir Chris—. No, no se moleste. Claro que los conoce.

Ron coge una galleta Pim's de mala gana.

—¿Has trabajado alguna vez en la tele, Chris? —pregunta Mike —. Tienes unos pómulos estupendos para la pantalla.

—Yo... Eh... No, nunca —contesta Chris.

—Déjalo de mi cuenta —dice Mike.

—Eh... Por supuesto —concede Chris al tiempo que se quita la chaqueta y la coloca sobre el respaldo de una silla—. ¿De verdad?

Mike asiente.

—Y un pelazo.

Chris vuelve a concentrarse en el asunto en cuestión.

—Tenemos que hablar seriamente.

—¿Hablar seriamente sobre qué, Chris? —inquiere Elizabeth—. Disponemos de siete minutos y medio.

—Están ustedes investigando la muerte de Bethany Waites —

comienza Donna.

—Sí, pero solo estamos tanteando el terreno —matiza Elizabeth —. Con vuestra ayuda.

Chris los va mirando de uno en uno.

—¿Y también están haciendo averiguaciones sobre Heather Garbutt?

—No exactamente —dice Ibrahim—. Solo una pequeña pesquisa. Como sabes, está en la cárcel.

—¿Y no deberían contarme nada más?

—Nada más —niega Ibrahim.

—Por el amor de Dios, Chris —salta Elizabeth—. ¿Por qué tengo la sensación de que nos estás regañando? Diría que ya oigo a la clase de Francés Oral en la escalera, y te garantizo que no te conviene hacerlos esperar.

Chris se toma un momento para serenarse.

—Esta mañana, a las seis, han hallado muerta a Heather Garbutt en su celda —anuncia Chris.

Los cuatro jubilados intercambian miradas de horror. Pauline pone la mano sobre el brazo de Mike.

—Han encontrado una nota de suicidio —explica el policía—. En uno de los cajones de su escritorio.

—¿Suicidio? —repite Joyce—. ¿Por qué iba a...?

Donna echa un vistazo a su libreta.

—La nota dice: «VAN A MATARME. CONNIE JOHNSON ES LA ÚNICA PERSONA QUE TODAVÍA PUEDE AYUDARME».

Segunda parte
Brindemos por los nuevos amigos

20

—Siento decirle que nuestros sistemas no indican ningún fallo técnico en su zona, así que no puedo hacer mucho por usted.

Viktor Illyich asiente.

—Lo entiendo, lo entiendo, pero aun así la televisión sigue sin funcionar. De modo que ya ves la situación en la que me encuentro.

El joven al otro lado de la línea empieza a perder la paciencia y es evidente que ya ha tenido suficiente de ese tira y afloja intelectual.

—Intento decirle, señor Ill..., señor Ill...

—Illyich —dice Viktor.

—Sí, como usted quiera —replica la voz—. Trato de decirle que, según consta en nuestro sistema, su servicio funciona correctamente. Por eso no puedo enviarle un técnico hoy mismo.

—¿De verdad que no? —pregunta Viktor—. ¿Hoy no tendré tele?

Esa noche dan el concurso de repostería *¡Pasteles!*, y es la semifinal. Viktor contempla el paisaje de Londres que se extiende ante unos ventanales que van del suelo al techo. Él puede ver el exterior, pero nadie puede ver el interior de su casa, lo que es motivo de gran satisfacción para un viejo espía.

—Me temo que no, caballero. Sin embargo, si se conecta a la app de Virgin Media...

—No tengo la aplicación —reconoce Viktor—. Y supongo que entenderás que yo no trabajo para Virgin Media. Os pago para que hagáis vuestro trabajo.

—Entendido, entendido —responde la voz—. También puede hacerlo online. Inicie la sesión en su cuenta, busque la página «Pedir cita con un técnico» y elija la fecha que le convenga.

—De acuerdo. La fecha que me conviene es hoy —dice Viktor, y se vuelve hacia la terraza.

Desde su ático puede ver la piscina suspendida entre dos edificios. Causó un buen revuelo cuando la inauguraron. ¿Una piscina flotando en el aire? ¿En qué cabeza cabe? Viktor no la usa a menudo.

Ahora mismo la única persona que hay en la piscina es una princesa saudí. Está haciéndose una foto. En realidad, nadie se baña. El agua está demasiado fría.

—Como le venía diciendo, caballero —prosigue la voz—, hoy es imposible.

—Imposible es mucho decir —replica Viktor subiendo las piernas al sofá para ponerse cómodo.

Cuando Viktor trabajaba en el KGB, tenía un apodo: *la Bala*. Si había que interrogar a alguien, el protocolo básico consistía siempre en enviar a dos agentes. «Poli bueno, poli malo», lo llamaban en el Reino Unido. Por lo general obtenían lo que necesitaban. A veces, recurrían a la tortura, aunque Viktor nunca fue partidario de esos métodos. La tortura no servía de nada. Evidentemente, la gente hablaba, pero no había forma de saber si decían la verdad. Casi todo el mundo hablaba para conservar los dientes, las uñas, para ahorrarse los electrodos.

—Sí, bien, lo entiendo...

Pero en otras ocasiones el interrogado no soltaba prenda, no claudicaba a pesar de todo lo que le hicieras. Por más que intentaras quebrar su resistencia. Y en esas ocasiones se llamaba a Moscú para reclamar la presencia de la Bala. Viktor tenía un talento especial. Había algo en él que lo hacía diferente.

—Soy una persona mayor —explica—. Vivo solo. —Se sirve una copa de brandy.

—Me hago cargo, caballero, pero eso no...

—¿Y los ordenadores? La verdad es que no entiendo demasiado. —Viktor fue el primer ruso que hackeó las unidades IBM del Pentágono.

—El sistema es muy sencillo; puedo acompañarlo en el proceso si tiene su ordenador a mano.

La técnica de Viktor siempre era la misma. Entrar en el cuarto, sentarse, charlar. Trabar una relación, quizá limpiar un poco la sangre, encenderse un cigarrillo y encontrar un consenso.

—Hablas como mi hijo Aleksandar —dice Viktor.

Nunca se casó, nunca tuvo hijos, aunque el KGB lo incentivaba. Les gustaba que tuvieras una familia, algo con lo que poder apretarte las clavijas, algo con lo que mantenerte en Rusia si alguna vez tenías la tentación de descarriarte. Pusieron a muchas mujeres en su camino.

Divertidas, valientes y guapas. Pero la vida de Viktor estaba hecha de mentiras y el amor no brota entre las mentiras. Si no había amor de por medio, a Viktor no le interesaba. Y ahora ya se le había pasado el arroz. Era demasiado tarde.

—¿Tienes veintiún años? ¿Veintidós? ¿Cómo te llamas?

—Mmm... Me llamo Dale —responde la voz—. Tengo veintidós años. ¿Quiere que le vaya explicando los pasos mientras lo hace?

—¿Has terminado la universidad, Dale? ¿O quizá no has ido a la universidad? —pregunta. A Viktor le cae bien la gente. Le desea lo mejor a todo el mundo. En estos tiempos se considera una flaqueza, pero, a lo largo de los años, ha sido su principal baza.

—Yo... estuve en la uni, pero dejé los estudios —confiesa Dale.

—¿Te sentías solo? —inquiere Viktor. Percibe la soledad en su voz—. ¿Quizá te costaba hacer amigos?

—Eh... Tengo que terminar esta llamada en menos de cinco minutos o darán parte —dice Dale.

—Siempre hay un parte —replica Viktor—. Yo he redactado muchísimos y al final nadie los mira. Bueno, volviendo a la uni..., ¿no tenías amigos? Yo también era muy tímido a tu edad.

—Bueno, supongo que no —dice Dale—. No sabía ni por dónde empezar. Lo pasaba mal. ¿Está en la página web?

A veces entrabas en un cuarto y encontrabas a un joven derrumbado en una silla, con la camisa ensangrentada, los ojos tan hinchados que parecían cerrados, y no te quedaba otra que intentar trabar una relación. Todo interrogatorio es una conversación, y para que haya una conversación son necesarias dos personas. Si quieres algo, no puedes tomarlo por la fuerza. Debes permitir que el otro te lo dé.

—A mí me pasaba lo mismo, aunque de eso hace muchísimos años —explica Viktor mientras mira por el ventanal. La princesa saudí ya no está en la piscina. Ahora hay un joven observando el agua. Viktor lo reconoce: el hombre tiene un programa en la radio y una vez lo ayudó con las maletas. Le cae bien y un día intentó escuchar su programa. No era para él, pero aun así no pudo reprocharle la falta de entusiasmo. Un oyente llamó al programa y se llevó mil libras por acertar la capital de Francia. Y había tres opciones—. Piensas que todas las personas que te rodean conocen el secreto de la vida. Y que esa lección te la perdiste en algún punto de tu camino.

—Es verdad —admite Dale—. ¿Está en la página web, caballero? Puedo guiarlo durante...

—Todavía puedo percibirlo, Dale. Esas personas que saben cómo vivir. Saben bailar, saben qué ropa ponerse, cómo cortarse el pelo. Yo no soy así. ¿Lo eres tú?

—No —responde el joven.

—Pero al final lo superas —añade Viktor—. Lo superas y terminas convirtiéndote en la persona que eres. Eras un chico y ahora tienes que ser un hombre. Y no es fácil.

—Exacto —afirma Dale—. Mi padre se marchó de casa y, bueno..., a partir de ese día siempre me sentí solo. Hacíamos un montón de cosas juntos.

—Nadas solo, Dale. Todos nadamos solos. Y tienes que seguir nadando hasta que llegues a la orilla opuesta. No puedes dar media vuelta y volver.

—Ojalá pudiera.

—No hay alternativa, Dale. Imagino que no quieres trabajar de teleoperador hablando con viejos como yo, ¿no?

—No —admite él—. Sin ánimo de ofender.

Viktor suelta una risita, aguda y tintineante.

—Descuida. ¿A qué te gustaría dedicarte?

—No lo sé.

—Claro que lo sabes —replica Viktor.

—Igual me gustaría trabajar con animales —dice Dale.

—Entonces eso harás —decide Viktor—. Trabajarás con animales. Pero es posible que tengas que esperar un poco. Es posible que tengas que dedicarte a esto durante una temporada. Esperar a que todas tus piezas vayan encajando y se asienten.

—¿Usted cree? —pregunta Dale—. Tengo la impresión de haberla pifiado.

—Eres joven —señala Viktor—. Y por tu voz diría que eres inteligente y bueno. Según vayan pasando los años, comprobarás que la gente necesita a alguien que sea inteligente y bueno, no a alguien que acierte con su corte de pelo.

—Así que solo tengo que...

—Ser paciente y dispensarte la misma bondad que muestras hacia los demás. Es difícil y requiere tiempo, pero, si practicas, verás que vas mejorando... En fin, ¿me guías por la página web y vemos cuándo

puedo conseguir que venga un técnico?

Hay un silencio alentador al otro lado de la línea.

—Escuche. En realidad no debería hacerlo, pero puedo poner un aviso de «Intervención urgente» en su petición para que pase al primer puesto de la lista de espera.

—Oh, no quiero que te metas en un lío por mi culpa, Dale —comenta Viktor. Esa temporada, en *¡Pasteles!*, tienen a una concursante de Kiev que se llama Vera, así que el programa le interesa más si cabe.

—Se supone que solo podemos hacerlo si el cliente se encuentra en una situación médica vulnerable o es famoso. ¿Encaja en alguno de estos perfiles?

—En cierto modo, soy las dos cosas.

—De acuerdo —conviene Dale, y Viktor oye que pulsa unos botones—. El técnico llegará a su domicilio en menos de noventa minutos.

—Gracias, Dale —dice Viktor.

—No, gracias a usted —contesta Dale—. Gracias por escucharme.

Al final se trataba de eso. Las personas siempre intentaban contarte algo y lo único que tenías que hacer era dejar que hablaran.

—No hay de qué. Y buena suerte. Tienes toda la vida por delante.

Viktor cuelga. Se ve en el espejo. Esa cabeza calva, demasiado grande para sus hombros. Esas gafas de culo de botella, demasiado grandes para su cara. Una cara que ha aprendido a querer con el tiempo. Si estás descontento con tu cara, al final se te nota.

Oye el aviso de un e-mail entrante en su ordenador y se vuelve hacia el sonido.

Viktor tiene un sistema de alertas muy sofisticado. Un aviso para los correos habituales, desde luego, como el boletín de ese programa de jardinería que dan en la radio, *Turno de preguntas para jardineros*, o las ofertas de los supermercados Waitrose, y cosas por el estilo. Luego, tiene sonidos diferentes para sus distintos clientes. Para distintos niveles de urgencia. Ha tenido direcciones de correo únicas para, por ejemplo, un importante cliente colombiano o un kosovar impaciente. En total, Viktor ha tenido más de ciento veinte cuentas de correo, que iba cambiando sin cesar. Pero la alerta para cada cliente siempre era la misma.

También tiene un aviso concreto para una dirección de correo

que no ha dado a nadie. Es un control de seguridad, escondido en lo más profundo de la Dark Web. En realidad, se trata de un sistema de alerta temprana. Si alguien encontrase esa dirección de correo, Viktor sabría que su seguridad se ha visto comprometida, sabría que corre peligro.

La alerta para la dirección secreta de correo es un disparo. Una broma privada de Viktor. Un disparo para la Bala.

La alerta que suena en ese momento en el apartamento de Viktor Illyich es un disparo. Viktor se sube las gafas sobre el puente de la nariz.

Echa un vistazo a los rascacielos. ¿Qué? ¿Quién? En la piscina, el pinchadiscos de la radio se está haciendo un selfi.

Viktor se enciende un cigarrillo. Habría que observarlo detenidamente para detectar un ligerísimo temblor en su mano.

Abre el mensaje de correo. Hay dos fotos adjuntas.

21

Joyce

Heather Garbutt ha sido asesinada.

La defraudadora, no la jugadora de hockey.

La encontraron en su celda, donde le habían dado muerte de una forma harto desagradable. Chris no quiso entrar en detalles, pero hubo unas agujas de punto de por medio.

Dejó una nota en uno de sus cajones:

VAN A MATARME. CONNIE JOHNSON ES LA ÚNICA PERSONA QUE TODAVÍA PUEDE AYUDARME.

Parece decirnos dos cosas.

Heather ha sido asesinada. Pero ¿quién lo ha hecho y por qué? ¿Es una coincidencia que esto haya ocurrido inmediatamente después de que iniciáramos nuestra investigación?

Connie Johnson dispone de información. Pero ¿qué información?

Elizabeth propuso que Ibrahim volviera a la cárcel de Darwell y que esta vez fuera «un poco más concienzudo». Os podéis imaginar cómo se tomó Ibrahim el comentario.

Hay otra pregunta aquí, desde luego. ¿La persona que asesinó a Bethany Waites es también la responsable de la muerte de Heather Garbutt?

Ron dijo: «¿Y si la mató Connie Johnson?». Todos coincidimos en que, desde luego, habría tenido la posibilidad de hacerlo. Pero ¿cuál habría sido el móvil?

Da mucho que pensar. Y eso es justo lo que más nos gusta.

A Chris le hizo mucha ilusión conocer a Mike Waghorn y, cuando ya se marchaba, dijo: «Usted no se acordará, pero una vez le hice un test de alcoholemia. Iba limpio como una patena». Mike le dio las gracias por sus servicios.

Mañana haremos una reunión vía Zoom con Joanna para que nos diga si ha conseguido sacar algo de los extractos bancarios de Heather Garbutt, pero creo que también deberíamos echar un vistazo a esas notas que le enviaban a Bethany. Soy consciente de que parecían bastante inofensivas, pero así es como suelen empezar los acosadores. Un día te dicen «no le caes bien a nadie» y al otro te tiran por un

acantilado. Igual soy un poco melodramática, pero ¿entendéis a qué me refiero? Las cosas pueden salirse de madre muy deprisa.

En fin, ¿quién envió las notas? ¿Un amante celoso? ¿Alguien de la redacción? ¿Fiona Clemence?

A decir verdad, ¿no sería eso más divertido que un fraude con el IVA? Le pediré a Elizabeth que me deje investigarlo un poco. Me apuesto a que Pauline está al corriente de algunas historias de esa época, e interrogarla sería una forma agradable de conocerla un poco mejor. No digo que la cosa vaya a consolidarse, pero hoy Ron se ha puesto crema hidratante. Le quedaba un poquito detrás de la oreja. Primero la tarta *banoffee*, luego la crema hidratante... Me abstengo de hacer más comentarios.

Alan acaba de entrar golpeando el marco de la puerta con la cola. Viene con la lengua fuera. Sé que a veces atribuimos a nuestros perros más inteligencia de la que tienen, pero creo sinceramente que sabe que se ha cometido un asesinato.

22

—Mamá, tienes apagado el micro —indica Joanna.

—Dice que tenemos apagado el micro —le comenta Joyce a Elizabeth.

—Sí, ya lo he oído —responde esta última—. Ella no lo tiene apagado.

—Dale al botón del micrófono, mamá —insiste Joanna. Elizabeth piensa que Joanna ha estado a punto de poner una mueca de resignación. Suele perder la paciencia con su madre. A Elizabeth a veces le ocurre lo mismo.

—No entiendo nada —dice Joyce, buscando entre los botones de la pantalla el que activa el micrófono—. Con Ibrahim siempre funciona.

—Solo a veces —la corrige el aludido—. Siempre estás mirando de lado, por ejemplo.

—Deja que eche un vistazo —dice Ron. Mira la pantalla durante cuatro o cinco segundos y luego vuelve a sentarse—. No, esto me supera.

—Es ese dibujito de un micrófono, Joyce —dice Ibrahim, asomándose, mientras mueve el ratón del ordenador.

—Oh, es la primera vez que lo veo. ¿Nos oyes ahora? —pregunta Joyce.

—Ahora sí, mamá —contesta Joanna—. Aleluya. Hola a todos.

Los demás le devuelven el saludo. Elizabeth reconoce la sala de juntas de la empresa donde trabaja Joanna, con su mesa fabricada con un ala de avión y sus obras de arte abstracto carísimamente malas. También reconoce a Cornelius, el colega estadounidense de Joanna. Delante de él hay una pila enorme de papeles. Es la documentación bancaria del sumario.

—Hola a ti también, Cornelius —saluda Joyce—. Joanna me comentó que vas a casarte, ¿es verdad?

—No, mi mujer me ha dejado —la informa Cornelius—. Casi

aciertas.

—Ay, lo siento —repone Joyce—. Sabía que era algo así.

—Mamá, tenemos un cuarto de hora para vosotros —advierte Joanna—. ¿Empezamos?

—Claro —dice Joyce—. ¿Quieres saludar a Alan?

La boca de Joanna se mueve para formar la palabra «no», pero Elizabeth ve el esbozo casi inapreciable de una sonrisa en su gesto.

—Vale, pero que sea rápido —dice Joanna.

Joyce da una palmada en la mesa del comedor y Alan sube las patas, emocionado por lo que pueda ocurrir. Joanna y Cornelius lo saludan con la mano. Alan le da un lametazo a Ron.

—No des la lata, Al —lo regaña Ron, aunque Elizabeth se fija en que no lo aparta.

—Voy a arrancar yo —dice Cornelius, colocando las palmas de sus manos a ambos lados de la pila de papeles—. Os doy los titulares. La estafa ascendió a más de diez millones de libras en tres años, muy deprisa, y todo sin pagar un céntimo al fisco. El dinero termina en una sola cuenta, a nombre de Heather Garbutt. El dinero vuela en todas direcciones. A cuentas en Jersey, en las Caimán, en las islas Vírgenes Británicas, en Panamá, en todas partes.

—Pero ¿sigue a nombre de Heather Garbutt? —pregunta Joyce.

—No, nada está a su nombre —responde Cornelius—. Los titulares de esas cuentas son anónimos.

—Bueno, con la excepción de... —tercia Joanna.

—Sí, con una excepción —la interrumpe Cornelius—. Pero todo a su debido tiempo.

—Es la típica operación de blanqueo —explica Joanna—. El dinero se distribuye por todo el mundo en distintas cuentas, siempre en sitios donde puedes ocultar tus movimientos financieros. Empresas ficticias, directores anónimos. No esperéis que el nombre del asesino aparezca de pronto en estos papeles. Solo podemos buscar alguna pista.

Cornelius hojea algunos de los documentos.

—Voy a poneros unos cuantos ejemplos, de un solo mes de 2014. Ochenta y cinco mil libras abonadas a Hormigón y Áridos Ramsgate, sesenta mil a Holdings Financieros Masterson de Aruba, ciento quince mil a la firma Pura Construcción de Panamá, setenta mil a Valores Darwin en las islas Caimán.

—¿Y si investigamos esas empresas? —pregunta Elizabeth, aunque ya sabe la respuesta.

—Nada —contesta Cornelius—. Solo un domicilio social, sin cuentas a las que se pueda acceder. A menos que seas el mayor experto mundial en blanqueo de capitales, que no es mi caso.

—No te quites méritos —dice Joyce.

—Y ahí es donde se pierde la pista del dinero —añade Cornelius.

Elizabeth toma el mando de la situación.

—Así que hay un montón de cosas que desconocemos. Me parece bien que hayas empezado por ahí, pero esa pila de papeles es enorme, así que confío en que haya algunas cosas que sí sepamos.

—Siempre dando en el clavo, Elizabeth —dice Joanna, un comentario que Elizabeth sabe que no tiene otra intención que martirizar a su querida madre—. Hemos averiguado un par de cosas. El tribunal tuvo acceso a los movimientos bancarios de Heather Garbutt y, por lo que nos consta, la mujer no vio un penique de esos diez millones. No aparecen gastos extraordinarios, ninguna compra digna de mención. Heather no se cambia de casa, no cambia el coche, no hay cambios en su hipoteca. Si Heather Garbutt era la que blanqueaba el dinero, no gastó ni un penique.

—¿Y qué más tenemos? —pregunta Elizabeth. Justo en ese instante la distrae su móvil.

> He enviado las fotos a Viktor Illyich. Empieza la cuenta atrás. Dos semanas. Matarás a Viktor o yo mataré a Joyce. Tictac, tictac.

«Por favor, cada cosa a su debido tiempo —piensa Elizabeth—. Que estoy ocupada resolviendo un asesinato.»

Cornelius vuelve a tomar la palabra.

—En definitiva, es una operación muy hábil. Los fiscales no pudieron esclarecerla del todo en el juicio, y yo tampoco he podido. Pero cuanto más nos remontamos en el tiempo, menos sofisticada parece. Es lo habitual. Cuanto más dura la estafa, más aprenden los estafadores a esconder el dinero. Por eso, si estudias el principio de la operación, es más probable que encuentres algún fallo.

—¿Qué clase de fallo? —pregunta Ibrahim.

—Os cuento el más habitual —dice Cornelius—. Evidentemente, debes inventar nombres para todas las empresas ficticias. El error de

los novatos es elegir un nombre que tenga algún sentido para ti, por más tangencial que sea. Pues bien, los primeros pagos, que se realizaron al inicio de la estafa, se abonaron a una serie de cuentas en Jersey, a saber: Capitales Trident, Inversiones Trident e Infraestructuras Internacionales Trident.

—Hemos escarbado un poco más —interviene Joanna—. Y hemos descubierto otra registrada en Jersey, llamada Construcciones Trident.

—Y esa empresa es completamente legal —añade Cornelius—. Su información está a disposición del público.

—Construcciones Trident solo tenía un director —dice Joanna—. A ver si adiviná is quién...

—¡Heather Garbutt! —exclama Joyce levantándose de la silla.

—No, mamá —dice Joanna, y Joyce se desanima.

—Jack Mason —sugiere Ibrahim.

—Jack Mason —confirma Joanna.

—Así que el dinero pasa directo de la cuenta de Heather Garbutt a una cuenta que gestiona su jefe —tercia Ron.

—Que probablemente gestiona su jefe —matiza Joanna.

—Y luego desaparece para siempre —concluye Cornelius—. También es de destacar que, cuando Heather Garbutt vende su casa, el comprador es una de las empresas de Jack Mason.

—¿Jack Mason compró la casa de Heather Garbutt? —pregunta Elizabeth.

—Hay dos meteduras de pata más —indica Cornelius—. Muy al principio. Un par de pagos que se abonan a beneficiarios con nombre y apellido. Todo apunta a que son identidades falsas, pero insisto: si fueron descuidados, esas identidades falsas podrían darnos alguna pista sobre otros implicados en la estafa. Un pago por importe de cuarenta mil libras se abonó a «Carron Whitehead» y otro de cinco mil a «Robert Brown RML». Son las dos primeras transferencias de la cuenta. Pero, a medida que la estafa va creciendo, aprenden a no dejar ningún cabo suelto y ya no constan beneficiarios con nombre y apellido. Uno de los dos, ya fuera Heather Garbutt o Jack Mason, se dio cuenta de que era conveniente empezar a esconder mejor el dinero.

—Carron Whitehead y Robert Brown —murmura Elizabeth en tono reflexivo. Ve que Ibrahim ya está apuntando los nombres en su cuaderno.

—Has hecho un trabajo espléndido, Cornelius —celebra Joyce.

—Yo también, mamá —incide Joanna—. He ayudado. Ya no soy una quinceañera.

—Bueno, ya sé que eres maravillosa —comenta Joyce.

—Pues no creo que te atragantes si me lo dices de vez en cuando —replica Joanna.

—No podría haberlo hecho sin ella —informa Cornelius.

—En fin, parece que tendremos que hacerle una visita a Jack Mason —los interrumpe Elizabeth—. Preguntarle por Heather Garbutt y Bethany Waites. Quizá incluso preguntarle por Carron Whitehead y Robert Brown. Ver cómo reacciona. Y creo que nuestros quince minutos se han agotado, Joanna. Gracias.

—Gracias a ti —dice ella—. Mamá sabe que puede confiar en mí cada vez que haya un asesinato.

—Así lo hago —admite Joyce—. Y, Cornelius, sé que no tardarás en encontrar a otra mujer maravillosa.

—Oh, no estoy buscando —responde él—. Pero se agradece de todos modos.

—Tonterías —dice Joyce.

—Tonterías —coincide Ibrahim asintiendo—. Claro que deberías buscar.

Después de liarse nuevamente con el ordenador, logran desconectar la llamada y se retiran a unas sillas más cómodas para tomar el té.

—Bueno —dice Elizabeth—. ¿Jack Mason?

—Dejádmelo a mí —tercia Ron—. Nos movemos en ambientes parecidos.

—Oh —dice Joyce—. Sé a qué te refieres.

—Ibrahim y yo investigaremos a Carron Whitehead y Robert Brown —dispone Elizabeth.

—Y yo me ocuparé de las notas que le enviaban a Bethany —indica Joyce—. Ron, me gustaría hablar con Pauline. ¿Te importa?

—No necesitas que te dé permiso —responde él—. Tampoco es que sea mi novia.

—Ay, Ron —murmura Elizabeth.

23

—Ayer me pusieron una multa de aparcamiento —dice Mike Waghorn cuando el comisario jefe Andrew Everton toma asiento en el estudio.

—Hola, Mike —saluda el policía mientras una mujer le ajusta el micrófono en la solapa.

—En el paseo marítimo de Fairhaven —continúa Mike Waghorn —. Estaba inaugurando una tienda benéfica: una tienda benéfica, figúrate. Y fue salir y encontrarme la multa.

—Entiendo —dice Andrew Everton. El plató de *Diario de noche del sureste* es mucho más pequeño de lo que parece en televisión. Hay tres cámaras, dos fijas y otra con una operadora, que en esos instantes está consultando su móvil—. ¿Aparcaste en una zona prohibida?

—Pues no del todo —responde Waghorn. El regidor los avisa de que tan solo faltan dos minutos para dar inicio a la entrevista—. En realidad, diría que no. Y te lo recuerdo: era una tienda benéfica, y no tengo ninguna necesidad de hacerlo. Por el amor de Dios..., da igual.

Andrew Everton se ve en el monitor del plató. Tiene buen aspecto. Pelo canoso, bien cortado, una leve sombra del bronceado que se ha traído de una escapada a Chipre y ha complementado con una sesión de rayos uva en un salón de belleza de Fairhaven esa misma tarde. Sabe que está siendo vanidoso, pero, qué diablos, tiene sesenta años y seguramente ya no está en condiciones de andarse con remilgos.

—Un minuto para plató —dice el regidor.

Andrew Everton es entrevistado en *Diario de noche del sureste* una vez al mes. Un comisario jefe debe rendir cuentas ante la sociedad. Las charlas en directo con Mike siempre son duras, pero justas. Nada de freírte a preguntas como hace ese Jeremy Paxman de la BBC, a menos que sea estrictamente necesario, que a veces lo es. Andrew Everton es el rostro amable de la policía en unos tiempos en que esos rostros son más necesarios que nunca. Mike le cae bien. Mike se hace el tonto, pero dista mucho de serlo.

—¿Puedes contarnos algo sobre Heather Garbutt? —pregunta el presentador.

—¿Heather Garbutt? —repite Everton.

—La mujer que murió en la cárcel de Darwell.

—No tengo todos los detalles —dice Andrew Everton—. ¿Cuánto tiempo estuviste aparcado, Mike?

—Tres horas como máximo.

—¿Tres horas para inaugurar una tienda?

—Luego salí a tomar una copa —añade Mike. En esos instantes están reproduciendo un vídeo en el monitor del plató. Entrevistan a un señor mayor. Parece que lleva una camiseta del West Ham debajo de la chaqueta del traje—. Solo fueron un par de pintas en el muelle. Luego, vuelvo al coche y, sorpresa, una multa. Un atraco a plena luz del día. El otro día me pusieron una multa por exceso de velocidad por ir a sesenta en una zona de cincuenta. Todo el mundo va a sesenta en las zonas de cincuenta.

En el monitor aparece ahora una toma del hombre con la camiseta del West Ham paseando por una especie de pueblo, con mucho verde, pero edificios modernos. Lo acompañan tres amigos. Se ríen y bromean mientras caminan. Seguro que son risas de cara a la galería, pero parecen sinceramente felices. Andrew se pregunta dónde estarán. El sitio es bonito.

—Si te hago llegar la multa, ¿podrías hablar con alguien? —inquiere Mike mientras revisa las preguntas que está a punto de hacer a su entrevistado.

—¿Poner en riesgo mi carrera por una multa de estacionamiento? —replica Andrew—. No.

Mike levanta la vista y sonríe.

—Buen chico. Solo te estaba tomando el pelo. Me pillaron con las manos en la masa. Incluso dejé una nota en el parabrisas que decía: «Mike Waghorn – *Diario de noche del sureste*». A veces funciona. ¿Listo?

El comisario jefe asiente y luego echa otra ojeada al monitor. Ve algo que le llama la atención y se fija más. Los cuatro amigos paseando por el pueblo. Reconoce a uno. Es imposible que ese tipo sea... No puede despegar los ojos de la pantalla.

—¿De qué va ese reportaje, Mike? —pregunta—. ¿Dónde están?

Él se vuelve hacia el monitor.

—Una comunidad de jubilados, Coopers Chase. Ese es Ron

Ritchie, el sindicalista, de hace tantos años. ¿Lo has reconocido?

Andrew Everton niega con la cabeza. No, no es a él a quien ha reconocido.

—¿Podrías echarle un vistazo a lo de Heather Garbutt? —inquiere Mike—. Solo como un favor personal...

Everton asiente; desde luego que lo hará. Los amigos desaparecen de la pantalla y el vídeo termina con unas tomas preciosas de la campiña inglesa. El regidor cuenta atrás desde cinco para dar paso a la entrevista en directo. Andrew se pone tieso en la silla, se endereza la corbata y se prepara. Pero tiene la cabeza en otra parte.

—Qué sitio más bonito —dice Mike a cámara—. ¡He de reconocer que después de la entrevista me quedé un rato para tomar un par de copas! Un oportuno recordatorio de que la edad no es más que un número. Y, hablando de números, las estadísticas sobre la delincuencia en Kent acaban de hacerse públicas e indican un...

El comisario jefe Andrew Everton aguarda el momento de responder sabiendo perfectamente qué indican esas estadísticas. Demuestran que está haciendo un muy buen trabajo. Sin caer en la autocomplacencia, desde luego, porque las cosas siempre pueden torcerse, y lo sabe de sobra, pero está orgulloso de lo que está logrando. Activa su sonrisa, pero en realidad está pensando en la cara que acaba de reconocer. De verdad que debe hacer una visita a ese sitio, Coopers Chase. Y cuanto antes mejor.

24

Jack Mason es un hombre fuerte y achaparrado, pero los años han hecho mella en él. Como una última casa rebelde que resiste solitaria en medio de los escombros de una calle que está siendo demolida en el East End de Londres. Ron sabe de lo que habla.

Pelo cano rapado al cero, ojos marrones oscuros siempre atentos a cualquier movimiento. Imposible matar a Jack con una bala; necesitarías un *bulldozer*.

La ruta que ha seguido Ron para encontrarse con él ha sido bastante directa, dentro de lo que cabe.

Ron no tuvo más que hablar con su hijo, Jason, quien a su vez habló con uno de sus viejos colegas de boxeo, Danny Duff, quien envió un mensaje de texto a un tal Pump-Action Dave, quien resultó que salía de copas con un tipo que declinó dar su nombre, quien resultó que hacía algún que otro trabajito para Jack Mason.

Le llegó la respuesta por la misma línea de contactos, aunque se demoró un poco en Danny Duff porque lo habían detenido por presunta importación de cocaína y le requisaron el teléfono un par de horas. Jack le sugirió que se vieran para echar una partida de *snooker* en Ramsgate.

Ibrahim se ofreció a llevarlo en coche, pero a última hora Pauline dijo que lo llevaría ella porque en Ramsgate había varias tiendas de antigüedades interesantes, además de un salón de tatuajes, por lo que tenía ganas de «aprovechar la mañana». Le propuso a Ibrahim que los acompañara, pero él prefirió quedarse en casa. Ron tiene la sensación de que Ibrahim se comporta de una forma un poco extraña cuando Pauline está con ellos.

Ron pregunta por Jack Mason en la recepción del Bar Deportivo Stevie's y es acompañado a una sala privada, donde Jack ya ha colocado las bolas sobre la mesa.

—Ron Ritchie, ¿no? —le saluda Jack, tendiéndole la mano—. ¿El mismísimo?

Él le estrecha la mano.

—Gracias por recibirme, Jack. Sé que no tenías ninguna obligación.

—Me picaba la curiosidad —contesta Mason—. ¿Qué quiere un carcamal como tú de un carcamal como yo?

—Ha aparecido tu nombre —dice Ron.

—¿Ah, sí? —responde Jack.

Jack abre la partida. Ron se alegra de que estén jugando al *snooker*. A veces, las conversaciones entre hombres pueden ser difíciles, pero el *snooker*, el golf o los dardos parecen allanar el camino. Los hombres no suelen encontrarse para tomar café. ¿O quizá sí lo hacen ahora? A lo mejor las cafeterías de Ramsgate están repletas de hombres charlando sobre sus esperanzas y sus sueños, pero Ron lo duda mucho. Se inclina sobre la mesa y da su primera tacada.

—Salía de copas con tu hermano hace tiempo —comenta, y refunfuña al ver que una de las bolas rojas rebota en los bordes de una tronera pero no entra—. Lenny. Me supo mal por él cuando lo supe.

—A todos nos llega la hora —dice Jack, apuntando a la bola roja que Ron ha fallado—. Sé que le caías bien. No estaría aquí si no fuera por eso. ¿Así que mi nombre ha aparecido? ¿Por algún motivo en particular?

—Heather Garbutt —contesta Ron.

Si Jack Mason se ha sobresaltado al oír el nombre, no lo ha mostrado en absoluto. Jack emboca la negra con facilidad y se coloca para su siguiente roja.

—He oído que ha muerto —dice.

—Has oído bien —repone Ron—. No sabrás nada al respecto, ¿no?

—Nada —asegura Jack Mason—. No he oído ni pío.

—¿Dónde estabas el jueves por la mañana?

Jack interrumpe el juego un momento.

—¿Que dónde estaba ayer por la mañana? He aceptado verte por hacerte un favor, Ron. ¿Lo pillas? Ya no tenemos edad para chuparnos el dedo, así que no voy a faltarte al respeto, ¿vale? Pero asegúrate de que la próxima pregunta que me hagas sea buena, porque, si no, tú y yo vamos a terminar mal.

Ron sonríe. Se siente en su salsa, dos hombres discutiendo, rencores que se airean. Nada mejor que un poco de conflicto. Deja que

Jack dé su próxima tacada. Ha fallado.

Ron pone una mano sobre la mesa.

—A lo que iba, Jack. Heather Garbutt trabajaba para ti y trapicheó con millones de libras mientras lo hacía. Una parte de ese dinero terminó en una cuenta que, o voy muy desencaminado, o me parece que era tuya.

—¿Qué cuenta? —inquiere Jack.

—Construcciones Trident.

Jack asiente, con gesto de interés.

—¿Y tienes pruebas?

—Sí —afirma Ron, y falla otra roja.

—Y esas pruebas —continúa Jack—, ¿las tiene alguien más?

—No —dice Ron—. Pero a nosotros no nos fue difícil relacionar la cuenta contigo. Si alguien empieza a husmear de verdad en la muerte de Heather Garbutt, también podría descubrirla.

—¿A quién incluyes en ese «nosotros»? —pregunta Jack, y emboca otra bola.

—La verdad es que me llevaría demasiado tiempo explicártelo —dice Ron—. Me estás barriendo de la mesa.

—Me parece que estás un poco tenso —indica Jack embocando la azul. Coge la tiza y la aplica a la punta del taco.

—Entonces me has malinterpretado —replica Ron—. Y ni siquiera he terminado. Antes de que Heather Garbutt fuera a juicio, murió una joven periodista: Bethany Waites, de un telediario local. Se despeñó en su coche por un acantilado.

—Menuda forma de diñarla —comenta Jack Mason embocando otra bola.

—Nunca descubrieron a su asesino —añade Ron—. Pero unas semanas antes de su muerte, Bethany envía un mensaje a su jefe porque acaba de descubrir una noticia sensacional. Y ha encontrado pruebas irrefutables.

—¿Y la noticia es Heather Garbutt? —pregunta Jack, olvidándose de la partida por un momento.

—Algo más que Heather Garbutt. Es más grande, alguien relacionado con ella —dice Ron—. Y tú estabas relacionado con ella, Jack. Mucha coincidencia, ¿no?

—No existen las coincidencias —asegura Jack.

—Bueno, eso es lo que pensamos. En fin, hay mentes más

brillantes que la mía que dicen que Heather Garbutt defraudaba dinero para ti, que Bethany Waites descubrió la relación, quizá de la misma forma que nosotros, y que ordenaste la muerte de la periodista.

Jack asiente.

—Gracias por informarme.

—Solo digo que es posible que la gente empiece a hacer preguntas —agrega Ron.

—No me extrañaría —coincide Jack.

—Y me preguntaba, y que quede entre nosotros, ¿cómo interpretas tú toda esta historia?

Ahora es Jack quien sonríe.

—¿Entre nosotros? Pues diría lo siguiente: estaba metido hasta las cejas en el tinglado del IVA, claro que sí. ¿Hay pruebas? Por supuesto que no, nada, hasta que has mencionado esa historia de Trident, pero podría ser una coincidencia. No me cazarán con eso. No pueden tocarme, Ronnie. Nunca encontrarán el dinero. Incluso yo le he perdido la pista.

Ron asiente. Tiene muchas ganas de dar su siguiente tacada, pero Jack no ha terminado.

—Y esa tal Bethany Waites... No voy a fingir que no me suena su nombre. Claro que me suena. Muchas de las pruebas en el juicio de Heather las había conseguido ella. Pero ¿ese mensaje que dices que envió antes de morir? ¿Cómo iba yo a enterarme de eso? No tiene sentido.

—¿Nunca te viste con Bethany Waites?

—Nunca.

—¿Ni siquiera hablaste alguna vez con ella?

—Nunca, te lo juro por Dios —dice Jack.

—Pero no te ofende que te lo haya preguntado, ¿verdad? —pregunta Ron, y falla otra roja.

—No, lo entiendo perfectamente —afirma Jack—. Pero seguro que habrás pensado que esto sería demasiado chapucero para alguien como yo, ¿no? Dejar un cabo suelto, asesinar a una periodista. Me ofende un poco que hayas pensado que podría ser mi estilo.

—Nadie está a salvo de cometer un error, Jack. Especialmente si estás bajo presión. Pero tienes razón, ya había pensado que no fuiste tú. A lo mejor ni siquiera está muerta. No encontraron el cadáver.

Jack Mason se coloca para una nueva tacada. No mira a Ron.

—Bah. Está muerta.

—¿Perdón? —Ron cree que lo ha oído mal.

—He dicho que está muerta. —Jack emboca otra bola y pone tiza a su taco.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro —confirma Jack Mason, perfilándose para su siguiente tacada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —inquiere Ron—. A menos que la mataras tú...

—Escucha, Ron. Sé que está muerta —insiste Mason—. Y no la maté yo. Pero de mí no sacarás nada más. Averígualo tú mismo si te apetece.

¿Cómo puede estar Jack Mason tan seguro de que Bethany Waites está muerta de verdad? A menos que fuera él quien la asesinara. O a menos que sepa quién lo hizo exactamente.

Ron se inclina sobre la mesa y emboca su primera bola de la partida. Asiente con gesto relajado como si no hubiera tenido la menor duda de que acertaría. Dos hombres echando una partida de *snooker*. No hay nada mejor en el mundo. Aunque cada vez le quedan menos compañeros con los que jugar. Antes tenía toda una tropa de amigos, en Londres, en Kent, dondequiera que fuera podía echar una partida. Pero entre la muerte, la cárcel y la vida en el exilio de la Costa del Sol, de toda esa tropa no queda nadie. Ahora, Ron tiene que confiar en que su hijo se apiadará de él y le concederá a su viejo una partida de vez en cuando. Ron emboca la negra. «Vamos mejorando.»

—Entonces ¿no sabes quién la mató? —pregunta.

Jack sonríe.

—Basta de cháchara, ¿no crees? Aunque siempre puedes contar conmigo para echar una partida. Si es que tienes algún rato libre.

Ron vuelve a levantar la vista y ve a un viejo como él al que se le han muerto todos los amigos.

—Lo mismo digo, Jack.

Menuda suerte la suya si su posible nuevo compañero de *snooker* resulta ser un asesino.

25

El comisario jefe Andrew Everton contempla el mar de caras que lo observan. Bueno, hay un par de personas dormidas, y dos ancianos caballeros sentados al final de la sala están discutiendo en privado, pero, aparte de eso, tiene la atención de todos los presentes. Le encantan esos actos, de verdad que sí. Las lecturas públicas. No se lo piden a menudo y, siendo sinceros, esta lectura la ha organizado él mismo, pero aun así sigue siendo emocionante. Además, detecta la cara que estaba buscando casi de inmediato. Ha tenido suerte.

Viste el uniforme, desde luego, porque tiene algo teatral y además le brinda un poco de autoridad. Sabe que el uniforme imprimirá más empaque a su lectura. Tampoco es que lo necesite, porque sus libros son muy potentes. El público forma parte de una generación que te respeta si eres el comisario jefe. No como las nuevas generaciones, aunque, a decir verdad, se recoge lo que se siembra, y la confianza siempre es cosa de dos.

La mujer que acaba de presentarlo se llama Marjory. Marjory recibió sorprendida el mensaje de Andrew en el que se ofrecía a hacer la lectura. De todos modos, accedió rápidamente y se comprometió a reunir a la tropa de jubilados, y aquí están. Lo último que le había dicho Marjory fue que la conferenciante anterior en la Sociedad Literaria de Coopers Chase había sido una mujer que había escrito un libro sobre peces y que había resultado un éxito, «así que, por favor, no nos falles». Nada más lejos de su intención. Ha decidido leer unos fragmentos de su cuarta novela, *Puede guardar silencio*. Es la continuación de sus obras anteriores, *Usado en su contra* y *Perjudicar su defensa*, y de su primer libro, escrito antes de que diera con este elegante sistema de titulación, *La muerte sangrienta de Archibald Devonshire*.

Sondea la sala con la mirada, aguardando su momento. Sabe que su silencio, su uniforme y sus ojos castaño oscuro están creando expectación. Empieza a leer:

—«El cuerpo estaba tan mutilado que era irreconocible...».

Oye varios gritos ahogados y ve a un mujer en primera fila con una chaqueta de tweed y un collar de perlas que se inclina hacia delante con gesto ansioso.

—«Se había formado un charco de sangre carmesí en torno al cadáver, sus extremidades estaban extendidas en ángulos grotescos, como una esvástica de la muerte. A la comisaria jefe Catherine Howard le gustaba conservar la cabeza fría mientras a su alrededor todos sus compañeros la perdían...»

Una mano se levanta de pronto. No es algo que suela ocurrir en las lecturas. Andrew Everton decide aceptar la pregunta, aunque suponga una interrupción del relato. Señala a la interrogadora, una anciana de noventa años por lo menos.

—Disculpe, querido, ¿ha dicho Catherine Howard? ¿Como la reina? ¿La esposa de Enrique VIII?

—Sí —responde Andrew Everton—. Bueno, supongo que sí.

—¿El mismo nombre? —pregunta un hombre situado un poco más atrás—. ¿O la misma persona?

—Solo el mismo nombre —dice Everton—. La historia ocurre en 2019.

Se oyen varios murmullos en la sala mientras el público debate ese detalle. Una portavoz oficiosa parece destacarse entre la multitud. Es la mujer de la chaqueta de tweed en la primera fila.

—Dos cosas —dice—. Me llamo Elizabeth, por cierto. Lo primero es que resulta un tanto confuso que se llame Catherine Howard.

La sala parece estar de acuerdo.

—Bueno, yo... —empieza a decir Andrew Everton.

—No. Lo es y punto. Y, en segundo lugar —continúa Elizabeth—, supongo que una serie de libros en los que la auténtica Catherine Howard fuera una detective podrían ser un éxito de ventas. ¿Sus libros son superventas, comisario jefe?

—En su género, sí —contesta Everton.

—Google parece discrepar en este punto —repone Elizabeth—. Pero continúe, por favor. Nos está gustando.

—¿Están seguros? —pregunta el comisario jefe, y el público se encarga de dejarle claro que así es.

—Lo único que pasa es que interrumpimos mucho —explica el hombre que Andrew ha venido a ver. Ibrahim Arif. Andrew lo

reconoce enseguida en el vídeo que pasaron en *Diario de noche del sureste*—. Somos así por naturaleza. Por favor, vuelva al cadáver con los brazos y las piernas en cruz.

—Gracias...

—Aunque —añade Ibrahim, pues a todas luces acaba de ocurrírsele algo más—, cuando dice que la comisaria conserva la cabeza fría, ¿se trata de una alusión a la decapitación de la Catherine Howard real?

—No —dice Andrew Everton—. En realidad, no lo había... No.

—He pensado que podría tratarse de un ardid literario —señala Ibrahim—. He oído hablar del tema.

—«La comisaria...»

—¿Soy el único que no sabe nada de Catherine Howard? —pregunta un hombre con una camiseta del West Ham.

—Sí, Ron —dice Elizabeth—. Y deja continuar al comisario jefe.

—«La comisaria coge...»

—¿Habrá firma de libros después? —pregunta una mujer diminuta de pelo cano que está sentada al lado de Elizabeth—. La señora de los peces firmó libros, ¿no?

Toda la sala coincide en que, en efecto, la señora de los peces firmó libros.

—Lamento decirles que mis novelas se publican en formato electrónico, así que es imposible firmarlas, a menos que estén dispuestos a que les deje pringado su Kindle —responde Andrew Everton. Una frase que ha ido perfeccionando en las trastiendas de varios pubs y librerías de Kent los últimos años. Aunque ahora cae en que todavía no ha conseguido provocar una carcajada con ella—. Pero les facilitaré un código QR después de la lectura para que puedan adquirir cualquiera de mis libros con un importante descuento.

Al oírlo, varias manos se levantan de golpe. Ibrahim se vuelve y se dirige al resto del público.

—Las siglas QR quieren decir «Respuesta Rápida» en inglés. Es un código diseñado para que lo puedan leer los ordenadores y llevarte a una dirección concreta de internet. Una especie de código de barras matricial sería la manera más sencilla de describirlo.

Casi todas las manos bajan, pero tres o cuatro permanecen en alto. Ibrahim se vuelve de nuevo hacia Andrew Everton.

—Las preguntas restantes serán sobre el importe concreto del

descuento.

—Un cincuenta por ciento —indica Andrew Everton, y las manos restantes bajan.

—Continúe, por favor —pide Elizabeth—. Lo estamos distrayendo.

—En absoluto —dice Everton. Después de la lectura, encontrará la forma de tener unas palabras con Ibrahim Arif. Tan solo quiere entablar conversación. Crear un vínculo y preguntar lo que es preciso preguntar. Ibrahim está aquí, y eso es lo importante. Vuelve a concentrarse en sus notas.

—¿Quieren que vuelva a empezar desde el principio?

—No, querido —contesta Elizabeth—. Cuerpo mutilado. Catherine Howard que mantiene la cabeza fría. Creo que estamos al corriente.

Andrew Everton asiente.

—«Asimiló la escena que la rodeaba. Howard vio que varios agentes curtidos se quedaban lívidos como espectros...»

Desde un lado del escenario, Marjory, la mujer que lo ha presentado, decide interrumpirlo.

—Es confuso que sea una mujer pero que su apellido sea un nombre de pila de hombre. Al leerlo, pensaría: «¿Quién es Howard?».

Varias cabezas se mueven en la sala en gesto de asentimiento.

—¿Es demasiado tarde para cambiarlo? —pregunta la mujer de pelo cano con afable preocupación.

—Bueno, sí, el libro se publicó hace años —contesta Andrew Everton—. Es la protagonista de todas mis novelas y, de momento, no parece que eso le haya molestado a nadie.

Se levantan algunas cejas.

—Continúe —pide Elizabeth.

Andrew vuelve al texto. Venderá algunos ejemplares, piensa. Luego, le dará las gracias a Ibrahim por sus preguntas y él le hará otras preguntas a cambio. Toma un sorbo de agua del vaso que le han colocado en el atril. Descubre que es vodka con tónica. No hay mal que por bien no venga.

—«Ninguno de los presentes había sido testigo de una escena del crimen tan espantosa, tan macabra, tan depravada. Nadie salvo Catherine Howard. Porque Catherine Howard había visto exactamente ese mismo crimen en otra ocasión. Hacía tres noches, para ser

precisos. En un sueño.»

Vuelven a alzarse varias manos.

26

Andrew Everton se instala en un viejo sillón destartalado que hay debajo de un cuadro de un barco. Mira a su alrededor y repara en varias estanterías acristaladas, repletas de archivadores de cartón.

—Lo hemos pasado divinamente —comenta Ibrahim ya en la salita y con una taza de menta poleo—. Divinamente. Tiene usted un talento único.

—Escribes una palabra, luego otra y rezas por que nadie vea las costuras —dice Andrew Everton. Una vez oyó que Lee Child había dicho algo parecido y le gustó—. Veo que tiene muchísimos ficheros. ¿Son cosas de trabajo?

Ibrahim se sienta en el sofá.

—Una vida de trabajo, sí. Bueno, muchas vidas. Soy psiquiatra, comisario jefe.

—Llámeme por mi nombre, por favor —dice Andrew, que sabe perfectamente que Ibrahim es psiquiatra—. Necesito que me ayude y no quiero que interprete mi presencia como una amenaza.

Ibrahim se ríe entre dientes.

—Bonita estrategia. ¿La lectura ha sido una treta? ¿Solo quería venir a verme?

—En parte. Lo vi en televisión —comenta Andrew. Así era, y después había escarbado en sus archivos—. Con sus amigos. Lo reconocí. Por lo que dos pájaros de un tiro, en realidad —añade soplando sobre el poleo—. Quería tener una charla informal con usted y luego pensé que también podía aprovechar para vender algunos libros.

—Estoy seguro de que los venderá —dice Ibrahim—. La comisaria jefe Catherine Howard es una mujer dura de pelar. Torturada, pero dura.

—La describo con la expresión «dura como la teca» en *Usado en su contra*.

—Así es, Andrew —conviene Ibrahim—. «Dura como la teca.»

Pero basta de literatura. Dice que me reconoció. Estoy intrigado.

—Hace un par de días fue a la cárcel de Darwell, si no me equivoco. —Andrew Everton revisa todos los detalles de las visitas que recibe Connie. Y también esos primeros planos estupendos que dan las cámaras de seguridad de la cárcel.

—Ah —dice Ibrahim.

—Ah —repite Andrew Everton—. Declaró que su profesión era la de periodista, aunque no he podido encontrar ningún indicio de que así sea. Visitó a una reclusa llamada Connie Johnson. Una zar de la droga particularmente despiadada, en la actualidad a la espera de juicio por varios delitos muy graves. Estuvo con ella en torno a media hora, charlando, y, según el informe oficial, «de forma animada varias veces». ¿Estoy en lo cierto?

—Bueno, yo la llamaría *zarina*, siendo más rigurosos con la lengua —responde Ibrahim—. Pero, dicho esto, sí, está en lo cierto.

—Me preguntaba si podría contarme de qué hablaron.

Ibrahim se lo piensa.

—Y yo me pregunto si puedo saber, a cambio, por qué considera que este asunto es de su interés.

—Es posible, señor Arif, que también haya llegado a su conocimiento que otra reclusa, Heather Garbutt, fue hallada muerta poco después. Y que el nombre de Connie aparece en una nota que se encontró en su celda. Por eso me interesa.

—Lo entiendo a la perfección —dice Ibrahim—. Cualquier crimen es un asunto de su interés. Lo mismo que la buena literatura. ¿Puedo ofrecerle un puro?

Andrew Everton niega con la cabeza. No piensa pasar por ahí.

—Connie Johnson es posiblemente, o incluso con toda probabilidad, la mujer más peligrosa a la que se han visto enfrentados mis hombres. Con un poco de suerte, la condenarán y pasará una larga temporada a la sombra. Si lo pone en jaque en modo alguno, puedo complicarle muchísimo la vida, así que no se lo recomiendo. Sin embargo, si está en condiciones de ayudarme, le aconsejo vivamente que lo haga.

—Me hago cargo de la situación en la que se encuentra —dice Ibrahim—. Me lo ha dejado meridianamente claro. Ahora entiendo por qué le cae bien a la gente. Entiendo por qué ha llegado a comisario jefe. En Estados Unidos, a veces eligen a sus jefes de policía en

votaciones, ¿lo sabía? Es una de las muchas idiosincra...

—Así que se lo voy a pedir con educación una vez más —lo interrumpe Andrew Everton—. ¿Por qué fue a ver a Connie Johnson? ¿Y de qué hablaron?

Ibrahim da unos golpecitos con los dedos en el brazo del sofá.

—Me pone en un aprieto, Andrew. ¿Seguro que todavía puedo llamarlo por su nombre?

Everton asiente y toma un sorbo de poleo.

—Verá, cuando tengo un cliente —dice Ibrahim—, todo lo que hablamos queda protegido por el secreto profesional que regula las relaciones entre médico y paciente.

—¿Connie Johnson es su cliente? —pregunta Andrew Everton.

—Bueno, se trata justo de eso —responde Ibrahim—. Al principio de nuestra reunión, no lo era. Pero al final, sí. ¿En qué situación nos deja eso? ¿Puedo contarle de qué hablamos o no puedo? ¿El secreto es retrospectivo, por así decirlo? Una pregunta espinosa, ¿no cree, Andrew?

—Muy espinosa —asiente él—. Permítame ver si puedo ayudarlo con su dilema.

—Sería muy amable por su parte —dice Ibrahim.

—El caballero con el que estaba sentado durante la lectura... —empieza Everton.

—Ron —dice Ibrahim.

—También lo vi en televisión, así que estoy al corriente de que son ustedes buenos amigos. Se habrá dado cuenta, como yo, de que hoy lo envolvía un intenso olor a cánnabis.

—Si usted lo dice. Ron siempre huele a algo.

—También sabrá que los registros por cánnabis en mi cuerpo se practican mayoritariamente en jóvenes negros. Algo que he intentado corregir en estos últimos años con un éxito relativo. Así que créame si le digo que multar a un anciano blanco por posesión de drogas me ayudaría a equilibrar mis estadísticas. Puedo enviar a unos agentes al apartamento de Ron en menos de una hora.

—Madre mía —exclama Ibrahim—. Ya veo que va al grano.

—¿Cree que a Ron le gustaría que una brigada de agentes le registrara los calzoncillos?

—No creo que a nadie le guste eso —replica Ibrahim—. Y menos todavía a los agentes. Pero el caso es que no creo que usted ordene

algo así. Ron armaría un escándalo de mil demonios e iríamos todos a hacer fotos. Incluso podría conseguir que nuestro amigo Mike Waghorn se interesara por el asunto. Demasiada publicidad y demasiado lío, me parece a mí.

Andrew Everton se niega a que le pasen la mano por la cara.

—Hablemos entonces de sus otras amistades. ¿Las señoras?

—¿Joyce y Elizabeth?

—Es posible que a usted no le incomode que el comisario jefe lo interrogue. Es posible que Ron ni se inmute. Pero ¿esas dos ancianitas? ¿Cómo cree que reaccionarían si decidiera interrogarlas? Porque, si no tengo alternativa, lo haré.

Ibrahim se ríe.

—Pues le deseo toda la suerte del mundo, Andrew. Tengo que contarle a Elizabeth lo que me ha dicho; menuda carcajada soltará. De todos los huesos que encontrará por aquí, le aseguro que soy el más fácil de roer.

—Necesito que me ayude, Ibrahim —insiste Andrew Everton.

Él se inclina hacia delante.

—Comisario jefe. Andrew. Entiendo que, por mi actitud, pueda parecer que estoy siendo obstruccionista. De verdad, lo entiendo perfectamente, y sé que en ocasiones puedo ser una persona muy difícil. Inflexible, según me describieron una vez. Así que no voy a contarle de qué hablé con Connie Johnson y, tras valorar la situación en la medida de mis posibilidades, no creo que esté usted en condiciones de obligarme a hacerlo. Pero puedo asegurarle que nada de lo que se dijo le afecta o debe preocuparle. Si Connie Johnson es culpable o no dependerá de los tribunales. Aunque dudo mucho que tuviera algo que ver con la muerte de Heather Garbutt. De todos modos, puedo garantizarle que mi charla con ella fue, como poco, inocente.

—¿Cuándo volverá a verla?

—Nada planeado todavía —contesta Ibrahim.

Andrew Everton asiente. No está muy seguro de lo que debe hacer a continuación. Sin embargo, hay algo de lo que sí está seguro, y es de que Ibrahim Arif le ha mentido.

27

Joyce

Carron Whitehead y Robert Brown RML.

He estado buscando en Google pero no he encontrado gran cosa. Me he desesperado tanto que incluso he probado con Bing, pero los resultados eran los mismos, aunque un poco más lentos. Ibrahim dice que no sirve de nada buscar esos nombres en internet. Cree que estarán en algún tipo de clave. Aunque Ibrahim siempre ve códigos en todas partes.

Ahora tengo la dirección de correo electrónico de Mike Waghorn, pero intento no abusar. Le envié un vídeo que me había parecido muy divertido de una ardilla probando las almendras por primera vez, pero me respondió diciendo que era su dirección de trabajo y que no era para recibir vídeos de internet y que, además, ya lo había visto.

Después del chasco, no me había atrevido a escribirle otra vez, así que poder enviarle esos nombres ha sido una ocasión muy bienvenida: «¿Whitehead y Brown? ¿Te suenan de algo?».

Me dio las gracias, aunque me dijo que no los había oído nunca. Así que es posible que sí que estén en clave. Mike se los pasó a Pauline.

La gran noticia del día es que hemos tenido una lectura en la Sociedad Literaria. Y además ha sido muy buena. El comisario jefe de Kent, nada menos. Me he descargado sus libros en el Kindle. Noventa y nueve peniques por novela, muy amable.

Ibrahim volverá a la cárcel de Darwell este miércoles para hablar con Connie Johnson. Me ha preguntado qué tipo de revista podría gustarle, pero no he sabido qué decirle. A mí me gusta leer *Mujer y Hogar*, pero he pensado que igual no sería del estilo de Connie, así que le he preguntado a Joanna y le he contado que Connie es una narcotraficante treintañera que siempre va calzada con unos zapatos estupendos. Me ha sugerido *Grazia*.

Ron nos ha informado de su reunión con Jack Mason. Ese señor afirma que sabe de buena tinta que Bethany está muerta. Aunque no estaría tan seguro si no supiera quién la mató. Elizabeth le ha pedido a Ron que vuelva a verse con él y averigüe más, pero en cualquier caso nos ha servido a todos para afilar nuestras mentes.

Igual me pongo a ver ese programa sobre familias inglesas que buscan una casa soleada en el extranjero, *Un lugar bajo el sol*. Ayer vieron casas en Creta. La esposa se enamoró de una pequeña alquería, pero no había espacio suficiente para

que el marido pudiera guardar su ala delta, por lo que al final no hicieron ninguna oferta. Saltaba a la vista que la esposa estaba desconsolada, pero al fin y al cabo se casó con ese tipo, así que ha de apechugar con parte de la culpa.

También estoy pensando en cómo podríamos hablar con Fiona Clemence. Sé que no encaja con lo que sabemos de Jack Mason, pero, si hace años le escribió esas notas a Bethany, sigue siendo una sospechosa. Y es necesario interrogar a todos los sospechosos.

Pero ¿cómo? Le envié un mensaje a su Instagram, pero no sé si lo recibió.

Mientras escribo estas líneas, ya sé lo que dirá Elizabeth. Que solo quería investigar el caso de Bethany Waites como pretexto para conocer a Mike Waghorn y que ahora solo quiero acusar a Fiona Clemence como pretexto para conocerla a ella también. Que es imposible esclarecer a estas alturas si fue ella quien escribió esas notas hace años. Y, sí, es verdad. Pero que quiera conocer a Fiona Clemence no excluye que sea una asesina. Muchos famosos son asesinos. Los gemelos Kray, por ejemplo.

Joanna vendrá a comer este domingo, así que le preguntaré cómo puedo ingeniármelas para conocer a Fiona Clemence. Sé que se pueden reservar entradas para asistir como público a la grabación de *¡Para el reloj!*, pero me figuro que no te dejarán lanzar preguntas sobre un asesinato desde la grada.

¿Y si me acerco a la tienda? Han empezado a vender leche de almendras. La última vez que vino Joanna, se trajo su propia leche porque «ya nadie bebe leche de vaca, mamá». Protesté y dije que «mucha gente sigue bebiendo leche de vaca, cariño», aunque es probable que Joanna y yo entendamos cosas distintas por «nadie». Me dieron ganas de replicarle: «Querrás decir nadie en Londres», pero pensé que no valía la pena discutir.

En cualquier caso, me muero de ganas de ver la cara que pondrá cuando abra la nevera. A menos que ya nadie beba leche de almendras, una posibilidad que tampoco me atrevería a descartar. Es muy difícil mantenerse al día.

Eso sí, Joanna es muy útil cuando hay que acertar con la revista para una narcotraficante. Eso se lo reconozco.

Mañana he quedado con Pauline y me apetece mucho verla. Pauline propuso un té de tarde en un hotel que hay junto al muelle. Lo he mirado en internet y he visto que te sirven una copa de prosecco. Me sentiré como Jackie Collins.

28

Jack Mason está mirando helicópteros en internet. Sería bonito comprarse uno. Puede permitírselo, desde luego, pero ¿le daría un uso suficiente?

En los viejos tiempos, por supuesto que sí. Cuando viajaba contantemente a Ámsterdam y a Liverpool, cuando perdía horas en embotellamientos o en el túnel del canal de la Mancha. Un helicóptero le habría ido de perlas. Habría sido la solución perfecta.

Pero ¿ahora? ¿Qué viajes hace ahora en realidad? ¿Pasarse por el desguace? Eso son quince minutos en el Bentley. Puede que veinte si hay semáforos por obras. De vez en cuando sube a Londres y visita a los pocos amigos que le quedan. Los pocos que no están en España, o muertos.

El reloj del recibidor da las seis, así que Jack se sirve un whisky.

¿Se había ido de la lengua con Ron Ritchie? A fin de cuentas, fue agradable poder hablar con alguien de su edad. Jack sabe quién mató a Bethany Waites, pero nadie oirá salir ese nombre de sus labios. Al fin y al cabo, uno tiene su dignidad, y un soplón siempre será un soplón, da igual con quién hable.

Pero Jack había querido decir algo. Porque, pensándolo bien, aquello había sido un despropósito. No había ninguna necesidad de que Bethany Waites muriera.

El desguace de Jack sigue funcionando de maravilla, siempre surge alguna cosilla que hacer, favores que se piden, favores que se hacen. Ha vendido casi toda su participación en el casino y las acciones que le quedan todavía le rentan un buen dinero. Pero el teléfono ya no suena tan a menudo como antes. La gente no lo necesita, pero no pasa nada. ¿Quién tiene aún las energías necesarias para dedicarse a la droga? Mejor dejárselo a los chavales. Jack tiene su casa, sus vistas sobre el canal de la Mancha, su mesa de *snooker*. Incluso tiene cuadras, por si algún día le da por comprarse un caballo. Y no empieza a beber hasta las seis. Nada de soplos, y nada de whisky

hasta las seis. Hay que imponerse algunas normas en la vida.

Jack tiene sitio de sobra para un helicóptero, desde luego. Podría aterrizar en el campo de críquet. Y comprarse un carrito de golf para subir hasta la casa. Lo cierto es que ha visto unas cuantas bellezas. Alguien vendía un Bell 430 color oro y morado en Estonia. Le serviría para impresionar a la gente.

Pero ¿de verdad sería así? Jack apura el vaso de whisky. ¿Quién podría verlo ahora? ¿Quién va a su casa? Se pregunta si podría invitar a Ron a su casa para echar una partida de *snooker*. ¿Le apetecería a Ron? Hicieron buenas migas.

Jack ha amasado una verdadera fortuna en su vida, pero ahora cae en la cuenta de que no ha hecho muchos amigos. Si algo ha entendido al cabo de una vida dedicada al crimen es que tus esbirros no son amigos de verdad.

¿De verdad quiere gastarse setecientos mil euros en un helicóptero que usará un par de veces al año? ¿Para ver cómo se oxida en su jardín? «No sé yo...»

Está tecleando «carrito de golf precio Reino Unido» en Google cuando aparece un aviso de correo entrante en la pantalla.

Reconoce la dirección. Es un mensaje de la persona que asesinó a Bethany Waites. Antes tenían un contacto más asiduo. Ahora menos, lo que hasta cierto punto es un alivio. Aunque, con todo lo que ha ocurrido en los últimos días, esperaba que llegara un mensaje suyo.

> Mucho tiempo sin vernos. Solo una advertencia amistosa de que mantengas los ojos abiertos. Hablamos pronto.

«Y que lo digas», piensa Jack. No ha dejado muchos cabos sueltos en su vida, pero este es sin duda uno de ellos.

Se pregunta si no habrá llegado el momento de contar la verdad.

29

Juniper Court, el edificio que han identificado después de investigar las cámaras de seguridad, se encuentra a solo quince minutos de la comisaría de Fairhaven, así que Chris y Donna deciden ir a pie.

—Bueno, ¿quién es el señor X? —pregunta Chris.

—Todavía no hemos recibido noticias del forense —dice Donna —. Nada en el cadáver, no llevaba documentación, hemos pasado la foto a la prensa. Pero eso ya lo sabes...

—No me refería al tipo del microbús —contesta Chris—. Te hablaba del hombre al que estás viendo...

—Menudo orden de prioridades —replica Donna—. Alucinante.

Entran en Foster Road. Juniper Court es un edificio de viviendas construido en la década de 1980 que, quizá, dentro de unos veinte años, pueda empezar a parecer *retro-fashion*. Un centenar de apartamentos, zona ajardinada delante y, lo más importante, un gran aparcamiento debajo.

Juniper Court no ha aparecido a menudo en los archivos policiales. Unas cuantas bicis robadas, de vez en cuando una denuncia por exceso de ruido, un hombre que vendía Banksys falsos por correo y ciertas pintadas sobre el alcalde que fue preciso tomarse en serio. Ni siquiera han podido encontrar en internet los detalles de la empresa administradora de la finca. Es la personificación misma de un sitio tranquilo y anodino. Pero podría ser la clave para identificar al asesino de Bethany Waites.

Como queda bastante cerca de la estación de tren, entre sus inquilinos abundan las personas que van a trabajar todos los días a Londres o a Brighton. Por eso no les sorprende encontrarlo casi desierto cuando se acercan.

—¿Estás nervioso por el casting? —le pregunta Donna. Chris hará la prueba de cámara para *Diario de noche del sureste* ese miércoles. El estudio del programa está a tiro de piedra de Juniper Court.

—No, me gano la vida persiguiendo a malhechores —dice él—.

¿Crees que una cámara de televisión va a asustarme?

—Sí, lo creo —replica Donna.

—Pues tienes razón. Estoy muerto de miedo. ¿Crees que me dejarán echarme atrás?

—Seré yo la que no te lo permita. Seguro que lo haces fenomenal.

A través de una amplia puerta doble, Chris y Donna ven la recepción de Juniper Court y, sentado detrás de la misma, a un hombre con un mono de trabajo marrón que lee el *Daily Star*.

—En Londres lo llamarían *conserje* —indica Chris en el mismo instante en que pulsa el botón del interfono para que los dejen pasar.

Muestra su placa, aunque no era necesario porque el hombre les abre la puerta sin levantar la vista.

—Buenas —saluda Chris. El hombre sigue sin mirarlos—. ¿Está el administrador del edificio o alguien con quien podamos hablar?

El tipo finalmente levanta la vista.

—Ese soy yo. Aunque no soy hombre de muchas palabras.

Chris vuelve a mostrarle la placa.

—Policía de Kent.

El hombre baja el periódico.

—¿Esto es por mi vecino? ¿Vais a detenerlo?

—Yo... No, creo que no —contesta Chris—. ¿Qué ha hecho?

—Se ha construido una galería —dice el hombre—. Sin permiso de obras. Me llamo Len. No sé cuántas veces os habré llamado por ese tema y es la primera vez que os pasáis por aquí.

—Eso es más bien un tema del ayuntamiento, Len —contesta Donna—. No de la policía.

—¿Ah, sí? En fin, supongo que, si lo mato, no tardaréis en aparecer, ¿no?

—Bueno, sí, evidentemente —dice Chris—. Si lo asesinase, nos presentaríamos. Asesinatos, sí. Galerías, no. Queremos los datos del administrador de la finca, y hemos pensado que quizá podría usted ayudarnos.

—Favor con favor se paga —replica Len—. Si os pasáis a charlar con mi vecino, quizá se me refresque la memoria...

—Fincas Arlington —lee Donna en el tablón de anuncios, y apunta un número.

Chris echa un vistazo a algunos de los buzones y anota los nombres. En realidad es ilegal, pero el tipo de la recepción parece

mantener una relación bastante laxa con la legalidad.

—¿Podéis hacer eso? —pregunta Len.

—Con una orden judicial, sí —dice Chris. Es evidente que no la tiene. Chris piensa a veces que el Club del Crimen de los Jueves es una mala influencia.

—¿Alguien le ha causado algún problema en particular? —quiere saber Donna.

—El hombre del 17 se cargó dos tapas de váter —dice Len.

—Gracias por su ayuda, Len —dice Chris—. No lo molestamos más.

Cuando salen del edificio, el hombre les grita:

—Luego no me lo echéis en cara si lo mato... La culpa será vuestra.

De vuelta a la fría intemperie, Chris y Donna empiezan a apuntar las matrículas de los vehículos aparcados. Hay un coche que Chris está seguro de reconocer, un Peugeot blanco con unas llamaradas pintadas en la matrícula. Anota el número.

A Chris le encantaría encontrar una pista que a Elizabeth le haya pasado desapercibida. ¿De verdad tiene que ponerse competitivo con una mujer a punto de cumplir los ochenta años?

Pero entiende que en realidad están dando palos de ciego. Que alguien viva hoy en Juniper Court no tiene ningún valor, a menos que ese alguien hubiera vivido en el mismo sitio hace diez años, la noche en que murió Bethany Waites.

Aun así, sigue anotando las matrículas. El trabajo policial consiste casi siempre en apuntar números.

30

—Le gustaban las motos —dice Pauline—. Le gustaba dárselas de manitas. Las desmontaba y luego se le olvidaba volver a montarlas.

—Gerry era igual con los puzles —dice Joyce—. Siempre le decía: «No empieces un puzle si no vas a terminarlo, Gerry. Si has hecho la ópera, entonces, por lo que más quieras, haz también el puente». Al final tenía que terminarlos yo. Supongo que eso no puedes hacerlo con una moto.

—Salía con sus amigos moteros los fines de semana —continúa Pauline—. Eran toda una banda; los Forajidos de la Muerte, se llamaban. Dos de ellos eran contables.

—Pero te cuidaba —repone Joyce.

—¿Me cuidaba? No lo sé —dice Pauline—. Me quería, eso sí, y habría sido un follón deshacerme de él, pero...

—¿Pero?

—Mira, nos llevábamos bien. He tenido experiencias peores. Aunque no sé si era lo que se dice el amor de mi vida. En esa época tenías que casarte, ¿no? Tenías que encontrar a alguien.

—Pues yo debía de ser una persona aburridísima —señala Joyce —. Yo quería casarme.

—No me jorobes, Joyce —replica Pauline—. Eso no es ser aburrida. Quererlo de verdad, ese es el sueño que todas perseguimos, ¿no? ¿Cómo te enamoraste de Gerry? ¿Te acuerdas?

—Oh, no me enamoré de él —dice Joyce—. No tuvo nada que ver con eso. Simplemente, entré en un sitio y ahí estaba él. Me miró y lo miré, y no hubo más que hablar. Como si lo hubiera querido desde siempre, sin necesidad de enamorarme. Como quien encuentra unos zapatos perfectos.

—Por el amor de Dios, Joyce... Me harás llorar.

—A ver, también tenía sus defectos.

—¿Por casualidad te fue infiel con una tatuadora que se llamaba Minty?

—No, pero siempre dejaba las bolsitas del té en el fregadero —explica Joyce—. Por no hablar de los puzles.

Se ríen las dos. Pauline alza la copa para hacer un brindis.

—Por Gerry —dice—. Me habría gustado conocerlo.

Joyce hace chinchín con Pauline.

—Y por... Lo siento, no me quedé con el nombre de tu marido.

—Se hacía llamar Lucifer —indica Pauline—. Trabajó de pipa en las giras de Duran Duran.

—¿Cómo se llamaba en realidad? —pregunta Joyce.

—Clive.

—Vale, a mí también me habría gustado conocer a Clive. Me pregunto si se habrían caído bien.

Hay un silencio y ambas vuelven a reírse. Llega un camarero con un expositor de repostería cargado de tartaletas y sándwiches. Joyce aplaude entusiasmada.

—Me encanta el té con pastas —dice Pauline—. En fin, ¿por qué no me cuentas qué hacemos aquí mientras me como un bizcocho de crema?

—Pensé que sería agradable charlar un rato —contesta Joyce—. Conocerte mejor, cotillear un poco.

Pauline levanta las manos.

—Joyce, por favor, ahórrate eso.

—De acuerdo —dice ella dando el primer mordisco a un sándwich diminuto—. Quería hablar contigo sobre Bethany Waites.

—De verdad que eso no me lo esperaba —repone Pauline—. ¿Estás segura de que querrás comerte tu bizcocho de crema? ¿Puedo cambiártelo por mi panecillo de ternera y rábanos?

Hacen el intercambio.

—No dejo de pensar en esos mensajes que comentó Mike —dice Joyce.

—Vale —asiente Pauline—. Por cierto, ¿crees que querrás tu tarta de limón?

—No, adelante —concede Joyce—. El caso es que no siempre encuentras las cosas en el lugar más obvio, ¿no? El otro día extravié mi cinta métrica, por ejemplo, y siempre la guardo en el cajón de la cocina. Siempre. Pero la necesitaba para zanjar una discusión con Ibrahim sobre quién de los dos tenía el televisor más grande, y entonces abrí el cajón, ¿y estaba ahí? No. No estaba en el sitio más

obvio. Al final, la encontré en la estantería, a saber por qué. Yo no la dejé allí, y Alan seguro que tampoco, ¿no?

—¿Has perdido el hilo, Joyce?

—Ni un pelo —replica ella—. Lo que digo es que he pensado que, mientras todos están concentrados en Jack Mason, yo podría echar un vistazo a *Diario de noche del sureste* y ver si alguien del equipo pudo haberla asesinado. Por un motivo completamente distinto. ¿Crees que tendría sentido?

—El mismo que todo lo que hacéis vosotros cuatro —dice Pauline —. Pregúntame lo que quieras.

—Bien, alguien le estaba dejando notas amenazadoras a Bethany. En su bolso, sobre su mesa.

—Eso tengo entendido.

—¿Pudiste ser tú?

—No.

—¿Pudo ser Fiona Clemence?

—Pudo ser Fiona Clemence —concede Pauline—. Lo dudo, pero no es imposible.

—¿Envidia?

—No creo que *envidia* sea la palabra. Ambas eran mujeres fuertes. Y en esa época la gente quería que las mujeres fuertes compitieran entre sí. Era como si dos mujeres fuertes no pudieran compartir el mismo espacio. Como si el mundo fuera a explotar si estaban juntas.

—Quizá debería hablar con Fiona Clemence —señala Joyce—. ¿Qué te parece?

—Creo que te gustaría hablar con ella. Eso es lo que me parece.

Joyce le pasa su tarta de limón.

—No veo qué tendría de malo. En fin, volvamos al otro día. ¿Qué comentaste sobre la ropa de Bethany?

—Ni idea —dice Pauline.

—Una chaqueta de pata de gallo y unos pantalones amarillos — añade Joyce—. Te sorprendió que alguien pudiera combinar algo así.

—Bueno, ya sabes a lo que me refiero —replica Pauline.

—No lo sé —responde Joyce—. ¿Por qué lo comentaste?

—¿Me permiten tentarlas con una copa más de prosecco? — pregunta un camarero.

—Sí, por favor —contestan al unísono.

Mientras les sirve, ambas mujeres guardan un educado silencio,

solo interrumpido por algún «¡oh!» cuando ven cómo se llenan sus copas.

—Me pareció que era una forma extraña de vestirse, nada más —dice Pauline antes de tomar un generoso trago—. No era su estilo.

—Pauline —dice Joyce—. ¿Sabes algo que no me hayas contado?

—Creía que lo descubrirías sola...

—No estoy segura de que pueda hacerlo contigo, no —confiesa Joyce—. ¿No estarás protegiendo a alguien?

—¿Hablando de la ropa de Bethany? No —responde la maquilladora—. Me interesa la ropa, nada más. Yo investigaría por ahí.

—Mis amigos están más concentrados en las cuentas en paraísos fiscales que en los pantalones —dice Joyce.

—Bueno, para eso formáis un equipo —replica Pauline—. No tenéis que concentraros todos en lo mismo.

—También comentaste que las imágenes de la cámara de seguridad eran muy borrosas, ¿no? Me sorprendió que lo mencionaras.

—Joyce —dice Pauline—. Estabais todos reunidos, lanzando teorías, y simplemente quise participar. Tener algo que aportar. La verdad es que, cuando estáis juntos, formáis una panda que intimida bastante.

Ella se ríe.

—Supongo que tienes razón. Aunque la que intimida sobre todo es Elizabeth, no yo.

—Es verdad —conviene Pauline—. Háblame de Ron.

—¿Qué quieres saber?

—Todo lo malo —pide Pauline—. Cualquier cosa que se me haya pasado por alto mientras me perdía en sus maravillosos ojos.

—Por dónde empezar... —dice Joyce—. No sabe vestirse, se niega a comer sano, no puedes llevarle la contraria, a veces es demasiado gritón, especialmente cuando está en público, tiene algunas opiniones anticuadas, y una vez me soltó un sermón de una hora cuando le dije que había votado a los liberales en las elecciones municipales.

—Pero es...

—A veces me toma el pelo, aunque no me quejo cuando se lo hace a Elizabeth, así que quizá no sea un defecto. Tarda mucho en responder a los mensajes, se pone de morros fácilmente, sobre todo cuando no ha comido. Se tira ventosidades a menudo. Una vez se pasó

todo el día enfurruñado porque no le pedimos que viera el cadáver de un asesino al que alguien había matado de un tiro en Coopers Chase. Tiene unos gustos musicales lamentables y, si se pasa a saludarme por la noche, habla cuando estoy viendo la tele.

—¿Hubo un asesino en Coopers Chase?

Joyce ignora la pregunta.

—Si lo envías al súper, siempre se equivoca con la compra. Y no me refiero a galletas Digestive de chocolate negro en lugar de galletas Digestive de chocolate con leche. Me refiero a que le pides un paquete de cuatro rollos de papel higiénico y lo que te trae es una piña.

—Muy completo el informe —comenta Pauline—. ¿Alguna virtud?

—Esa lista es más larga —dice Joyce—. Así que te la resumiré. Es leal, es bueno, es divertido y estoy orgullosísima de que haya decidido ser amigo mío por la razón que sea. Ron es, y se trata tan solo de una opinión mía, un príncipe. A veces sueño despierta, y esto te parecerá una cursilería, pero a veces sueño despierta con que Ron está sentado en mi sofá y Gerry en su sillón, y que los dos se ríen y discuten hasta que nos dan las tantas. Me imagino toda la escena en mi cabeza. Gerry lo habría querido, y ese es el mayor elogio que puedo hacer de él.

Hay lágrimas en los ojos de Joyce, y Pauline le coge la mano.

—Diría que tú también lo quieres, Joyce.

—Claro que lo quiero —admite ella—. Es imposible no hacerlo. A ver, Pauline, no es hombre para mí, por todos los motivos que he enumerado. Pero si te gusta la piña y tienes suficiente papel higiénico en casa, es el hombre ideal.

—¿Sabes? Igual llevas razón —dice Pauline.

Joyce sonríe ahora entre lágrimas.

—¡Qué bonito! ¡Qué bonito! Voy a empezar a mirar sombreros para la boda.

—No tan deprisa —repone Pauline sonriendo—. Acabamos de empezar.

Suelta la mano de Joyce, pero esta la coloca ahora sobre la suya. La mira a los ojos.

—¿Prometes que me lo has contado todo, Pauline?

—Me parece, señoras, que necesitan que vuelva a llenarles la copa —dice el camarero.

—Sí, por favor —responden ambas.

31

—¿Los has pasado por el ordenador viejo? —pregunta Stephen—. ¿No ha salido nada?

—Nada —contesta Elizabeth.

Un amigo que todavía trabaja en la agencia le ha hecho el favor de introducir los nombres en el sistema. «Carron Whitehead» no arrojó ninguna coincidencia. «Robert Brown» dio demasiadas. Le han prometido que las revisarían todas, pero una no puede abusar de pedir favores, y últimamente Elizabeth ha pedido demasiados. ¿Quizá debería hacerle una visita al comisario jefe y ver si sabe algo que ellos no sepan? ¿Podría pedir una reunión con él? Seguro que hay alguna forma de hacerlo.

—Tu amigo lo descifrará —asegura Stephen—. El de los crucigramas.

Ibrahim. Eran buenos amigos, los dos. Ibrahim sigue pidiendo ir a verlos, pero Elizabeth se empeña en decirle que no.

—Eh, estoy intentando jugar al ajedrez —dice Bogdan—. A ver si dejan de hablar.

Bogdan ha bajado desde la obra en lo alto de la colina para hacerle compañía a Stephen.

—Sigues oliendo muy bien —comenta Elizabeth—. Y es el mismo perfume que la otra vez. Como si estuvieras viéndote con alguien habitualmente... —Elizabeth tiene capacidad de sobra para dedicarse a dos misterios a la vez.

Bogdan mueve una pieza y vuelve a arrellanarse.

—¿Qué va a hacer con ese hombre al que ha de asesinar?

—Yo he preguntado antes —dice Elizabeth.

No sacará nada de Bogdan. Quizá debería empezar a seguirlo. ¿Sería pasarse? Lo piensa un momento y decide que sí, que quizá sería excederse un poco. Pero, en realidad, Elizabeth no soporta que un secreto se le resista. Los espías son como perros. No toleran las puertas cerradas.

—El vikingo tenía unos libros fantásticos —dice Stephen mientras piensa su siguiente jugada—. De verdad que eran extraordinarios.

Stephen es su secreto, desde luego. Su puerta cerrada. De momento.

—¿Empleará el arma que le di? —pregunta Bogdan—. La mujer que me la consiguió me dijo que había estado enterrada una buena temporada, así que asegúrese de que funciona.

—Ahora resulta que me das consejos sobre armas —reniega Elizabeth. Pero en realidad tendrá que comprobarlo. Esa noche irá al bosque con el arma. Asustará a las lechuzas y a los zorros.

—Bogdan, compadre —dice Stephen, mirando enfurruñado el tablero—. Parece que has vuelto a jugármela. Mucho me temo que estoy perdiendo facultades.

—Lo único que ha perdido es esta partida —contesta Bogdan.

Carron Whitehead y Robert Brown. Las primeras transferencias con el dinero defraudado. Debe de haber una pista en esos nombres, pero Elizabeth tiene la impresión de haber llegado a un callejón sin salida.

Solo se le ocurre una persona que tal vez pueda ayudarla, por extraño que parezca.

Viktor Illyich. Un mago en ese terreno. Indagando en documentos, siguiendo el rastro del dinero.

Pero ha llegado la hora de atarse los machos y dejarse de historias. Eliminar a Viktor y, por tanto, eliminar el riesgo que supone el vikingo. Elizabeth irá esa noche al bosque y probará el arma. Y luego tendrá que escribirle a Joyce y decirle que mañana viajarán a Londres. Aunque no le dirá por qué.

Ha llegado el momento de matar a Viktor Illyich. Y Elizabeth necesitará que Joyce la acompañe cuando lo haga.

32

La hora punta de la mañana ya ha terminado, pero aun así el tren sigue lleno. Elizabeth acaba de confesarle que la secuestraron.

—Pero ¿por qué te pusieron una bolsa en la cabeza, además de la venda para los ojos? —pregunta Joyce mientras el tren surca a toda velocidad la lluvia horizontal de Inglaterra—. Me parece excesivo.

—Toda precaución es poca —comenta Elizabeth.

Joyce asiente.

—Hoy llevo impermeable y paraguas, así que tampoco puedo decir nada. ¿Qué te pareció Staffordshire?

—No vi mucho, Joyce —dice Elizabeth—. Nos llevaron a toda velocidad, luego me metieron en una casa con una pistola apuntándome a la cabeza y finalmente nos soltaron en un arcén a las dos de la madrugada con un frío de mil demonios.

En ese instante suena su móvil, un mensaje de un número privado.

> Veo que estás en el tren
> de camino a Londres, Elizabeth. Tengo a gente en
> todas partes. Por favor, no me defraudes.

El tono quiere ser amenazante, pero está empezando a parecer desesperado. Aun así, Elizabeth echa un vistazo al vagón y estudia todas las caras de una en una.

—No sé si he estado alguna vez en Staffordshire —continúa Joyce —. Aunque supongo que alguna vez habré pasado por allí, ¿no?

Lo ideal sería no tener que asesinar a Viktor Illyich. Pero entonces el vikingo mataría a Joyce al cabo de dos semanas, a menos que le diera un buen motivo para no hacerlo. El dilema es Viktor o Joyce, y no hay color.

Así que aquí están, en el tren de las 9.44 de Polegate a Victoria Station en Londres. De momento sigue decidida a no comentar nada con su amiga sobre la amenaza que pesa sobre su cabeza. ¿Hace bien?

¿Podría encajar una amenaza de muerte? Elizabeth todavía no ha conocido los límites de Joyce, pero ha de tenerlos, ¿no?

—Sí, Joyce, seguro que has pasado por Staffordshire. Es un condado bastante grande.

Joyce le ha contado su nueva teoría. Que Fiona Clemence estuvo implicada en el asesinato de Bethany Waites y que ¿no sería oportuno, visto lo visto, hablar con ella? Mucho más agradable pensar sobre eso un rato que sobre lo que se dispone a hacer.

Elizabeth siente el peso del arma en el bolso que reposa sobre su falda. Una pistola, una pluma, un pintalabios y una revista de crucigramas. Como en los viejos tiempos.

—¿Crees que pasan con el carrito en este tren? —pregunta Joyce —. ¿O tendremos que ir al vagón restaurante?

—Pasan con el carrito —dice Elizabeth.

—Qué bien —exclama Joyce, y vuelve la cabeza para ver si, con un poco de suerte, el carrito ya está en camino—. ¿Y esta excursión a Londres tiene relación con tu aventura? —continúa—. ¿O vamos de compras?

—Tiene relación. Otro día te llevo de compras para compensártelo.

Un nuevo mensaje en el teléfono de Elizabeth.

Por cierto, ¡bonito día has elegido para hacerlo!

¿Ese vikingo no tiene nada mejor que hacer? Ambas se arrellanan en sus asientos y contemplan el paisaje gris y húmedo al otro lado del cristal. ¡Oh, Inglaterra! ¡Cuando quieres ser lúgubre, nadie te supera!

Joyce finalmente revienta.

—Bueno, entonces ¿a qué vamos?

—A ver a un viejo amigo mío —contesta Elizabeth—. Viktor.

—Antes teníamos un repartidor de la leche que se llamaba Victor —dice Joyce—. ¿Es posible que sea el mismo?

—Muy posible. ¿Tu repartidor también era el director del KGB en Leningrado en los años ochenta?

—Es otro Victor —dice Joyce—. Aunque el reparto de la leche termina muy temprano, ¿no? ¿Quizá era pluriempleado?

Se ríen. Justo entonces llega el carrito. Joyce dispara una batería de preguntas a la mujer que lo lleva. ¿El té es gratis? ¿Hay galletas? ¿Son gratis? ¿Eso que le parece ver son plátanos? ¿Los plátanos se

venden bien en el tren o son las galletas el producto estrella? ¿Cuál es la diferencia de temperatura entre un café servido en un extremo del tren y uno servido en la otra punta? A estas preguntas añade otras complementarias, motivadas por las respuestas de la mujer del carrito, que recientemente se ha reincorporado al trabajo después de ser madre y le comenta que su marido, que trabaja en las obras del aeropuerto, no arrima el hombro en casa y que su suegra es insoportable y que siempre lo defiende. Terminadas las preguntas, Joyce decide que en realidad no le apetece nada y que no comprará nada, gracias. Elizabeth pide un agua, y carrito y mujer reanudan su ruta, deseándoles a ambas un buen viaje.

—Entonces ¿por qué vamos a ver a Viktor?

Elizabeth comprueba que el carrito haya desaparecido.

—Me temo que tengo que matarlo.

—No bromees con eso, Elizabeth —le advierte Joyce—. Estamos en plena investigación. Y ya hemos tenido malas experiencias recientemente.

Su amiga lleva razón. Elizabeth rememora todo lo que ha vivido, remontándose hasta el asesinato de Tony Curran. Hasta Ian Ventham y Penny en la residencia Los Sauces, mientras John le cogía la mano. En su momento, todo le había parecido una broma, pero fue el principio de una concatenación de acontecimientos que había culminado con ella sentada en el tren de las 9.44 de Polegate, acompañada de su mejor amiga y con una pistola en el bolso. «¿Mejor amiga?», es la primera vez que lo piensa. Asiente en señal de conformidad mirando a Joyce.

—Ya lo sé. Y me temo que tendremos alguna mala experiencia más antes de zanjar este asunto.

—Pero no puedes ir por la vida matando a la gente, Elizabeth.

—Ambas sabemos que eso no es verdad, Joyce. Y en esta ocasión no tengo más remedio.

—¿Por qué? ¿Qué pasa si no lo matas?

—Alguien me matará a mí. —«Alguien te matará a ti y no pienso permitirlo», piensa para sus adentros.

—De verdad que a veces eres una caja de sorpresas —replica Joyce—. ¿Desde cuándo haces lo que te mandan? ¿Quién te ha ordenado que mates a Viktor?

—No lo sé.

—¿El MI5?

—Más bien sería el MI6, Joyce, con el debido respeto. Pero no: un sueco muy alto.

—En Suecia todos son altos —apunta Joyce—. Lo dijeron en la tertulia de la BBC. ¿Y te paga por hacerlo?

—No, solo lo hago bajo amenaza de muerte. —«Tu muerte, amiga mía querida, encantadora e insoportablemente parlanchina», piensa Elizabeth.

—De acuerdo. Imagino que no conozco todos los detalles, pero estoy aquí para ayudarte, supongo. Para eso están las mejores amigas.

—Pues te doy la razón en que eres mi mejor amiga, Joyce. No se me había ocurrido hasta ahora.

—Claro que eres mi mejor amiga —replica ella—. ¿Quién creías que era mi mejor amigo? ¿Ron?

Elizabeth vuelve a sonreír. ¿Ha tenido una mejor amiga alguna vez? ¿Penny? Quizá, pero en el fondo solo compartían una afición y respeto mutuo. Ha tenido maridos y amantes. Colegas en las misiones, compañeros de celda, guardaespaldas. Pero ¿una mejor amiga?

—Un momento, ¿Stoke está en Staffordshire? —pregunta Joyce.

—Sí —responde Elizabeth.

—Entonces sí he estado en Staffordshire. Hicimos una excursión en autocar a Stoke, hace un montón de años. Una cerámica preciosa. Compré una maceta con el nombre de Gerry. Estaba escrito con jota, pero era lo que más se acercaba.

—Me alegro de haber despejado la duda —dice Elizabeth.

—¿Dónde vive Viktor?

—En un sitio que te gustará mucho.

Joyce asiente.

—En realidad no vas a matarlo, ¿no, Elizabeth? No creo que me hubieras traído si pensaras de verdad que ibas a matarlo...

Elizabeth la observa un momento.

—¿A quién demonios crees que habría traído? ¿A Ron?

Tenía la intención de hacer reír a su amiga, pero en vez de ello Joyce parece asustada.

El tren empieza a ralentizar la marcha al acercarse a Londres.

33

—«Van a matarme —lee Ibrahim—. Connie Johnson es la única persona que todavía puede ayudarme.»

—Tenía miedo, es evidente —dice Connie, con los pies sobre la mesa. Les han permitido reunirse en una sala privada atendiendo a la importancia de la «salud mental» de la población reclusa.

—Tenía miedo —repite Ibrahim—. ¿Miedo de ti?

Ella niega con la cabeza.

—Sé reconocer cuándo la gente me tiene miedo. Eso sí, le tenía miedo a alguien.

—¿Quizá te gusta que la gente te tenga miedo? —Ibrahim está tomando notas en su cuaderno—. ¿Qué te hace pensar eso?

—¿Estamos haciendo terapia? —replica Connie—. ¿O estamos investigando un asesinato?

—He pensado que podríamos combinar las dos cosas —responde Ibrahim—. En terapia, no puedes desaprovechar una crisis.

—La verdad es que no me va la gente asustada —reconoce Connie—. Por cierto, te agradezco el número de *Grazia*. Has acertado. Pero, volviendo a tu pregunta, no me pone dar miedo a la gente. Solo lo hago porque el miedo es fácil de convertir en dinero.

—Entonces ¿a quién le tenía miedo? —inquiere Ibrahim—. Según tú...

Connie se encoge de hombros y da un sorbo al capuchino que un guardia le ha preparado. Incluso le ha puesto fideos de chocolate por encima.

—Me parece que guardaba un secreto y que le daba miedo contarlo.

—Un secreto que parecía creer que tú conocías —añade Ibrahim —. «Connie Johnson es la única persona que todavía puede ayudarme.» ¿Qué te contó? ¿Te dio una pista, quizá?

—Si lo hizo, no la pillé —contesta Connie—. Pero seguiré pensando.

—Si me lo permites —dice Ibrahim—, ¿tienes algún secreto, Connie?

—Nooo... La combinación de la caja fuerte que tengo en mi taquilla, supongo, pero no creo que eso cuente, ¿no? ¿Qué secretos tienes tú?

—Eso lo hablamos otro día. Empecemos por el principio. Cuando te enteraste de lo ocurrido...

—¿Con las agujas de hacer punto?

—Con las agujas de hacer punto, sí —dice Ibrahim—. ¿Qué te pasó por la cabeza?

Connie se da un momento para pensar y rompe una barrita de un Kit Kat que le ha traído otro guardia. En una bandejita.

—Bueno, de entrada me admiró la creatividad. No debe de ser fácil matar a alguien con unas agujas de hacer punto.

—En eso estamos de acuerdo —conviene Ibrahim.

—Y luego pensé que no debería habérselas conseguido —agrega Connie—. Pero no se la puede juzgar a una por lo que ha pasado después, ¿verdad?

—Son palabras sabias —comenta Ibrahim.

—Llegan tarde para ella —dice Connie, y se termina el capuchino haciendo una mueca—. Si averiguo un poco más, ¿crees que podrías conseguirme una cafetera nueva? Tengo una Nespresso, pero me gustaría una De'Longhi.

—No creo que pueda —dice Ibrahim.

Ella asiente.

—Bueno, apáñatelas. Te voy a contar lo único que recuerdo: cuando fui a su celda, Heather estaba escribiendo algo.

Ibrahim deja de tomar notas y la mira.

—¿Qué cosa?

Connie se encoge de hombros.

—Lo guardó a toda prisa. Pero valdría la pena echarle un vistazo. Ya habrán empaquetado todas sus cosas.

—¿Y qué debía de estar escribiendo? —pregunta Ibrahim—. ¿No crees que sería la nota que dejó?

Ella niega con la cabeza.

—Era larguísimo. Escribía como una loca.

—Bueno, Connie, ¿cómo lo ves? ¿Por qué matar a Heather Garbutt y por qué hacerlo ahora?

—Te voy a contar cómo lo veo yo —declara ella—. No me parece que esto sea la terapia por la que estoy pagando. La sensación es que me he convertido en un miembro sin sueldo de tu grupito.

—Vale, aquí nadie cobra, pero es un argumento válido —responde Ibrahim—. De hecho, es una observación justificada. Ahora, hablemos un poco de ti. ¿Quieres empezar tú o prefieres que lo haga yo?

—Empieza tú —decide Connie.

Él reflexiona un momento.

—Creo que no eres feliz —suelta.

—Te equivocas —replica ella.

—Creo que haces infeliz a los demás.

—Eso te lo admito.

—Sabes que haces infeliz a los demás, pero aun así, ¿eres feliz? No debe de ser fácil reconciliar ambas cosas.

—Cada cual es responsable de su vida.

—Connie, eres una mujer brillante y trabajadora. Sabes detectar las oportunidades. Creo que no me equivoco si digo que eres más poderosa que la mayoría de la gente.

Ella da unos golpecitos con los dedos sobre la mesa.

—Es posible.

—De lo que se deduce que abusas de los demás —dice Ibrahim—. Cuando se es fuerte, se tienen dos opciones en la vida: proteger a los más débiles o abusar de ellos. Tú empleas las fuerzas que te han sido dadas para abusar de los débiles.

—Lo mismo que todo el mundo —replica ella.

—Yo no. Eso solo lo hacen los sociópatas.

—Vale, entonces seré una sociópata. Deberías probar, es muy lucrativo.

—Percibiste que Heather Garbutt tenía miedo, Connie. Y percibiste que no era capaz de contar la verdad. Y creo que eso te preocupó.

Ella guarda silencio, antes de decir:

—No, no especialmente.

—¿No te preocupó?

—No, en realidad no.

—Aun así, consideras que debería averiguar qué escribió Heather... Piensas que en su muerte tal vez haya algo más de lo que

parece a simple vista.

—Es posible —admite Connie.

—Pues tengo una buena noticia que darte y otra mala —dice Ibrahim cerrando el cuaderno.

—Ilumíname.

—La buena noticia es que te preocupas por las cosas. Así que no eres una sociópata.

—¿Y la mala?

—La mala noticia es que eso significa que algún día tendrás que asumir todo el daño que has hecho a lo largo de tu vida.

Connie mira fijamente a Ibrahim largo rato. Él le sostiene la mirada.

—Eres un fraude —dice ella a la postre—. Bonitos trajes, eso te lo reconozco, pero eres un fraude.

—Cabe esa posibilidad. —El móvil de Ibrahim lanza una ráfaga de pitidos—. En fin, nuestra hora ha concluido. La semana que viene, más. ¿O mejor lo dejamos aquí? La decisión está siempre en tus manos. ¿O en realidad estás convencida de que soy un fraude?

Connie recoge la revista y guarda lo que queda del Kit Kat en su bolso Hermès. Se pone de pie y le tiende la mano a Ibrahim.

—La semana que viene, más —dice—. Por favor.

—Como gustes —responde él.

—Seguiré indagando para ti.

—Y yo haré lo mismo por ti.

34

—¿Qué impresión te causó Pauline? —pregunta Elizabeth.

—Me cae bien —dice Joyce.

—Bueno, a mí también. Pero te pido tu impresión.

—Le pregunté por los comentarios que hizo el otro día. Sobre la ropa que llevaba Bethany Waites. Pero salió por peteneras. Y dijo que no recordaba nada de las notas.

—Es como si quisiera conducirnos a algo. O alejarnos.

—Eso sí, le pareció bien que habláramos con Fiona Clemence. Dijo que era una idea fabulosa.

Elizabeth levanta una ceja, incrédula, mirando a su amiga.

El taxi negro se detiene y ambas se bajan. Elizabeth estudia los alrededores. ¿Quién las vigila? Un poco más arriba hay unos guardias de seguridad en la entrada de la embajada de Estados Unidos y, a su izquierda, un grupo de chicas jóvenes pasa por la puerta giratoria de la sede de una editorial. Mirando hacia lo alto, ve un sinfín de ventanas, un sinfín de sitios en los que esconderse y vigilar. El paraíso de un francotirador. Joyce también está mirando a su alrededor, pero con un objetivo completamente distinto.

—¡Hay una piscina! —exclama.

—Lo sé —corrobora Elizabeth.

—En el cielo —dice Joyce, mirando hacia arriba y haciendo pantalla con la mano para protegerse de un resplandeciente sol de invierno.

—Ya te he dicho que te gustaría el sitio —repone Elizabeth.

La piscina se extiende entre las azoteas de dos altos edificios residenciales. Como tiene el suelo de cristal, parece flotar en el aire. A Elizabeth no la impresiona. No es más que la suma de dinero e ingeniería. Quizá también una pizca de imaginación, pero está convencida de que la han copiado de alguna parte. Si la hubieran construido para darle un uso público, tal vez le parecería maravillosa. Pero solo puedes nadar en el cielo si tienes dinero, y si tienes dinero,

puedes hacer casi todo lo que se te antoje, así que hay que perdonarla si no se emociona.

—¿Y es aquí donde vive? —pregunta Joyce—. ¿Viktor?

—Eso dice la información que tengo.

—¿Crees que nos dejará bañarnos?

—¿Has traído bañador, Joyce?

—No lo he pensado. ¿Crees que volveremos algún día?

Elizabeth vuelve a sentir el peso del arma en su bolso.

—No en una buena temporada. No.

Entran por la gran puerta doble de uno de los edificios residenciales y cruzan el vestíbulo de mármol hasta llegar al mostrador de la recepción, de nogal y cobre bruñido. Todo el sitio transmite una sensación de mucho dinero sin ser en absoluto ostentoso, como un hotel de negocios que un divorciado podría elegir para quitarse la vida.

La portera es muy guapa, ¿del África oriental, tal vez? Elizabeth le dedica la más amistosa de sus sonrisas. No se le da tan bien como a Joyce, pero lo intenta.

—Hemos venido a ver al señor Illyich.

La portera le dirige una mirada muy agradable, pero también muy firme.

—Lo siento, pero en este edificio no vive ningún señor Illyich.

«Lo cual tiene todo el sentido», piensa Elizabeth. Viktor Illyich tenía un centenar de nombres. ¿Por qué emplear el verdadero allí?

—Eres muy guapa —dice Elizabeth dirigiéndose a la portera.

—Gracias —responde ella—. Ustedes también. ¿Puedo hacer algo más para ayudarlas?

El teléfono de Elizabeth suena. Otra vez el vikingo. Lee el mensaje.

> Me han dicho que estáis en el edificio. Matarlo en su propia casa le da un toque perfecto. Espero recibir noticias pronto.

«¿Cómo vamos a subir?», piensa Elizabeth.

—¿Te has bañado en la piscina? —pregunta Joyce a la portera.

—Muchas veces —responde ella—. Para su información, un empleado del complejo está viniendo para acompañarlas a la calle a la mayor brevedad.

—Creo que la piscina me impresiona más que a Elizabeth —dice Joyce.

—¿Elizabeth? —dice la portera—. ¿Elizabeth Best?

—Sí, querida —asiente esta. La cosa pinta mejor.

—El señor Illyich me dijo que la acompañara inmediatamente si se presentaba una mujer con ese nombre. Me dijo que también podía llamarse —la portera mira una lista— Dorothy D'Angelo, Marion Schulz, Konstanina Plishkova o la reverenda Helen Smith. Me pidió además que abriera bien los ojos y aprendiera, porque Elizabeth Best es la mujer más inteligente que ha conocido en toda su vida.

Elizabeth ve que Joyce pone una mueca de resignación.

—¿No se te ha ocurrido pensar, al vernos entrar y preguntar por Viktor Illyich, que yo podía ser Elizabeth Best? ¿No se te ha pasado por la cabeza?

—Lo lamento muchísimo, pero no. Por cómo habló de usted el señor Illyich, pensé que Elizabeth Best sería una mujer mucho más joven.

—Bueno —dice Elizabeth—, lo cierto es que fui una mujer mucho más joven, así que te lo perdono.

—El señor Illyich vive en el ático. Yo misma las acompañaré. —La portera se vuelve entonces hacia Joyce—. Y les mostraré la piscina cuando se marchen. Disponemos de bañadores para los invitados.

Elizabeth advierte el gesto de alegría en su amiga. Hoy no se darán un baño. Pero es posible que necesiten toallas.

Terminado el trayecto en un ascensor del tamaño del salón de un chalé, Viktor les abre la puerta personalmente, da las gracias a la portera y hace pasar a Elizabeth y a Joyce a su ático. No podría parecer más emocionado por verlas.

—¡Aquí la tenemos! ¿Cómo es posible que sea un hombre tan afortunado? ¿Cuánto tiempo ha pasado, Elizabeth?

—¿Veinte años? —dice ella.

—Veinte años, veinte años —asiente Viktor, y le planta un beso en cada mejilla—. Estoy hecho un vejestorio, ¿no crees?

—Siempre estuviste hecho un vejestorio, Viktor.

Él suelta una carcajada.

—¡Por supuesto! ¡Siempre! Y ahora por fin lo soy. Por fin un poco de coherencia en mi vida. Bueno, tengo entendido que tú eres Joyce Meadowcroft...

Joyce le tiende la mano, pero Viktor la besa en las mejillas.

—Encantada de conocerte, Viktor —dice ella—. ¿Sabes que en Bélgica se besan tres veces? Me enteré hace poco.

Viktor sonríe y la toma del brazo.

—Por favor, venid conmigo y sentaos. Hace demasiado frío para estar en la terraza, pero podemos disfrutar de las vistas. Espero que os gusten las nubes grises y los autobuses de Londres...

Viktor conduce a Joyce a un sofá por debajo del nivel del salón que debería ofrecer una vista panorámica de la ciudad, pero las nubes grises tapan casi todo el paisaje urbano. Los únicos puntos de referencia que aciertan a distinguir porque están cerca son los edificios en construcción en el antiguo solar de la central eléctrica de Battersea, donde se está urbanizando un nuevo barrio a orillas del Támesis. Elizabeth camina detrás de ellos.

—Joyce —dice Viktor—. Creo que te apetece un gin-tonic. Eso es lo que pienso. Dime si he acertado.

—¡Has acertado! —exclama ella.

—Entonces eso es lo que tomaré yo. Estoy feliz de teneros en casa. Elizabeth, ¿nos acompañas?

—Siéntate, Viktor —pide ella.

—Lo haré, lo haré —dice él—. Entiéndelo, estoy emocionado. Deja que prepare las copas y luego podemos sentarnos y hablar. Dos viejos espías. ¡Seguro que haremos que a Joyce se le pongan los pelos de punta con nuestras historias!

—Siéntate, Viktor —insiste Elizabeth, ahora con la pistola en la mano.

35

—Hablo yo, luego hablas tú —dice el productor. Se llama Carwyn Price, y se lo ha dejado meridianamente claro al inspector jefe Chris Hudson, porque a Carwyn Price le gusta referirse a Carwyn Price en tercera persona—. Hablo yo, hablas tú. Hablo yo, hablas tú. Hablo yo, hablas tú.

—Entendido —asiente Chris.

—Hablo yo, hablas tú. Esa es mi única norma —insiste Carwyn—. A menos que hagas un llamamiento a la colaboración ciudadana: «¿Han visto a este hombre?», ese tipo de cosas. Eso puedes hacerlo mirando al cañón.

—¿Al cañón?

—Directamente al objetivo —aclara Carwyn—. Así lo llamamos en las noticias.

—El cañón quiere decir algo por completo distinto en la policía —replica Chris.

Carwyn lleva un gorro de lana, aunque estén bajo techo. Donna seguro que tendrá una opinión al respecto. Ella lo está viendo todo desde una silla situada a un lado del pequeño plató de *Diario de noche del sureste*. Cuando Chris recibió la llamada para hacer la prueba de cámara, el tipo al teléfono le dijo: «Vamos a ver si le gustas a Carwyn Price». «¿Quién es Carwyn Price?», preguntó Chris, a lo que el tipo le respondió: «Soy yo».

—Vale. Voy a dispararte unas cuantas preguntas —dice Carwyn —. Tú me lanzas unas cuantas respuestas y veremos si le gustas a la cámara.

—¡Buena suerte! —le grita Donna desde su rincón.

—Silencio en el plató —ordena Carwyn—. Esto no es un zoo.

«¿Por qué me he prestado a esto?», piensa Chris, aunque desde luego ya es un poco tarde para echarse atrás. Nunca habría imaginado que se pudiera tener la boca tan seca. Es como si acabara de despertarse de un sueño inquieto en un vuelo de larga distancia.

—Me acompaña el subinspector Chris...

—Inspector jefe —corrige Chris con dificultad.

—No me interrumpas jamás —le espeta Carwyn—. Hablo yo, hablas tú.

—Lo siento —dice Chris—. Solo he pensado que sería mejor precisar.

—¿En un programa en directo? —inquiere Carwyn—. Eso es lo que has pensado, ¿no? Si te invito a mi programa, ¿eso es lo que me darás? ¿Abrir el pico cada cinco segundos?

—Pero ahora no estamos en directo —replica Chris—. Prometo que no lo haría si lo estuviéramos.

—Madre del amor hermoso —murmura Carwyn.

No pinta nada bien. Chris nota que, para colmo de males, tiene ganas de ir al baño. ¿Cómo es posible teniendo la boca tan seca? Echa una mirada a Donna. Ella le levanta el pulgar, pero el gesto carece de convicción.

—Me acompaña el inspector jefe Chris Hudson, de la policía de Kent —dice Carwyn sin dignarse levantar la vista—. Inspector jefe, se multiplican los atracos, los delitos con violencia. Sin duda los vecinos de Kent merecen algo mejor, ¿no es así?

—Me parece una pregunta muy pertinente, Mike. Creo que...

—¿Mike? —salta Carwyn en lo que parece una interrupción, pero Chris entiende que es mejor dejarlo pasar.

—Sí. Pensaba que estabas haciendo de Mike Waghorn —aclara Chris—. Lo siento.

—Me llamo Carwyn Price, colega. Así que estoy haciendo de Carwyn Price.

—Lo siento —insiste Chris—. Pensaba que eras el productor y que...

—¿Y que por eso no existo? —lo interrumpe Carwyn—. ¿Porque no me has visto en la tele?

—No, solo es que... —Chris vuelve a mirar a Donna, pero ella finge estar con el móvil—. Lo siento, es la primera vez que hago esto.

—Pues vaya si se nota —dice Carwyn—. Esto lo hago por Mike, como un favor, ¿te queda claro? Me estoy perdiendo la clase de Jiu-jitsu.

Chris cabecea.

—Lo siento. De verdad.

Para su sorpresa, se da cuenta en ese mismo instante de que, en realidad, sí que le gustaría salir en televisión. Carwyn no le cae bien, obviamente, con su gorro y sus malas pulgas, pero le gusta estar en ese plató, le gusta que la cámara lo enfoque. Toda una sorpresa para un hombre que hace tan solo unos meses evitaba su propia imagen en el espejo. Ve que Carwyn hincha los carrillos. «Última oportunidad, Chris. Vamos a clavarlo.»

—Soy Carwyn Price, y me acompaña el inspector jefe Colin Hudson de la policía de Kent.

Chris no lo corrige. Cuánto ha aprendido hoy.

—Se multiplican los atracos, los delitos con violencia, sin duda los vecinos de Kent merecen algo mejor, ¿no es así?

—Así es, Carwyn —contesta Chris—. Es una pregunta pertinente y, si dispusiera de una respuesta sencilla, se la daría. De entrada, le diré que vivimos en una de las regiones más seguras del mundo. No quiero que nuestros telespectadores se preocupen más de lo necesario. Pero cualquier atraco es un atraco de más. Cualquier delito con violencia es...

Chris ve a Donna con el rabillo del ojo. Un pulgar alzado de verdad esta vez.

—... un delito con violencia de más. Así que les hago esta promesa: mis compañeros y yo no descansaremos hasta...

La puerta del plató se abre de par en par y Mike Waghorn entra con paso tranquilo y tira su bolsa sobre una silla.

—¡Aquí está! ¡Mi gran descubrimiento!

Carwyn parece encontrar en presencia de Mike Waghorn una educación que no ha sido capaz de mostrar con Chris.

—¡Mikey! —exclama Carwyn—. Sí, aquí estamos, ¡poniéndolo a tono!

—Seguro que sí, seguro que sí —asiente Mike—. Hola, Chris, ¿qué te parece todo este tinglado?

—Me encanta —responde él—. De verdad. No lo pensaba, pero sí.

Mike ve a Donna.

—¿Y esta es tu media naranja? ¿Cómo lo ves, Donna?

—Pues se le da muy bien —opina ella.

—Podemos ahorrarnos la prueba de cámara, Carwyn. Pongo la mano en el fuego por él. Ya conoces el instinto que tengo —señala Mike.

—Claro que sí, Mike —conviene el productor—. Salta a la vista que tiene talento.

—Dentro de un par de días hablaremos de crímenes con arma blanca —dice Mike—. Ponlo en la escaleta. ¿Te parece bien, Chris?

—Mmm..., sí —responde él. ¿Dentro de un par de días? ¿En la tele? ¿Crímenes con arma blanca? Es como si le hubieran caído todos los regalos de Navidad a la vez. No ve el momento de contárselo a Patrice.

—Bravo, jefe —lo felicita Donna, y se levanta de la silla para darle un abrazo.

La mente de Chris galopa desbocada hacia el futuro. Quizá eso se convierta en una sección habitual del programa. Tu poli amigo, que da consejos y, quizá, de paso, alguna que otra lección de sentido común. Chris mira el monitor en el suelo del plató. Se ve guapo. ¿Le brillan los ojos? Juraría que sí. Luego ve que Mike también mira el monitor. Pero enseguida se da cuenta de que no lo está mirando a él.

—Donna —dice el presentador—. De verdad, te comes la cámara. Y cuando digo que te la comes, lo digo muy en serio.

—¿Comerme la cámara? —pregunta ella. Chris tiene un mal presentimiento.

—Brillas, reluces, te comes la cámara —aclara Mike—. La última vez que vi algo así fue con Phillip Schofield de jovencito. Alucinante.

—Yo... No sé... Gracias —dice Donna.

—¿Qué sabes de los crímenes con arma blanca? Te quiero a ti en vez de a Chris —dice Mike.

Donna levanta las manos en señal de protesta. Chris por lo menos podrá agradecerle el gesto.

—Lo siento, Mike —responde—. Elige a Chris.

Mike le pone las manos sobre los hombros.

—Yo no elijo a nadie, Donna. La cámara elige. Y te ha elegido a ti.

Luego se vuelve hacia el productor.

—Carwyn, llévate a Donna a vestuario. A ver qué tenemos para ella.

Carwyn acompaña a Donna fuera del plató. Al marcharse, ella vuelve la cabeza y mira a Chris con expresión de disculpa. Mike le pone una mano en el hombro.

—Lo siento, Chris —se disculpa—. Así es el mundo del

espectáculo.

Él asiente y nota cómo el calor de una posible fama abandona su cuerpo.

36

—Elizabeth, ni de broma —dice Viktor, con la pistola apuntando a su cabeza.

—Ojalá estuviera bromeando —repone Elizabeth mientras él se sienta.

Joyce se ha quedado con la boca abierta.

—Elizabeth —dice ella.

—No te metas, Joyce —replica su amiga—. Esta vez no. Necesito que confíes en mí. Matar a Viktor es la única opción que tenemos.

—Hay muchas opciones, Elizabeth —tercia Viktor—. Sentémonos a hablar y encontremos una solución. Decidí no matarte después de recibir las fotografías. Y podría haberlo hecho, ¿sabes?

—¿Qué fotografías? —pregunta Joyce.

—Sé que podías hacerlo, Viktor, y lo siento —dice Elizabeth—. Deberías haberlo hecho. Pero el hombre que te quiere muerto sabe que estoy aquí. Tiene gente vigilando por todas partes.

Saca el móvil de su bolso y se lo muestra.

—Puedo enseñarte los mensajes que lo prueban. Así que tengo que matarte. Será rápido y te enterraremos dignamente.

—Elizabeth... —insiste Joyce.

—Lo siento, Joyce —declara ella, dejando el móvil en una mesa que tiene al lado—. De veras. Ya ves de qué soy capaz si me obligan. ¿Dónde lo hacemos? ¿Cuál es el sitio más discreto? No quiero alertar a tu encantadora portera.

—Si dependiera de mí, el cuarto de baño. No se oye nada. Y es fácil de limpiar —sugiere Viktor—. Pero no tienes que hacerlo, de verdad. Somos amigos, ¿no?

—Somos amigos. Sí, Viktor.

—El tipo que te envía es sueco, ¿no?

—No puedo decírtelo. Después de esto, no quiero volver a tener noticias suyas ni pensar en él.

—¿Por qué no formamos equipo y lo matamos? Me parece un

plan mejor. Vamos.

—Es demasiado tarde —dice Elizabeth—. No sé quién es, y tú tampoco parece que lo sepas. Quiero zanjar esto de una vez. Quiero tranquilidad con mi marido en mi casa. Lo siento en el alma. Vamos al cuarto de baño. Pasa delante.

Viktor se pone de pie. Joyce lo imita.

—Este señor no va a ninguna parte —anuncia Joyce—. No mientras yo esté aquí.

Viktor pone una mano sobre su hombro.

—Joyce Meadowcroft, tienes mi gratitud. Pero esto es trabajo. Alguien tenía que matarme algún día y, por lo menos, Elizabeth es una amiga. Ese sueco me quiere muerto, y quizá esta sea la mejor manera.

Joyce mira a Elizabeth y esta asiente.

—Esto no iba a ser siempre un juego, Joyce. Lo siento.

—Nunca te lo perdonaré —dice ella.

—Tienes que confiar en mí. Eres mi mejor amiga.

—Ya no.

Joyce le vuelve la espalda a Elizabeth y esta se sorprende de lo mucho que le duele el gesto, pero lo entiende.

Viktor camina hacia el cuarto de baño. Elizabeth lo sigue, pistola en mano.

—Nada de movimientos bruscos, Viktor. Terminemos de una vez.

—Última oportunidad de parar esto. ¿Sabes que te amé, Elizabeth? —dice él.

—¿A qué nos lleva el amor? —replica ella siguiéndolo al cuarto de baño—. A terminar maniatada en una furgoneta. A que te asesinen en un ático. Estoy harta del amor.

Viktor abre la puerta del baño. Su voz sube de tono y es suplicante.

—Por favor, deja que me dé la vuelta. Podemos...

Elizabeth aprieta el gatillo.

37

Lo cierto es que en la cárcel una sufre carencia de vitamina D, y eso, a juicio de Connie Johnson, vulnera sus derechos humanos.

No le gusta ni un pelo lo que le cuenta su imagen en el espejo. Está demasiado pálida. Cuando salga de ahí, se irá a las Maldivas. En la vida no todo es trabajo, y quizá haya llegado el momento de gastar algo del dinero que ha ganado... ¿Mejor Santa Lucía? ¿O Francia? ¿Dónde veranea la gente del montón?

Connie solo ha ido al extranjero un par de veces en su vida. Una, en un viaje escolar a Dieppe, en el que vomitó en el ferri y el profesor de Geografía intentó besuquearla detrás de un supermercado. La otra, en el maletero de un BMW, cuando dos hermanos de Liverpool con los que había tenido una desavenencia decidieron llevársela a Ámsterdam. Los hermanos de Liverpool y el profesor de Geografía no tardaron en lamentar sus actos.

Métete todas las horas de rayos uva que te dé la gana, inyéctate bótox y ácido hialurónico, pero las tres cosas que el cutis no perdona son la carencia de vitamina D, no comer verdura y no beber suficiente agua, preferiblemente con gas. En la cárcel no sirven verdura fresca, pero gracias al contacto de un contacto, Connie recibe todas las semanas una caja de fruta y verdura orgánica de la mejor calidad, y otro de sus contactos, que trabaja en las cocinas, sabe hacer milagros con una chirivía y una berenjena. Además, toma unas pastillas de vitamina D, pero nada compensa la falta de sol cuando se supone que has de estar encerrada veintitrés horas al día en una celda. Eso sí, tiene una máquina para hacer agua carbonatada.

Connie piensa ahora que la vida en la cárcel sería durísima si no tuviera algún dinerillo y no disfrutara de un trato preferente. Eso no significa que sea una vida maravillosa, pero es como viajar en un vagón de primera en el tren: estará atrapada ahí un tiempecito y los cuartos de baño no son perfectos, pero por lo menos alguien le lleva de vez en cuando una taza de té.

En cualquier caso, tendrá que salir de ahí tarde o temprano. Sol en la cara, una pistola metida en la cintura y un gimnasio donde poder hacer pilates *reformer*. Tampoco necesita tanto.

Mientras pasa por la puerta de seguridad y enfila hacia el ala D, Connie piensa en Ibrahim, ese viejo búho sabio. En general, Connie no ha tenido buenas experiencias con las figuras de autoridad, y todavía menos cuando le dicen qué debe o no debe hacer. Pero ¿Ibrahim? ¿Con sus trajes bonitos y sus ojos bondadosos? Por una vez en la vida, tiene la impresión de que no la regañan.

Pasa por una celda que están limpiando con una manguera a presión. Evita las salpicaduras porque hoy lleva unos zapatos de ante y la lavandería de la cárcel tiene sus limitaciones, por más cánnabis que les pase de contrabando.

Connie nunca había hablado con nadie como lo hace con Ibrahim. ¿Por qué? ¿Será por su sinceridad, quizá? Connie puede ser varias personas muy diferentes cuando le da por ahí. Es capaz de poner caras distintas según decida asustarte, acostarse contigo o si quiere que un guardia de la cárcel le lleve un filete de Nando's. Pero eso lo hacemos todos, ¿no? Y todo el rato. Siempre presentamos cierta faceta nuestra a los demás, ¿verdad?

Así pues, ¿qué faceta le está presentando a Ibrahim y por qué le parece tan distinta? Connie sube la escalera metálica y llega al rellano donde Heather Garbutt tenía su celda. Alguien despotrica en una celda que hay un poco más adelante, suelta algo incoherente sobre los solicitantes de asilo. Si pusieran en libertad a toda la gente que tiene problemas mentales, la cárcel tendría que cerrar. En su inmensa mayoría, las reclusas no hacen sino dar un paso más, de una forma u otra, en una vida caótica, sometidas a las mareas de un mundo que no las quiere ni las necesita. Hay muy poca gente ahí que sea como Connie. Lo suyo es pura maldad.

Llega a la puerta de la celda de Heather. Sigue vacía porque han abierto una investigación sobre su muerte. El hombre que trabaja en las oficinas, ese tipo con un Volvo al que se encontró en Tinder, le ha asegurado que la puerta estaría abierta. Connie entra en la celda, fría y vacía ahora que Heather ya no está.

«Connie Johnson es la única persona que todavía puede ayudarme.» «Bien, veamos qué podemos hacer al respecto, Heather. A ver si podemos encontrar eso que estabas escribiendo.»

Hay muy pocos sitios en la celda donde puedas esconder algo. Connie empieza a golpear las paredes para ver si suenan a hueco, pero son demasiado gruesas. Imposible abrir un agujero en ellas.

Luego pasa la mano por detrás de la taza del váter. Nada.

Connie es muy capaz de engañar a quien se le antoje. Se le da muy muy bien, y le ha resultado muy provechoso a lo largo de los años. Cuando su padre se marchó, ella siguió sonriendo para que por lo menos hubiera alguien en casa que lo hacía. Cuando su madre murió, Connie siguió adelante y creó su negocio. Nadie se dio cuenta del dolor que sentía.

El armazón de la cama está hecho con unos tubos de un metal barato. Tubos huecos.

Desde luego, ahora que lo piensa con detenimiento, Connie entiende perfectamente qué se propone Ibrahim. El espejo que le muestra. Deja que ella hable consigo misma. Que se vea a sí misma. Y la está ayudando a entender que, si le mientes a todo el mundo, en realidad solo le mientes a una persona, que eres tú misma. Se lo dijo Ibrahim: «Nuestras mayores virtudes son también nuestras mayores flaquezas». Y Connie puso cara de incredulidad. Pero, sin saber muy bien por qué, esa idea la acompaña ahora en todo momento.

Le da la vuelta a la cama y extrae un tope de goma de una de las patas metálicas. Solo un hueco vacío. Hay que seguir buscando.

¿Y si lo suyo no fuera pura maldad? ¿Y si esa idea no fuera más que una mentira que se ha dicho a sí misma todos estos años? No podría soportarlo. Puede dejar de ver a Ibrahim cuando quiera, aunque tiene la sensación de que le ha abierto una puerta que nunca más podrá cerrar.

Quita el tope de la segunda pata de la cama. Nada.

Mucha gente ha tenido que pasar por cosas infinitamente peores que Connie Johnson, y ella lo sabe. Lo que hace para ganarse la vida es despreciable: de dónde saca el dinero, cómo trata a la gente, cómo desconecta su cerebro para no ver el dolor que ha provocado. No obstante, siempre le ha parecido que era algo inevitable. Como si fuera así de nacimiento, como si para ella rigieran otras normas.

Quita el tercer tope. Otra vez vacío.

Pero ¿y si nada de eso fuera cierto? ¿De veras quiere verse enfrentada a todo lo que ha hecho?

Connie quita el tope de la última pata.

Pensándolo bien, no, no quiere saberlo. Seguramente sea mejor seguir mintiéndose a sí misma. Seguir siendo la Connie Johnson que esa niña pequeña se inventó cuando su padre la abandonó hace tantos años. Le hará saber a Ibrahim que no quiere más sesiones con él. Gracias de todos modos, pero no.

Mete el dedo en el hueco de la pata y nota el papel de inmediato. Bien enrollado. Son cinco o seis páginas en total, sujetas con una goma elástica. Las extrae, luego quita la goma e intenta alisarlas lo mejor posible. Una caligrafía pulcra las cubre en toda su extensión. Tinta azul. Lee la primera línea:

> A través de los barrotes oigo a los pájaros.

En esa celda vacía, con sus anchos muros, Connie ha encontrado algo que con toda seguridad interesará a Ibrahim. Este le había encargado una tarea y ella ha cumplido. Echa un vistazo rápido a lo que Heather Garbutt escribió, pero parece ser nada menos que un poema. Esperaba encontrar una confesión sencillita, o el nombre de un cómplice, algo que ayudara a resolver el asesinato de Bethany Waites, pero no ha habido suerte. Aun así, Connie sabe que podría ser útil, lo siente en lo más profundo de su ser.

Y aunque ahora mismo no sea capaz de interpretar el texto, sabe de alguien que sí que podrá. A lo mejor tendría que hacer otra sesión con Ibrahim. Enseñarle el poema. Continuar la terapia hasta que hayan averiguado qué está pasando.

38

Joyce

¿Por dónde empezar?

Sentado en mi sofá, viendo un documental sobre trenes, hay un hombre que se llama Viktor Illyich. Fue agente del KGB. Es ucraniano.

Le he dicho que quería escribir mi diario y él se ha reído y me ha respondido que tenía mucho sobre lo que escribir hoy. Lo he dejado con una copa de jerez y una porción de tarta de cereza y chocolate negro. Vi la receta en Instagram y pensé inmediatamente que a Ron le encantaría. Pero resulta que el primero en catarla ha sido Viktor, lo que demuestra hasta qué punto pueden cambiar los planes que hacemos. De todos modos, le he guardado el resto a Ron en un táper.

Un momento.

Vale, ya he vuelto. Acabo de ir al salón a preguntárselo, y Viktor me ha dicho que la tarta está muy rica. Sé que lo diría aunque no fuera verdad, pero se la ha comido toda, así que supongamos que no me ha mentido. Por lo general, no suele gustarme el chocolate negro, pero en esta tarta queda perfecto. También lleva un chorrito de *kirsch*, lo que ayuda un poco. El documental que está viendo Viktor va sobre un tren que atraviesa las Rocosas en Canadá. Tendríais que ver qué paisajes. Viktor me ha dicho que acaban de divisar un oso.

Hoy he ido a Londres con Elizabeth. Me había dicho que iríamos a ver a un viejo amigo suyo y que lo iba a matar. No me lo creía del todo, pero a Elizabeth la metieron maniatada en una furgoneta con Stephen hace unos días, así que imagino que todo se precipitó entonces. Como decía, no sabía muy bien cómo tomármelo, pero he confiado en ella. Por cierto, en vez de vagón restaurante, tenían un servicio de reparto de aperitivos, como en los aviones.

Al llegar a Londres hemos ido al edificio donde vive Viktor. Hay una piscina, pero ya os hablaré de ella en otro momento, porque creo que deberíamos centrarnos en lo que ha ocurrido.

Un momento, otra vez.

Vuelvo a estar aquí. Viktor acaba de ir al cuarto de baño y no sabía tirar de la cadena. Tiene truco, y se lo he explicado. Hay que pulsar la palanca suavemente varias veces, y luego de golpe y hasta abajo. También le he dicho que puedes poner en pausa la tele cuando vas al lavabo, pero eso ya lo sabía. Yo lo hago cuando dan ese concurso de palabras y números, *Cuenta atrás*, para no estresarme con las preguntas si me quedo sin tiempo. Él me ha dicho que eso es hacerse trampas al solitario.

Viktor vive en la última planta, el ático, y es una personita de aspecto divertido. Como una tortuga feliz. Se alegró mucho de ver a Elizabeth, y hasta me dio dos besos, así que pensé que era imposible que ella lo matara y simplemente me limité a escuchar de qué iba la historia. Sin embargo, cuando Viktor me ofreció un gin-tonic, Elizabeth sacó una pistola. Tuve mis más y mis menos con ella, pero no daba su brazo a torcer y pareció que Viktor se lo tomaba con filosofía.

Para ser sincera, me he asustado y me he enfadado con Elizabeth. Incluso le he dicho que no la perdonaría nunca, cosa que ella me ha recordado después, en el viaje de vuelta. «Siempre debes confiar en mí»: es su posición al respecto, pero, visto lo visto, creo que mi enfado también nos ha venido bien.

Ambos se marcharon al cuarto de baño. Viktor gritó algo que no entendí del todo y luego hubo un disparo y oí que él caía al suelo.

Me puse a temblar, lo confieso. De hecho, si lo confieso todo, también estaba llorando. Cosa que, una vez más, también nos ha venido bien.

Elizabeth volvió a toda prisa al salón y empezó a darme órdenes. Algo en la línea de «No es momento de llorar, Joyce. Tenía que hacerlo y Viktor lo sabía, pero ahora necesito que me ayudes». Me dijo que ella se encargaría de dejar limpio el baño, cosa que por lo menos me ha alegrado, y que necesitaba que yo hiciera un par de llamadas. Tenía que llamar a Bogdan con su móvil y decir: «Elizabeth necesita un taxi»; luego, sacar la tarjeta SIM y cortarla en pedacitos y, por último, limpiar bien el teléfono y meterlo en el triturador de residuos de la cocina. No podía quedar ninguna prueba física o electrónica de que habíamos estado en el piso. Pensé en preguntarle por la portera, pero no lo hice porque me daba miedo la respuesta.

Elizabeth volvió a desaparecer y yo llamé a Bogdan. Me dijo «hola», yo le dije que Elizabeth necesitaba un taxi; él me preguntó si estaba llorando, yo le dije que no; él me dijo que se alegraba, que no había ningún motivo para llorar, y que estaría con nosotras al cabo de una hora. Entonces le pregunté cómo estaba, pero ya había colgado.

Así que saqué la tarjeta SIM, cosa que no me resultó nada fácil porque estaba temblando, y la corté en trocitos. Luego cogí el móvil y lo arrojé al triturador. Oí que Elizabeth me gritaba: «¿Has terminado, Joyce?». Yo respondí muy bajito que sí, y fue entonces cuando ella y Viktor volvieron al salón, tan tranquilos como podáis figuraros.

Puse cara de haber visto un fantasma. ¿Quién puede reprochármelo? Entonces, Elizabeth me lo explicó todo.

Los mensajes de texto del vikingo eran la clave. El tipo estaba al corriente de cada uno de nuestros movimientos. Decía que tenía a gente vigilando todos nuestros pasos. Pero Elizabeth no se dejó engañar. Dice que es imposible que la sigan sin que se dé cuenta, que tiene demasiadas tablas en esto. En el tren no había nadie, por ejemplo. Así que descubrió que el vikingo había recurrido a una treta mucho más sencilla. Simplemente, había clonado su móvil cuando Elizabeth estuvo en su casa (digo «simplemente», pero ya sabéis a qué me refiero) y pudo escuchar, y a veces ver, todo lo que ocurría hasta el momento en que yo destruí el teléfono.

Por eso Elizabeth no podía informarme de nada, a fin de que mis reacciones fueran naturales y creíbles para el vikingo. De hecho, por eso me había pedido que

la acompañara, para que todo pareciera real. Le he dicho a Elizabeth que yo podría haber hecho teatro, pero ella se ha reído. Pregunté si Viktor estaba al tanto y él dijo que había entendido el plan cuando ella le mostró el móvil y le habló de los mensajes. Le pregunté si antes de ese momento le había preocupado que fuera a matarlo, y él me respondió que daba por supuesto que no lo haría, pero que, con Elizabeth, nunca se sabía. Ella soltó una risa burlona y dijo «cómo iba a matarlo», y Viktor dijo «no me habría extrañado», y, mientras Elizabeth seguía protestando, él me sirvió el gin-tonic que me había prometido al entrar.

Al cabo de una hora más o menos, la portera subió con Bogdan, que llevaba una gran bolsa de viaje. Viktor le dijo a la portera que estaba muerto, y ella asintió y le preguntó cuánto tiempo lo estaría. Entonces, Viktor miró a Elizabeth y ella dijo que con un par de semanas bastaría.

Resulta que la portera trabaja para Viktor y, al final, incluso ayudó a Bogdan a bajar la bolsa de viaje al coche. Viktor iba dentro y procuraba estarse quieto, por si acaso el vikingo tenía a alguien espiando el edificio. Antes se había tomado dos potentes somníferos, porque ya se había encontrado en esa tesitura otras veces y sabía que era la única forma de soportar estar encerrado en un espacio tan reducido.

Al cabo de unos treinta kilómetros, cuando Elizabeth se ha convencido de que no nos seguía nadie, hemos subido a la última planta de un aparcamiento en East Croydon, hemos abierto el maletero, descorrido la cremallera de la bolsa de viaje y dejado salir a Viktor. Os prometo que no miento: estaba durmiendo a pierna suelta y hemos tenido que darle unos cachetes para despertarlo. Le he dicho que no me vendría mal probar esas pastillas, pero él me ha contestado que eran demasiado fuertes para mí. Solo pueden comprarse en Estados Unidos.

Y aquí estamos. Como Viktor no podía quedarse con Elizabeth, le he ofrecido mi habitación de invitados mientras esté muerto. El plan consiste en averiguar quién es el vikingo y dónde se encuentra. Después, me figuro que el plan será matarlo, pero no lo sé. No creo que podamos mantener muerto a Viktor para siempre.

Tengo varias preguntas sobre el vikingo y sobre Viktor, pero mañana es jueves, así que pueden esperar a la reunión de toda la banda.

¿Dónde nos deja esto por lo que respecta a la investigación sobre Bethany Waites? A mí me parece que puede ser una distracción, pero Elizabeth dice que en realidad ha sido un inmenso golpe de suerte, porque Viktor podrá ayudarnos mientras esté aquí.

Alan suele pasarse a verme mientras escribo, pero, ahora que tenemos a un ucraniano interesante en el apartamento, brilla por su ausencia. Qué imprevisible es. Voy a agitar un paquete de galletas dentro de un momento y veremos quién manda aquí.

Oigo desde aquí que el documental sobre trenes ha finalizado y que Viktor se ha puesto de pie. Creo que está lavando su plato. Es una buena señal.

Sé que hoy he sido una marioneta, y sé que ha sido importante que lo fuera, pero no me siento del todo conforme. Hay algo que no termino de asimilar. Por supuesto, he pasado miedo, y eso siempre puede dejarte un poco aturdida, pero también ha habido algo más, y me he pasado la tarde intentando averiguar de qué se trata. Creo que es lo siguiente.

Veréis, cuando Elizabeth apretó el gatillo, me lo creí de verdad. Creí de verdad que estaba asesinando a Viktor. Que mi mejor amiga era capaz de asesinar a un hombre que conocía desde hacía muchísimos años, tan solo por salvar su pellejo.

De hecho, no solo me lo he creído; he sentido que era cierto.

¿Qué dice eso de Elizabeth? ¿Y qué dice de mí?

39

Al Club del Crimen de los Jueves le gusta reunirse a las once de la mañana en la sala de los puzles. Y así es como debe ser. A veces es preciso cambiar de horario y de sitio, e Ibrahim lo entiende, claro que sí. Ha habido varios asesinatos con los que lidiar, y que no se diga que no es un hombre flexible.

Pero ¿de verdad era necesario convocar al Club del Crimen de los Jueves a las ocho de la mañana en el apartamento de Joyce? ¿Cuando se encuentran en plena investigación de un asesinato? Será necesario tener unas palabras al respecto.

Llama a Ron de camino y le dice que esa es la gota que colma el vaso. Ron está de acuerdo, o por lo menos no parece mostrarse en total desacuerdo, de manera que Ibrahim se siente más seguro si cabe.

Un horario es un horario. Y un horario plastificado todavía más. De nuevo, Ron no plantea ningún reparo cuando se lo comenta. De hecho, se mantiene extrañamente callado durante el trayecto.

—¿Es posible que huelas a cánnabis, Ron? —pregunta Ibrahim.

—Puede ser —admite él.

—Me dan ganas de declarar que esta reunión no es oficial, ¿sabes? A menos que me den una explicación comprensible.

—Estás en tu derecho, muchacho —dice Ron—. Dales duro.

—Gracias, Ron. Eso haré. ¿Por qué hueles siempre a cánnabis ahora?

—Por Pauline.

—Ah, entiendo. Eso lo explica.

—Es mucho más fuerte que lo que solía fumar. Siempre acabo dormido en el suelo de su cuarto de baño.

Ibrahim llama al timbre del edificio de Joyce y esta abre a sus amigos.

—¿Ascensor o escaleras? —pregunta Ibrahim.

—¿Ascensor? ¿Por qué no? —dice Ron. Ibrahim se ha dado cuenta de que cojea e intenta disimularlo. Pero sigue empeñado en no

utilizar el bastón.

Salen del ascensor, llaman a la primera puerta que queda a la derecha y Joyce les abre. Les da un abrazo.

—Oh, Ron, ¿te has puesto perfume? —pregunta ella—. Me recuerda a uno que usó Joanna durante una temporada.

Ron refunfuña y se quita el abrigo. Alan se le ha acercado con interés y empieza a lamerle la mano con el esmero de un profesional. Ibrahim ve que Elizabeth ya está sentada en el salón.

—Bueno, me perdonaréis, pero tengo que comentaros algo...

—¿Es imprescindible? —lo interrumpe Elizabeth.

—Lo es. Buenos días, Elizabeth. Y muy mañaneros, si se me permite la observación.

—Lo mismo digo —responde ella, indicándole con una mano que continúe.

—Somos el Club del Crimen de los Jueves, eso no es ningún secreto. Nos reunimos los jueves a las once de la mañana en la sala de los puzles. Permitidme que analice esos tres datos de uno en uno...

—¿Una taza de té? —pregunta Joyce.

—Gracias, Joyce, sí —dice Ibrahim—. Primer punto: nos reunimos los jueves. A este respecto no tengo nada que objetar, pues en efecto hoy es jueves. No será preciso analizarlo más...

—Ron, de verdad apestas a maría de la mejor calidad —dice Elizabeth.

—El olor se queda adherido al pelo —contesta Ron.

—Segundo punto —prosigue Ibrahim—. Nos reunimos a las once de la mañana. Y aquí, como podéis ver, nuestros caminos se separan, ya que son las ocho. ¿Hay algún motivo? ¿Hay alguna explicación? No se me ha ofrecido ninguna.

—¿Cómo está Pauline? —grita Joyce desde la cocina mientras llena la tetera.

Ron refunfuña una respuesta ambigua.

—Pasemos ahora al tercer punto —continúa Ibrahim—. Nos reunimos en la sala de los puzles y, sin querer ser demasiado brusco, os diré que no veo ningún puzle aquí.

—La maría es estupenda para la artritis —indica Elizabeth.

—Yo no tengo artritis —replica Ron.

—Y yo nunca he visto los expedientes clasificados del asesinato de Kennedy —dice Elizabeth—. A otro perro con ese hueso, Ron. Es

obvio.

—Así pues, antes de proseguir —dice Ibrahim—, quiero saber si hay algún motivo razonable, y mi definición de «razonable» será estricta, que explique por qué nos hemos citado aquí y ahora. Porque he de deciros que esta reunión me ha desmontado toda la hoja de Excel.

Alan entra andando como un pato por la puerta del pasillo. Mueve la cola y va como una flecha hacia Ibrahim. Empieza a tirarle de la manga.

—He aquí otro hombre perplejo —dice él, alborotándole el pelo de la cabeza—. Otro hombre que entiende la importancia de ser constante. Un hombre que sabe que es la hora de dar un paseo y no de reunirnos.

Alan se tumba en el suelo y le muestra a Ibrahim la panza para que le haga cosquillas. Joyce le coge la taza de té y la deja en una mesita.

—Gracias, Joyce. En fin, a lo que iba. Esperaba que nos reuniéramos a las once de la mañana para compartir nuestras últimas novedades sobre el caso de Bethany Waites. Para hablar, por ejemplo, de la nota que dejó Heather Garbutt. Para escuchar lo que Ron tenga a bien decirnos sobre Jack Mason. Incluso, en lo que a mí respecta, tengo grandes noticias de mi fuente en la cárcel de Darwell. Joyce, ¿no crees que Alan lleva el collar demasiado apretado?

—No —dice ella—. A menos que quieras enmendarle la plana al veterinario de la tele.

—En fin, salvo que haya ocurrido algo bastante espectacular en las últimas veinticuatro horas, y creo que lo habría detectado, no veo razón alguna para no reprogramar nuestra reunión a su horario y lugar habituales.

—¿Lo habrías detectado? —pregunta Elizabeth—. ¿Si hubiera pasado algo?

—Soy una persona observadora, sí —dice Ibrahim—. Bien, quería enseñaros algo...

—¿Cuántos pares de zapatos había en el recibidor?

—No me fijo en los zapatos —contesta Ibrahim—. No soy perfecto, Elizabeth.

—¿Por qué nos hemos reunido a las ocho de la mañana? —inquiere ella—. ¿Y por qué lo hacemos en casa de Joyce? ¿Quieres que

te dé un buen motivo?

—¿Había cuatro pares? —se aventura Ibrahim—. Sería mi primer cálculo.

—Hace unos días —empieza Elizabeth—, mientras le hacías ojitos a Connie Johnson y Ron estaba, no sé, siendo seducido, quizá...

Ron levanta su taza brindando por ello.

—Aunque también he echado algunas partidas de *snooker*...

—... me secuestraron, junto a Stephen, y me llevaron ni más ni menos que a Staffordshire. Ahora no, Alan. Estoy hablando. Después de recuperar la conciencia, conocí a un señor muy corpulento al que hemos llamado el vikingo, de identidad todavía por determinar, aunque estamos en ello. Tenía que proponerme algo. Me pedía que matara a un hombre llamado Viktor Illyich, un antiguo mando del KGB. Si no lo conseguía, o me negaba a hacerlo, la muerta sería yo.

—De acuerdo —dice Ibrahim—. Pero aun así...

—No he terminado, querido. Ayer por la mañana fui con Joyce a Londres para ver a Viktor Illyich.

—Esperad a que os cuente la piscina que vimos —tercia Joyce, con Alan acurrucado en una postura incómoda en su regazo. El perro lanza miradas en todas direcciones, emocionado con toda esa inesperada compañía.

—Sí, eso puede esperar —la interrumpe Elizabeth—. Entramos en el ático del señor Viktor Illyich, tras lo cual procedí a simular que le daba muerte de un disparo en uno de sus muchos cuartos de baño.

—En ese momento yo no sabía que era mentira —apostilla Joyce.

—Bogdan tuvo la amabilidad de subir entonces a Londres y metimos a Viktor Illyich en una bolsa de viaje. Luego nos llevó de vuelta a casa.

—Buen chaval, Bogdan —dice Ron.

—Que sepamos, el vikingo cree que Viktor está muerto, de modo que no corremos peligro inminente, pero esta situación no durará demasiado, por lo que hemos de localizar y neutralizar al vikingo antes de que se entere de lo que hemos hecho. Por eso nos reunimos hoy a las ocho de la mañana en el apartamento de Joyce, porque tiene escondido a un antiguo coronel del KGB y cerebro de una red criminal en su habitación de invitados. Este señor también tiene una amplísima experiencia en blanqueo de capitales e interrogatorios, así que lo pondré a trabajar inmediatamente en las muertes de Heather Garbutt

y Bethany Waites. ¿Te parece, Ibrahim, que es una explicación aceptable?

Él asiente.

—Sabía que sería algo así, sí. A tenor de las circunstancias, retiro mis objeciones.

—Es muy amable por tu parte, gracias —dice Elizabeth.

Ibrahim levanta la vista y ve en la puerta a Viktor Illyich con una taza de té y una tostada. Viktor le dirige una gran sonrisa.

—¡Ya estáis todos! Toda la banda. Alan, me parece que eres demasiado grande para estar en el regazo de Joyce.

—Viktor, soy Ibrahim.

—Ya me habían dicho que eras guapo —comenta Viktor—, pero no esperaba que lo fueras tanto.

Ibrahim asiente.

—Sí, a veces la gente se sorprende. ¿Qué tal es eso de estar muerto? ¿Resulta liberador?

—Sí. Esta es mi primera tostada como hombre muerto y está deliciosa.

—Es el pan multisemillas de Waitrose —dice Joyce—. Lo tengo en el congelador para ocasiones especiales, así que no te acostumbres.

—Deberían dispararme más a menudo. ¿Puede ser que Joyce prepare el desayuno en el cielo?

—No creo que ninguno de los dos vaya al cielo para averiguarlo, Viktor —replica Elizabeth.

—Quizá en el infierno es Ron el que prepara el desayuno —dice Ibrahim, y todos se ríen salvo el aludido.

—Hola, soy Ron.

—Un hombre con el corazón de un león —señala Viktor.

—Si tú lo dices —replica Ron.

—A Ron no le gustan tanto los halagos como a Ibrahim —le comenta Elizabeth a Viktor.

Cuando lo conoció, probablemente en torno a 1982 y en las inmediaciones de Gdansk, este ya tenía una fama temible. Fama de inteligente más que de violento, lo que lo destacaba como alguien digno de preocupación. En ese tiempo ya había ascendido en las filas del KGB de Leningrado y dirigía una red de infiltrados en Escandinavia. Luego tendría un ascenso meteórico en la organización hasta llegar a los escalafones más altos. Lo que no era en absoluto

fácil. Sin embargo, al final se desencantó del sistema y emprendió una carrera por cuenta propia. Lo que explica por qué es el propietario de ese ático.

Se habían citado en un bar junto al puerto para intercambiar prisioneros ahorrándose los trámites, y varias botellas de vodka después habían hecho amistad. Con el tiempo, se convertirían en todo lo íntimos que unos enemigos jurados podían ser. Elizabeth nunca habría imaginado que un día simularía la muerte de Viktor en un ático londinense, pero tampoco se le habría pasado por la cabeza que su mejor amiga sería una mujer que no escuchaba Radio 4 de la BBC. Algunas veces tenías que dejarte llevar por la corriente.

—Creo que me gustaría preguntar algo, si se me brinda la ocasión —interviene Ibrahim—. ¿Por qué tenía que matarte Elizabeth? Ahora no, Alan.

—En el submundo criminal todo está relacionado —responde Viktor—. Los colombianos, los albaneses, la mafia neoyorquina. Cada cual se dedica a lo suyo, todos se pelean entre sí, pero a veces también se necesitan. Y a veces necesitan a alguien que los ayude a resolver sus diferencias. Alguien a quien confían su dinero cuando se mueve por el sistema. Ese soy yo. Me aseguro de que todos jueguen limpio y todos ganen dinero. También me aseguro de que no se maten los unos a los otros.

—Pero a veces sí se matan, muchacho —dice Ron.

—Lo sé —asiente él—, pero no tanto como les gustaría. Hago lo que puedo. Pues bien, en cada país tengo a alguien como Martin Lomax que trabaja para mí.

Elizabeth se acuerda de Martin Lomax. De esa casa maravillosa a la que fueron.

—Así que ya lo veis. Matasteis a uno de mis hombres —dice Viktor.

—Lo siento —responde Joyce.

—Seguramente tendríais vuestros motivos —comenta él.

—Los teníamos —interviene Elizabeth.

—¿Qué pasó con los diamantes? —pregunta Viktor.

—Es largo de contar —contesta ella.

—Entonces ¿quién es el vikingo? —inquiere Ron—. ¿Por qué quiere verte muerto?

—La nueva generación de criminales es distinta. Y tiene otras

formas de blanquear el dinero. Ni oro, ni diamantes, ni cambio de divisas, ni fábricas de coches, que es como lo blanqueo yo.

Alan estornuda.

—Salud, Alan —dice Viktor—. Las nuevas generaciones blanquean sus capitales mediante las criptomonedas.

—Ah, como el Bitcoin —dice Joyce, asintiendo.

—Sí, como el Bitcoin —confirma Viktor.

—Y como el Dogecoin y el Ethereum —añade Joyce, tomando un sorbo de té—. Y el Binance Coin, que esta mañana se ha disparado.

Elizabeth mira a su amiga. Tendrán una conversación sobre el tema más tarde.

—¿Y el vikingo se dedica a las criptomonedas? —pregunta—. ¿Ese es el tema?

Viktor asiente.

—Pero yo siempre recomiendo apartarse de las criptomonedas. Demasiado riesgo. Simplemente hago mi trabajo, no es nada personal. Así que le hago perder mucho dinero y ganaría mucho más si yo muriera. Desde luego, el tipo podría esperar unos años hasta que todo el mundo se fíe de las criptomonedas...

—¿Por qué no íbamos a fiarnos de las criptomonedas? —pregunta Joyce, interrumpiéndolo.

—Pero supongo que quiere borrarme del mapa ahora mismo —prosigue Viktor—. Lo entiendo, es joven. Es impaciente.

—Pues yo no he leído en ningún sitio que las criptomonedas vayan a hundirse —insiste Joyce—. Más bien al contrario.

—Entonces, lo que tenemos que hacer es localizar a ese muchachote antes de que se entere de que sigues vivo —dice Ron.

—Sí, porque de lo contrario me matará —repone Viktor—. Y, si no lo he entendido mal, también matará a Elizabeth.

Ella asiente. Y matará también a Joyce. Joyce, que ahora mismo está intentando disimular que le da un trozo de croissant a un embelesado Alan.

—Esta es sin duda una de las reuniones más insólitas del Club del Crimen de los Jueves —dice Ibrahim—. ¿He de suponer que no debo tomar acta de la reunión de hoy?

—Creo que será lo mejor —confirma Elizabeth.

—¿Qué es el Club del Crimen de los Jueves? —pregunta Viktor—. Me gusta cómo suena.

—Nos vemos todos los jueves —aclara Ibrahim—. Normalmente a las once de la mañana en la sala de los puzles, pero por esta vez te lo perdonaremos. Y tratamos de resolver asesinatos. Aunque hoy parece que el objeto de la reunión es planear uno, así que cabría decir que somos flexibles en nuestra misión social.

—¿En qué estáis trabajando ahora?

—En teoría deberíamos estar hablando de una periodista televisiva llamada Bethany Waites. Fue asesinada en 2013.

—Me preguntaba, Ron —dice Elizabeth—, si no sería divertido que te acompañara Viktor la próxima vez que vayas a ver a Jack Mason. Así vemos si Jack se suelta un poco...

—No se soltará —replica Ron—. No vamos a sacar nada más de él.

—Bueno, nunca se sabe. Y, Viktor, tengo un montón de papeles que me gustaría que vieras. He pensado que, ya que estás aquí, podríamos darte trabajo.

—A su servicio —dice él.

—Pero lo primero es lo primero —añade Elizabeth—. Tengo que enviar una foto de tu cadáver al vikingo para demostrar que te he matado.

—Estupendo —conviene Viktor—. Vamos a cavar una fosa bien profunda y me tiráis dentro.

—Y como toque final —dice Elizabeth, volviéndose hacia Ron—, me preguntaba si alguien conoce a una maquilladora que pueda ayudarnos. Supongo que no habrás quedado hoy con Pauline, ¿no?

—Bueno..., sí —contesta él, pero sin convicción—. Seguramente iremos a la bolera. De hecho, ya debería marcharme.

Elizabeth asiente y se pregunta adónde irá en realidad Ron.

40

A Ron le encantaría estar jugando a los bolos. Le encantaría estar en cualquier sitio menos en ese.

Pauline lo ha convencido de que no le vendría mal un masaje.

El aire, cálido y pegajoso, huele a eucalipto; se oye el tamborileo de la lluvia y el canto de los pájaros en la selva. Enrollado en una toalla blanca, no del todo bien ceñida, Ron camina descalzo por un suelo de baldosas marroquíes junto a una piscina azul, y se pone de los nervios al pensar en lo relajado que debería estar. Y pensar que ahora mismo podría estar entrevistando a Jack Mason en lugar de soportar este calvario.

Pauline le preguntó si le gustaban los masajes, y Ron le respondió que nunca le habían dado uno. Pauline se rio y Ron le dijo que no, que se lo decía en serio, que para qué iba a querer que le dieran un masaje, y ella le contestó que se diera el gusto, y entonces Ron se rio y le dijo que, si quisiera darse un gusto, se tomaría una pinta de cerveza, y Pauline le dijo que iba a llevarlo a un *spa*, y Ron, que ni hablar, que ni en un millón de años, y entonces Pauline le dio un beso y le dijo que por lo menos lo probara una vez por ella, y él, erre que erre, y ella le dio otro beso, y ahora ahí están.

La mujer se llama Susie. Los ha recibido en la entrada del Spa y Santuario Elm Grove, y parece que oficiará de amable cicerone a lo largo de ese espantoso proceso.

Por lo visto, hubo un tiempo en el que personas de verdad pagaban dinero de verdad por esas friegas con hierbas aromáticas y esos rituales purificadores turcos. Antes, cuando pasaba por delante del *spa*, Ron pensaba que era un burdel. Ni *spas* ni burdeles son de su interés. Si alguien quiere tocarte, más le vale que sea tu médico o tu mujer, o, apurando mucho, un desconocido que está a tu lado en un pub cuando Inglaterra marca un gol.

Pauline le coge la mano y le dice que puede relajarse, que no hay nada de que preocuparse. ¿Nada de que preocuparse? ¿Y si se le cae la

toalla? ¿Y si pesa demasiado para la mesa de masaje? ¿Y si el masaje se lo da una mujer? Entonces ¿qué? O peor todavía, ¿y si se lo da un hombre? ¿Qué pensarán al ver su cuerpo desnudo? ¿Te dejan con la toalla puesta? ¿Tienes que darte la vuelta? Ron se ha visto en el espejo y no se lo desea a nadie. ¿Tendrá que dar conversación? ¿De qué hablan los masajistas? ¿Puedes hablar de fútbol o todo son aceites esenciales y carillones? Mientras siente cómo se va fundiendo en su piel la mascarilla facial de algas marinas y ámbar tostado, Ron reza por que la tortura termine pronto. ¿Esos ruiditos agradables de la selva pararán en algún momento?

Le asegura a Pauline que está relajado y que tiene la mente completamente despejada de preocupaciones. Que le hace mucha ilusión. Ella se ríe y le dice que, cuando empiece, le gustará, y Ron le contesta que está seguro de que así será. Susie les sirve un vaso de «zumo antioxidante de sandía» y los invita a sentarse en una montonera de almohadones de la que Ron duda mucho que pueda levantarse después.

—Veo que habéis encargado el masaje de cuarenta y cinco minutos para parejas, en la suite Java. Ricardo y Anton serán vuestros masajistas.

Tíos, vale. Mejor así, aunque quién sabe. Seguro que se darán cuenta de que todo ese rollo es rarito, ¿no?

—Empezaremos con el masaje de cuerpo entero, luego un suave masaje facial y por último un baño turco para parejas.

Susie habla tan despacio y tranquila que a Ron le dan ganas de tirarse por la ventana. Pero resulta que no hay ventanas. Las paredes están cubiertas de recargadas alfombras persas y espejos que reflejan la luz suave y cálida de las velas aromáticas. No hay escapatoria. Tendrá que dejar que lo toquen y dar conversación. Tendrá que relajarse, que Dios lo ayude.

Ron estuvo una vez encerrado en un furgón policial con el líder sindical Arthur Scargill durante ocho horas y la experiencia fue más relajante que esto.

Toma un sorbito de zumo de sandía. Tampoco está tan mal.

Pese a refunfuñar que es perfectamente capaz de levantarse por su propio pie, Pauline lo ayuda a incorporarse de los almohadones. Susie los lleva a la suite Java. Hay dos mesas de masaje dispuestas en paralelo, pero ni rastro todavía de Anton y Ricardo.

Una buena noticia, los ruiditos de la selva tropical han parado. Una mala, en su lugar suenan ahora cantos de ballena.

—Tumbaos bocabajo en las camas, por favor. Anton y Ricardo estarán con vosotros dentro de un minuto. *Namasté* a los dos.

—*Namasté* —responde Pauline.

—Gracias —rezonga Ron mientras coloca la cara en el agujero de la mesa y, sombríamente, confía en que todo salga bien.

—¿Estás bien ahí, mi amor? —pregunta Pauline cuando Susie los deja a solas.

—Sí —dice él—. Me ha gustado el zumo de sandía.

—¿Necesitas algo?

—No, nada —contesta—. Solo una cosa, ¿se supone que tenemos que darles conversación? ¿A los masajistas?

—Solo si te apetece —dice Pauline—. Normalmente yo me quedo dormida. Directa al país de los sueños. Y a soñar con caballos.

—Vale —asiente Ron. Si algo sabe es que no va a quedarse dormido. Mantener una vigilancia extrema será clave en ese sitio.

—O dejas vagar el pensamiento —añade Pauline.

¿Dejar vagar el pensamiento? ¿Vagar adónde? A su pensamiento no le gusta vagar. Cuando Ron se ve obligado a pensar de verdad en algo, es por un buen motivo. Por ejemplo, ¿qué estará tramando el Partido Conservador? ¿Qué línea ha de reforzar el West Ham durante la ventana de fichajes de invierno? ¿Por qué dejaron de hacer tortillas francesas en el restaurante? Le chiflan las tortillas. ¿Se ha producido un desabastecimiento de huevos sin que él se haya enterado o bien alguien no le está mostrando el debido respeto? Cosas importantes. Y cuando su mente no piensa en cosas importantes, no hace nada. Recargar pilas para el siguiente asunto que requiera de su atención. Dejar vagar el pensamiento nunca figura en el orden del día.

Mira a Pauline y ve que ya ha cerrado los ojos.

—¿Te suena Carron Whitehead? ¿O Robert Brown?

—Relájate, Ronnie —dice ella sin abrir los ojos.

Nota que Anton y Ricardo han entrado en la habitación. Se alegra de llevar la toalla enrollada a la cintura. A saber qué aspecto tiene su trasero ahora. Un paisaje lunar. Confía en que a esos chicos les paguen bien. ¿Tendrán un sindicato? Espera su saludo, pero no llega. Solo el contacto de dos manos calientes y aceitosas en sus hombros. Vale, parece que los cuarenta y cinco minutos empiezan en ese instante. Las

manos trazan largos y profundos surcos bajando por su espalda. Ron se obliga a recordar que la tortura terminará en algún momento.

Ricardo, o Anton, empieza a trabajar su cuello y sus hombros. Ron no puede sustraerse al hecho de que eso está ocurriendo de verdad. Fuera habrá coches, tiendas, perros ladrando y madres que gritan a sus hijos. Pero ahí dentro solo están los espantosos ruiditos de las ballenas. Quizá debería pensar en el caso de Bethany Waites. Quizá le serviría para matar el tiempo. Oye que Pauline suelta un suspiro de profunda satisfacción. Eso, por lo menos, le hace feliz.

Una mano desciende ahora por su columna. Ricardo o Anton parece enfrascado en su trabajo, y no sin habilidad, debe concederle Ron. Es de justicia reconocerlo. Quizá han visto cosas peores que él, ¿no? Las ballenas siguen cantando y, de hecho, cuando te acostumbras, no está tan mal. Una vez leyó que las ballenas se sentían solas.

Pensará un ratito sobre Jack Mason, quizá. Le cae bien el tipo. Jack siempre estaba tramando algo, compraba cosas, las vendía, les prendía fuego. Y míralo ahora, años más tarde, con un negocio legal, una casa grande y bonita, camiones yendo y viniendo por todas partes. ¿Todavía juega sucio? Por supuesto que sí. ¿Cómo, si no, iba a saber que Bethany Waites estaba muerta?

Dos manos empiezan a aporrear su muslo. Irá a ver a Jack otra vez, eso es lo que hará, y se llevará a ese tipo del KGB, hablarán de los viejos tiempos, cuando compraban y vendían y todos eran unos jovenzuelos. Menuda casa tiene Lenny. No, ese era el hermano; se cayó a través del tejado de un almacén y se mató. Hace años. Pensándolo bien, ¿el West Ham ha tenido un capitán mejor que Mark Noble? Hay que analizarlo bien. Billy Bonds, sí, y Bobby Moore, desde luego, pero Noble tiene todas las papeletas. Se lo preguntará a Jack, seguro que lo sabe.

Ron está nadando ahora con las ballenas, haciéndoles compañía, «todos nos sentimos solos, hijo, ya verás como todo se arregla, flotando entre las cálidas olas». Arrastrado por la marea como Bethany Waites. Pobre Bethany. ¿Quién la mató hace tantos años? Jack Mason lo sabe seguro. Jack Mason. Ron conocía a su hermano... ¿Cómo se llamaba?

—Ronnie. —Es su madre, que lo despierta para ir a la escuela. «Solo dos minutos más, mamá. No voy a perder el autobús, te lo

prometo.»

Ron se siente abrigado, protegido. ¿Y si fue Jack Mason quien mató a Bethany Waites? Aunque no le convence la idea. ¿Mataron a Bethany Waites por la noticia o por algo distinto? En ese momento se le ocurre algo, algo que le había pasado por alto... ¿Robert Brown? Conoce ese nombre.

—Soy yo, Ronnie. —Una mano le acaricia el pelo y él abre los ojos. ¿Se ha muerto? Está casi convencido de que sí. Tenía que ocurrir tarde o temprano. Buen golpe de críquet.

—Te has quedado dormido —dice Pauline—. Les he pedido que no te masajearan por delante. Se te veía tan tranquilo...

—Solo descansaba la vista —responde Ron. Se nota distinto el cuerpo. ¿Qué sensación es esa? Le recuerda a algo de hace mucho tiempo. Ron intenta identificarla.

—Los cuarenta y cinco minutos enteros, mi amor —añade Pauline—. Roncabas como un cerdito. Bueno..., ¿vamos al baño turco?

Ron vuelve la cabeza y ve la sonrisa de Pauline. Se le corta la respiración. Uno recibe muy contadas sonrisas así a lo largo de la vida. Le tiende la mano y ella se la coge. Ron entiende qué sensación es. No siente dolor. Ni un rinconcito de su cuerpo viejo y maltrecho le molesta.

—Gracias por convencerme de venir.

—Ya te dije que te gustaría —señala Pauline—. ¿Te apetecería repetir?

—Nunca —replica Ron sacudiendo la cabeza. Un hombre tiene sus límites.

—A ver si opinas lo mismo después del baño turco —dice Pauline.

Ron se incorpora de la mesa de masaje. ¿En qué estaba pensando justo antes de despertarse? Intenta apresar el pensamiento, pero ya se le ha ido de la cabeza.

Da igual. Si es importante, volverá.

41

—Pero ¿cómo asesinas a alguien en la cárcel? —pregunta Mike Waghorn.

Andrew Everton ha cumplido con lo prometido y ha hecho algunas indagaciones sobre Heather Garbutt. Están en los muelles de Fairhaven, té en mano. Mike saluda con la cabeza a unos cuantos curiosos emocionados.

—Pues es más fácil de lo que crees —dice Andrew Everton, tratando de soplar por el agujerito en la tapa de su vaso—. Aunque desde el ministerio me han hecho hoy las mismas preguntas.

—¿No había cámaras de seguridad? ¿No se ve a nadie entrando en su celda? —Mike tiene que inaugurar un *skatepark* a las once y Andrew Everton ha accedido a reunirse con él antes. El presentador es consciente de que no todo el mundo puede disponer del comisario jefe a su antojo. Son ventajas del oficio.

—Hay cámaras por todas partes —dice Everton—, pero la que necesitamos quedó fuera de juego misteriosamente. Se han borrado dos horas de grabación del rellano de Heather Garbutt.

—Dios —dice Mike—. ¿Es algo que ocurre a menudo?

—Antes sí —reconoce Andrew Everton—. Y todavía pasa. Un puñado de libras en el bolsillo indicado y datos borrados.

—Pero eso apunta directamente a que se trató de un asesinato —señala Mike—. Eso y la nota que dejó.

—Eso parece —coincide Andrew Everton.

—Tiene que estar relacionado con Bethany —dice Mike mientras saluda a una mujer que pasa en un carrito eléctrico—. Tiene que estarlo, ¿no? La mujer estaba a punto de salir de la cárcel, teme por su vida y ¿de pronto aparece muerta?

—Sinceramente, en la cárcel, nunca se sabe. Es un mundo aparte. Pero, si me apuras, te diría que, sí, debe de haber una relación. No es mi línea oficial, pero te lo digo en confianza.

—Te lo agradezco, Andrew. Entonces, si descubrimos al asesino

de Heather Garbutt, también habremos descubierto al asesino de Bethany, ¿no?

—Quizá —dice Everton. Se fija entonces en un joven con chándal que se pasea por el muelle con las manos metidas en los bolsillos. ¿Adónde irá tan temprano? ¿Qué lleva en esos bolsillos? El final del muelle es un buen sitio para un encuentro discreto. ¿A quién va a ver ese muchacho? Él a veces echa de menos pisar las calles, volver a la brecha, fiarse de sus instintos. Le gusta la política del cargo que ocupa, pero echa de menos el trabajo de investigación.

—¿Y quién pudo tener acceso a su celda? —pregunta Mike.

—Los guardias. Los estamos investigando. Y también otras reclusas, si se confía en ellas.

—¿Pudo matarla otra presa?

—Hay muchas asesinas entre esas paredes —responde Andrew Everton.

—¿Y también desconectó la cámara de seguridad? Me parece increíble que una reclusa pueda hacer eso.

—En nuestras cárceles, algunos presos están mejor relacionados que otros —explica Andrew Everton.

—Así que otra presa pudo entrar como si nada en su celda, coger las agujas de hacer punto y…

—¿Le importa? —pregunta un hombre con un mono de pintor al tiempo que saca un móvil—. Normalmente no lo haría, pero mi madre es una gran seguidora suya.

El presentador asiente y sonríe para un selfi con el recién llegado.

—No cejaré, Mike —dice Andrew Everton—. Te lo prometo.

El hombre del mono sigue caminando en dirección a la cafetería. Se detiene para dejar una lata de pintura junto a una verja ornamentada cubierta de pintura descascarillada. Empieza a rascarla y a lijarla. El chico del chándal se le une, se saca un pincel de sus hondos bolsillos y empieza a pintar. Andrew sonríe para sus adentros. No siempre se gana. Hablando de lo cual…

—¿Podría pedirte…? —Andrew Everton duda—. Es posible que yo también necesite un favor, Mike, solo si puedes.

—Desembucha —dice él.

—No sé mucho de televisión, pero… ¿no conocerás por casualidad a alguien de Netflix? No paro de enviarles mis libros, pero todavía no me han respondido.

42

—Échame un poco más de tierra —le dice Viktor a Bogdan—. Solo para entrar en calor.

Viktor, que es un profesional como la copa de un pino, ha insistido en que lo enterraran desnudo. Sabe que cualquier asesino que se precie dejaría el menor número posible de pistas en la fosa. Es lo que hay que hacer si no quieren que el vikingo sospeche. Viktor ha esperado hasta el último momento, por supuesto, bien abrigado, mientras observaba cómo Bogdan cavaba la fosa. Ha visto cavar muchas a lo largo de su carrera, pero pocas con la rapidez y la eficacia de la que hace gala Bogdan. Se pregunta si querrá trabajar para él cuando todo ese asunto haya terminado.

—Puedo servirte una taza de té —dice Joyce, mirándolo desde el borde, con un termo en la mano—. Pero no creo que sea fácil tomártelo ahí abajo.

—Es todo un detalle por tu parte, Joyce —responde Viktor en el mismo instante en que otra fría palada de tierra cae sobre su pecho—. Quizá después.

—No te muevas —pide Pauline, arrodillándose a su lado con un pincel y una paleta con una sustancia pringosa roja y negra. Lleva unos cinco minutos pintándole minuciosamente un orificio de bala en la frente.

—Siento hacerte trabajar con un hombre desnudo en un agujero gélido —se disculpa Viktor.

Pauline se encoge de hombros.

—Trabajo en televisión, querido.

—Eso sí, hueles de maravilla —añade él—. Eucalipto.

Pauline le ha pintado la herida de bala en la comodidad del apartamento de Joyce. Ron le explicó la situación y ella lo encajó bien. Preguntó si lo que hacían era ilegal y Elizabeth le pidió que definiera qué entendía por «legal». No necesitó más. También le ha untado la cara con polvos para que pareciera mucho más pálido y

delgado, hasta que todos coincidieron en que estaban mirando a los ojos de un fantasma. Luego han vuelto a meter a Viktor en la misma bolsa de viaje y Bogdan la ha cargado a un *quad* para llevársela al bosque. Los otros los han seguido a una prudente distancia, por si acaso el vikingo los estaba vigilando.

—Hemos terminado —dice Pauline con una floritura final. Luego echa un último vistazo a su obra, contemplándola desde todos los ángulos—. Tienes una cara que asusta.

Fue Joyce quien se percató del error. Pauline había pintado el orificio de entrada en la frente. La grabación que con toda seguridad había oído el vikingo lo convencería sin asomo de duda de que Elizabeth había disparado a Viktor por la espalda. Por eso ahora Pauline está agachada a su lado, dentro de la fosa, transformando un orificio de entrada en uno de salida. Si a Pauline le ha sorprendido el detallismo con el que tanto Elizabeth como Viktor le han descrito el aspecto de un orificio de salida, no se le ha notado en el gesto.

Ron y Bogdan ayudan a la maquilladora a salir de la fosa. Sobre todo Bogdan, advierte Viktor, pero lo hace de tal forma que parezca que Ron realiza casi todo el esfuerzo. Viktor ve que todas las caras lo observan desde arriba.

Bogdan retoma la tarea y vuelve a descargar paladas de tierra sobre el cuerpo de Viktor. La idea es darle un aspecto «recién desenterrado». Ibrahim ha sacado su móvil y enfoca hacia el fondo de la fosa.

—¿Modo paisaje o retrato? —pregunta.

—Paisaje —contesta Viktor—. Es más realista.

—Retrato —replica Elizabeth—. La foto la saco yo y prefiero retrato.

—Eres insoportable, Elizabeth —le grita él desde el fondo del agujero.

Ibrahim tiene otra pregunta.

—¿Primer plano de la cara o de cuerpo entero?

—Ambos —dice Elizabeth—. Pero no te acerques demasiado a la cara, por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —pregunta Pauline—. Haz *zoom* si quieres, Ibrahim. He hecho bien mi trabajo.

—Sí, dale al *zoom* —dice Ron, apretando la mano de Pauline.

—Por supuesto, debemos hablar de los filtros. Yo creo que un

efecto Clarendon quedaría perfecto, con estos marrones terrosos.

—Si no es molestia —dice Viktor—, ¿podríamos hablarlo después?

Ibrahim asiente.

—Hipotermia, lo entiendo perfectamente. También me gustaría hablar contigo sobre el poema de Heather Garbutt, pero puedo esperar a que te vistas.

Viktor mira las caras que lo observan desde lo alto. Elizabeth, su gran amor... Qué feliz le hace poder pasar un poco más de tiempo con ella. La gente entra y sale de tu vida y, cuando eres más joven, sabes que volverás a verlos. Pero ahora cada rencuentro con un viejo amigo es un milagro.

Ron y Pauline. Están cogidos de la mano. Viktor oyó el nombre de Ron hace muchos años. Estaba en una lista. Era una lista larga, pero ahí estaba. Alguien, en cierto momento, habría hablado con él y lo habría «sondeado» para ver si era comprensivo con la causa soviética. Habiéndolo conocido ahora, Viktor no cree que hubieran tenido muchas posibilidades con él. Bogdan, apoyado en la pala, esperando pacientemente el momento de rellenar la fosa. Ibrahim, intentando encontrar el ángulo perfecto. Joyce, su compañera de piso, su nueva protectora, sujetando a Alan para que no salte al agujero.

Mientras mira hacia arriba, Viktor se da cuenta de lo solo que se siente en su ático. Su vida se ha vuelto tan solitaria... Gente joven y guapa que saca fotos a una piscina que todo el mundo puede ver pero nadie puede usar. ¿Qué había sido de sus amigos?

¿Y si se quedara ahí? Quizá esa foto sea suficiente para contentar al vikingo, y Viktor podría cambiar de nombre, dejar atrás su mundo e instalarse en Coopers Chase... Nada como yacer en tu sepultura con un orificio de bala en la cabeza para replantearte la vida.

¿De verdad necesita esos contratos multimillonarios cuando puede estar al lado de Joyce, de Elizabeth y de Alan, y formar parte de toda la pandilla? Y quizá podrían resolver juntos el asesinato. Y quizá podría pasear a Alan por el bosque. Además, Ron ha dicho que juega al *snooker*. Viktor ya no tiene con quién jugar. Solía echar partidas con un viejo kazajo que tenía una joyería en Sydenham, pero el hombre murió..., ¿cuándo?, ¿hace tres años ya? Vuelve a levantar la vista hacia sus caras. Quizá le haya sonreído la fortuna.

—Por el amor de Dios, Viktor —dice Elizabeth—. Para de sonreír

y cierra los ojos. Estás muerto.

«Creo que estaba muerto, sí. Creo que lo estaba...» Viktor cierra los ojos y, no sin dificultad, deja de sonreír.

43

El resto del grupo está entrando en calor, con tazas de té, mantas y cotilleos. Pero Ibrahim tiene trabajo que hacer.

El poema de Heather Garbutt está abierto frente a él. Esas páginas encierran un secreto, desde luego. Un mensaje escondido, disimulado con ingenio. ¿A quién temía Heather? ¿Quién iba a matarla?

Descifrar el poema de Heather Garbutt y descubrir ese secreto le llevará algo de tiempo, sin duda. Habría querido hablarlo con alguien, pero Elizabeth, Joyce y Ron no han picado. Piensan que es una pista falsa.

Incluso lo ha intentado con Viktor, después de que lo hayan desenterrado. No llegas tan arriba en el KGB sin saber algo de criptografía. Pero Viktor le ha echado un vistazo, con los dedos sucios de tierra, y luego se lo ha devuelto diciéndole: «Aquí no hay ningún mensaje. Es solo un poema».

Como le ocurre a menudo, Ibrahim es una voz solitaria que clama en el desierto. Así sea, esa es la cruz que le ha tocado soportar. Un profeta casi nunca lo es en su tierra. Las disculpas se sucederán cuando descubra el mensaje de Heather. Él asentirá, con gesto magnánimo, tal vez la cabeza algo inclinada, mientras le llueven los elogios. Se imagina la escena: Elizabeth lo felicita («Estaba tan equivocada, pero tan equivocada»), Joyce le ofrece un plato de galletas mientras Alan permanece sentado con un callado y orgulloso gesto de respeto. Incluso Viktor tendrá que reconocer que Ibrahim lo ha superado.

Se deja llevar por esta ensoñación un momento, pero de pronto se le ocurre una idea. Sabe perfectamente con quién debe hablar. Alguien que nunca lo juzga, alguien que es siempre un torrente de ideas. Alguien que sabrá ayudarlo.

Mira su reloj. Son las cuatro y media, lo que quiere decir que el nieto de Ron, Kendrick, habrá salido ya de la escuela, pero todavía no

habrá empezado a merendar. La hora mágica para cualquier niño de ocho años.

Ibrahim llama por FaceTime a Kendrick. Se acuerda de los momentos felices que pasaron juntos, revisando horas de grabaciones de cámaras de seguridad en busca de un ladrón de diamantes y de un asesino.

—¡Tío Ibrahim! —grita Kendrick saltando en su silla.

—¿Estás muy bien? —pregunta él.

—Estoy muy bien, sí —confirma Kendrick.

Ibrahim le resume la tarea. Que hubo un asesinato unos años antes de que Kendrick naciera («*Otro* no, tío Ibrahim»), y que más recientemente hubo otro asesinato en una cárcel («La madre de Millie Parker está en la cárcel; Millie se ha saltado las clases»). La señora que estaba en la cárcel, Heather Garbutt, no la madre de Millie Parker, dejó un poema que Ibrahim cree que está en clave (un silbido grave e impresionado al oírlo) y, si juntos pudieran descifrar la clave, podrían descubrir quién la asesinó y el paradero de una gran cantidad de dinero robado en un fraude con el IVA (un breve aparte en este punto, mientras Ibrahim le explica qué es el IVA, lo que le obliga a hacer una breve introducción sobre el funcionamiento de los impuestos universales). Ahora ya están enfrascados en la tarea. Ibrahim se toma una copa de brandy y enciende un puro, mientras, Kendrick toma una vaso de concentrado de naranja («Tiene menos azúcar, pero no se nota cuando te lo bebes»).

Ibrahim le lee:

Mi corazón quiere planear como las águilas al viento,
quiere que lo escuchen, como el mirlo que canta contento,
pero mi corazón está partido en dos en torno a una rueda,
el águila no puede volar, aunque mi corazón planear quiera.

—Bien, Kendrick. Ya ves por qué esto es interesante. Desde un punto de vista técnico, es malísimo, pero interesante. Su corazón quiere planear como un águila, nos dice —Ibrahim le ha enviado una copia del texto y está leyendo la suya—, pero dos versos más tarde el corazón está «partido en dos en torno a una rueda».

—Hay águilas reales, águilas calvas y águilas milanas —dice Kendrick—. Se alimentan de ratones. ¿Conoces otros tipos de águilas?

Yo no me sé más.

—Un azor es un tipo de águila —responde Ibrahim, y Kendrick lo apunta.

—Ahora ya me sé cuatro águilas —dice el niño.

—Si rompes un corazón sirviéndote de una rueda —prosigue Ibrahim—, y solo estoy pensando en voz alta, Kendrick, ¿debemos interpretar que Heather Garbutt quiere que tomemos un anagrama de la palabra «corazón» y lo combinemos con otra palabra que signifique lo mismo que «rueda»?

—Quizá —dice Kendrick—. Quizá quería eso.

—O, si está «partido en dos», tal vez quiere que coloquemos un sinónimo de «rueda» entre las dos partes separadas de «corazón».

—Puede ser —asiente Kendrick—. Esa señora tenía muy mala letra, ¿no? Yo tengo buena letra, pero solo si me concentro.

—Necesitamos un sinónimo de «rueda» —continúa Ibrahim—. Podría ser «disco», «aro», incluso «círculo» si me apuras. Y si interpretamos «rueda» como verbo...

—Un verbo es una palabra que hace cosas —señala Kendrick.

—Exacto. Como verbo, podríamos tener «gira», «rota» o «circula». ¿Qué te parece?

—¿Cuánto son cien por cien por cien? —pregunta Kendrick.

—Un millón —dice Ibrahim, dando una calada al puro—. Busquemos un anagrama de corazón partido por la mitad. Podría ser «nora zoc». Ahora añadamos un sinónimo de rueda. ¿Crees que «aro» podría funcionar? Podemos combinar «nora zoc» con «aro», como nos pide el poema, lo que nos daría un apellido. ¿Qué te parece «Zocaro»? Suena italiano, pero no del todo. ¿Sabías que hay una palabra que quiere decir «en torno», en el sentido de «aproximadamente»? Es «circa» y su abreviatura suele ser «c». Viene del latín.

—Los gladiadores hablaban latín —dice Kendrick—. Y Julio César.

—Pues añadamos esa «c» y ya tenemos un apellido que funciona: «Zoccaro». Busca a «Nora Zoccaro» en Google y dime si encuentras algo en Inglaterra, en la zona de Kent o de Sussex preferiblemente, y todavía mejor si tiene vínculos con la delincuencia organizada.

Kendrick se aplica a la tarea.

—No encuentro mucha cosa —dice al cabo de un momento.

—Vale... Dime lo que has encontrado —le pide Ibrahim.

—Voy. Una mujer de Australia. Y otra que está muerta.

—Vale... —repite Ibrahim—. La muerta. ¿Murió hace poco? ¿La asesinaron?

Kendrick baja por la página hasta encontrar la información.

—Murió en 1871. En Turín. ¿Dónde está Turín?

—En Italia —contesta Ibrahim.

—¿Puede ser una pista?

Ibrahim continúa leyendo el poema y entiende, con horror, que tal vez no sea más que eso, un poema. Entonces lo ve.

—¿Escribió algo más? —pregunta Kendrick—. Porque esto parece muy difícil.

—Dejó una nota antes de morir —dice él, contemplando todavía la nueva pista, comprobando si se sostiene.

—¿Una nota?

—Una nota, sí. En la que predecía su muerte. Pero no creo que tu abuelo quiera que te la enseñe.

—Porfaaaa —pide Kendrick—. No se lo diré al abuelo.

—Supongo que no te hará daño —dice Ibrahim. Eso lo mantendrá ocupado durante un momento mientras él se dedica a descifrar el código.

Encuentra el primer correo electrónico de Chris y le envía a Kendrick la imagen de la nota de Heather Garbutt. Luego vuelve a concentrarse en lo importante y lee en voz alta otro fragmento del poema.

Recuerdo, de niña, jugar en el río con las compañeras,
esconder allí nuestros secretos, compartir nuestras promesas,
donde el sol nunca se ponía y la lluvia nunca caía,
jugar con las compañeras en el río, lo recuerdo todavía.

«Esconder allí nuestros secretos»... Bueno, esto vale la pena investigarlo. La repetición de «río», eso apunta a un apellido, «Río», evidentemente. Y «donde el sol nunca se ponía»..., ¿podría sugerir la palabra «sol» sin la «l»? Eso daría «so». ¿Estaban buscando a alguien que se llamaba So Río?

—Kendrick, busca «So Río» en Google.

—Me has gastado una broma, tío Ibrahim —dice el muchacho.

—¿Una broma? —pregunta él. So Río. So Río. ¿Era quizá una de

las compañeras de Heather en el trabajo? ¿Otra contable? ¿Un pseudónimo?

Kendrick levanta la vista de la nota.

—Bueno, la letra es diferente, ¿no? La del poema y la de la nota. El poema está muy mal escrito, y la nota está perfecta. Así que la nota y el poema los escribieron dos personas distintas.

Ibrahim salta entre la nota y el poema. Sí. En fin. No podría resultar más obvio. Ibrahim era la única persona que había visto los dos documentos. Pero había visto cosas que no estaban ahí, en lugar de ver lo que tenía delante de sus narices.

No había ningún mensaje secreto. Solo era un poema a la soledad escrito por una mujer que había perdido toda esperanza. Y una nota, un aviso de muerte, en la que se apelaba a Connie Johnson. Escrita por una persona distinta.

—Qué bien que te hayas dado cuenta, Kendrick —dice Ibrahim —. Sabía que lo harías.

—Solo me estabas poniendo a prueba, lo sé —responde el chico —. ¿Qué querías que buscara en Google?

Ibrahim oye que Suzi, la madre del niño e hija de Ron, le pide que baje a merendar. So Río, claro que sí. Ibrahim reconoce, y no es la primera vez, que en ocasiones le da por complicar las cosas más de la cuenta.

—No busques nada en Google. Y de momento te pediría que esto de la letra quedara entre nosotros.

—Qué bien, como si fuera un secreto —dice Kendrick—. Adiós, tío Ibrahim. Te quiero.

La pantalla queda en blanco.

—Yo también te quiero —se despide él. Una vez más, ha comprobado que Kendrick es el hombre indicado para salir del atolladero. Si la vida te parece demasiado complicada, si crees que nadie podrá ayudarte, a veces la persona a la que debes acudir es un niño de ocho años.

Heather Garbutt escribió el poema, casi seguro. Connie la vio escribirlo. Lo que significa que Heather Garbutt no escribió la nota. Entonces ¿quién? ¿Y por qué?

Ibrahim informará inmediatamente a la banda de las novedades.

Aunque es posible que omita ciertos detalles relativos a cómo llegó a su conclusión.

44

—¿Estás contenta? —pregunta Mike Waghorn—. Se te ve estupenda.

—No podría estarlo más —dice Donna echando un vistazo al monitor que muestra su rostro. No tiene mal aspecto. Pauline ha insistido en ir al trabajo a maquillarla a pesar de que hoy libraba.

—Dos minutos para que termine el vídeo —indica la regidora. *Diario de noche del sureste* está pasando un reportaje sobre una panadería sin gluten que está arrasando en Folkestone.

—Diré que los crímenes con arma blanca están aumentando —informa Mike—. Tú me replicarás que la cosa no es tan simple. Yo te diré que a otro perro con ese hueso, que no nos vengas con cuentos. Tú dirás algo tranquilizador y luego pasaremos un vídeo con algunos vecinos de Fairhaven que se quejan del tema. Entonces te preguntaré si tienes algo que decirles a esos vecinos y tú dirás que se olviden de sus pesadillas o lo primero que se te ocurra. De verdad que estás estupenda. No te pongas nerviosa.

—Gracias —dice Donna. ¿Lo está? No se lo parece. ¿Debería estarlo? Echa un vistazo al pequeño estudio. La regidora con su carpeta, el cámara enganchado a Tinder, el productor, Carwyn, merodeando, y, como un perro fiel, Chris, sentado en actitud vigilante. Esta vez es él quien levanta el pulgar en su dirección para animarla. Ella le devuelve el gesto. Si está enfadado porque le ha birlado el puesto, no lo demuestra.

La regidora ha empezado la cuenta atrás de diez segundos. El cámara apaga el móvil a regañadientes, dejando a medias un ligue.

—¿Habéis averiguado algo sobre el tema de Heather Garbutt? —pregunta Mike, susurrando esta vez.

—Seguimos en ello —dice Donna—. En realidad no es nuestro caso, pero tenemos una pista en la que estamos trabajando. —Se ha pasado toda la mañana revisando las matrículas de los vehículos aparcados en Juniper Court.

—Es que... —continúa Mike.

—Lo sé —tercia Donna—. Sé lo importante que Bethany Waites era para ti.

—Era una mujer de armas tomar —señala Mike—. ¿Habéis investigado el...?

La regidora da paso al estudio.

—Seguro que en una panadería no faltan cuchillos —dice Mike a cámara—. Y tampoco faltan cuchillos en las calles de Kent. Pero en este caso se trata menos de «nuestro pan cotidiano» que de «nuestra muerte cotidiana». Para informarnos sobre los preocupantes datos que acabamos de conocer sobre crímenes por arma blanca en nuestra zona, contamos con la presencia de la agente Donna de Freitas de la policía de Fairhaven. Agente De Freitas, ¿los crímenes por arma blanca van en aumento?

—Bueno, la cosa no es tan simple —responde ella—. Es...

—Oh, a otro perro con ese hueso —dice Mike—. O los crímenes por arma blanca van en aumento o no. A mí me parece bastante simple, y creo que los seguidores de *Diario de noche del sureste* serán de la misma opinión.

—Me pregunto si no deberíamos tener en mayor consideración a sus espectadores —replica Donna, y Mike, fuera de plano, le levanta el pulgar en señal de aprobación—. Hemos centrado nuestros esfuerzos en los delitos por arma blanca en estos últimos seis meses, invirtiendo una cantidad ingente de recursos. Eso significa más investigaciones, más denuncias y más condenas. Así que, evidentemente, los datos van al alza. Pero los delitos por arma blanca son algo casi insólito en las calles de Fairhaven, Maidstone o... Folkestone. Y, por cierto, la próxima vez que esté en Folkestone, me acercaré a esa panadería. Todo parecía delicioso, ¿no?

—La acompañaré, no le quepa duda, agente De Freitas —comenta Mike—. Por cosas así te da pena que al final no inventaran la olorvisión.

—Y puede llamarme Donna, por cierto —dice ella antes de mirar directamente a cámara—. Y lo mismo les digo a todos los que nos están viendo desde sus hogares. Trabajo para ustedes.

—Primera vez en *Diario de noche del sureste*, Donna —dice Mike —, pero sospecho que no será la última. Veamos ahora qué pueden decirnos los vecinos de Fairhaven sobre los crímenes por arma blanca.

Empieza el vídeo. Mike saca el dedo índice y lo agita en señal de

admiración.

—Eres buena, muy buena.

—Gracias, Mike —dice Donna—. Esto es muy divertido, ¿no?

Chris se le acerca y se agacha, como si temiera salir en pantalla.

—Alucinante —le dice.

—¿De verdad?

—De verdad. El comentario sobre la panadería. El mirar a cámara. ¿Cuándo lo has planeado?

—No lo he planeado —contesta Donna—. Me ha salido así.

—Treinta segundos para que termine el vídeo —indica la regidora—. Todo el mundo fuera del plató, por favor.

—Lo llevas en la sangre —agrega Chris—. Tu madre ha hecho una foto a la tele y me la ha enviado.

—La gente se queda mucho más impresionada cuando sales en la tele que cuando estás deteniendo a delincuentes —dice Donna.

—Se te dan bien las dos cosas —repone Chris.

—Y volvemos en diez... —empieza a contar la regidora.

Carwyn Price, el productor, se acerca a Donna.

—Maravillosa, has estado absolutamente maravillosa —dice—. ¿Una copa, tú y yo, después?

—Lo siento mucho, pero tengo planes —contesta Donna, aunque inmediatamente se regaña a sí misma por fingir que le sabe mal.

En ese instante recibe un mensaje. Es de Bogdan, que la está viendo en casa. Echa un vistazo al móvil cuando la cuenta atrás llega a cinco. El texto son tres emojis.

Una estrella, un corazón y un pulgar hacia arriba.

Un corazón, ¿eh? La cámara entra justo a tiempo de captar su sonrisa luminosa.

45

La foto está bien, es muy real. Viktor Illyich, muerto y enterrado. Bueno, Viktor Illyich enterrado, de eso no cabe duda. El vikingo la tiene instalada en la pantalla de bloqueo de su móvil.

¿Podría ser una falsificación? Claro que sí. Todo puede falsificarse. Mientras se rasca la barba, recuerda que una vez le presentaron a Brad Pitt en una fiesta en Silicon Valley. Brad se negó a hacerse un selfi con él y le dijo: «Es una fiesta privada. Relájate», o alguna bobada hollywoodiense por el estilo. De modo que, cuando volvió a casa, el vikingo falsificó en Photoshop una imagen en la que salían los dos: Brad se reía a carcajadas de un chiste que él le estaba contando. Ahora la tiene en la cocina y, si tuviera algún invitado en casa, no se daría cuenta de que es falsa. Conocer a gente o no conocerla. Hoy en día da igual. La realidad solo le importa a la gente sencilla.

Mientras espía el edificio que tiene enfrente, el vikingo piensa que debería olvidarse por un momento de su cabreo con Brad Pitt y concentrarse en lo que tiene entre manos. También se siente cohibido, yendo de un lado a otro por la calle. La gente lo observa. Nació demasiado grande. Está impaciente por volver a casa.

¿El asesinato? Le sonó perfectamente real mientras escuchaba lo ocurrido sentado en su biblioteca, en Staffordshire, tan lejos de Londres. Pero ¿por qué tiró Elizabeth su móvil instantes después? Quizá tan solo se trató de un exceso de celo por su parte. Pero también podría ser que Elizabeth y Viktor se la estuvieran jugando. Quizá esos dos espías curtidos en mil batallas creían que podían tomarle el pelo a un novato. A veces, al vikingo le falta confianza en sí mismo. Odia sufrir el síndrome del impostor.

Levanta la mirada y ve la piscina, suspendida en el cielo, muy por encima de la calle. Si le disparases con un lanzacohetes, toda la estructura se vendría abajo y los bañistas caerían al vacío y morirían aplastados contra el suelo. Pero ahora no se baña nadie, así que sería

desperdiciar un cohete para nada. Piensa que quizá estaría bien dispararle a Brad Pitt con un lanzacohetes. «Es una fiesta privada, Brad. Relájate.» Entonces, bum. «Igual así tratas a tus fans con más respeto la próxima vez.»

Pero, por más tentador que resulte, está mal matar a la gente. Y además es difícil.

Entrar en el edificio es fácil. El vikingo tiene un cliente, un ladrón de coches de lujo, que vive en el duodécimo piso. El cliente le envía dinero, él lo convierte en Bitcoins o en cualquier criptomoneda que lo esté petando esa semana, y luego se lo devuelve a su cliente perfectamente blanqueado. La cosa es mucho más complicada, por supuesto. De lo contrario, todo el mundo haría lo mismo que él. Pero su arma secreta es un algoritmo que diversifica las operaciones en la Dark Web, lo que hace que todo el procedimiento sea prácticamente indetectable. A decir verdad, de momento ha resultado ser indetectable por completo. El vikingo solo dice «prácticamente indetectable» porque es sueco y a los suecos no les gusta darse humos.

Su cartera de clientes no ha parado de crecer y, con ella, su patrimonio personal. El vikingo se queda con un porcentaje de cada operación y, cuanto más importante y complicada sea esta, mayor es la tajada que se embolsa. Hace diez años trabajaba en Palo Alto para una *startup* de pornografía que empleaba inteligencia artificial. Hoy tiene un patrimonio neto que supera los tres mil millones de dólares.

El vikingo pasa de largo del duodécimo piso y manda el ascensor al ático, a la antigua residencia de Viktor Illyich. Dondequiera que preguntaras, la gente confiaba en Viktor, casi lo veneraba, un hombre recto en un mundo que giraba sin sentido. Cuando hablaba, los delincuentes escuchaban, y cuando daba un consejo, los delincuentes le hacían caso.

Por eso quería verlo muerto. Viktor siempre recomendaba blanquear el dinero a la antigua usanza. Por medio de inversiones inmobiliarias, casinos, operaciones de pitufeo, mulas o sociedades pantalla. Recurriendo a joyas u oro, o a través de una buena agencia de cambio de divisas, lo cual era muy retro. Todo resultaba bastante seguro, desde luego, pero también requería mucho tiempo y se perdía mucho dinero por el camino. A diferencia de lo que ocurría cuando invertías en criptomonedas, que, de hecho, multiplicaban tu dinero.

Viktor le está costando un pastizal al vikingo. A ver, su capital

neto es de tres mil millones, y seguramente con ese dinero le bastaría para ir tirando, pero Jeff Bezos tiene un capital de doscientos mil millones, y el vikingo no encaja bien ser ciento noventa y siete mil millones más pobre que nadie. Viktor sabe de la existencia del vikingo y conoce a qué se dedica, pero no tiene ni idea de su identidad.

Viktor compró la inmensa puerta de entrada de su ático a una empresa israelí, que se la instaló. La cerradura es impenetrable, tecnología *blockchain*, grafeno y kévlar, todo con un revestimiento a elección del cliente. Viktor eligió teca de Alaska. A esa empresa le ha ido de maravilla, por supuesto, satisfaciendo las necesidades de seguridad de mafiosos internacionales. Y el vikingo lo sabe mejor que nadie, puesto que la empresa es suya.

Pasa al interior.

Ha ido para salir de dudas. Elizabeth Best tenía motivos más que suficientes para liquidar a Viktor Illyich. Amenazarla con asesinar a su amiga fue una jugada maestra. Pero en esas cosas nunca está de más cerciorarse. Y el apartamento de Viktor queda tan cerca del helipuerto de Battersea que, para el vikingo, es un viaje la mar de cómodo. Después, a lo mejor irá a comer sushi porque en Staffordshire no es fácil darse el gusto. Hay un buen japonés en Stoke que se llama Miso, pero le tienen prohibida la entrada desde que se le disparó fortuitamente un arma en el baño. Las armas de fuego no son lo suyo. En realidad, no debería tener una.

El vikingo echa un vistazo al ático. Es bonito, no cabe duda. Quizá le falte un toque femenino. Aunque las vistas son muy agradables. Se ve el London Eye, el Big Ben, el Banco de Inglaterra. Podrías lanzar un ataque con cohetes a cualquiera de esos sitios desde el balcón de Viktor. ¿No se armaría un buen revuelo? El vikingo se da cuenta de que últimamente no hace más que pensar en lanzar cohetes. Sobre todo porque acaba de comprarse un lanzacohetes. Fue una compra impulsiva, porque, cuando uno tiene tanto dinero, se va quedando sin novedades que comprar, y también porque se pueden comprar lanzacohetes directamente con Bitcoins. De momento, lo único que ha hecho es volar un granero.

Calcula la geografía de la ejecución basándose en el audio en directo que escuchó. Se da cuenta de que Elizabeth debió de llevar a Viktor por debajo de un gran arco que queda a la derecha y luego por un pasillo alfombrado hasta llegar al cuarto de baño. Reconstruye sus

pasos.

Nadie ha tenido noticias de Viktor desde el asesinato, lo que es un buen síntoma. Se rumorea que está muerto. En ciertos ambientes ha cundido el pánico, lo que es un espectáculo maravilloso. El vikingo entra en el cuarto de baño.

Está todo limpio, por supuesto que sí; Elizabeth Best es una profesional. Tarde o temprano alguien con un poco de autoridad se dará cuenta de que Viktor ha desaparecido, y tarde o temprano se registrará el ático para buscar pistas. El vikingo supone que Elizabeth no habrá dejado ninguna. No habrá salpicaduras de sangre carmesí en la pared, ni ningún trozo de cerebro enganchado en un desagüe.

Pero tendría que haber un agujero de bala en alguna parte, y quizá incluso la bala.

El vikingo empuña un arma imaginaria y apunta a la cabeza imaginaria de Viktor. Aprieta el gatillo y calcula la trayectoria que habría hecho la bala. Tendría que haber atravesado la mampara de la ducha, pero salta a la vista que no fue así. Tendría que haber quedado alojada en alguno de los azulejos de mármol turco que revisten la pared, pero nuevamente salta a la vista que no ha sido así.

El vikingo sabe que la bala atravesó a Viktor Illyich. Ha visto la herida de salida. Así pues, ¿dónde está? ¿Elizabeth Best es más alta que Viktor? ¿Disparó hacia abajo? Baja la vista y escruta las paredes. Nada.

¿Y si la pistola apuntaba hacia arriba? ¿Era así como mataban los espías? Levanta la vista, pero sigue sin ver un orificio de bala. Cuando sus ojos examinan el espejo de la pared opuesta, lo ve. El agujero en el techo. Mira hacia arriba: el agujero está casi encima del punto en el que se encuentra. El punto en el que Elizabeth debió de situarse. Un agujero de bala. La bala salió directamente hacia el techo.

El vikingo se queda mirando el orificio. Entiende que pueden deducirse varias cosas.

La primera es que Viktor no está muerto. El disparo que oyó fue contra el techo, no contra Viktor Illyich. De lo que se deduce también que Elizabeth Best lo ha tomado por imbécil. Ha subestimado sus habilidades. Al vikingo eso no le gusta un pelo. Suspira.

Porque lo más importante que se deduce de ello es que ahora él tendrá que liquidar a Viktor Illyich en persona. Y, por supuesto, escarmentar a Elizabeth también significa que tendrá que liquidar a

Joyce Meadowcroft.

Lo cual es una lata. Una auténtica lata.

46

Joyce

Joanna ha venido hoy a comer con su novio, el presidente del club de fútbol, y yo, como sabéis, tengo a un excoronel del KGB en la habitación de invitados. Me ha tocado dar explicaciones.

Por lo menos, es una suerte que Joanna no viniera el otro día, cuando Viktor estaba todo manchado de tierra. A ver, tengo una ducha a presión, pero aun así no fue nada fácil.

Le he explicado que es un viejo amigo de Elizabeth y que va a quedarse tan solo unos días mientras hacen reparaciones en su apartamento. Joanna ha preguntado dónde estaba su piso y Viktor ha respondido que en Embassy Gardens, y Joanna ha preguntado si era el de la piscina, y Viktor le ha dicho que sí, y el presidente del club de fútbol (se llama Scott) ha dicho que esos pisos valen millones, y Viktor ha vuelto a darles la razón, y a mi hija le ha extrañado que, teniendo un apartamento de un millón de libras, se quedase en mi casa, y Viktor ha dicho que no podía imaginar un sitio mejor donde hospedarse en toda Inglaterra, y Joanna ha dicho: «Sed sinceros conmigo, aquí hay algo que no encaja», y nosotros hemos reconocido que sí, que había algo que no encajaba, y le he mostrado a Joanna la foto de Viktor en su fosa y le hemos dicho que se lo contaríamos todo durante la comida. Joanna se ha vuelto hacia Scott y ha dicho: «Bueno, no podrás quejarte de que no te he avisado, mi madre antes no era así». Scott le ha preguntado a Viktor de qué equipo era seguidor y Viktor ha dicho que del Chelsea, a lo que Scott ha dicho que conocía a gente del Chelsea y que podría conseguirle un palco especial para invitados, para ir juntos a ver un partido, y Viktor le ha dicho que no se preocupara, porque ya tenía uno.

Me he inventado una excusa para enviar a Joanna a la nevera y ha descubierto inmediatamente la leche de almendras. Me ha dicho que debería comprar una que es baja en azúcares, pero aun así es evidente que le ha parecido un paso en la buena dirección.

A Alan le ha caído bien Scott, por cierto, y lo interpreto como una buena señal. Aunque, de momento, a Alan nunca le ha caído mal nadie.

Acaban de marcharse. Scott tiene un Porsche; se lo ha enseñado a Viktor y Viktor ha asentido como suelen hacerlo los hombres. Joanna me ha llevado a un rincón para preguntarme si había algo entre Viktor y yo, y le he dicho que no era así, a lo que ella me ha respondido con una mirada que era medio de alivio, medio de decepción. Viktor es muy majo, muy amable, pero no es mi tipo. Gerry era mi

tipo. Bernard era mi tipo. Quizá llegue otro hombre un día. Aunque mejor que se vaya dando prisa, porque estoy a punto de cumplir los setenta y ocho.

Anoche, Ibrahim nos invitó a todos a su casa. Nos enseñó el poema de Heather Garbutt, el que había encontrado Connie Johnson, y luego la nota. La nota no la escribió Heather Garbutt. Entonces ¿quién la escribió?

He convencido a Elizabeth de que se venga conmigo a hacer un viajecito. A Elstree, donde Fiona Clemente graba *¡Para el reloj!* Se puede ir en tren. Joanna conoce a alguien que conoce a alguien que conoce a alguien... Espero que eso nos dé la oportunidad de saludarla. Y, ya nos conocéis, con una oportunidad nos basta y nos sobra.

Por cierto, he estado leyendo *Usado en su contra*, una de las novelas del comisario jefe. Solo la he abierto porque tengo una de Hilary Mantel esperándome en la mesilla de noche que todavía no me apetece empezar.

No está nada mal. La verdad es que engancha.

Alguien intenta matar a Big Mick, el capo de una familia criminal de Glasgow, pero su guardaespaldas se lanza para recibir el impacto de la bala. Así que todo el libro va sobre los intentos del capo de averiguar quién ha intentado asesinarlo. Lo que desencadena una gran batalla entre bandas rivales. Se nota que Andrew Everton es policía, porque todo parece real.

Lo divertido es que al final descubrimos que, después de todo ese baño de sangre y una gran cantidad de palabras malsonantes, la bala iba destinada desde el principio al guardaespaldas: su novia había descubierto que le era infiel. Así que nadie quería matar a Big Mick y toda la carnicería no ha servido para nada.

He leído cosas mucho peores, por decirlo suavemente. Todavía veo la novela de Hilary Mantel con el rabillo del ojo. Sé que lo pasaré bien, pero antes necesito coger carrerilla.

¿Sabéis otra cosa que he pensado mientras leía la novela de Andrew Everton? He pensado que igual debería escribir yo un libro.

47

El mensaje de texto llega cuando Elizabeth está metiéndose en la cama. Es del vikingo.

Has cometido un grave error.

¿De verdad? Elizabeth piensa en la foto.

La bala. La bala perdida.

El vikingo ha estado en el apartamento de Viktor. ¿Cómo es posible? Ha visto el orificio de bala. Ha sido descuidada. Pero ¿cómo es posible que haya entrado en la casa?

Este es mi último mensaje.
Voy a por todos vosotros.

Así que ahora tendrán que buscar al vikingo. Encontrarlo antes de que él los encuentre a ellos.

Stephen se vuelve hacia ella.

—¿Problemas?

—Joyce, que no consigue hacer funcionar el termostato —contesta Elizabeth.

—Tiene que resetearlo —dice Stephen—. Aunque es una batalla perdida. Esos chismes hacen lo que les da la gana.

¿Qué es lo que sabe ella? Muy poco. Ha visto al vikingo, desde luego. Eso es una ventaja. Pero el hecho de que se dejara ver indica que se siente muy seguro y a salvo. Vive en algún sitio de Staffordshire, por motivos que solo él conoce. Y en una casa muy grande. La casa tiene una biblioteca. Hasta ahí llega lo que sabe de él. Se acuerda de los ojos de Stephen, de su expresión de sorpresa, mientras revisaba los estantes.

—¿Qué conclusión sacaste de la biblioteca del vikingo?

—¿Cómo? —inquiere él.

—La biblioteca del vikingo. Me pareció que te dejaba atónito. ¿Cuál fue el motivo?

—No te recibo, cariño —dice Stephen—. ¿Vikingos? ¿Bibliotecas? ¿Te has pasado con la ginebra?

—Vi que mirabas los libros.

—O vas muy desencaminada o te has perdido del todo.

Elizabeth se sienta en la cama y lo mira.

—Stephen, la otra noche. ¿La furgoneta, el hombre barbudo...? ¿Te acuerdas?

Él se ríe entre dientes.

—Nunca dejarás de sorprenderme. ¿Qué planes tenemos para mañana? He pensado que podría pasarme a ver a mi madre. Ya sabes cómo se pone.

Elizabeth trata de controlar su respiración una vez más, pero no lo consigue. Siente que está a punto de sollozar. Stephen la rodea con el brazo.

—¿Qué mosca te ha picado de pronto? —dice—. Estoy aquí, tontita. Estoy aquí. Si algo se ha roto, ya sabes que siempre tengo una solución.

Elizabeth saca los pies de la cama y va corriendo al cuarto de baño. Echa el pestillo y se derrumba contra la puerta. Las lágrimas han llegado. No es un llorar fácil, porque las lágrimas nunca lo son para ella. Aún hoy recuerda que lloraba cuando su padre le pegaba. Porque él la quería, porque él la quería muchísimo. Cómo seguía golpeándola, sin cesar, hasta que ella paró. Hasta que un día dejó de llorar para siempre.

También recuerda estar sentada junto a la cama de su padre, muchos años después, ella de permiso desde Beirut, él muriéndose de cáncer en un hospital para enfermos terminales en Hampshire. Ella cogía su mano huesuda y malvada mientras pensaba en todo lo que ese hombre podría haber tenido en la vida. En todo lo que ella podría haber tenido. Pero aun así no lloró. Le daba miedo cómo podía reaccionar él si la veía llorar.

¿Cogerá la mano de Stephen en un hospital para terminales el día de mañana? Claro que sí. Pero se reirá con él, y lo amará, y dará gracias por haberlo tenido a su lado y por la mujer que ha hecho de ella. Y llorará todas las lágrimas que se ha negado a sí misma durante su vida.

48

Bogdan está enamorado. No hay vuelta de hoja. Está seguro.

¿De verdad?

Así es como lo siente.

Pero ¿los sentimientos son de fiar?

Van a ver a Jack Mason. Esta vez los acompaña Viktor. Bogdan conduce el Daihatsu de Ron.

Bogdan piensa que ojalá alguien le explicara cómo enfrentarse a eso. Se enamoró de niño, en la escuela, lo recuerda, pero desde entonces el amor nunca ha sido una experiencia fácil para él. Debería echar una partida de ajedrez con Stephen pronto. Stephen sabrá qué hacer.

Sin duda, Donna le gusta mucho, mucho y mucho. Pero ¿cuántos «muchos» convierten un «gustar» en un «amar»? ¿Cuatro? ¿Cinco? Bogdan piensa que ojalá hubiera una respuesta definitiva. El cargador de una pistola contiene seis balas, en un cesto de obra caben seis ladrillos, un huevo contiene dieciséis gramos de proteína. Pero ¿el amor? Búscalo en Google. No hay respuestas. Bogdan lo ha intentado.

Ron va en el asiento del acompañante. Se vuelve hacia atrás para hablar con Viktor.

—¿La conoces de toda la vida, entonces? —le pregunta—. ¿A Elizabeth?

Viktor Illyich se estira y hace crujir sus articulaciones. Acaban de sacarlo del maletero y liberarlo de la bolsa de viaje. Lo han hecho en un camino de tierra en medio del bosque, a un par de kilómetros de Coopers Chase, en cuanto Bogdan se ha cerciorado de que no los seguía nadie. Elizabeth les había dado instrucciones tajantes.

—De toda la vida —contesta—. De una vida distinta.

—Cuéntanos un secreto, pues —pide Ron—. Algo que ella no querría que supiéramos.

Viktor lo piensa un momento.

—Vale —dice—. Elizabeth es la mejor amante que he tenido.

—Por el amor de Dios —exclama Ron—. Me refería a algo que tuviera que ver con disparar a espías rusos o qué sé yo.

—Era tan tierna —añade Viktor—. Pero también un animal enjaulado.

Ron pone la radio, un programa deportivo.

Viktor se pierde en sus recuerdos.

—Me hizo cosas que ninguna otra mujer...

Ron asiente mirando a la radio.

—¿El Liverpool va a fichar a Sánchez? Menuda manera de tirar el dinero.

Bogdan está tentado de sumarse a la conversación. De hablar sobre el amor. ¿Hacer una pregunta, quizá? Pero sin revelar nada. ¿Les parecería ridículo? Ese polaco bruto y grandullón, ¿qué iba a saber él del amor? Finalmente decide decir algo. No sabrá de qué se trata hasta que salga de su boca.

—¿Cuánto van a pagar por Sánchez, Ron? —«Ay, Bogdan.»

—Treinta millones. En varios pagos, pero me sigue pareciendo una barbaridad.

Bogdan asiente. En realidad, solo lo han llamado para conducir y sacar a Viktor del coche y volver a meterlo.

Mientras Ron cuenta un chiste de un loro que vivía en un burdel, Bogdan piensa un poco más sobre el caso. Viktor le ha contado algunos detalles antes de que lo metieran en la bolsa. Ahora, siempre que va escondido, lleva un cojín, además de un número de *The Economist* y una pequeña linterna.

Le ha explicado por encima cómo funciona el blanqueo de capitales, la compleja red de empresas pantalla anónimas y cuentas en paraísos fiscales que permite convertir el dinero sucio en dinero limpio sirviéndose de mecanismos que es casi imposible rastrear. *Casi* imposible.

Bogdan se ha perdido el final del chiste sobre el loro y Ron ha empezado ya a contar otro sobre una monja que viaja en tren.

El secreto consiste en escarbar hacia atrás en el tiempo, seguir la pista del dinero retrospectivamente hasta llegar al pecado original. Las primeras operaciones son las más expuestas. Viktor le ha dicho que es como levantar una alfombra. A veces basta con meter la uña bajo un trocito de la esquina para descubrir todo el pastel de un solo golpe. Eso era lo que había pasado con Trident: habían cometido un error

con una de las primeras operaciones. Pero eso no los había llevado a ningún lado. Así que tal vez tendrían que remontarse todavía más en el tiempo.

Llegan a la propiedad sobre las dos de la tarde. Es una mansión isabelina en lo alto de un acantilado de Kent, presidiendo el canal de la Mancha, que se extiende hasta el horizonte. Aparcan en un bosque a un par de kilómetros. Ha llegado el momento de volver a meter a Viktor en la bolsa. Bogdan piensa que no es asunto suyo cómo explicarán a Jack Mason la presencia de ese ucraniano en una bolsa de viaje. A él solo le corresponde cargar con Viktor.

Bogdan se interna con el Daihatsu por el largo sendero que lleva a la casa y aparca lo más cerca posible de los peldaños de la entrada. La bolsa estornuda y Bogdan dice «¡Jesús!».

Si Jack Mason se sorprende al ver a un polaco fornido sacando de una bolsa de viaje a un pequeño ucraniano, lo disimula perfectamente.

—Volveré a recogerlos esta noche —dice Bogdan a Ron y a Viktor.

—Gracias, muchacho —responde Ron—. Pero hoy no vuelvo a Coopers Chase. Duermo en casa de Pauline, y vive en Fairhaven. ¿Podrías acercarme?

—No es ninguna molestia —dice Bogdan.

—Eres un buen chaval —comenta Ron—. Es en Juniper Court, al lado de Rotherfield Road.

49

Joyce está compaginando trabajo y placer. Hace años daban un anuncio en la tele, quizá de caramelos, y la canción decía algo así como «Mis dos cosas favoritas en una sola». Y ahí está ahora, a punto de asistir a la grabación de un programa de televisión y entrevistar a una sospechosa de asesinato, o eso es lo que espera.

La última vez que estuvieron juntas en un tren, Elizabeth llevaba una pistola en el bolso. ¿Quizá la lleva hoy también? Salta a la vista que está inquieta.

—Pareces inquieta —dice Joyce mientras su amiga echa miradas a un extremo y otro del vagón.

—¿Que parezco qué? —pregunta Elizabeth.

—Inquieta.

—Tonterías.

—Nadie lo diría.

Han hecho transbordo en London Bridge y luego otra vez en Blackfriars. La estación de Blackfriars está en un puente, y a Joyce le ha hecho mucha ilusión. Aunque solo había una cafetería Costa. Por lo visto, la estación también tenía un WHSmith, pero había que bajar por una escalera mecánica y Joyce no quería arriesgarse a perder el tren. Ha decidido que se acercaría a echar un vistazo en el viaje de vuelta. Han hablado del descubrimiento de Ibrahim. Que la nota que se encontró en el cajón de Heather Garbutt en realidad la había escrito otra persona. El asesino, presumiblemente, pero ¿por qué iba a querer el asesino mencionar a Connie Johnson? A menos que la asesina fuera Connie Johnson, y aun así tampoco tendría mucho sentido.

Se encuentran ahora en un tren de cercanías que para en Elstree & Borehamwood. Aquí es donde Fiona Clemence graba *¡Para el reloj!* Joyce le explica las reglas del concurso a Elizabeth por enésima vez.

—En serio, con lo culta que eres, a veces puedes ser muy lenta, Elizabeth —dice—. Los cuatro concursantes disponen al inicio del programa de cien segundos en su reloj. Todo lo que tardan en

responder a las preguntas es tiempo perdido y, cuando sus relojes llegan a cero, son eliminados.

—No, eso sí lo entiendo —repone Elizabeth—. Me pierdo con todo el resto de las tonterías.

—¿Tonterías? Qué va —dice Joyce—. Cada concursante tiene cuatro comodines. Pueden robar diez segundos a un rival, pueden parar una vez su reloj, pueden acelerar el reloj de otro concursante o pueden cambiar una pregunta. Robar, parar, acelerar o cambiar, más fácil no puede ser. Aunque si tu rival te roba segundos o te acelera el reloj, recibes otro comodín, el «comodín de la venganza», que puedes utilizar incluso si te han eliminado. Los segundos que le quedan al vencedor se convierten en dinero, y para ganar ese premio tiene que contestar a doce preguntas, que se corresponden con las horas del reloj, antes de que el tiempo restante se agote. No puede ser más fácil.

—¿Y eso lo dan en televisión? —Elizabeth observa detenidamente a un hombre que pasa por su lado.

—Todos los días —dice Joyce—. Puedes verlo en lugar de las noticias, por eso tiene tanta audiencia.

El tren hace parada en Hendon, sede del célebre centro de formación de la policía. Joyce le escribe un mensaje a Chris:

¿Adivina dónde estamos?
¡En Hendon!

Pero Chris le contesta enseguida diciéndole:

Yo no estudié en Hendon.

Le envía el mismo mensaje a Donna, pero de momento no recibe respuesta.

—Háblame de Fiona Clemence —pide Elizabeth.

—Era productora júnior cuando Bethany presentaba *Diario de noche del sureste* —cuenta Joyce—. Cuando Bethany murió, se convirtió en la presentadora. Muy pero que muy ambiciosa, aunque esa palabra solo se la aplican a las mujeres como crítica, ¿no crees?

—Me han tachado de ambiciosa muchas veces —dice Elizabeth.

—Presentó el programa un par de años, y ya se notaba que empezaba a consolidarse, pero luego la fichó Sky News. Siempre me ha gustado seguirla, no sé, por si algún día le daba por hablar del

sureste. Después empezó a hacer la edición matinal de las noticias en la BBC, y ahora ya presenta todo lo que le echan. Hace poco incluso la vi dando ese concurso de perros en Channel 4.

—No tengo la menor duda de que es famosa, Joyce, pero lo único que me interesa es lo que pueda decirnos sobre Bethany Waites.

—¿De verdad que nunca habías oído hablar de ella? Me cuesta mucho creerlo.

—¿Y tú has oído hablar de Beryl Deepdene?

—No.

—Pues ya ves que cada cual tiene sus intereses en esta vida —dice Elizabeth.

—¿Quién es Beryl Deepdene?

—Era el nombre en clave de una espía británica especialmente valiente que trabajó durante los años setenta en Moscú —aclara Elizabeth—. Un nombre conocido en mis ambientes.

—Dudo mucho que Beryl Deepdene haya ganado un Choice Award de televisión.

—Y yo dudo mucho que Fiona Clemence haya recibido una Cruz de San Jorge de manos de la reina. Cada loco con su tema, ¿no? Ah, mira, ya hemos llegado.

Desde la estación de Elstree & Borehamwood hasta los Estudios Elstree hay apenas diez minutos de paseo. A Joyce nada le gusta más que caminar por una calle céntrica en la que nunca ha estado, y le señala varias cosas a Elizabeth: «Un Starbucks, un Costa y un Caffè Nero, como cabría esperar»; «¿Te parece que ese Holland & Barrett es más grande de lo normal?»; «Dios mío, todavía tienen un restaurante Wimpy, Elizabeth».

Una cola serpentea desde las puertas vigiladas del estudio, pero Joyce y Elizabeth pueden avanzar directamente hasta la entrada. Joanna tiene una amiga cuya hermana es la jefa de producción del programa, signifique eso lo que signifique, y tienen unas entradas de invitados especiales. Las acompañan inmediatamente a un bar y les ofrecen té o café. Joyce está boquiabierta.

—Esto es una maravilla. ¿Has salido alguna vez en la tele, Elizabeth?

—Una vez me llamaron a declarar ante la Comisión de Investigación de Defensa —dice ella—. Pero por motivos legales tuvieron que difuminar mi cara. Y una vez salí en un vídeo de

rehenes.

Las llaman al plató y les asignan unos asientos en primera fila. Hace un frío que pela, pero aun así les piden que se quiten los guantes («Si no, no las oiremos aplaudir»). Aunque no se permite la entrada de comida en el plató, Joyce abre el bolso lo suficiente para que Elizabeth pueda ver que se ha colado con unas gominolas de fruta. Mientras esperan, Joyce saca el móvil de su bolso. Ve a un vigilante de seguridad.

—¿Podemos hacer fotos?

—No —dice el vigilante.

—Muy bien —asiente Joyce.

—Conociéndote, imagino que no vas a resistirte, ¿no?

—Por supuesto que no —replica Joyce haciendo una foto—. Esta va directa a mi Instagram.

—Lo que no entiendo es por qué se lo preguntas —dice Elizabeth —. Hasta cierto punto.

—Solo por cortesía, ¿no? —contesta Joyce mientras saca otra foto—. ¿Sabías que Fiona Clemence tiene tres millones de seguidores en Instagram? ¿Te lo imaginas?

—Me cuesta un poco —responde Elizabeth.

Justo en el instante en que Joyce se decide a guardar el teléfono, recibe respuesta de Donna:

> No estudié en Hendon, Joyce.

¿Dónde aprenderán los policías hoy en día?, se pregunta Joyce.

Espera que Ron y Viktor también estén pasando una buena jornada. Esa misma mañana ha salido a despedirse de ellos cuando se marchaban con Bogdan. Jack Mason tiene una mesa de *snooker* y, por lo visto, eso quiere decir que pasarán todo el día fuera. Joyce entiende el atractivo del *snooker*. Los chalecos y todo lo demás. Cree que se casaría con Stephen Hendry si surgiera la oportunidad.

La música que suena en el plató empieza a apagarse y el público aplaude cuando ve entrar a Fiona Clemence.

—Un cutis perfecto —dice Joyce a Elizabeth—. Perfecto, ¿no crees?

—¿Cuánto va a durar esto? —pregunta Elizabeth—. Solo he venido a hacer unas preguntas.

—No mucho —responde Joyce—. Unas tres horas o algo así.

La famosa sintonía empieza a sonar.

50

El final parece de tablas, pero aun así la lucha es dura. Bogdan, con su alfil y un par de peones; Stephen, con su torre. Aunque se han enfrentado suficientes veces para saber adónde los lleva exactamente ese final de partida, ambos lo están pasando bien. Stephen está más delgado. Se olvida de comer cuando está solo en el apartamento, y últimamente Elizabeth ha tenido muchos compromisos. Stephen se ha zampado los sándwiches que Bogdan le ha preparado. Hay pastel de carne en la encimera de la cocina y Bogdan se lo ofrecerá dentro de una hora.

—¿Puedo preguntarte algo, como amigo? —dice Stephen sin despegar los ojos del tablero.

—Lo que quiera —dice Bogdan.

—Es una ridiculez —añade Stephen—. Lo digo solo para avisarte.

—Ya estoy acostumbrado —repone Bogdan—. Es usted un hombre ridículo.

Stephen asiente mientras mira las piezas en el tablero, buscando una brecha inexistente entre la posición de Bogdan y la suya. Habla sin levantar la vista.

—¿Crees que estoy bien?

Bogdan espera un instante. Ya han tenido esta conversación otras veces. Variaciones de la misma, por lo menos.

—Nadie está bien. Digamos que usted no está mal.

—Si tú lo dices —responde Stephen, evitando todavía la mirada del polaco—. Pero es como si algo estuviera turbio. Tengo la sensación de que hay algo que no va bien. ¿Te ha pasado alguna vez?

—Claro que me ha pasado —asegura Bogdan.

—Te voy a poner un ejemplo —dice Stephen, y espera un momento antes de continuar—. No sé dónde está Elizabeth hoy.

—Ha ido a un concurso de la tele. Con Joyce.

—Ah, Joyce, la conocí hace unos días. —«¿De qué se conocen Elizabeth y ella?».

—Es una vecina —aclara Bogdan—. Es muy agradable.

—Esa es la impresión que me dio —coincide Stephen—. Pero no hablaba de eso. Lo que me parece rarísimo es que no supiera dónde está Elizabeth. ¿No crees que es extraño?

Bogdan se encoge de hombros.

—¿A lo mejor no se lo dijo? A Elizabeth le gustan los secretos.

—Bogdan. —Stephen finalmente levanta la vista—. No soy estúpido. Bueno, no más que cualquiera. A veces me despisto, no entiendo a la gente como antes.

Bogdan asiente.

—Mi padre, que en paz descanse, al final empezó a chochear. En esos tiempos decían que perdías el seso. Seguro que hoy ya no se usa esa expresión.

—Me parece que sí —coincide Bogdan.

—«¿Dónde está tu madre?», me preguntaba a veces. —Stephen mueve una pieza en el tablero. Un movimiento de espera: nada arriesga, nada gana—. Aunque mi madre había muerto muchos años antes.

Bogdan se ha concentrado en la posición. Deja hablar a Stephen. Solo debes responder a una pregunta si te la hacen.

—En fin —dice Stephen—, ¿entiendes ahora por qué me preocupa no saber dónde está hoy Elizabeth?

Vale, eso parece una pregunta. Bogdan levanta la vista.

—Stephen, hay cosas que recordamos y otras que olvidamos.

—No sé... —dice él.

—La primera vez que creí que estaba enamorado —contesta Bogdan. Ha estado pensando en ello desde hace unos días—. ¿Sabe? ¿Esa sensación como de ganas de vomitar?

—Ya lo creo —asiente Stephen.

—Era una niña de la escuela. Teníamos nueve años, en la clase del señor Nowak. Se sentaba delante de mí, a la izquierda, y ordenaba sus lápices con mucho cuidado. Cuando escribía, sacaba la punta de la lengua entre los labios. Vivía en la calle de al lado y a veces me las ingeniaba para volver con ella a casa, y sus zapatos tenían unas hebillas plateadas y, por eso, no le gustaba pisar los charcos. A mí sí me gustaba, pero cuando íbamos juntos fingía que no. Tenía ganas de vomitar, Stephen. Su padre era militar en la fuerza aérea y lo destinaron al extranjero, así que de un día para otro dejó la escuela, ni

siquiera se despidió, porque ella no sabía que estábamos enamorados. ¿Cómo iba a saberlo? Pero todavía recuerdo la sensación, todavía recuerdo cómo olía, cómo se reía, tantos detalles mínimos. Lo recuerdo todo.

Stephen sonríe.

—Eres un viejo romántico, Bogdan. ¿Cómo se llamaba?

Él levanta la vista del tablero y alza las manos despacio al tiempo que se encoge de hombros.

—Todos olvidamos cosas.

Stephen sonríe y asiente.

—Muy inteligente. Pero ¿me lo dirías? ¿Me avisarías si me pasara algo? A Elizabeth no puedo preguntárselo. No quiero que se preocupe.

Insiste. Stephen le ha hecho la misma pregunta otras veces. Y Bogdan siempre le responde de la misma manera.

—¿Si se lo diría? Sinceramente, no lo sé. ¿Qué haría usted si se tratara de una persona a la que quiere?

—Supongo que se lo diría si creyera que iba a hacerle bien —contesta Stephen—. Y no lo haría si creyera que no le iba a hacer bien.

Bogdan asiente.

—Eso me ha gustado. Creo que es lo mejor.

—Pero ¿tú crees que estoy bien? ¿Piensas que hago una montaña de un grano de arena?

—Eso es exactamente lo que pienso, Stephen —dice Bogdan, y adelanta uno de sus peones.

Stephen se queda mirando el tablero.

—Pero eso me lleva a otra pregunta. Una pregunta peor.

—Tenemos todo el día —dice Bogdan.

—¿Crees que Elizabeth está bien?

—Sin duda. A ver, Elizabeth nunca está bien, ya lo sabe. Pero no le pasa nada.

—La vi inquieta —añade Stephen—. La otra noche. Me empezó a hablar de una biblioteca y de un vikingo. No tenía ni pies ni cabeza, y, cuando se lo dije, se marchó escopeteada. Se le saltaron unos buenos lagrimones, pero intentó que no me diera cuenta. Muy impropio de ella. ¿Cómo lo ves tú?

—¿Y no le sonaba de nada? —pregunta Bogdan.

—Es una buena pregunta —dice Stephen mientras hace su siguiente jugada—. La pregunta del día, diría. De ese «vikingo» sé lo

mismo que tú, nada. Pero la biblioteca es harina de otro costal. No caí esa noche, pero hace poco he estado en una biblioteca. Aunque estaba convencido de que no le había comentado nada a Elizabeth.

—¿Qué biblioteca? —inquiere Bogdan.

—Es de un amigo mío —explica Stephen—. Bill Chivers, ¿lo conoces?

—¿Bill Chivers? No —responde Bogdan.

—¿Y tú y yo de qué nos conocemos? —pregunta Stephen—. ¿Dónde nos presentaron?

—Vine al apartamento a reparar algo —dice Bogdan—. Vi el tablero y ese fue el día en que empezamos a jugar.

—Exacto —asiente Stephen—. Exacto. No tendría ningún sentido que conocieras a Bill Chivers. Es librero. No es trigo limpio, pero eso que quede entre nosotros.

«No ser trigo limpio.» Bonita expresión. A Bogdan siempre le gusta aprender expresiones nuevas.

—El caso es que me invitó a su casa, no recuerdo dónde, se me ha metido en la cabeza que era en Staffordshire, aunque no puede ser. Pero el tipo parece que está podrido de dinero, le va de maravilla, y ahí estoy yo, en su biblioteca, echando un vistazo, Bogdan, siempre fisgoneando, ya me conoces...

—Nunca se sabe lo que uno va a encontrar —declara él.

—Siempre he sido así —coincide Stephen—. En fin, a lo que iba, en la estantería había libros que no deberían estar allí.

—¿Qué quiere decir?

—Libros caros —explica Stephen—. Libros que todo el mundo sabe que son carísimos. No primeras ediciones, pero sí libros únicos. Deberían estar en museos, pero algunos están en colecciones privadas. Todos sumados, valdrían varias decenas de millones, pero resulta que estaban en la biblioteca de Bill Chivers. ¿Cómo lo ves tú?

—¿En una biblioteca en una mansión de Staffordshire? ¿Vio todos esos libros allí?

—Eso creo, sí.

—¿Recuerda los títulos?

—Claro que sí —dice Stephen—. Tenía el Corán timúrida, por el amor de Dios, y un volumen de la *Enciclopedia Yŏnglè*. No es mi especialidad, pero también tenía un *First Folio* de Shakespeare. Ya ves que sí, que recuerdo los títulos. No me he vuelto majara.

—Lo sé —afirma Bogdan.

—No he perdido el seso, como decían antes.

Bogdan asiente. Elizabeth necesita averiguar la identidad del vikingo. ¿Podría servirle esto? ¿Podrían localizarlo por medio de estos libros? Se lo dirá en cuanto vuelva, y Elizabeth ingeniará un plan.

—No recuerdo cuándo fue exactamente —dice Stephen—. Pero hace poco, creo. Aunque me da la impresión de que ya no salgo mucho, ¿no?

—Siempre está correteando de un lado para otro —replica Bogdan—. Sale a pasear con Elizabeth. Hace un montón de cosas.

—Te parecerá otra pregunta tontísima —agrega Stephen—, y perdona que te la haga. ¿Tengo coche?

Bogdan niega con la cabeza.

—No le renovaron el permiso.

—¡Maldita sea! —exclama Stephen—. ¿Y tú tienes coche?

—Puedo conseguir uno, sí —dice Bogdan.

—¿Cuándo vuelve Elizabeth?

—Esta noche.

—Estupendo. ¿Podrías llevarme a Brighton?

—¿A Brighton?

—Un viejo amigo mío tiene una tienda de antigüedades. Un bribón donde los haya...

—¿No es trigo limpio? —lo interrumpe Bogdan.

—Nunca mejor dicho —salta Stephen—. Quería preguntarle por esos libros. Averiguar cómo los ha conseguido Bill Chivers. Juguemos un poco a los detectives. ¿Te gusta la idea?

Vale, es posible que Bogdan no tenga que esperar a que a Elizabeth se le ocurra un plan.

—Y ya que hablamos de detectives y de ideas agradables —dice Stephen—, ¿por qué no invitamos a tu amiga Donna para que nos acompañe? Tengo muchas ganas de conocerla. ¿Elizabeth no se ha enterado de que estáis saliendo?

—Sabe que algo hay, pero todavía no ha descubierto qué.

—Ay, Elizabeth —murmura Stephen—. ¿Entiendes ahora por qué me tiene preocupado?

Bogdan y Stephen acuerdan tablas con un apretón de manos. Ahora, a cambiar y a afeitar a Stephen, y luego el viaje a Brighton. ¿Debería solicitarle permiso a Elizabeth?

No, tiene el permiso de Stephen y hará lo que este le pida.

51

—Siento muchísimo las molestias, no tengo palabras —dice Elizabeth, tendida en un sofá en el camerino de los Estudios Elstree.

—No sea boba —replica una sanitaria al tiempo que le quita el manguito del brazo—. Está perfectamente de la tensión. La gente se desmaya por todo tipo de motivos. Lo vemos todos los días.

—«Boba» lo resume muy bien —indica Elizabeth—. Una vieja chocha chafándole la fiesta a todo el mundo. Creo que ha sido porque no nos han dejado entrar comida. Y soy una mujer mayor, ya lo ve. —Trata de incorporarse, pero la sanitaria no se lo permite.

—Ni de broma —dice esta, a lo que añade volviéndose hacia Joyce—: ¿A que no le ha chafado la fiesta a nadie?

—Bueno, yo lo estaba pasando bien —repone Joyce—, pero son cosas que pasan.

—Se habrá llevado un buen susto usted también, ¿no? —pregunta la sanitaria—. Ver cómo a su amiga le daba un soponcio a los veinte minutos de grabación...

—No del todo —dice Joyce, antes de mirar directamente a Elizabeth—. No del todo.

—Las dejaré tranquilas un momento —anuncia la sanitaria—. Volveré dentro de un ratito para ver cómo están. Seguro que alguien de producción vendrá también a echarles un vistazo entre programa y programa.

—Ha sido muy amable —dice Elizabeth, y trata de levantar la mano para darle las gracias—. Tendría que haber comido algo. Es culpa mía.

Elizabeth ve cómo la sanitaria se marcha y, en cuanto oye que la puerta se cierra, se quita la toalla fría de la frente y se incorpora.

—Qué mujer más agradable —comenta—. La felicito.

—¿De verdad que no podías esperar? —dice Joyce—. ¿Veinte minutos? Solo he visto la primera ronda.

—Podrías haberte quedado —señala Elizabeth.

—Y habría dado una imagen estupenda como amiga. Porque esta gente no tiene ni idea de que eres una farsante de primera. Y no podía decirles: «Oh, es una espía, hace este tipo de cosas cada dos por tres». De verdad, mira que tirarte al suelo y empezar a gemir... Por lo menos podrías haberme avisado.

—Ay, Joyce —contesta Elizabeth, cogiendo un plátano de la fuente de fruta del camerino—. ¿No ves que era imposible hacer preguntas desde el público?

—Pues desde aquí tampoco podremos hacerlas —replica ella—. Y me lo he perdido todo.

—Me lo agradecerás cuando veas a Fiona Clemence entrando por esa puerta para comprobar cómo estoy.

—¿Y a santo de qué iba a hacerlo?

—Joyce, una ancianita delicada de salud acaba de desplomarse en el plató de su programa. Una ancianita delicada que se ha desmayado porque no le han permitido comer nada. Una ancianita delicada que recobrará el ánimo al ver que Fiona Clemence le hace el honor de asomar la cabeza por la puerta entre programa y programa y le pregunta cómo se encuentra.

—¿Y luego qué?

—Luego improvisamos, Joyce —dice Elizabeth—. Como hacemos siempre.

—Me apuesto la mitad de mi cuenta de Bitcoins a que Fiona Clemence no...

Alguien llama a la puerta. Elizabeth salta de nuevo al sofá y se tumba, justo antes de que un hombre con cascos asome la cabeza por detrás de la puerta.

—Muy bien, señoras. Ustedes deben de ser Elizabeth y Joan...

—Joyce —lo corrige ella.

—Somos el hazmerreír del programa, ya lo sé —dice Elizabeth.

—En absoluto. Una personita especial quería pasarse a saludarlas —responde el hombre—. Si están en condiciones, claro.

—Lo está —asegura Joyce.

—Ya lo veo —dice el hombre, y se marcha.

Ahora, cuando la puerta se abre, es la cabeza de Fiona Clemence la que se asoma. Ese pelo castaño, tan famoso por los anuncios de champú, la sonrisa generosa, tan famosa por los anuncios de pasta de dientes, y esos pómulos, forjados por la genética y una clínica de

Harley Street.

—Toc, toc, adivinen quién soy —saluda Fiona Clemence—. Y ustedes deben de ser Elizabeth y Joan, ¿verdad?

—Sí —dice Joyce. Elizabeth ve que su amiga está hipnotizada.

—Solo quería comprobar que no hubiera daños graves que lamentar. —Fiona suelta una carcajada cariñosa. Sigue apoyada en el canto de la puerta, sin franquear el umbral. No planea quedarse con ellas, es evidente—. Antes de volver a la brecha.

—Me preguntaba si podría concedernos un momento —dice Elizabeth.

—Me esperan —repone Fiona sonriendo—. El jefe ha sacado el látigo. Solo quería ver cómo estaban.

—¿Podríamos hacernos una foto contigo, quizá? —propone Joyce.

«Muy bien, Joyce. Muy bien...» Elizabeth advierte cierta indecisión en la mirada de Fiona y, luego, resignación.

—Por supuesto —contesta esta última—. Foto rápida. Y perdonen las prisas.

Fiona se decide a entrar en el camerino, si bien a regañadientes, y se sienta junto a Elizabeth en el sofá, mientras Joyce hurga en el bolsillo de su chaqueta de punto en busca de su móvil. Entretanto, Fiona ya ha activado su sonrisa fotográfica.

—Bien —dice Elizabeth—. No disponemos de mucho tiempo y tengo que transmitirle mucha información.

—¿Perdón? —dice Fiona con la sonrisa todavía activada. De momento.

—No me he desmayado, no estoy enferma y no quiero una foto —aclara Elizabeth a toda prisa—. Asimismo, no supongo ningún peligro para usted, no le deseo ningún mal y, de hecho, hasta ayer no tenía la menor idea de quién era.

—Yo... —continúa Fiona, y su sonrisa se desdibuja—. De verdad debo marcharme.

—No la entretendré —añade Elizabeth—. He venido con mi amiga Joyce, no Joan, por cierto...

—Puedes llamarme Joan —tercia Joyce.

—... a investigar el asesinato de Bethany Waites, a quien sabemos que usted conocía...

—De acuerdo. No sé de qué va esta... —empieza a decir la

presentadora.

—Fiona, Fiona —dice Elizabeth—. Esto nos llevará un ratito. No tenemos inconveniente en esperarla aquí y hablar más tarde.

—Voy a informar a seguridad —avisa Fiona—. Vamos, seguro que saben que esto no está bien.

—Madre mía, el bien, el mal... —comenta Elizabeth—. ¿Qué importancia tendrá eso? Somos dos ancianitas inofensivas con un par de preguntas sobre un asesinato en el que no me cabe la menor duda de que usted no estuvo implicada.

—Nadie ha dicho que tuviera nada que ver con eso —replica Fiona—. Y esto es... muy raro.

—Una colega es asesinada y usted hereda su puesto de trabajo —dice Elizabeth—. Hubo mensajes amenazantes. Usted sería una sospechosa evidente. Joyce se ha encargado de despejarme cualquier duda al respecto.

—Bueno, no, yo no afirmé exactamente que... —interviene Joyce.

—Y otra mujer, Heather Garbutt, acaba de ser asesinada —continúa Elizabeth—. Hemos hablado con Mike Waghorn, su antiguo colega, y nos encantaría hablar con usted también. He tenido que fingir un desmayo para conseguir esta oportunidad. ¿Qué me dice?

—Digo que no —responde Fiona—. Evidentemente.

Llaman a la puerta.

—¿Fiona? Te esperan en el plató, por favor.

—Tengo que cambiarme —dice ella levantándose del sofá.

Elizabeth también se pone de pie.

—Fiona, no debería decírselo, pero se lo comento solamente porque quizá resulte de su interés. Mi amiga Joyce, aquí presente, no podría decírselo en persona, por motivos evidentes, pero fue, durante largos años, una agente ampliamente condecorada de los servicios de seguridad británicos.

Fiona mira a Joyce.

—Lo sé, cuesta creerlo viéndola —dice Elizabeth.

—Pues en realidad yo me lo creería —replica Fiona.

—Así pues, somos muchas cosas —continúa Elizabeth—. Una molestia, sí. Algo que habría preferido ahorrarse, por supuesto. Un grano en el trasero; exacto, nos ha calado. Pero también somos personas muy serias, no suponemos ninguna amenaza y, cuando nos conozca, comprobará que podemos ser muy divertidas.

Vuelven a llamar a la puerta.

—¿Fiona?

—Así pues —prosigue Elizabeth—, me encantaría que usted saliera a terminar sus programas, que Joyce se sentara entre el público a verla y que luego las tres nos sentáramos a tomar un té y a charlar, para ver cómo puede ayudarnos a resolver el asesinato de Bethany Waites.

Fiona las mira a las dos.

—Hay un Wimpy en la calle principal de Borehamwood —propone Joyce.

—Confiese —dice Elizabeth—. ¿A que parecemos divertidas? Y además estamos investigando dos asesinatos.

Fiona mira a Joyce.

—¿De verdad estuvo en el MI5?

—No puedo hablar —responde Joyce—. Ojalá pudiera.

—Eche un vistazo a su bolso si no la cree —interviene Elizabeth.

Como es comprensible, Joyce parece confundida mientras Fiona echa un vistazo al contenido de su bolso. Allí, en un lugar de honor, se encuentra la pistola de Elizabeth.

—Alucinante —comenta Fiona.

—Lo sé —dice Elizabeth—. Lo peor que he llevado yo en el bolso es un paquete de gominolas de fruta.

Elizabeth ve que Joyce echa una ojeada rápida a su bolso y, al descubrir el arma que su amiga acaba de esconder en su interior, sacude la cabeza y le dirige una mirada de desesperación.

—¿Y han hablado con Mike Waghorn? —pregunta Fiona.

—Casi no hacemos otra cosa últimamente —responde Elizabeth.

Fiona se decide.

—De acuerdo, trato hecho. Un té rápido después del programa. Le tenía mucho cariño a Mike Waghorn.

—¿Y a Bethany? —inquiere Elizabeth—. ¿También se lo tenía a ella?

Cuando está a punto de responder, Fiona se lo piensa dos veces.

—Bueno, eso podemos hablarlo después del programa, ¿no creen?

—Le agradecemos la paciencia que ha tenido con nosotras —dice Elizabeth—. Le prometo que lo pasaremos bien conversando.

—No lo dudo —dice Fiona.

—A menos que usted haya asesinado a Bethany Waites —añade Elizabeth—, en cuyo caso seremos su peor pesadilla.

—Pues me parece a mí que si yo fuera la asesina de Bethany Waites y hubiera sido lo bastante inteligente para que nadie me echara el lazo en todos estos años —dice Fiona, y su brillante sonrisa vuelve a llenar el camerino—, entonces es muy posible que *yo* fuera su peor pesadilla.

Elizabeth asiente.

—En fin, debo decirle que ardo en deseos de tener esa charla. Hasta luego. Y mucha suerte.

52

—Es imposible —dice Kuldesh Sharma, a punto de cumplir los ochenta, dotado de una calva que le queda estupenda y vestido con un traje lila y una camisa de seda blanca desabrochada más allá del punto en el que un hombre común habría perdido toda la confianza.

—No te discuto que sea improbable —replica Stephen—, pero no es imposible. Los vi con mis propios ojos. Un libro detrás de otro, todos al alcance de la mano.

Donna está curioseando por la parte trasera de la tienda.

—Es preciosa —comenta mientras observa una estatuilla de bronce que tiene en la mano.

—Anahita —explica Kuldesh, volviéndose hacia ella—. La diosa persa del amor y la batalla.

—El amor y la batalla, bravo por ti, Anahita —dice Donna—. Me encanta.

—A menos que hayas venido con dos mil libras, tendré que pedirte que la dejes en su sitio —indica Kuldesh.

Donna la deja con mucho mimo, alzando las cejas para equilibrar el peso en la delicada operación.

—Tiene muchísimas cosas en su tienda —comenta Bogdan—. Es muy bonita. Muy bonita.

—Bueno, uno va acumulando objetos —responde Kuldesh—. Con los años.

—Y si paso todo lo que ha acumulado por el sistema informático de la policía —dice Donna—, ¿cree que algo haría saltar la alarma?

—Ahórrate la molestia —contesta Kuldesh—. Las únicas cosas viejas de procedencia dudosa que hay en esta tienda somos Stephen y yo. —Donna sonríe—. En fin, ¿entramos en materia?

Stephen le muestra la lista que ha elaborado en el coche.

—Y solo he incluido los que pude identificar. Había libros por todas partes.

Kuldesh pasa un dedo por la lista y, a medida que lee los títulos,

hincha las mejillas.

—¿El *Romance de Gillion de Trazegnies*?

—Unos cuantos millones, ¿no? —aventura Stephen.

—Como mínimo —dice Kuldesh, sin dejar de leer la lista—. Es una auténtica locura. Necesitarías una millonada para hacerte con una biblioteca así. ¿El *Breviario de Monypenny*? ¿Cómo ha conseguido Billy Chivers todo esto?

Bogdan acerca una silla de madera para sentarse junto a Kuldesh y Stephen.

—Yo no me sentaría ahí —advierte Kuldesh—. Son catorce mil libras y eres un gigante. Creo que hay una banqueta de ordeñar por alguna parte.

Bogdan localiza la banqueta y vuelve con ella.

—Quizá no sea necesario preocuparse por Billy Chivers —sugiere —. Quizá los compró otra persona.

—Chivers solo cuida de ellos —coincide Stephen.

Kuldesh dobla la lista y se la guarda en el bolsillo de la chaqueta del traje.

—Preguntaré por ahí. Pero esto es muy exagerado, incluso para mí. —Se vuelve entonces hacia Donna—: Yo solo soy un humilde comerciante. No conozco a ningún delincuente.

—Y yo soy la diosa del amor y de la batalla —replica Donna, que estudia ahora un tintero de peltre en forma de chihuahua.

—Pero a lo mejor tienes un conocido que tiene un conocido, ¿no? —sugiere Stephen a Kuldesh.

—Puede ser —dice él—. Y me gustaría ayudar.

Donna se les acerca.

—¿Y alguna vez podría tener la tentación de colaborar con la policía, señor Sharma?

Kuldesh se encoge ligeramente de hombros.

—Deja que te cuente una historia, Donna. Una historia que sospecho que no te sorprenderá. Llevo en esta tienda casi medio siglo. La abrí en los años setenta, con el nombre de «Gabinete de Curiosidades Kemptown, propiedad del señor K. Sharma», todo bellamente escrito sobre el escaparate. Como una tienda inglesa, ¿sabes? Como las tiendas que había visto en las películas. Y lo hice todo yo. La primera noche, escaparate reventado a ladrillazos. Lo reparé, lo repinté, volví a abrir. En cuanto vuelvo a abrir la tienda,

escaparate reventado a ladrillazos. Todas las noches, hasta que se aburrieron y decidieron incordiar a otro.

—Lo siento —dice Donna.

—No es culpa tuya —repone Kuldesh—. De eso hace mucho tiempo. Pero quizá puedas imaginarte lo que me ayudó la policía de Brighton en los años setenta, ¿no?

—¿No mucho? —aventura Donna.

—No mucho —coincide Kuldesh—. Si me hubieran dicho que esos ladrillos llevaban el sello de la policía, no me habría sorprendido en lo más mínimo. Por ello he evitado todo contacto con la policía desde entonces y, en gran medida, ellos han hecho lo mismo conmigo. Mejor así para todos, creo.

Donna asiente. Se lo imagina perfectamente.

—Stephen —dice Bogdan—. Me gustaría hablar con el señor Sharma un momento a solas, ¿le parece bien?

—Tú sabrás lo que haces —replica Stephen—. Voy a por el coche.

—Quizá... —dice Bogdan—. Quizá Donna podría ir también, para hacerle compañía.

Ella le guiña el ojo a Bogdan y toma del brazo a Stephen.

—Gracias, Kuldesh, viejo amigo —dice Stephen—. Sabía que podía contar contigo. Dale recuerdos a Prisha. ¿Cenamos un día de estos?

—Un día de estos —asiente Kuldesh, poniéndose de pie y dándole un abrazo a Stephen—. Le diré a Prisha que te he visto y se le iluminará la cara. Lo sé.

—Hay que ser un cabrón con suerte para tener una mujer así —comenta Stephen.

Donna se lo lleva a la calle. Bogdan y Kuldesh esperan a que se apague el eco del timbre de la tienda.

—Prisha murió, ¿no? —pregunta Bogdan.

—Hace quince años —contesta Kuldesh—. Pero le diré que he visto a Stephen y sonreirá.

El polaco asiente.

—Y, sí, fui un cabrón con suerte. Ahí le doy la razón. ¿Está muy mal? ¿Empeora? No tengo palabras para decirte lo bien que se ha portado Stephen conmigo todos estos años. También me he beneficiado económicamente, pero su bondad es el verdadero tesoro.

—Recuerda unas cosas y otras no —dice Bogdan—. Y de

momento no se da cuenta de lo que olvida.

—Es el único consuelo que nos queda —comenta Kuldesh—. Por ahora.

—¿Puede ayudarnos con la lista de Stephen? —pregunta Bogdan.

—Si una sola persona es la propietaria de todos estos libros, es posible que pueda averiguar de quién se trata. Es difícil. Pero sospecho que no es Bill Chivers, ¿no?

—No, no es Bill Chivers —afirma Bogdan—. Es alguien que quiere matar a la mujer de Stephen.

—¿A Elizabeth?

Él asiente.

—A Elizabeth.

—Entonces lo averiguaré —concluye Kuldesh—. Lo prometo. Espero que todavía le funcionen todas las neuronas.

—Casi todas —dice Bogdan—. Siento haber traído a una agente de policía a su tienda. Pero no se preocupe: es Donna.

—Los amigos de Stephen son mis amigos —declara Kuldesh—. Aunque vayan de uniforme. Dame un par de días para ver qué averiguo.

Kuldesh le tiende la mano y empieza a acompañarlo hacia la puerta. Sin embargo, Bogdan no parece decidido a marcharse todavía.

—¿Necesitas algo más? —pregunta Kuldesh.

El polaco va cambiando el peso de un pie a otro. Luego señala con la cabeza al fondo de la tienda.

—Esa estatuilla que le ha gustado a Donna... —dice—. ¿Cuánto me costaría en metálico?

53

Joyce

Hoy he conocido a Fiona Clemence, esa es la gran noticia del día. También he tenido una pistola en el bolso, lo cual, en cualquier otra ocasión, también habría sido la gran noticia del día. En tercer lugar, en la estación de Blackfriars está la tienda más pequeña de WHSmith que haya visto en toda mi vida.

Menuda jornada hemos tenido hoy. Hemos salido de casa sobre las diez y no hemos vuelto hasta pasadas las siete. Viktor todavía no ha regresado de ver a Jack Mason. Todos sus papeles están tirados por el suelo. La documentación bancaria. Esta mañana le he preguntado si había habido suerte y me ha contestado que la suerte no tenía nada que ver, y yo le he dicho que solo era una forma de hablar, y él me ha dicho que sí, que perfecto, y luego ha puesto la tetera a calentar. Nos llevamos bastante bien.

Normalmente, Alan se daría un festín con todos estos papeles. Los mordería y los rompería. Pero los evita educadamente. Viktor le ha explicado lo importantes que son y le ha pedido que fuera muy cuidadoso con ellos. Viktor tiene un tono muy persuasivo. Por ejemplo, me hizo ver la Fórmula 1 el otro día, aunque daban *Poirot* en ITV3. Consigue que todo parezca que ha sido idea tuya. Alan y yo nos quedamos sentados y asentimos sin rechistar a casi todo lo que nos dice.

Ahora, cada vez que llego a casa, tengo que llamar a la puerta de una manera especial para que Viktor sepa que soy yo. Son cuatro golpes rápidos que, más o menos, coinciden con el ritmo del anuncio de moonpig.com. Viktor dice que, si oye que la puerta se abre sin la contraseña, lo encontraré detrás del sofá con una pistola. «No quiero dispararte por error —me dijo—. Pero eso haré.»

He ido con Elizabeth a ver la grabación de *¡Para el reloj!* Han rodado tres programas y he podido ver el segundo y el tercero. Hubo que interrumpir el primero porque Elizabeth fingió que le daba un soponcio. Todo por una buena causa, como pude comprobar después. La pareja del segundo programa ganó dos mil setecientas libras, y van a casarse, así que el dinero irá para la boda. El hombre debía de ser como quince años mayor que ella. Sé que no está bien juzgar a los demás, pero bueno... Me dieron ganas de gritarle a la chica: «¡Escápate ahora que todavía estás a tiempo!».

Gracias al soponcio simulado y a enseñarle una pistola, Elizabeth ha convencido a Fiona de que hablara con nosotras después de la grabación. Nos hemos sentado en su camerino y alguien con aspecto de haber salido de la universidad hace dos días nos ha traído a las tres unas infusiones de hierbas. A mí me ha tocado

manzanilla y frambuesa, porque es la primera opción que me han ofrecido y se me desconecta el cerebro cuando alguien me lee una lista larga.

Bueno, Fiona Clemence no me ha desagradado, eso que quede claro. No es tan cariñosa como te la imaginas viéndola por la tele. Creo que parte de su encanto es solo para las cámaras, pero tampoco ha sido grosera, a pesar de que estaba en su derecho después del desmayo y el arma.

Solo disponía de media hora porque debía ir a entrevistar a Bono, de modo que Elizabeth y yo nos hemos turnado en las preguntas. Le he dejado a Elizabeth todas las de Bethany Waites porque seguramente no tendré otra ocasión de ver a Fiona Clemence y quería aprovechar esta al máximo.

La cosa ha ido más o menos así:

ELIZABETH: Háblame de tu relación con Bethany Waites.

FIONA: No nos caíamos bien.

YO: ¿Cuál ha sido el máximo premio que ha ganado un concursante de *¡Para el reloj!*?

FIONA: No lo sé. Supongo que unas veinte mil libras.

ELIZABETH: ¿Por qué no os caías bien?

FIONA: Yo no le gustaba porque me veía como a una majadera. Y ella no me gustaba a mí porque me veía como a una majadera.

YO: Hace unas semanas llevabas unos zapatos rojos en el programa. No sé si te acordarás. Pero me pregunté dónde los habías conseguido.

FIONA: No lo sé. Lo siento.

ELIZABETH: ¿Eras consciente de que podías heredar el puesto de Bethany como presentadora en caso de que ella abandonara el programa?

FIONA: Había hecho una prueba de cámara. Sabía que les gustaba. Pero, ya me perdonarás, Joyce, copresentar *Diario de noche del sureste* no era una de mis mayores ambiciones.

ELIZABETH: Pero tampoco te vino nada mal, ¿no?

FIONA: Vale, la maté porque quería dar las noticias locales.

YO: ¿Te hablan por el auricular durante el concurso?

FIONA: Sí.

YO: ¿Qué te dicen?

FIONA: Todo tipo de cosas. Me recuerdan las puntuaciones, me dicen que alegre la cara, me informan de que alguien del público se ha desmayado.

ELIZABETH: ¿Dónde te encontrabas la noche de la muerte de Bethany Waites?

FIONA: Estaba puesta de coca en un hotel con un cámara.

YO: Hace poco compramos cocaína por valor de diez mil libras. ¿Quién es la persona más simpática a la que has entrevistado?

FIONA: Tom Hanks.

ELIZABETH: ¿Qué sabes de las notas que recibió Bethany en el trabajo? ¿Antes de su muerte?

FIONA: ¿Qué notas?

ELIZABETH: «Largo de aquí», «Todo el mundo te odia». Ese tipo de cosas.

FIONA [riéndose]: ¿Ella también las recibía? Pensé que era solo yo.

ELIZABETH: ¿Recibías las mismas notas? ¿Se te ocurre quién pudo enviarlas?

FIONA: Ni idea, pero nadie me ha tirado por un acantilado, ¿no?

YO: ¿Qué hacía especial a Tom Hanks?

ELIZABETH [cansándose de mí, creo]: ¿Se te ocurre alguien más que pudiera tener interés en matar a Bethany?

FIONA: ¿La policía de la moda?

YO: Hablemos de Instagram, donde haces tus directos y todo el mundo puede verte y comentarlos. ¿Cómo lo haces? No he sido capaz de encontrar el botón.

FIONA: Se llama *stories*. Seguro que lo encuentras.

ELIZABETH: ¿Hay alguien más con quien debamos hablar que estuviera en el programa en esa época?

FIONA: Carwyn, el productor. Aunque no la asesinara él, tendrían que encerrarlo. Y la maquilladora de Mike. Pamela, se llamaba, o algo así. Siempre se respiraba un ambiente raro allí.

ELIZABETH: ¿Pauline?

FIONA: Si tú lo dices...

YO: ¿Estarías dispuesta a participar en *Bailando con las estrellas*?

FIONA: Solo si lo presento yo.

Así que ya lo veis, no es que fuera grosera, dadas las circunstancias, pero tampoco es que nos regalara grandes emociones. Acabo de mirar cómo se hacen esos vídeos en directo en Instagram, pero al final no he entendido de la misa la mitad. Me conformaré con las fotos, creo. Hoy Ron me ha hecho colgar una foto de Alan con dos pelotas en la boca. A Joanna le ha gustado, lo que es una novedad.

De vuelta a la estación hemos pasado por el Wimpy y luego he echado una cabezadita en el tren. Le he dicho a Elizabeth que hiciera lo mismo, que yo vigilaría que no nos pasáramos la parada, pero ha preferido mantenerse despierta.

Me pregunto cuándo volverá Viktor. Espero que haya tenido suerte con Jack Mason. Elizabeth parece tenerle mucha fe. Le he preguntado si se habían acostado alguna vez y me ha contestado que, francamente, ya no se acordaba, pero que era muy probable que lo hubieran hecho. Le he dicho que siempre llevo en el bolso una foto de todas las personas con las que me he acostado. Entonces lo he abierto y le he enseñado que la única foto de mi bolso es una de Gerry, y ella me ha dicho: «Sí, lo he pillado a la primera».

Me pregunto si Viktor recordará si se acostó con Elizabeth. Yo creo que sería lo más normal.

54

Están sentados los tres en el porche de Jack Mason, bajo la luz de la luna, cada uno con su correspondiente estufa eléctrica y su vasito de whisky, para mantenerse con calor. Hay luces que parpadean a lo lejos en el mar. Ron siente la calidez del whisky en el pecho y los párpados empiezan a pesarle. Prefiere mil veces eso a un masaje.

Ha sido un día estupendo. Barbacoa en la terraza calefactada, *snooker*, unas partidas de cartas. No podría haber pedido más. Viktor indagando discretamente cuando la ocasión lo propiciaba; Jack esquivando sus preguntas.

Esa noche no habrá más *snooker*. Los tres esperan que esas primeras partidas se conviertan en una costumbre. Tres hombres mayores, tres nuevos amigos. El gánster, el coronel del KGB y el dirigente de un sindicato.

—Debe de ser un agobio, Jack —comenta Viktor.

—¿El qué? —pregunta él.

—Tu plan —dice Viktor—. Lo habías dejado todo perfectamente atado. Entonces Bethany muere. Y ahora Heather muere también. Seguro que te agobia. ¿Eres el responsable?

Jack asiente y levanta el vaso.

—Yo no mato a nadie, Viktor —replica—. Hay gente que se dedica a eso, pero yo nunca le he visto la gracia. A mí me gusta saltarme las leyes, ganar dinero, colársela a la gente.

—Somos almas gemelas —bromea Viktor—. Aunque es posible que todo esto te torture. Solo un poquito.

—Un poquito —admite Jack.

—Lo entiendo —dice Viktor—. Y seguro que estás cabreado, porque yo lo estaría, con el asesino, ¿no?

—Fue una estupidez —dice Jack—. No venía a cuento.

—La sola idea de Bethany cayendo por ese acantilado... —insiste Viktor—. Supongo que algunas noches no te dejará dormir, ¿no?

—Qué va —repone Jack—. Ahí te equivocas.

—A veces me equivoco, no te lo discuto —admite él—. Pero me gustaría saber por qué me equivoco ahora. Esa imagen me angustiaría.

—Muchachos —dice Jack con una ligera sonrisa—, ¿puedo contaros algo? ¿Desahogarme un poco?

Esa pregunta parece anticipar una conversación sobre sentimientos, piensa Ron con incomodidad, aunque entiende que es la manera que tiene Viktor de abordar la situación. Y están investigando un crimen, por lo que tendrá que aguantarse.

—Lo que os voy a contar no es para la policía —añade Jack—. Ha de quedar entre nosotros. Lo que hagáis con ello es asunto vuestro.

—Aquí no habla nadie con la policía —afirma Ron—. Adelante, Jack.

—No había nadie en el coche cuando se despeñó —declara Jack Mason antes de tomar otro sorbo de whisky—. Bethany Waites llevaba muerta varias horas.

Ron se ha despejado de golpe. Echa una mirada a Viktor, consciente de que el agente del KGB tendrá mejores preguntas que él.

—Bueno, es una novedad muy interesante —declara Viktor—. ¿Lo sabes de buena tinta?

—Lo sé de buena tinta —asiente Mason—. Sé quién la mató, sé por qué y sé dónde está enterrada. Sé dónde está su tumba.

—Pues o mucho me equivoco, o todo apunta a que la mataste tú. ¿No te lo parece, Jack?

—Puede ser —dice él—. Pero de eso se trata precisamente, ¿no? ¿Más whisky, caballeros?

Viktor y Ron reconocen que eso es justo lo que les hace falta. Jack les sirve el whisky y vuelve a sentarse.

—Hay alguien a quien habéis pasado por alto —dice—. Alguien que también estuvo implicado en mi pequeña operación.

—¿Hombre? ¿Mujer? —pregunta Viktor como si no fuera con él.

—O lo uno o lo otro, sí —dice Jack Mason. Un tipo criado en los bajos fondos de Londres no es mala opción si lo que buscas es a alguien que pueda resistir el interrogatorio de un agente del KGB, piensa Ron.

—Ese alguien... —empieza Ron—. Seguramente era un tío, no nos engañemos. ¿Ese alguien mató a Bethany Waites?

—A ver cómo os lo cuento —dice Jack Mason—. La operación se venía abajo. Bethany Waites nos estaba dando la lata de verdad. Y uno

tiene que saber cuándo dejarlo, ¿no?

—Es fundamental —admite Viktor.

—Entonces veo que tengo las espaldas cubiertas. Lo que ella ha descubierto no me implica, así que cierro el tinglado y a otra cosa.

—Pero ¿y ese socio que tenías?

—Ese alguien estaba más preocupado. Me lo dejó muy claro. Yo no había cometido ningún error importante, pero ese alguien sí. Voy a decir que era un hombre, pero no saquéis ninguna conclusión al respecto. Llevo bastante tiempo en este negocio como para saber cuándo he de cerrar el pico. Él, como os decía, sí estaba preocupado porque temía que yo me fuera de la lengua, o que a Heather le diera por cantar.

—Tú nunca habrías hecho tal cosa —señala Ron.

—Nunca lo he hecho y nunca lo haré —reconoce Jack.

—Pero ahora sí lo haces, Jack —dice Viktor con tacto. Él ignora el comentario.

—Entonces ¿ese socio tuyo mató a Bethany Waites? —pregunta Ron.

—Antes de que diera más problemas —admite Jack—. La mató, fue en su coche hasta el acantilado de Shakespeare y lo arrojó al mar. Mi socio no era esa clase de persona en absoluto, pero le entró el pánico. Es algo que puede pasarle a cualquiera.

—Pero el cadáver no estaba en el coche, ¿no? —dice Viktor—. Me pregunto si podrías explicarnos por qué.

—Os voy a contar algo —dice Jack Mason—. Aquí reside el gran problema, lo que nadie ha visto. Mi socio viene y me dice que ha matado a Bethany Waites, que ponga las noticias para comprobarlo. Hago lo que me pide y, en efecto, es verdad. No me lo tomo nada bien.

—¿Y quién sí? —dice Ron.

—A eso me refiero —indica Jack—. Estoy cabreado, desde luego que sí. Digamos que pierdo los estribos. Le digo que no hacía falta que nadie muriera, que podríamos habernos bajado del barco. Él pone una sonrisita y me dice que nadie se bajará del barco, y entonces pienso que también me matará a mí. Lo cual sería un poco ridículo, pero son cosas que pasan.

Ron y Viktor asienten.

—Entonces me dice: «¿Quieres ver el cadáver?». Y yo le digo:

«Pero ¿no estaba en el coche?». Y él: «El cadáver está enterrado en un sitio seguro».

—Tremendo —comenta Ron. El whisky ha empezado a darle dolor de cabeza. Las luces que parpadean a lo lejos en el mar le parecen ahora frías y solitarias.

—Y escuchad lo que hizo —añade Jack—. Mata a Bethany, la entierra y me dice dónde. Y aquí viene la parte inteligente, eso se lo reconozco: entierra a Bethany con un móvil cubierto por las huellas dactilares de Heather Garbutt. Además, uno de mis teléfonos personales aparece varias veces en el historial de llamadas. Y la pistola que utiliza para matarla también tiene las huellas dactilares de Heather y la entierra en otro sitio.

Viktor se inclina hacia delante.

—Como Bethany está muerta, ya no puede entrometerse más. Y tu socio ha incriminado a Heather y te ha implicado a ti como cómplice, ¿es eso?

—Lo vas pillando —dice Jack Mason—. Entonces va y le dice a Heather: «Llevarán la estafa a juicio, quiero que te declares culpable, que lo confieses todo, pero ni una palabra sobre para quién trabajabas».

—O de lo contrario enviaré a la policía a la tumba de Bethany, ¿no?

—Donde todas las pruebas apuntan a que Heather lo hizo. Entonces ¿quieres pasar diez años en la cárcel o toda la vida? Utiliza un cadáver criando malvas para chantajearla.

—¿Y tuvo que soportar ese peso durante todo el tiempo que estuvo en la cárcel? —pregunta Ron.

—No dijo esta boca es mía y no sacó ni un penique —dice Jack Mason—. Se limitó a cumplir su condena, porque sabía que un solo paso en falso le valdría una acusación por asesinato.

—Y todos esos años de espera —dice Ron—, para que luego la maten a ella también. Qué mala pata, por decir algo, ¿no?

Los tres asienten en silencio.

—¿Y qué quería él de ti? —pregunta Viktor.

—Su parte del dinero —responde Jack—. Eran unos diez millones más o menos, y no podía acceder a ellos.

—¿Y tú sí?

—Pues resulta que tampoco. La normativa cambió en 2015, había

que declararlo todo. Había que pasar por el aro. Y luego fueron apareciendo otros obstáculos, sin parar. Nunca había visto nada igual. ¿Sabéis algo del blanqueo de capitales?

—Sí —asiente Viktor.

—Repartimos el dinero a los cuatro vientos para dejarlo limpio como una patena. Heather era muy buena en su trabajo. Pero cuando quisimos que el dinero volviera blanqueado, algunas de las cosas que debíamos hacer ya no eran legales. Y parte del dinero se había esfumado. Lo habíamos escondido tan bien que ni siquiera nosotros sabíamos dónde estaba.

—¿Así que sigue en alguna parte? —pregunta Viktor.

—Supongo —dice Jack Mason.

—¿Alguna posibilidad de que nos digas quién era tu socio? —inquiere Ron.

—Desde luego que no —replica él—. No debería haberos contado ni la mitad de todo esto, pero, si lo podéis resolver, os deseo buena suerte porque la necesitaréis.

—Lo resolveremos —asegura Ron, cuando oye a lo lejos un coche que se acerca a la casa.

—No tenía que morir —añade Jack Mason—. Es culpa mía. Y Heather tampoco. También es culpa mía.

—Ojalá pudiera discrepar, Jack —dice Ron—. Pero no puedo.

Él asiente. Mira a su alrededor, la casa, los jardines, las vistas.

—Nos podríamos haber ahorrado todo esto.

Los faros del Daihatsu de Ron barren el césped. Bogdan ha llegado. Jack se pone de pie para desearles un buen viaje. Pero Viktor todavía tiene una pregunta.

—¿Por qué no desenterraste el cadáver? Problema resuelto.

—He intentado encontrarlo —dice Jack Mason—. Varias veces a lo largo de todos estos años. Créeme si te digo que lo he intentado. Sabía dónde estaba y he cavado y cavado, pero...

—¿Nos dirás dónde está enterrada? —insiste Viktor.

—Ya os he contado suficiente para que os las apañéis solos —replica Jack—. Ahora, cabroncetes, os toca resolverlo.

—Tu franqueza es digna de elogio —señala Viktor.

Jack le pasa un brazo por los hombros.

—No puedo dejar de pensar que estas revelaciones han empañado un poco tu victoria esta noche en la mesa de *snooker*. Y la

sorprendente rendición de Ron.

—¿Volverás a invitarnos, pese a todo? —quiere saber Viktor.

—No se me ocurre nada más divertido —dice Jack—. Un par de colegas, un vaso de whisky, una partida de *snooker*. Todo lo demás es ego y avaricia. He tardado mucho tiempo en entenderlo.

—De todos modos, aún le debes a Viktor diez libras por su victoria —señala Ron.

—Las sumaré a mis múltiples deudas —contesta Jack Mason haciéndoles una reverencia—. Las sumaré a mis múltiples deudas.

55

Elizabeth no pega ojo. Está pensando.

Viktor volvió bien entrada la noche, ahíto de whisky y noticias. Ron se fue a otro sitio, lo que últimamente viene siendo cada vez más habitual. Celebraron un rápido consejo de guerra en el apartamento de Ibrahim. Joyce y Alan también acudieron, ambos emocionados por salir tan tarde de casa.

El caso se había abierto de par en par.

Bethany Waites no estaba en el coche. Su asesino la había enterrado en algún lugar para cubrirse las espaldas. Y la había enterrado con pruebas que relacionaban su asesinato tanto con Heather Garbutt como con Jack Mason.

Era una bonita estratagema. Nadie buscaba su cadáver, ya que se daba por supuesto que el mar lo había arrastrado hacía muchos años. Pero si Jack o Heather tenían alguna vez la tentación de colaborar con la policía en su investigación, el asesino simplemente tendría que recordarles que el destino de ambos estaba en sus manos. Las del asesino o asesina: «Ni una palabra sobre mi participación o ateneos a las consecuencias». Pero debía de haber algún fallo. Un error fatal.

Caminando de vuelta a casa, Elizabeth había notado que empezaba a esbozarse un plan en su mente. Sus ojos también estaban al acecho por si aparecía el vikingo. Habría sido de lo más inoportuno morir asesinada en ese momento, justo cuando todo parecía ponerse interesante.

No iban a sacar nada más de Jack Mason, de eso estaba segura. Viktor había terminado su trabajo con él. Así que les quedaban dos opciones.

Volver a estudiar la documentación financiera, sabiendo esta vez que había un socio implicado en el fraude. Tenían el nombre de «Carron Whitehead», por supuesto, pero ningún indicio más que relacionase a esa mujer con el asesinato. Y luego el nombre de «Robert Brown RML». ¿Habría otros nombres? Viktor volvería a estudiar el

caso cuando despertara por la mañana. De momento no parecía que hubiera progresado mucho.

La segunda opción, tan difícil como la primera, pero por lo menos algo en lo que Elizabeth podía echar una mano, era encontrar la tumba de la que Jack Mason había hablado. El consenso general era que podía estar en cualquier parte. Pero Elizabeth rara vez se dejaba guiar en la vida por el consenso general.

Una cuestión que le preocupa desde hace un tiempo ha vuelto a aflorar a su mente. ¿Por qué había comprado Jack Mason la casa de Heather Garbutt? El gobierno había incautado el producto de la venta en concepto de indemnización por el dinero estafado, así que Jack no había tratado de comprar su silencio. Jack no había vivido en la casa, no la había alquilado, no la había reformado y tampoco la había vendido para obtener un beneficio.

Así pues, parecía que la había comprado simplemente para evitar que nadie viviera allí. Que nadie viviera allí y, por ejemplo, cambiara el suelo del patio o decidiera, por capricho, construir un par de estanques... Elizabeth se pregunta si no sería conveniente hacer una pequeña excavación en el jardín de Heather Garbutt. Seguro que Bogdan podrá conseguirles una pala.

Pero ¿cómo te pones a cavar en el jardín de alguien sin permiso? Desde luego, Jack Mason no va a abrirles las puertas de la casa si el cadáver está enterrado allí.

En la cama, con la mano de Stephen entrelazada con la suya, Elizabeth piensa en alguien que tal vez pueda ayudarlos.

Y, ahora que lo piensa detenidamente, esa misma persona también podría ayudarla con su otro problema: pararle los pies al vikingo. Stephen se despierta y la abraza. Le dice que mañana irá a ver a su amigo Kuldesh y que seguramente cogerá el coche si ella no lo necesita. Elizabeth le dice que sí, que le parece una idea estupenda, y le acaricia el pelo hasta que él vuelve a dormirse.

56

—Seguro que se han pasado todo el viaje de vuelta cotilleando —comenta Donna.

Tiene la cabeza sobre el regazo de Bogdan. Él está mirando el biatlón internacional en Eurosport porque uno de los participantes fue a la escuela con él. El biatlón consiste en esquiar y disparar con una escopeta. Donna está enganchándose.

—Tuve que prometerles que no te contaría nada —dice Bogdan. Luego señala el televisor—. Jerzy lo está haciendo fatal.

—Pero a mí sí puedes contármelo.

—Ni una palabra a la policía.

—No soy la policía. Soy tu novia.

—Es la primera vez que dices que eres mi novia.

Donna vuelve la cabeza para mirarlo.

—Pues ve haciéndote a la idea, porque lo oirás muy a menudo a partir de ahora.

—Entonces ¿soy tu novio?

—Sinceramente, no entiendo por qué la gente piensa que eres una especie de genio. Sí, eres mi novio.

Bogdan esboza una sonrisa de felicidad.

—Somos Donna y Bogdan.

—Lo somos —dice ella, y levanta la mano para acariciarle la cara —. O Bogdan y Donna. El orden me da igual.

—Donna y Bogdan suena mejor —repone él.

Ella se incorpora y le da un beso.

—Entonces que sea Donna y Bogdan. Bueno, dime qué han averiguado Ron y Viktor.

—No —contesta él. Entonces vuelve a distraerse con la tele—. Ese lituano es un tramposo.

—Cuéntame solo una cosa —insiste ella—. Échame un cable.

—Vale. Ron no ha vuelto esta noche a casa. Duerme en casa de Pauline.

—Oh... Eso está muy bien. Te perdono.

Bogdan niega con la cabeza mirando a la pantalla.

—Si Jerzy no termina entre los cuatro primeros, no se clasificará para la final del europeo en Malmö.

—Pobre Jerzy —dice Donna—. Ponte las pilas, chaval. ¿Dónde vive ella?

—¿Eh? —Bogdan está distraído.

—Pauline —aclara Donna, soñolienta—. ¿Vive por aquí?

Él asiente.

—Cerca de Rotherfield Road, en ese gran bloque. Juniper Court.

—¿Juniper Court?

—Sí. ¿Lo conoces?

Por supuesto que lo conoce. Pauline vive en el edificio que Bethany Waites visitó la noche de su muerte.

57

En el despacho predominan los tonos claros de la madera de roble y el granate de una alfombra. Elizabeth se fija en un gran cuadro de un perro que luce una medalla «al valor policial». También, en un cartel enmarcado en el que se lee: EL DELITO NO VALE LA PENA. Ha aprendido con los años que eso es una estupidez. No hay más que ver el ático de Viktor.

No es fácil conseguir que un comisario jefe te conceda una cita. Son personas ocupadas, con agendas medidas al milímetro. Intentad llamar a emergencias y pedid hablar con un comisario jefe. A ver qué conseguís.

Elizabeth había telefoneado a la oficina de Andrew Everton esa mañana diciendo que era una agente literaria, que había leído y disfrutado todas las novelas de Mackenzie Stewart y que si el comisario tendría un minuto libre para recibirla.

La llamada no tardó ni un minuto en llegar. Le dijeron que esa misma tarde se había abierto un hueco en su agenda por arte de magia. Lo que fuera que Andrew Everton hubiera planeado hacer en ese momento, quizá atrapar a un asesino en serie, podía pasar a un segundo plano.

Elizabeth advirtió el gesto de desilusión del comisario cuando este la vio entrar en el despacho. La reconoció de la lectura. Hubo un instante brevísimo en el que recobró la esperanza, al barajar que, *sí*, que era la mujer mayor de la lectura del otro día, pero que también podía ser una agente, quizá una gran dama del mundo literario. Sin embargo, en cuanto ella le dijo: «No he leído ninguna de sus novelas, pero sé que a Joyce le está gustando mucho una», vio que esa ilusión se desvanecía con la misma prontitud con la que había aparecido. Para entonces, Elizabeth ya se había sentado y sabía que por mera cortesía él le concedería un par de preguntas.

—Bethany Waites —dice—. ¿Recuerda el caso?

—Recuerdo el caso —asiente Andrew Everton—. Lo que no

recuerdo es haberla invitado a venir y hablar del tema.

Elizabeth ignora el comentario.

—Todos pagamos nuestros impuestos, ¿verdad? ¿Hay algo que pueda contarme? ¿Algún sospechoso en su momento?

—Bueno... —dice Andrew Everton—. ¿Está familiarizada con el protocolo policial?

—Mucho —contesta Elizabeth.

Andrew Everton empieza a dar golpecitos sobre el escritorio con un bolígrafo.

—¿Y cree que esta conversación encaja en el protocolo policial? ¿Teniendo en cuenta lo que usted sabe del mismo?

—Le diré lo que pienso —responde Elizabeth—. Creo que usted es el comisario jefe de Kent. Creo que podría contarme muchísimas cosas si así lo deseara. También creo que no logró cerrar el caso Bethany Waites...

—No yo, personalmente —dice Andrew Everton—. Siendo justos. Yo era solo un pequeño engranaje de la maquinaria en esa época.

—Así es —coincide ella—. Pero fue un caso de gran repercusión y sigue sin resolverse. Quiero ofrecerle ayuda, y me parece que lo más justo sería que usted me la ofreciera a mí también.

—¿Qué ayuda me ofrece?

—Hablaremos de eso a su debido tiempo —señala Elizabeth—. Sabrá sin duda que Heather Garbutt está muerta. ¿Era ella su principal sospechosa?

—Era solo una sospechosa. Insisto, ¿qué ayuda puede ofrecerme? ¿Qué sabe usted que tal vez yo no sepa?

—¿Y Jack Mason? —pregunta Elizabeth—. ¿Otro sospechoso?

—Hablamos con él —dice Andrew Everton—. Tenía una coartada, pero no es la clase de hombre que haría algo así en persona, por lo que casi daba igual. No termino de entender qué hacemos manteniendo esta conversación.

—¿Alguien más? —inquiere Elizabeth—. ¿Alguien en quien no hayamos pensado todavía?

—¿Hayamos? ¿Usted y quién más?

—Mis amigos y yo. Creo que le caerán bien. Si no me equivoco, ya ha conocido a Ibrahim, por ejemplo.

—Ah, sí. Ibrahim Arif. ¿El amigo de Connie Johnson?

—Su relación es estrictamente profesional. Tenemos muchos

flancos abiertos. Estoy convencida de que podríamos serle de gran utilidad.

Andrew Everton está tanteándola. Es algo que Elizabeth ha vivido infinidad de veces. Gente que intenta calarla. Es una empresa abocada al fracaso.

—De acuerdo —acepta el comisario jefe—. Voy a morder el anzuelo. ¿Connie Johnson puede decirnos algo sobre la muerte de Heather Garbutt? ¿Es esa la información que obra en su poder?

—Connie piensa que Heather Garbutt tenía miedo de alguien —responde Elizabeth.

—Bueno, con el debido respeto, eso es algo que ya podía deducirse de la nota. No es información nueva. Necesito que me ofrezca algo mejor. ¿Les ha dicho de quién tenía miedo?

—Me temo que no dispongo de esa información. Pero le encantará saber que también puedo ayudarlo con la nota. No es auténtica.

—¿No es auténtica? —Elizabeth ve que Andrew Everton analiza a fondo esa novedad, considerándola desde todos los puntos de vista. La experiencia le dice que el comisario no es alguien que se chupe el dedo. De hecho, podría serles útil.

—¿No la escribió ella? —Todavía parece desconcertado—. Entonces ¿quién lo hizo?

—En eso estamos trabajando —responde Elizabeth—. Pero de momento tengo otra pregunta que hacerle. ¿Dónde cree que está el dinero? Si no podemos encontrar el cadáver de Bethany Waites, ¿podemos encontrar por lo menos el dinero?

—Sabrá sin duda que lo intentamos. No somos unos pueblerinos. Encargamos a unos peritos contables la revisión de toda la documentación de los archivos. Supieron borrar sus huellas.

Elizabeth se ríe.

—Para ser sincera, hemos averiguado más sobre el dinero en dos semanas que ustedes durante toda su investigación.

—Lo dudo mucho —dice él.

—Pues no lo dude, querido —replica ella—. Dudar no le servirá para cambiar la realidad. No descubrieron las cuarenta mil libras abonadas a Carron Whitehead. No descubrieron las cinco mil libras abonadas a Robert Brown RML. No descubrieron el vínculo con las constructoras de Jack Mason. En realidad, no descubrieron nada.

Andrew Everton trata de armar una réplica, sin lograrlo.

—Yo... voy a... voy a necesitar que me facilite esos nombres. Los detalles. Dónde los ha descubierto.

—Aquí está la respuesta a cómo podemos ayudarlo —dice Elizabeth al tiempo que saca una carpeta de su bolso y la deja sobre la mesa—. Podemos empezar con esto.

Andrew Everton mira la carpeta que tiene ante sí.

—¿Está todo ahí dentro?

—Sí —dice ella—. Y es todo suyo. Pero necesitaré que me haga un par de favores a cambio.

—Sí, empiezo a ver qué tipo de persona es usted —comenta Everton—. Si puedo, la ayudaré.

—Jack Mason compró la casa de Heather Garbutt —dice Elizabeth—. Y por encima del precio de mercado. ¿Por qué cree que haría algo así?

El comisario no tiene respuesta.

—¿De verdad? No disponía de esa información.

—¿Quizá debería haberlo sabido?

—Quizá sí —acepta Andrew Everton—. *Touché*.

—Y ahora que lo sabe —prosigue Elizabeth—, ¿qué le dice su olfato de detective?

—¿Que tal vez escondía algo en la casa? ¿O que sabía que Heather había escondido algo allí?

—Es lo mismo que me dice mi olfato. Creo que no nos vendría nada mal hacer una pequeña excavación allí, ¿no? ¿Cree que podría organizarlo?

Andrew Everton reflexiona un momento. Elizabeth imagina que el comisario deberá cumplimentar todo tipo de formularios para conseguir la autorización. Los protocolos de siempre.

—Supongo que sí —dice él finalmente—. Me parece que es una excelente idea. Ver qué encontramos.

—Ver qué encontramos —coincide Elizabeth—. Sabía que íbamos a llevarnos bien.

—¿Y el otro favor?

—Hay un blanqueador de capitales que quiere matarme. También quiere matar a Joyce, pero eso que quede entre nosotros. Me preguntaba si tendría un par de agentes libres para protegernos durante una temporada.

—¿Un blanqueador de capitales?

—El mejor del mundo, o eso dicen. Esperemos que no sea tan bueno como asesino.

—Deje que lo estudie —dice Andrew Everton—. No me resultará nada fácil dar explicaciones si me las piden.

—Estoy segura de que lo hará lo mejor que pueda —añade Elizabeth—. Y de paso tal vez pueda cazar al mayor blanqueador de capitales del mundo. Sería un gran avance para su carrera.

Andrew Everton sonríe.

—Esta visita ha sido un placer inesperado.

—Pues prepárese —suelta ella—. La próxima vez que nos encontremos, espero verlo con una pala en la mano.

Luego se pone de pie para marcharse. La reunión ha sido plenamente satisfactoria. Nadie mejor que un comisario jefe para obtener la autorización necesaria para excavar en ese jardín. Andrew Everton también se levanta.

—Antes de que se vaya —dice—, tengo una pregunta que hacerle.

—Es lo que le pasa a la gente conmigo —repone ella. Nota que Everton está nervioso—. Dispare.

—Quiero una respuesta sincera.

—Si la hay, se la daré.

—Su amiga Joyce...

—¿Qué pasa con ella?

—¿De verdad ha dicho que le gustaba mi libro?

58

Donna ha llegado enseguida a la conclusión de que una de las funciones básicas de la sala de maquillaje de un estudio de televisión es ser la central distribuidora de todos los cotilleos.

Aunque, en esta ocasión, tendrá que andarse con cuidado.

Donna ha vuelto a *Diario de noche del sureste* para hablar de las estafas en internet. Correos electrónicos de dudosa procedencia o mensajes de texto enviados supuestamente por entidades bancarias. Perfiles falsos en aplicaciones de citas. En resumidas cuentas, cualquiera de las múltiples maneras disponibles para que alguien te desplume sin tener que conocerte en persona. Se ha pasado toda la tarde preparando su intervención.

—Un pajarito me ha contado que vives en Juniper Court —dice Donna.

Pauline para un momento. Donna procura manejar la situación con sumo tacto. Han pasado todas las matrículas por la base de datos. La propietaria del Peugeot blanco con llamaradas en la matrícula es Pauline.

Ella vuelve a aplicarse a la tarea de darle forma al pelo de Donna.

—Ese pajarito no será Bogdan, ¿no?

—Puede ser —dice Donna—. Estamos intentando llevarlo con discreción.

—A una maquilladora no se le puede ocultar nada —replica Pauline—. Con él has caído de pie, por cierto. Es tan alto y guapo que da vértigo.

Donna sonríe y procura que la conversación siga siendo cariñosa.

—¿Hace mucho que vives ahí?

—¿En Juniper Court? La tira de años —contesta Pauline—. Puedo bajar a pie al estudio. Es perfecto.

Ahí está, el dato que ha ido a buscar. Pauline vive en Juniper Court desde hace años. Lo que quiere decir que es muy probable que ya viviera en el edificio la noche en que Bethany murió. De lo que se

deduce, a su vez, que es la principal sospechosa del asesinato. Donna no las tiene todas consigo porque todo parece encajar demasiado bien.

Pauline le da una palmadita en la frente.

—Relaja el entrecejo. La silla de maquillaje no es sitio para ponerse a pensar.

—Lo siento —dice Donna antes de echar un vistazo rapidísimo al espejo para ver a la maquilladora. Esta le dirige una sonrisa tranquilizadora.

¿Qué motivo iba a tener Pauline para asesinar a Bethany Waites? ¿Qué cosas yacían enterradas en el pasado? ¿Y las notas? ¿Las había escrito Pauline? Chris y Donna han decidido no compartir de momento esa nueva línea de investigación con el Club del Crimen de los Jueves. Por varios motivos, a cuál más evidente. Pero si Bethany estuvo en el piso de Pauline esa noche, no podrán mantenerlo en secreto por mucho tiempo. Es demasiada coincidencia. La visita de Bethany al edificio en el que vivía Pauline. Tenía que haber una relación.

—Por eso me mudé a Juniper Court —añade Pauline, alzando la voz porque ha encendido el secador—. Mucha gente del equipo vive allí: cámaras, operadores de sonido..., de todo. El programa incluso tiene un par de pisos en el edificio, ¿sabes? Allí es donde meten a los colaboradores independientes que vienen a trabajar con nosotros unos meses. Mike tuvo un piso allí hace años. A veces es como vivir en una residencia universitaria.

Donna asiente. Bueno, eso complica las cosas. Si es verdad. Todo tipo de gente a la que Bethany seguramente conocía. Todo tipo de gente a la que pudo ir a ver esa noche. Necesita más información.

—¿Bethany se pasaba por allí de vez en cuando? —pregunta intentando que no se le note el interés, pero alzando también la voz porque el ruido del secador es ensordecedor.

—¿Qué quieres decir?

—Si Bethany estuvo alguna vez en Juniper Court.

—Pues supongo que sí —contesta Pauline—. La gente entraba y salía a sus anchas. Fiona Clemence tenía un rollo con uno de los cámaras que vivían allí. Aquello era una fiesta permanente.

—¿Y estuvo en tu casa alguna vez? —pregunta Donna.

—¿En la mía? No —responde Pauline. Apaga el secador—. Creo que ni siquiera sabía que yo vivía allí.

—Lo más normal sería que os hubierais cruzado —dice Dona—. Algún día. Si iba tantas veces al edificio...

—Yo soy un poco más discreta que algunos de mis compañeros —repone Pauline encogiéndose de hombros.

Donna tendrá muchas cosas que contarle a Chris. Una buena noticia: Pauline vivía en Juniper Court cuando Bethany Waites desapareció. Una mala: en ese edificio vivía todo quisqui. Muy conveniente para Pauline. ¿Quizá demasiado?

—Bueno, ya estás lista, querida —dice ella—. Estás hecha un pincel, ¿no crees?

Donna se mira en el espejo. Está perfecta. Pauline es muy buena en lo suyo.

59

Pensó que quizá tendría que matar al perro, pero al final no ha sido necesario. Desde el momento en que ha entrado en la casa, el animal parecía contentísimo de verlo. Incluso le ha lamido la mano mientras cargaba el arma. Luego ha estado durmiendo a pierna suelta hasta que la llave ha girado en la cerradura por primera vez. Al vikingo le encantaría tener un perro, pero exigen muchos cuidados. Paseos y tantas otras cosas. Y a veces se ponen enfermos. ¿Y si le pasara algo a su perro y él no se diera cuenta? No se lo perdonaría jamás. Ha oído que los gatos son más fáciles. Quizá se compre un gato.

La primera persona que entra por la puerta es Joyce. La reconoce por la foto. Lleva una bolsa de la compra en la mano. Se balancea ligeramente y está silbando una melodía alegre. Deja de silbar cuando ve el arma, detalle que hace que el vikingo se sienta culpable pero poderoso. Sobre todo culpable, pero tampoco puede negar la sensación de poder. Supone que ese es el motivo de que a los débiles les gusten tanto las armas. Aunque él no lo sea.

El perro salta para recibirla, y Joyce le alborota el pelo sin apartar la vista del barbudo con una pistola que acaba de aparecer en su salón.

—Que Dios te bendiga —lo saluda Joyce—. Debes de ser el vikingo...

Él se queda perplejo.

—¿El vikingo?

—Secuestraste a Elizabeth —añade Joyce—. Y a Stephen, lo cual fue una cobardía. Baja el arma. Tengo setenta y siete años, ¿qué crees que voy a hacer?

El vikingo baja el arma y la deja junto a la pierna, pero no la suelta. Son cerca de las siete de la tarde y ya ha anochecido. Antes ha corrido las cortinas. Joyce parece menos asustada de lo que él esperaba. Incluso le da de comer al perro. Alan, se llama. Ofrece al vikingo una taza de té, pero él, temiéndose que lo envenene, la

rechaza. Joyce se sienta frente a él mientras Alan da cuenta de su cena, rascando ruidosamente el bol de metal contra las baldosas de la cocina.

—¿Así que has venido a matar a Viktor? —pregunta ella—. No está en casa.

—He venido a matar a Viktor, sí —dice el vikingo—, pero también a usted.

—Vaya por Dios.

—¿No se lo han dicho?

—No —confirma ella—. Pues me parece mucho lío. Espero que por lo menos sea por algo importante...

—Es por negocios. Le pedí a Elizabeth que matara a Viktor. Ella no lo hizo. Y eso que le había dicho que la mataría a usted si no lo hacía.

—Bueno, eso se lo calló. ¿Has matado a alguien antes?

—Sí —dice el vikingo. Su voz ni siquiera titubea un poco. Está muy satisfecho consigo mismo.

—Pero tuviste que encargarle a Elizabeth la muerte de Viktor —repone Joyce—. ¿De verdad que has matado a alguien alguna vez?

—No —reconoce al final él. ¿Cómo lo ha sabido?—. Nunca me ha hecho falta. Pero ahora sí. Y lo haré.

—¿Así que empezarás conmigo? Menuda papeleta. Soy una pensionista.

El vikingo se encoge de hombros.

—Bueno, en ese caso quizá solo me cargue a Viktor.

—Casi prefiero que no nos mates a ninguno de los dos —dice Joyce—. Me he encariñado con ese hombre. Ve demasiados documentales sobre trenes, pero ¿quién no tiene algún defecto en esta vida? ¿Cuál es el motivo de discordia entre vosotros? ¿De verdad que no quieres una taza de té? Estaremos aquí un buen rato si tenemos que esperar a Viktor, y te prometo que no voy a envenenarte. No me apetece nada tener que ocuparme de un sueco inconsciente.

El vikingo piensa que, en realidad, no le vendría nada mal una taza de té. Ahora que está ahí, con un arma en la mano y una ancianita diminuta haciéndole preguntas educadas, su plan le parece un disparate.

—Vale, sí, por favor. Solo con leche. Tengo un conflicto con Viktor.

Joyce pasa por el arco que lleva a la cocina y pregunta volviendo la cabeza:

—¿Qué clase de conflicto?

—Me dedico al blanqueo de capitales —explica el vikingo—. Utilizo criptomonedas. Viktor recomienda a sus clientes que me eviten. Les dice que es demasiado arriesgado. Me está costando mucho dinero. Si lo mato, problema resuelto.

—Ay, pobrecillo. Tiene que ser muy complicado —comenta Joyce —. Alan, acabo de darte de comer hace un minuto.

—¿Cuándo espera que llegue?

—Pues ni idea —dice Joyce mientras se oye tintinear una cucharilla en una taza—. Ha ido a la ópera, figúrate. Creo que deberíamos ponernos cómodos. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—No me convencerá de que no lo mate —replica el vikingo—. Es mi destino.

—No, no —dice ella volviendo al salón con dos tazas de té, una con un dibujo de una moto y otra con una escena floral—. ¿Qué taza quieres?

—La moto, por favor —contesta él. Joyce se sienta con un suspiro satisfecho—. ¿Qué pregunta quería hacerme?

—Es sobre las criptomonedas —continúa ella—. En realidad no es tan arriesgado, ¿no?

—Lo es, y mucho. Y por eso son perfectas para el blanqueo.

—¿Ethereum también? —pregunta Joyce—. ¿Es muy arriesgado?

El vikingo toma un sorbo de té.

—¿Conoce Ethereum?

—He invertido quince mil libras en esa moneda. En Instagram, todos parecen muy seguros.

—¿Puede enseñarme su cuenta? —pide el vikingo.

Sinceramente, esos aficionados van a acabar con él. Las criptomonedas son complicadas. Un día serán fundamentales, pero ahora es como el salvaje Oeste. Una ancianita no debería invertir en Ethereum. Joyce abre una página en su portátil y se lo pasa.

—Solo uso el ordenador para hacer *trading* y para escribir mi diario —dice ella—. Esta noche aparecerás en mi diario si no me matas.

—No voy a matarla —replica el vikingo, aunque piensa que tal vez tenga que hacerlo. Consulta la cuenta de Ethereum de Joyce, que

ahora mismo tiene un valor justo por debajo de las dos mil libras—. ¿Le importa si le doy un meneo? Necesitaré su contraseña.

—Es «Poppy82», con «p» mayúscula —dice ella—. Tú mismo. Si prometes no matar a Viktor, también tengo galletas.

—Lo siento. Ya lo tengo decidido —responde el vikingo antes de tomar un poco más de té y enviar el portátil de Joyce a uno de los rincones más turbios de la Dark Web. Jugar con un ordenador lo relaja un poco; se siente en su salsa. Su ritmo cardiaco baja y se da cuenta de lo nervioso que estaba. El perro empieza a lamerle la mano. Lo aparta con dulzura y se frota los ojos con la mano que no le ha lamido.

El vikingo traslada el dinero de la anciana a dos cuentas distintas. Todavía hay chollos si sabes encontrarlos. Todavía relucen las pepitas de oro en los arroyos, pero no donde todo el mundo pone la batea. Piensa que es lo mínimo que puede hacer después de haber forzado la entrada del apartamento de Joyce. La vieja se sacará un buen dinero con la operación si finalmente no la mata. Ella le está diciendo algo, pero no la entiende. El vikingo vuelve a tener sed. Levanta la vista, pero nota que le pesa la cabeza. Empieza una frase:

—¿Podría darme...? —«¿Darme qué? ¿Cómo se dice?»—. Eh...

Ahora Alan le lame la cara. ¿Por qué está tendido en el suelo?

60

Ron es consciente de que vivimos en un flamante nuevo mundo en lo que respecta a las políticas sexuales.

Un arcoíris de géneros y sexualidades, de libertades antaño inimaginables para su generación. Ron no puede estar más a favor. Si dejas que las personas sean ellas mismas, florecen. Pero incluso en estos tiempos más felices, si le ofreces a un hombre elegir entre una taza con una motocicleta y otra con unas flores, elegirá la de la motocicleta. Lo cual, dicho sea de paso, es una suerte: si las pastillas de Viktor han conseguido tumbar al vikingo, ¿quién sabe qué efecto habrían tenido en Joyce?

—Podrías haberlo matado —dice Elizabeth.

—¿Con unos somníferos y unas pastillas contra las lombrices del perro? Lo dudo mucho —replica Joyce.

El vikingo está empezando a moverse. Bogdan lo ha atado a una de las sillas del comedor. Cuando se quedó roque, Joyce llamó a la caballería, y aquí están todos ahora.

Bogdan, por sus músculos; Viktor, recién llegado de la ópera («Una delicia. Casi trascendente»), para que pueda enfrentarse al hombre que quiere matarlo, y Elizabeth, que ha tenido que explicarle a Joyce por qué no le había contado que el vikingo quería matarla a ella también. Ron e Ibrahim también han venido, seguramente, piensa el primero, porque nunca habrían dejado de reprochárselo a Joyce y a Elizabeth si no los hubieran invitado.

Pauline está ahí porque..., en fin, porque se ha convertido en una presencia más que habitual. Ya sea en Coopers Chase o en Juniper Court, a ella y a Ron les gusta estar juntos. Ha llegado directamente del trabajo. En cuanto a Bogdan, se ha marchado hace un rato.

Viktor sostiene el arma del vikingo. Ron se la ha pedido un momento. Ha apuntado a la pared y, después de guiñar un ojo, ha dicho «¡pam!» y se la ha devuelto.

El vikingo está hecho un guiñapo. Barba enorme.

Semiinconsciente. Ron intentó dejarse crecer la barba hace muchos años, pero no funcionó. Hay hombres a los que la barba no les crece bien, aunque tampoco habría que sacar conclusiones aventuradas de ello. No eres menos hombre por eso.

Joyce ha preparado té para todos, no sin antes lavar a fondo la taza de la motocicleta.

—Eh, bello durmiente —dice Viktor cuando el vikingo se despierta—. Eh.

El vikingo abre los ojos solo un poco. Luego vuelve a cerrarlos, incapaz de asimilar de inmediato lo que ha visto.

—No pasa nada —le dice Viktor—. Puedes abrirlos. ¿Quieres un vaso de agua?

El vikingo los abre de nuevo e intenta fijar la vista en la moqueta. Con esfuerzo, levanta la cabeza y mira a Joyce.

—Me ha drogado.

—Sí —reconoce ella.

—Me ha dicho que no lo haría.

—Perdóname. Ibas a matar a Viktor. Y eres un hombre imponente.

—Bonita barba —comenta Ibrahim—. ¿Cómo consigue uno dejarse una barba así? ¿Utilizas aceites?

—Quizá mejor dejar esa pregunta para más tarde, Ibrahim —propone Viktor.

—No tiene ningún mérito dejarse crecer la barba —interviene Ron.

Viktor se pone en cuclillas y Ron recuerda que en otros tiempos podía hacer lo mismo. Viktor ha tenido suerte con sus rodillas.

—¿Cómo te llamas, vikingo?

—Nadie conocerá jamás mi nombre —contesta él.

—Eso ya lo veremos —replica Viktor.

—Nadie pronunciará jamás mi nombre —insiste el vikingo, y suelta un gruñido.

—Bueno, parece que alguien se ha despertado —dice Joyce. Alan sale con calma del dormitorio a investigar el origen del ruido.

Ron le guiña el ojo a Pauline con la intención de tranquilizarla. Ella, por su parte, está sentada en el borde de la silla, disfrutando del espectáculo.

—La mejor cita de mi vida, Ron —dice.

—Vamos a hablar de por qué tienes tantas ganas de matarme —propone Viktor—. ¿De acuerdo?

—Te arrepentirás de esto —dice el vikingo—. Todos os arrepentiréis.

—Te hago perder dinero, eso lo entiendo —empieza Viktor—. Me niego a recomendar tus servicios. Pero supongo que entiendes por qué, ¿no? Invertir en criptomonedas es arriesgado.

—No lo es —tercia Joyce—. Parece que alguien solo lee la prensa generalista. —Le alborota el pelo a Alan—. ¿A que sí, Alan? Sí, eso es.

—Vives en el pasado —dice el vikingo.

—Hay algo de verdad en eso —conviene Viktor—. Vivo donde me siento a gusto. Vivo donde entiendo que mis habilidades servirán de algo. Tú harás lo mismo dentro de treinta o cuarenta años. Pontificarás sobre las criptomonedas mientras los jóvenes se ríen de ti. Pero tienes un punto a tu favor, ¿lo sabes? Vivo en el pasado porque soy viejo. Soy viejo, querido vikingo, ¿y sabes lo que significa eso? Significa que no tienes por qué matarme, solo necesitas tener un poco de paciencia. Las células de mi organismo se atrofian con cada segundo que pasa. Todas las personas que tienes delante ahora mismo estarán muertas antes de que te des cuenta.

—Tampoco te pases, Viktor —dice Pauline.

—Soy un bobo. Soy un estorbo. Te hago perder dinero. —Viktor se encoge de hombros—. Pero te va bien en la vida. Me han hablado de tu casa. Te dedicas a lo tuyo y se te da bien, lo sé. ¿Sabes por qué no me han matado todavía?

—¿Por qué?

—Porque nunca he matado a nadie —contesta Viktor—. Sinceramente, en cuanto empiezas, ya no hay marcha atrás; tienes que seguir matando.

—Pues es como el bálsamo labial —tercia Pauline—. En cuanto empiezas a utilizarlo, se te secan los labios y tienes que ponértelo sin parar.

Viktor se vuelve hacia ella y hace un gesto de conformidad.

—Así que voy a proponerte algo. Tú sigue con tu vida, blanquea capitales, disfruta de tu casa, no mates a nadie. Yo seguiré con la mía, me dedicaré a mi trabajo y, si tienes suerte, dentro de cinco o siete años habré muerto de causas naturales.

—¿Y si no estoy de acuerdo? ¿Y si sigo pensando que me cuestas

demasiado dinero?

—Entonces, mátame —lo reta Viktor—. Hoy mismo daré la noticia, a mis múltiples amigos y socios, de que quieres matarme. Y cuando encuentren mi cadáver, sacarán sus propias conclusiones, te localizarán y te asesinarán.

Se oye girar una llave en la cerradura de la entrada. Viktor se tira al suelo y apunta hacia allí con la pistola. Cuando la puerta se abre, es Bogdan quien entra y Viktor vuelve a enfundar el arma. Detrás de él va Stephen, muy elegante con su traje. El vikingo, sin embargo, no pierde de vista a Viktor.

—Tus amigos no me encontrarán —dice—. Nadie sabe quién soy. Mírate: fuiste coronel del KGB y no has averiguado nada sobre mí. Y usted —se vuelve entonces hacia Elizabeth—, una agente del MI6, tampoco ha encontrado nada sobre mí. Soy un fantasma. Y es imposible matar a un fantasma.

Mientras el vikingo suelta su discurso, Ron ha visto que Stephen tomaba asiento en una de las sillas de la mesa del comedor. Luego ha sacado una libreta del bolsillo. Ron ve que le tiemblan las manos. Pero no de miedo.

—¿Seguro que eres un fantasma, jefe? —dice Stephen dando unos golpecitos a la libreta. Consigue concitar la atención de todos los presentes—. Por cierto, qué alegría volver a encontrarnos. Conque este es el vikingo del que me hablaste, Elizabeth.

—Sí, cariño —contesta ella—. El mismo.

—Henrik Mikael Hansen, nacido en Norrköping el 4 de mayo de 1989 —lee Stephen de su libreta—. Hijo de una repostera y de un bibliotecario. ¿Qué te parece, campeón?

—Se equivoca —responde Henrik Mikael Hansen de Norrköping —. No puede estar más equivocado. Soy sueco, pero aparte de eso no ha dado ni una. No conozco a ninguna repostera.

—Te encantan los libros, Henrik —dice Stephen—. Y resulta que a mí también. Tienes una colección que quita el hipo. Muchos ejemplares únicos. Y con los ejemplares únicos ocurre que casi siempre puedes encontrar el registro de su venta. Hoy en día, la gente los compra a través de sociedades, pero cuando empezaste tu colección, empleabas tu nombre real, y así es como hemos descubierto tu identidad. Fue una primera edición de *El viento en los sauces* la que te delató.

—No —replica Henrik—. Es imposible.

—En modo alguno, Henrik. Eso sí, es una forma admirable de que lo atrapen a uno. En cuanto nos hicimos con tu nombre, todo lo demás nos vino dado. Tu hermana está esquiando en estos mismos instantes, por ejemplo. Lo sabemos por Facebook.

—Stephen —dice Elizabeth—. Stephen.

—Solo aporto mi granito de arena —dice él—. Y en realidad casi todo es gracias a Kuldesh. Le debemos una cena.

—¿De verdad has ido a ver a Kuldesh?

—Ya te dije que sí —contesta Stephen.

—Sí, yo... —dice Elizabeth.

—Hemos bajado a Brighton en coche —interviene Bogdan—. Era un secreto.

Ella le echa una mirada fulminante.

—Cuántos secretillos nos ocultas, ¿no, Bogdan?

Todos los demás se han vuelto hacia Henrik Hansen.

Ron se alegra de que lo hayan invitado a presenciar toda la escena. Antes, Elizabeth y Joyce solían ocuparse de ese tipo de cosas por su cuenta, y luego, a la mañana siguiente, lo informaban de lo ocurrido. Es consciente de que todavía no ha aportado demasiado, pero aun así se alegra de estar presente.

—No soy Henrik Hansen —dice Henrik Hansen.

—Me temo que sí lo eres —replica Elizabeth—. Mi marido suele dar en el blanco.

—Henrik, podemos ser amigos —declara Viktor—. Y, si no amigos, por lo menos conocidos que deciden no matarse el uno al otro. Si me dejas en paz, me aseguraré de que mis múltiples clientes también te dejen en paz a ti.

—No, yo no me llamo Henrik —insiste Henrik, cada vez más enfurecido—. Estáis todos equivocados. Y estáis todos muertos. Hasta el último de vosotros.

—Henrik —le dice Joyce con ternura—. Si ni siquiera has podido matarme a mí.

—Pues entonces no os mataré a todos. Solo mataré a uno de vosotros. Sí, será una lección para los demás. En cuanto me soltéis, empezará la caza.

Los ojos de Henrik escudriñan la sala buscando una presa. Se posan sobre Ron.

—Tú —dice—. Te mataré a ti.

Ron compone una mueca de resignación.

—Siempre me toca bailar con la más fea —replica.

—Y lo haré cuando menos te lo esperes —anuncia Henrik.

Pauline se pone de pie lentamente. Se acerca a él con gesto sereno y le pone las manos a ambos lados de la cara. Se hace el silencio en la sala.

—Escúchame bien, monada. He conocido a mil hombres como tú y sé que necesitáis que os dejen las cosas claritas. Así que ahí vamos. Si se te ocurre tocarle ni que sea un pelo a Ron, te mataré. Este hombre está bajo mi protección y, si llega a ocurrirle algo malo, te meteré unas cuantas balas en las rodillas, luego en los codos y, por último, cuando me haya cansado de oírte chillar, cosa que pasará después de mucho, mucho tiempo, te meteré una bala en la cabeza para acabar contigo. De hecho, si Ron se despierta un día ni que sea con una tos, te encontraré, te arrancaré el corazón con un cuchillo y me lo comeré. Y le enviaré la prueba en vídeo a tu madre, la repostera. ¿Empezamos a entendernos?

Henrik pierde el ánimo por momentos. Ahora señala a Ibrahim.

—Entonces lo mataré a él.

Pauline le aprieta la cara todavía más.

—Ese es el mejor amigo de Ron. Lo que lo convierte en mi mejor amigo.

Ibrahim se ruboriza, algo que Ron nunca había visto.

—Nadie morirá aquí hoy —continúa Pauline—. Viktor se ha mostrado muy razonable, así que deja de fingir que eres un psicópata.

—Soy un psicópata —protesta Henrik.

—Querido... —dice Pauline al tiempo que suelta su cara—, un psicópata habría disparado a Alan.

El perro suelta un ladrido feliz. Le gusta oír su nombre.

Henrik parece derrotado.

—Pensaba que esto sería más fácil.

—Voy a buscarte un vaso de agua —dice Joyce—. Esta vez no tienes nada que temer, te lo prometo.

—Gracias, Joyce —contesta Henrik—. ¿Por qué no habré escogido la taza de las flores? Si es que incluso he pensado que era un topicazo cuando he elegido la de la moto.

—Todos estamos programados —responde Joyce—. Joanna me

hizo ver un vídeo sobre el tema en YouTube.

—Ahora voy a desatarte —indica Viktor—. Puedo confiar en ti, ¿sí? Y si no puedo, has de saber que voy armado, y sospecho que Elizabeth también. Hasta es posible que Pauline lleve un arma.

Viktor suelta el alambre con el que ha atado las muñecas de Henrik y este retuerce las manos para liberarlas. Joyce regresa con un vaso de agua y Henrik se lo acepta.

—Gracias, Joyce.

—Puedo tomar un sorbito, si quieres —dice ella.

Se hace un silencio satisfecho en el comedor que dura unos instantes. Lo vuelve a interrumpir Pauline.

—¿Puedo hacer un comentario?

Ron mira a Pauline, que una vez más ha despertado el interés de todos los presentes. Dios santo, qué maravilla de mujer le ha tocado en suerte.

—Me encantan los comentarios —tercia Ibrahim—. De eso me alimento. Especialmente si vienen de una buena amiga como tú, Pauline.

—De acuerdo, os diré cómo lo veo yo —continúa ella—. Hace muy poco que os conozco. Y esto es solo una opinión mía. ¿Quién soy yo para decir nada? Pero todos vosotros, del primero al último, y cada uno a su modo, está loco de remate.

Joyce mira a Elizabeth. Elizabeth mira a Ibrahim. Ibrahim mira a Ron. Ron mira a Joyce. Viktor y Alan se miran el uno al otro.

Stephen echa un vistazo a su alrededor.

—Algo de razón tiene —dice.

—Hace poco más de dos semanas que os conozco y ya he estado en una tumba con un coronel del KGB, he visto a una ancianita diminuta drogar a un vikingo y he compartido cama con el hombre más guapo de Kent. En los ochenta, les di bastante a las setas alucinógenas durante tres o cuatro años. Una vez tomé LSD en Bratislava con Iron Maiden. Pero nada, nada que haya hecho en la vida, puede compararse a un par de días en vuestra compañía. ¿Qué más estáis tramando?

—Bueno —contesta Elizabeth—. Mañana vamos a excavar en un jardín con el comisario jefe de Kent, a ver si encontramos un cadáver y un arma.

—¿El cadáver de Bethany? —inquiere Pauline. De pronto se ha

puesto seria.

—El cadáver de Bethany —confirma Elizabeth—. Ahora bien, Henrik, me pregunto si querrás quedarte con nosotros un par de días. Hay una habitación libre en el apartamento de Ibrahim, si a él no le importa.

—Será un placer —señala Ibrahim—. Henrik ha tenido un día muy largo y traumático.

—Solo quiero volver a mi casa —dice Henrik.

—Todo a su debido tiempo —replica Elizabeth—. Antes, creo que hay algo con lo que podrías echarnos una mano.

61

Joyce

El inspector Gerry Meadowcroft se encendió un cigarrillo y dio una profunda calada. Una nube de humo se elevó sobre sus ojos ferozmente azules. Ojos que habían visto demasiadas muertes, demasiada sangre, demasiadas viudas. Sintió el peso de su arma en el bolsillo. ¿Tendría que usarla?

Gerry podía matar. Lo había hecho antes y volvería a hacerlo si se lo reclamaba el deber. Pero no por decisión propia, nunca por decisión propia. Con cada vida que había segado, Gerry Meadowcroft había perdido un trozo de su alma. ¿Cuántos trozos le quedaban? Gerry no tenía ganas de averiguarlo.

Se acordó de su formación en la Academia Policial de Ashford. No todo el mundo se formaba en Hendon. Era un malentendido habitual.

¿Qué os parece? Me ha apetecido darme una oportunidad como escritora. El *Evening Argus* ha convocado un concurso de relatos cortos; primer premio, cien libras y una llamada por Zoom con un agente literario. No me apetece hacer más llamadas por Zoom de las estrictamente necesarias, pero podría donar las cien libras a la protectora de Alan. Y además podría ser divertido, ¿no os parece?

He bautizado a mi detective en honor a Gerry, aunque mi Gerry tuviera los ojos marrones, porque a fin de cuentas tienes que cambiar ciertas cosas. Además, mi Gerry tenía alergia al polen, y eso también lo he cambiado. No quedaría bien que mi Gerry anduviera medio dormido mientras trata de resolver un asesinato. Así pues, este Gerry tiene los ojos azules y una pistola, mientras que mi Gerry tenía los ojos marrones y una tarjeta de donante de órganos. Pero mi Gerry solía decir: «En fin, esto es lo que hay», y voy a hacer que ese sea también el latiguillo de mi detective.

De momento, el relato se titula «Baño de sangre caníbal», pero es posible que lo cambie más adelante porque da demasiadas pistas sobre el argumento.

62

Así que creen saber dónde está enterrada Bethany. Enterrada. Eso no tiene ningún sentido. «Ay, Bethany, ¿en qué berenjenal te metiste?»

Mike Waghorn se sirve un vaso de sidra. En realidad, no suele beber sidra en público, no queda bien. En público, prefiere el champán, un buen vino, cosas que la gente espera que beba alguien como él. Una cerveza si está congraciándose con los muchachos en una fiesta de empresa.

Pero cuando Mike era adolescente solo tomaba sidra, y ahora que se hace mayor tiene la impresión de que la sidra vuelve a llamarlo. Ha probado sidras caras; ahora las encuentras por todas partes. Waitrose hace una, pero en realidad, cuando se trata de sidras, cuanto más barata, mejor. La que está tomando ahora viene en una botella de plástico de dos litros. La ha vaciado en un decantador de cristal tallado, solo para guardar las apariencias, pero no descarta prescindir de esos remilgos en breve. ¿A quién pretende engañar? No hay nadie ahí, así que solo puede engañarse a sí mismo.

Engulle sus pastillas para la artritis, luego los betabloqueantes y la medicación para la gota. Se supone que no puedes mezclar alcohol con ninguna de esas pastillas, pero nadie se lo va a impedir.

Está viendo *¡Para el reloj!* en un gran televisor. Fiona Clemence está preciosa. Pensó que debía darle una oportunidad al concurso, después de que Joyce se lo mencionara. Aceptar que le corroe cierta envidia profesional, tragarse un trocito de su orgullo, del que va sobrado, y ver el programa aunque solo sea una vez. Comprobar si Fiona Clemence es buena. Esperaba que no lo fuera.

Le da rabia, pero vio un programa y ahora está enganchado. Fiona no está mal, parece simpática y es muy buena leyendo en voz alta, aunque el concurso es insoportable. Mike imagina cómo lo llevaría él. Cada vez que uno de los concursantes abre la boca, piensa en cómo reaccionaría. En un par de ocasiones, Fiona dice lo mismo que él habría contestado, y eso le fastidia un poco, pero en general

cree que él lo haría algo mejor.

«Sin embargo, ¿no se trata justamente de eso, Mike? Puedes darle todas las vueltas que quieras, pero al final no lo hiciste. Nunca te arriesgaste.» Una vez grabó un piloto, allá por finales de los ochenta. Había salido bien, esa era la opinión general, a la cadena le había encantado, contrataron el programa, pero querían un pequeño cambio. ¿Podían buscar a otro presentador? Alguien más joven, alguien —y esas palabras textuales quedaron grabadas a fuego en su memoria durante largo tiempo— «más auténtico, más real». Mike nunca volvió a arriesgar su pellejo perfectamente acicalado, jamás salió de la madriguera, por más intensos que fueran los aromas que le llegaban del mundo exterior. «Más auténtico, más real»; durante años había despotricado contra aquel insulto. Mike era real, Mike era auténtico, y si un veinteañero de Londres con un peinado a la moda y unas zapatillas de deporte no era capaz de verlo, el problema no era suyo, sino de ellos.

Así que se quedó ahí, detrás de su escritorio, un año tras otro, hablando a los vecinos de los condados de Kent y Sussex sobre incendios en residencias de ancianos, atracos en cajas de pensiones de Faversham, o un hombre de Hastings que aseguraba tener el mayor castillo inflable del mundo. Daos un paseo por las calles de Maidstone o East Grinstead y veréis cuántas personas piensan que Mike es real. Todas.

Hubo un par de acercamientos más por parte de las cadenas nacionales, nada concreto o ilusionante, pero acercamientos al fin y al cabo. Sin embargo, Mike se negó incluso a estudiar las propuestas. Estaba contento donde estaba, gracias.

Aunque, a decir verdad, piensa ahora mientras mira la sidra en su ridículo decantador, no estaba contento en absoluto. ¿Sabía que no lo estaba? No, porque tomaba suficiente alcohol y recibía suficientes muestras de adulación de sus vecinos para aplacar cualquier duda y mantener la locomotora en marcha. Cada vez estaba más irascible, por supuesto, un poco más quisquilloso con los compañeros de trabajo, y seguro que ya no era tan divertido estar con él. Pero eso, a su modo de ver, no era más que una manifestación de profesionalidad en un mundo en el que la gente que lo rodeaba era cada vez más joven. Y los equipos con los que estaba acostumbrado a colaborar empezaron a marcharse a proyectos de mayor envergadura, a Londres o, en un caso

especialmente irritante, a Los Ángeles.

Pero Mike no estaba contento. Y la razón de su descontento era que Mike no era auténtico y tampoco era real.

¿Y quién le había dado esa lección?

Bethany Waites.

¿Cuántos años tenía él cuando Bethany llegó al programa? Al principio trabajaba de investigadora, así que debió de ser alrededor de 2008, ¿no? Wikipedia te dirá que Mike Waghorn tenía cincuenta y seis años en 2008, pero en realidad tenía sesenta y uno. Bethany tendría unos veinte recién cumplidos o poco más, supone él, llegada de Leeds, con una licenciatura en Comunicación Audiovisual, para más inri. Ella le hacía el té, él le contaba que aquellos estudios universitarios habían sido una pérdida de tiempo, ella le proponía noticias que sus compañeros más curtidos habían pasado por alto, él la invitaba a una pinta después del trabajo, ella lo retaba, lo chinchaba, lo animaba, y él se aseguraba de que subiera sana y salva a un taxi al final de la noche.

Al cabo de un año más o menos, Mike le dijo que aparecería en antena. Bethany, como era de esperar, no puso ningún reparo. Así que empezó a grabar reportajes. Y luego, de vez en cuando, se pasaba por el estudio para hablar sobre esos reportajes. Entonces, cuando la copresentadora de Mike se tomaba unas vacaciones de lo más inoportunas para sus intereses, Bethany la sustituía y, de la noche a la mañana, Mike y Bethany formaron la dupla de presentadores al frente de *Diario de noche del sureste*.

Una noche de cervezas en un pub cerca del estudio, que era algo que solían hacer, vieron un número de *Kent Matters* en la barra. Era la revista local, nada más que fotos de actos, anuncios de *spas*, de casas caras y cosas por el estilo. En sus páginas había una foto de Mike. Se le veía muy elegante, de esmoquin, en un evento de empresa de los muchos a los que era invitado. Los premios de la Asociación de Contables de Kent, quizá. Se acordaba de ese acto en concreto porque pronunció mal el nombre de los premios al principio de la velada y desde ese instante tuvo al público a sus pies.

Había llevado a Pauline como acompañante, que era algo que solía hacer en esa época. A ella le gustaba tomarse una copa y a él le gustaba tener a alguien con quien hablar que no fuera un contable de Sevenoaks que no tenía ni idea de quién era, pero que, aun así, le pedía hacerse un selfi con él.

Bethany le había señalado la foto, su brazo ciñendo la cintura de Pauline, y Mike había sonreído y le había contado su lapsus con el nombre de los premios. Bethany empezó ese mismo día el largo proceso de convertir a Mike en un hombre mejor y más feliz.

«Tendrías que haber ido con tu novio», le había dicho ella. Directa al grano, con la bolsita de cacahuetes salados abierta en canal encima de la mesa. Mike lo recuerda tan bien que todavía puede verlo y oírlo.

Se tomaron otra pinta, y luego otra, y luego otra. Mike nunca había hablado con nadie de lo que era ser homosexual. No de forma abierta, en un pub, con una compañera de trabajo. Era lo bastante mayor para haber mantenido en secreto su sexualidad, un secreto bien envuelto y metido en un bolsillo muy hondo. Nunca antes había visto la luz del día.

¿Y por qué? Pues por cien motivos distintos. Mil motivos. Pero todos esos motivos estaban atados a un nudo de vergüenza. Y fue ese nudo lo que Bethany empezó a deshacer. Bethany no admitía que Mike sintiera vergüenza. Era de otra generación. Una generación que él envidia. Los ve a veces, en la calle. Está seguro de que también tienen sus puntos débiles y sus inseguridades, y por supuesto aún les quedan muchas batallas por librar, pero la alegría con la que han decidido mostrarse es, para Mike, motivo de orgullo y de envidia al mismo tiempo.

El proceso no fue rápido, ni tampoco fácil, pero Bethany estuvo a su lado en todo momento. Mike salió del armario con sus amigos, con sus compañeros de trabajo. Recuerda cuando se lo dijo a Pauline. Estaba muy serio, muy solemne, mientras le contaba su secreto. Ella le dio un abrazo enorme y se limitó a decir: «Por fin, amor mío. Por fin».

Mike se pregunta a veces por qué no fue Pauline la que lo puso frente al espejo, aunque sospecha que se debe a que ella también es de otra generación.

Todavía no ha salido del armario para el gran público, por lo menos no de forma oficial, pero si alguien estuviera interesado de verdad, no le costaría nada averiguarlo. Y aún acude a actos con Pauline de vez en cuando, pero también con Steve, o con Greg, o con cualquiera de los hombres con los que ha salido sin que la cosa pasara a mayores.

Y, poco a poco, reconoció que estaba cambiando. Todavía lucía

estupendísimo, por supuesto, todavía iba trajeado y se peinaba con laca, todavía flirteaba con las mujeres, pero había empezado a ser él mismo. A ser auténtico, a ser real. Y, mira tú por dónde, la felicidad llegó a continuación.

Se había convertido en un hombre mejor, en un amigo mejor, en un compañero mejor, en un presentador mejor. Si ITV hubiera grabado ahora el piloto, Mike habría conseguido el trabajo, sin lugar a dudas.

Pero lo curioso es que Mike ya no lo habría querido. *Diario de noche del sureste* ya no era el sitio donde Mike se escondía, sino el sitio donde florecía. Los atracos en las cajas de pensiones, los castillos inflables y los gatos de veinticinco años. Daba esas noticias porque le interesaban. Se interesaba por sí mismo y por su comunidad. Y era a Bethany a quien debía agradecérselo.

¿Todavía se comportaba como un imbécil a veces? Desde luego. ¿Todavía podía ser una persona difícil? Sí, especialmente cuando tenía hambre. Pero podía mirarse al espejo sin apartar la vista.

Toma otro trago de sidra. Está esperando a que den el boxeo, lo que lo obliga a soportar una retahíla interminable de anuncios de casas de apuestas. Uno de ellos lo presenta el hijo de Ron, Jason Ritchie. Fue un púgil excelente.

Mike ha recibido el mensaje de texto de Pauline hace una hora más o menos. Mañana empezarán a excavar en busca del cadáver. Excavar en busca del cadáver de Bethany. De su maravillosa, talentosa y tenaz compañera. Habría logrado todo lo que se hubiera propuesto, podría haber sido quien hubiera querido. El mundo habría conocido su nombre.

Bethany le salvó la vida y Mike nunca pudo saldar su deuda con ella mientras vivió. Pero ahora sí puede. Con la ayuda del Club del Crimen de los Jueves. Encontrarán a su asesino y Bethany podrá descansar en paz. ¿Heather Garbutt? ¿Jack Mason? ¿Alguien en quien todavía no han pensado? Mike intuye que están a punto de averiguarlo.

Y eso es lo menos que puede hacer por Bethany Waites.

63

La casa de Heather Garbutt se encuentra en una calle fea con un nombre bonito. Enfrente hay un camino asfaltado de acceso con setos a ambos lados que han crecido sin control. El camino tiene un recodo, de modo que la casa no puede verse desde la carretera. Podrías pasar todos los días por allí sin ver ni una sola vez la lenta decadencia de una casa que en otros tiempos fue bonita. Detrás hay un jardín y, más allá, un bosque que separa la finca del campo de golf municipal.

La casa en sí es un bungalow. Seguramente fue bastante agradable en sus tiempos: habían consultado en un portal inmobiliario las imágenes de la última vez que había cambiado de manos. Cuatro dormitorios, un gran salón con vistas al jardín, una cocina que, según la inmobiliaria, «necesitaba una reforma», pero que a Joyce le había gustado mucho. Quizá no la casa de alguien rico, pero sí la de alguien que trabajaba para alguien rico. Confortable en todos los sentidos. Había salido a la venta por 375.000 libras, aunque una búsqueda rápida en el portal inmobiliario les permitió saber que Jack Mason había pagado por ella 425.000. Un comprador muy motivado, sin duda. Joyce supone que ella también habría tenido un gran interés en comprarla si en ese jardín hubiera pruebas enterradas que podrían llevarla a la cárcel.

El terreno que rodea la casa se ha convertido en una jungla. Es posible que Jack Mason sea el dueño, pero todo indica que no se pasa nunca por ahí. Ron lo llamó anoche para ver si podía prestarle las llaves, pero Jack no le cogió el teléfono. ¿Quizá se arrepiente ahora de haberles hablado a Ron y a Viktor del cadáver? No nombró a su cómplice, pero, aparte de eso, estuvo peligrosamente cerca de irse de la lengua. Ron sabe que esa información no se le pudo escapar de forma involuntaria. Y, si al final encuentran algo, ¿qué significará eso para Jack?

Dos agentes fuerzan la puerta, que se abre a regañadientes venciendo la resistencia de una pila de cartas. ¿Quién sigue llevando

el correo a esa casa?, se pregunta Joyce. ¿Quién, después de echar un vistazo a esa casa obviamente abandonada, que vuelve a fundirse con la naturaleza, va y deja un folleto de una pizzería? Joyce ve una revista sobre el patrimonio histórico de Inglaterra en lo alto de la pila. Sospecha que habría hecho buenas migas con Heather Garbutt.

Elizabeth ha rodeado la casa en compañía del comisario jefe Andrew Everton, pero Joyce entra por la puerta principal porque tiene ganas de fisgonear un poco. Y lo más bonito de investigar un asesinato es que puedes fisgonear y decir que estás trabajando. Sin embargo, Joyce se lleva un chasco cuando descubre que no hay mucho que ver en la casa. No queda ni rastro de la vida de Heather Garbutt. La única pista de que esa mujer vivió ahí son los recuadros más claros en el papel pintado donde tal vez estuvieron colgadas unas fotografías. Por lo menos, no deberá tener cuidado, caminar de puntillas sin tocar nada. Joyce tiene vía libre. La policía registró la casa hace muchos años, y con toda probabilidad no quedará ninguna de las pruebas que pudo contener.

Pero nadie ha investigado en el jardín. ¿Por qué habrían de hacerlo? Con un cadáver que se ha llevado el mar, ¿a santo de qué ponerse a excavar? Joyce entra en el salón, con sus hermosas puertas cristaleras que enmarcan la vista de una gran excavadora amarilla, rodeada de un cordón policial que flamea al viento, y el comisario jefe Andrew Everton con su gorra de plato y su chaqueta reflectante al mando de las operaciones. Uno de los agentes desliza las puertas para abrirlas, y Joyce sale a la tarima del porche. Mira dónde pisa: esas tarimas pueden ser muy resbaladizas, y donde haya piedra que se quite la madera. Debe reconocer, pese a todo, que la tarima tiene mejor aspecto que el jardín descuidado y la casa decrépita.

La excavadora lleva allí desde las ocho de la mañana. Hay múltiples zanjas en el jardín y también en varios puntos del bosque que queda detrás. Dos hombres con casco están empezando a desmontar la tarima. Unas banderitas de colores indican los lugares donde se ha excavado y aquellos en los que todavía no. Joyce ve a Elizabeth. Su amiga está, menuda sorpresa, acaparando la atención del comisario jefe.

—Cuántos agujeros —comenta Joyce—. Y no me equivoqué con la cocina. Incluso en este estado, parece muy práctica. Mucho espacio para guardar cosas.

—No todos los agujeros son nuestros —dice Andrew Everton—. Alguien, supongamos que Jack Mason, ha estado cavando por aquí a lo largo de los años. Sobre todo a medida que te acercas al bosque.

Joyce echa un vistazo a los árboles que crecen al final del jardín. Hay varios policías uniformados cavando con palas.

—Muchos agentes —dice ella.

—Soy el comisario jefe —repone Andrew Everton—. La gente suele dejarlo todo cuando pido algo. De momento, el único esqueleto que hemos encontrado era de un conejillo de Indias.

—Una vez estábamos excavando en Vladivostok —comenta Elizabeth—. He olvidado por qué, un señor de la guerra había enterrado algo. Sea como fuere, lo que descubrimos fue un alce prehistórico. Intacto, con toda la cornamenta. Estábamos listos para rellenar la zanja, pero el jefe de nuestra sección rusa en esa época formaba parte de la junta del Museo de Historia Natural y al final liberamos a un espía ruso de la cárcel de Belmarsh a cambio del alce. Todavía lo tienen expuesto.

—Vale —asiente Andrew Everton.

—Al cabo de un rato dejas de escucharla —dice Joyce—. Mi amiga siempre está desenterrando algo o molestando a Rusia. ¿Se cree usted la historia de Jack Mason? ¿Eso de que tenía un socio?

Andrew Everton piensa un momento antes de responder.

—No es muy habitual inventarse algo así. Y, si miente, lo hace por alguna razón, y no me importaría averiguar por qué.

—¿Alguna novedad sobre la muerte de Heather Garbutt? —pregunta Elizabeth—. ¿Sabemos algo de la policía científica?

Andrew Everton se encoge de hombros.

—Ocurre algo curioso cuando buscas huellas dactilares en la celda de una cárcel. Las hay a centenares y en su mayoría pertenecen a personas con antecedentes.

Elizabeth suelta un bufido.

—De verdad se lo digo, no le haga caso —salta Joyce.

Una mujer accede al jardín desde el lateral de la casa. Lleva un mono blanco y unas fundas de plástico envuelven sus zapatos. Una agente de la policía científica. Justo lo que Joyce estaba esperando. Dejará que la mujer se haga una composición de lugar y luego irá a hablar con ella. Nunca está de más preguntar, ¿no?

Hay movimiento en el bosque y un agente con el uniforme lleno

de barro corre hacia ellos desde los árboles.

—Señor —dice el agente—. Hemos encontrado algo.

Andrew Everton asiente.

—Buen trabajo —lo felicita antes de volverse hacia Elizabeth y Joyce—. Ustedes dos, quédense aquí.

Esta vez, ambas sueltan un bufido.

64

—Creo que nunca había habido tanta testosterona en esta habitación —dice Ibrahim, entrando con una bandeja de té con menta para todos.

Viktor y Henrik están en la mesa del comedor, inclinados sobre los documentos financieros del juicio a Heather Garbutt. Ron está sentado en el sofá, viendo algo en el móvil, y Alan está mirando por la ventana, preguntándose cuándo volverá Joyce. De vez en cuando atisba a alguien que podría parecerse un poco a ella y se pone nervioso.

—Cinco muchachos —añade Ibrahim, sirviendo el té—. Dime, Henrik, ¿cómo va tu rabia homicida? ¿Se ha atenuado?

—Olvidada —responde él—. Mi plan era tácticamente ingenuo.

—Y vosotros, chicos, ¿habéis descubierto algo? —pregunta Ron.

—Nada —dice Viktor.

—¿Henrik no era el mejor blanqueador de capitales del mundo? —inquiere Ron.

—Lo soy —contesta el interpelado—. Y puedo demostrarlo.

—Bueno, Bethany Waites encontró algo en esos papeles que vosotros no veis —señala Ron.

—Y lo pagó con la vida —apostilla Ibrahim.

—Así que de momento solo eres un tío con barba.

—Ron, Henrik es mi invitado —dice Ibrahim.

—¿Tu invitado? —repite él sin levantar la vista del móvil—. Ayer quería matar a Joyce y ahora resulta que es tu invitado.

—También quería matarme a mí —tercia Viktor.

—Chicos, fue un error —dice Henrik—. Quise dármelas de duro. No puedo pasarme el día pidiendo perdón.

—No hará falta que lo pidas si descubres quién asesinó a Bethany Waites —dice Ron.

—Lo descubriremos —asegura Henrik.

—¿Bethany Waites le contó algo a alguien? —pregunta Viktor—. ¿Sobre lo que había descubierto?

—No —contesta Ron.

—¿Ni una palabra sobre «Carron Whitehead» o «Robert Brown RML»?

—Nada sobre nadie, que sepamos. Henrik, ¿eres lo bastante rico para comprarte un club de fútbol?

—Ya tengo uno —responde él.

Ibrahim se sienta a la mesa del comedor.

—Bueno, algo sí le dijo a alguien.

—¿Qué? —pregunta Viktor.

—Envió un mensaje a Mike Waghorn —dice Ibrahim—. Un par de semanas antes de desaparecer.

—¿Tienes el mensaje? Podría ser importante —indica Viktor.

—No creo que contuviera nada relevante —repone Ibrahim—. Pero podríamos pedirle a Pauline que se lo pregunte a Mike...

—Ambos vienen a comer dentro de un rato —dice Ron.

—Estás prendado de Pauline, Ron —comenta Viktor.

—Bueno, y tú de Elizabeth —replica él.

—Lo sé —reconoce Viktor—. Pero yo no tengo ninguna posibilidad. Y tú las tienes todas. La suerte va por barrios.

Ron se encoge de hombros, un poco avergonzado.

—Solo somos amigos.

—El amor es un tesoro —señala Viktor, y toma un sorbo de té de menta.

—Si no te sabe mal, ¿podrías poner el posavasos de ganchillo debajo de tu taza? —pide Ibrahim—. Para que no queden marcas en la madera.

—¿Puedo ir al servicio? —pregunta Henrik—. Me he olvidado de ponerme crema hidratante esta mañana y me noto seco.

Ron mira a Ibrahim.

—Mucha testosterona en una habitación, colega. Mucha testosterona...

Alan le ladra a un pinzón.

65

Han encontrado el arma envuelta en un trozo de tela azul claro, enterrada en el bosque, a unos diez metros de la linde. Elizabeth le ha echado un vistazo antes de que se la llevaran para examinarla. Cuando ha oído la palabra *arma*, esperaba que fuera un revólver o, por lo menos, algún tipo de arma corta. Pero se trataba de un arma de asalto, semiautomática. Andrew Everton parecía tan sorprendido como ella; era un arma tremebunda. No contenía munición, pero al lado han hallado también una caja metálica que contenía unas cien mil libras en efectivo.

Así pues, quizá hayan encontrado el arma homicida y, finalmente, una parte del capital estafado. Es cuestión de tiempo y de ciencia forense que quede confirmado. La jefa de la policía científica no debería tardar en volver al laboratorio, pero ahora mismo es Joyce la que acapara su atención. Se han sentado juntas sobre la gabardina de Joyce, después de que esta la haya extendido sobre un banco cubierto de musgo. A saber de lo que estarán hablando. Elizabeth está saliendo del bosque con Andrew Everton.

—Parece que nos debe una —dice ella.

—Estaré en deuda con ustedes en cuanto encontremos el cadáver de Bethany —repone el comisario jefe—. De entrada, centraremos las labores de búsqueda en el mismo sitio.

—Parece que esto debería ser motivo suficiente para detener a Jack Mason. Hacerle algunas preguntas...

—Eso es asunto mío —dice Andrew Everton—. No pueden ocuparse ustedes de todo.

Eso es opinable, pero Elizabeth no ve la necesidad de discutir ahora.

—Aun así, le pido que nos tenga informados.

Andrew Everton le hace una reverencia, un tanto sarcástica para su gusto, a modo de despedida.

—Señora.

Elizabeth se encamina hacia Joyce y la agente de la policía científica. Cuando se acerca, le llegan las palabras de su amiga.

—Pero pongamos que alguien abandona tres cadáveres en un sótano muchos años —está diciendo Joyce—. ¿En qué momento desaparecería el olor?

¿Le estará preguntando por el caso de Rye?

—¿Presentan heridas los cadáveres? —quiere saber la agente de la científica.

—Han sido descuartizados con una sierra mecánica —dice Joyce.

Eso no le suena al caso de Rye.

—Bueno, se desangrarían muy deprisa —explica la agente—. Así que la putrefacción también sería bastante rápida. El hedor sería insoportable durante los dos primeros meses, pongamos, pero luego todo volvería paulatinamente a la normalidad.

—Un poco de ambientador de vez en cuando —dice Joyce.

Elizabeth llega al banco y se dirige a la agente.

—¿Mi amiga está molestándola? Acostumbra a hacerlo.

—En absoluto —responde la agente—. La ayudo con su relato.

—¿Con su relato? —Elizabeth echa una mirada a Joyce, pero esta la evita.

—He pensado que podía intentarlo —dice ella mirando el parterre—. Ya sabes que me gusta escribir.

—Tres cadáveres en un sótano —señala Elizabeth—. Me suena de algo.

—No está prohibido basar tus historias en casos reales —replica Joyce—. Andrew Everton lo hace siempre.

—¿Y qué pintan ahí las sierras mecánicas?

—También tienes que añadir cosas de tu propia cosecha —comenta Joyce.

—¿Y has añadido unas sierras mecánicas?

Joyce asiente y esboza una sonrisa. Elizabeth se pregunta, y no es la primera vez, si conoce a su amiga tan bien como cree.

—¿Regresamos a casa y vemos cómo les va a los chicos? —sugiere Elizabeth—. Así les decimos que hemos encontrado un arma.

66

Pauline y Mike han llegado para comer.

Alan no puede creer lo afortunado que es. ¡Más gente todavía! Solo falta Joyce para que la escena sea perfecta. Seguro que no puede tardar en llegar. Pauline le hace cosquillas en la tripa mientras Mike Waghorn toma asiento.

—Os presento a Henrik —dice Ibrahim—. Es un emprendedor especializado en criptodivisas, es sueco.

Mike junta las manos y dice:

—*Namasté*, Henrik.

—También es un hacha blanqueando capitales —continúa Ibrahim—. Y este es Viktor, un antiguo coronel del KGB.

—Pauline me ha hablado mucho de ti, Viktor —dice Mike.

—¿De verdad? —inquiere Ron, y Pauline le manda un beso por el aire.

—Me alegro de conocerte, Mike Waghorn —dice Viktor—. Confieso que hace un par de semanas no sabía quién eras, pero ahora estoy muy familiarizado con tu trabajo. Aunque a veces no puedo seguir todo lo que dices porque Joyce se pasa todo el rato comentando las noticias locales.

—¿Alguna novedad en la búsqueda? —pregunta Mike.

—Seguimos a la espera —dice Ron. Pauline le ha dicho que Mike se ha tomado muy a pecho la noticia de la búsqueda en el jardín. Era una exclusiva sensacional. El cadáver enterrado como forma de chantaje. El asesino, un cómplice desconocido. Mike quiere que el asesinato quede resuelto, pero supondrá un punto y aparte en su vida.

—De todos modos, no podrías haber elegido un mejor momento para llegar —opina Ibrahim—. ¿Tienes a mano el texto del mensaje que te envío Bethany? ¿Sobre esa información nueva que había descubierto? A Viktor y a Henrik les gustaría escucharlo entero. Quizá nos sirva para averiguar algo.

Mike saca el móvil y se desplaza por la pantalla hasta encontrar

el mensaje. Se vuelve hacia Viktor y Henrik.

> Capitán. Info nueva. No puedo contarte nada, pero
> es pura dinamita. Estoy acercándome
> al meollo de esta historia.

Viktor asiente.

—¿Te llamaba «capitán» normalmente? ¿No será una pista?

—Lo hacía siempre —contesta Mike.

—¿Y solía decir «info» en vez de «información»? —pregunta Henrik—. ¿Era habitual en ella expresarse de manera informal?

—A decir verdad, me enviaba sobre todo emojis y tacos —dice Mike.

—De acuerdo. Y cuando dice...

Alan empieza a saltar y a ladrar como un loco junto a la ventana, como si no pudiera comprender ni por asomo lo que acaba de ver.

Viktor empuja hacia atrás su silla y se arrodilla detrás del sofá empuñando la pistola. Mike levanta una ceja. Henrik se toma un momento y luego le da una palmadita a Viktor en el hombro.

—Viktor —le dice—, deberías dejar de hacer esto. Era yo quien intentaba matarte. Y estoy aquí.

Él reflexiona un momento antes de aceptar que el comentario de Henrik no es desatinado y guardarse el arma en el bolsillo trasero de los pantalones.

—Me alegra no haber intentado matarte —añade Henrik mirando el arma.

—No te lo discuto —replica Viktor volviendo a sentarse—. A estas horas estaría arrojando tu cadáver desde un ferri en el mar del Norte.

Ibrahim abre con el portero automático. Al cabo de un momento, Elizabeth y Joyce entran en el salón. Alan salta hacia Joyce y ella le hace una carantoña.

—¿Alguna novedad? —pregunta Mike.

—No hay cadáver —anuncia Elizabeth—. Todavía. Pero Jack Mason dijo que encontraríamos un arma y así ha sido. Un arma muy potente, por cierto.

—¿Es el arma homicida? —inquiere Ibrahim.

—Sí, Ibrahim —dice Elizabeth—. La policía me la ha prestado y he podido hacerle un estudio forense completo en el taxi que nos ha

traído de vuelta.

Él se vuelve hacia Mike:

—Está siendo sarcástica.

Mike le agradece el aviso.

—Creo que no tardaremos en saberlo —remacha Elizabeth.

—Y también han encontrado dinero —agrega Joyce—. Calculan que unas cien mil libras. En una lata enterrada.

—Andrew Everton cree que tienen material suficiente para detener a Jack Mason —prosigue Elizabeth—. Dinero y un arma en el jardín trasero de su casa. Quizá sea suficiente para que hable. Para que nos diga quién fue quien enterró el dinero y el arma.

—Pues te deseo toda la suerte del mundo —dice Ron.

Henrik está trabajando en su ordenador sin seguir la conversación.

—Mmm... Vale, he encontrado algo.

Todos los presentes se vuelven hacia él al unísono y Henrik se pone colorado.

—Bueno, quizá he encontrado algo.

—Sabía que nos serías de utilidad —comenta Elizabeth—. Suéltalo ya y nosotros decidiremos si es algo o no.

—Mike —dice Henrik—. En el mensaje, Bethany dice que su información es «pura dinamita». ¿Le gustaba gastar bromas?

—Digamos que se divertía tomándome el pelo de vez en cuando —reconoce el presentador.

—Porque lo que descubrió no fue «pura dinamita» —continúa Henrik—. Fue «Pura Dinamita», en mayúsculas.

—¿Pura Dinamita? —pregunta Mike.

—Justo al principio del rastro del dinero, se abonan 115.000 libras a una firma panameña llamada Pura Construcción —cuenta Henrik—. Según he podido ver, y veo muy bien, porque estas cosas se me dan de maravilla, el dinero sigue allí.

—No se te da tan bien asesinar a pensionistas —señala Joyce.

—Eso, eso —remacha Viktor.

—Cuando se funda Pura Construcción, parece que también se crea una red de empresas subsidiarias bajo su paraguas. No las habíamos estudiado porque nunca se les abonó ni un céntimo. Hay una empresa llamada Pura Demolición, otra que se llama Puro Hormigón, otra que se llama Puros Andamios y en Chipre otra que se

llama...

—Pura Dinamita —dice Ron.

Elizabeth mira a su alrededor. Le pone una mano en el hombro a Mike.

—¿Y cuando echas un vistazo a Pura Dinamita? —pregunta.

—Encuentras dos directores con nombre y apellido —dice Henrik —. Una es nuestra vieja amiga Carron Whitehead, de modo que en realidad no nos lleva a ningún sitio. Pero luego tenemos un nombre nuevo por fin. El otro director es un tal Michael Gullis.

—¿Michael Gullis? —repite Elizabeth—. ¿Pauline? ¿Mike? ¿Os suena?

Se miran el uno al otro antes de volverse nuevamente hacia Elizabeth, negando con la cabeza.

—Había un Michael *Gilkes* que jugó con el Reading —interviene Ron—. Era centrocampista.

—Gracias, Ron —dice Elizabeth. Pauline le da una palmadita en la mano a Ron.

Cae el silencio de nuevo sobre la habitación, tan solo perturbado por el tecleo de Henrik en su portátil y los jadeos felices de Alan mientras pasa de uno a otro de los presentes para recibir las atenciones de las que se considera merecedor.

—Elizabeth —dice Joyce—. ¿Podrías acompañarme afuera un momentito?

Ella le dirige un gesto indicándole que desde luego puede hacerlo y salen al pasillo de Ibrahim.

—Pregúntamelo —pide Joyce.

—¿Preguntarte qué? —replica Elizabeth.

—Pregúntame si conozco el nombre de «Michael Gullis» —dice Joyce.

67

El equipo que efectuaba los trabajos de excavación en el jardín de la casa de Heather Garbutt había localizado el arma esa tarde. Seguían excavando, bajo los focos, mientras caía la noche. Andrew Everton pensaba que disponían de pruebas suficientes para por lo menos interrogar a Jack Mason. Chris y Donna fueron los elegidos para la misión.

—Estuviste genial otra vez, de verdad —comenta Chris, recordando la última aparición de Donna en *Diario de noche del sureste*. Había hablado de las estafas en internet y tonteado con un vicario al que también habían invitado al programa para recaudar fondos para una rampa de minusválidos. Chris piensa en adelantar a alguien en una curva ciega, pero entonces recuerda que es noche cerrada y que es un agente de policía.

—Solo tienes que ser tú misma —señala Donna—. Pasar de las cámaras.

—Nunca se me ha dado bien ser yo mismo. No sabría ni por dónde empezar.

—Mi madre me ha dicho que anoche lloraste viendo *Sexo en Nueva York*.

—Sí —reconoce Chris.

—Pues no es la mejor manera de empezar a ser uno mismo —repone Donna.

A Chris le gusta mucho su Ford Focus, sobre todo ahora que no hay bolsas de patatas vacías tiradas en el suelo. El otro día incluso lo lavó con jabón. ¿Hacer esas cosas es ser uno mismo?

—¿Cómo crees que se lo tomará Jack Mason? —pregunta—. Un fusil de asalto y cien mil libras no es algo de lo que uno pueda librarse fácilmente con excusas.

—Es un profesional —responde Donna—. Se mostrará encantador.

—Se librará. ¿No crees? Da igual que sea el propietario de la

casa; después de tanto tiempo no habrá pruebas forenses.

—Vi una película polaca en la que desenterraban un cadáver al cabo de treinta años o algo así, y un tatuaje había quedado impreso en un hueso de la pierna.

—¿Has ido a ver una película polaca? —pregunta Chris.

—Hay que girar a la izquierda aquí —indica Donna. Ya hace un rato que han renunciado al navegador por satélite. La casa de Jack Mason se encuentra en una vía particular en una finca privada a la que se llega por una carretera secundaria y un estrecho camino. Con la evidente intención de que sea difícil de encontrar, especialmente en esa oscuridad total. Tras equivocarse en cada cruce con el que se topan, Chris piensa que sería más fácil presentarse en barco y escalar la pared del acantilado.

Además, Jack Mason podrá ver a cualquiera que se acerque a su casa desde por lo menos un kilómetro de distancia. ¿Habrá visto ya los faros del Ford Focus amarillo? ¿Está esperándolos? ¿Es consciente de lo que le aguarda?

Al final llegan a una verja de hierro de dos batientes. La verja permanece inflexiblemente cerrada cuando se acercan, por lo que Chris se asoma a la ventanilla y prueba con el portero automático. Pulsa el botón de forma intermitente durante medio minuto, pero no obtiene respuesta. Parece que Jack los ha visto llegar, después de todo.

El Chris de antes se habría metido de nuevo en el coche y, refunfuñando, habría rodeado el muro de la finca buscando un sitio por el que entrar. Pero el Chris de ahora, este Chris esbelto y atlético, decide, en cambio, trepar por la verja. Y Donna, al verlo, se baja del coche. Mientras trepa, Chris siente un ardor agradable en sus músculos, la respuesta gratificante de un cuerpo que obedece a sus dictados. Seguro que se le ve muy atractivo, piensa, justo en el instante en que se hace un siete en los pantalones al engancharse con una de las puntas de hierro de la verja. Donna lo imita y trepa en la mitad de tiempo, le desengancha los pantalones y ambos coronan la verja y bajan al camino que lleva a la casa de Jack Mason. Unas luces de seguridad recién instaladas se encienden con casi cada paso que dan.

El desgarrón de sus pantalones no tiene arreglo, lo que permite a Donna disfrutar de una visión panorámica de un bóxer de Homer

Simpson.

—Sinceramente —dice ella mientras el trasero de los pantalones de Chris ondea al viento—, este es un ejemplo perfecto de ser tú mismo. ¿Mi madre te ha elegido esos calzoncillos?

—No. Anoche me olvidé de tender la colada —aclara Chris—. Son mis calzoncillos de emergencia. Vamos a detener a Jack Mason, ¿vale?

Él empieza a subir por el camino cuando Donna se agacha para atarse un cordón. Chris continúa avanzando hasta que oye un clic.

—Donna, ¿en serio que le has hecho una foto a mi culo?

—¿Yo? No —dice ella guardándose el móvil en el bolsillo.

La casa no tarda en aparecer, una silueta perfilada por los focos halógenos de seguridad. Es enorme. Chris nunca había visto una casa tan grande. Cuando vas a un sitio así, siempre hay una tienda de regalos y un salón de té.

El viento silba ahora en su trasero. Ojalá Jack tenga un costurero en casa. ¿Puedes pedirle un costurero a un hombre al que acabas de detener?

Al subir los escalones de piedra de la entrada, Chris procura mantenerse un paso por detrás de Donna. Cuando alarga la mano para pulsar el timbre señorial, se percata de que la puerta está entreabierta. La luz se filtra a la noche por un estrecho hueco. Intercambia una mirada con Donna.

Ella empuja la puerta, revelando el amplísimo vestíbulo de la casa. Hay sofás y mesillas, retratos de hombres con peluca, una vitrina cerrada llena de escopetas y una armadura sobre un pedestal.

Y, tendido sobre la alfombra del vestíbulo, el cadáver de Jack Mason.

Corriendo, Donna es la primera en llegar. Está bocarriba, con una herida de bala en la cabeza. Está helado y bien muerto.

Donna empieza a proteger el lugar de los hechos mientras Chris llama para dar aviso. Les aguarda una larga espera con el cadáver.

Chris lo examina más de cerca. El arma empleada debía de ser *muy* pequeña. Apunta mentalmente el detalle.

—¿Estás bien? —le pregunta a Donna.

—Claro que estoy bien —responde ella—. ¿Y tú?

Chris mira el cadáver.

—Sí, sí. Yo también.

Ambos están bien, pero de todos modos se pasan el brazo por la espalda el uno al otro.

Chris está pensando. El Club del Crimen de los Jueves empieza a investigar el caso de Bethany Waites y, en cuestión de días, dos de los principales sospechosos aparecen muertos. Menuda coincidencia. Echa una mirada a su compañera. Parece que le está dando vueltas a lo mismo.

—Estaba pensando —dice Donna— que deberíamos hacer algo con tus pantalones antes de que llegue todo el circo.

68

Fiona Clemence había supuesto que no volvería a saber de Elizabeth Best. De sus preguntas sobre Bethany Waites. De sus acusaciones.

No podía estar más equivocada.

Todo el mundo sabía que Fiona y Bethany no habían hecho buenas migas. ¿Y qué? Eso no significa que vayas a tirar a alguien por un acantilado, ¿no?

¿Y qué más daba si Fiona no había llorado en el programa de homenaje? Se habían publicado dos cartas al respecto en el *Evening Argus*, lo que desencadenó el equivalente de una tormenta en Twitter para el pequeño mundo del *Diario de noche del sureste*. Pero no pasó a mayores. La gente llora por cualquier cosa últimamente. Te premian si lo haces. Ella, sin ir más lejos, había fingido llorar en los premios BAFTA y había funcionado de maravilla. La edición online del *Daily Mail* tituló: «Fiona, la estrella televisiva, abre el grifo de las lágrimas mientras presume de cuerpo de gimnasio en un vestido ceñidísimo».

¿Hay alguien que llore de verdad o siempre se hace para llamar la atención? Su madre lloró cuando su padre murió, y al cabo de una semana navegaba en un yate en compañía de un dentista de su club de golf. Así que podéis ahorraros el histrionismo.

Señalad con el dedo a Fiona todo lo que queráis, que no vais a hacerla pasar por el tubo.

Fiona Clemence sigue intentando entender cómo consiguió Elizabeth su número de teléfono. Lo más probable era que su amiga Joyce lo hubiera localizado a través de sus contactos en el gobierno. En cualquier caso, el mensaje había llegado la noche anterior.

Me preguntaba si podrías ayudarnos, cariño.

Bastaron unos pocos mensajes más para que Fiona supiera a qué se enfrentaba.

¿Se fía de Elizabeth y de Joyce? No. ¿Esas dos saben *realmente* quién mató a Bethany Waites? Lo duda mucho. Pero ¿las ayudará? Por

motivos que de momento se le escapan, es probable que sí.

Fiona está rodando un anuncio de yogures esta mañana. O de cereales para el desayuno. Ya no lo recuerda. Sabe que tiene que pasar la punta de la lengua por sus famosos labios y decir: «Es delicioso», pero aparte de eso no se lo ha preparado. Está sentada en una silla de plástico en un estudio inmenso mientras los técnicos ajustan la iluminación y varios grupitos de hombres con gafas se reúnen rascándose las barbas y gente mucho más joven les lleva tazas de café.

Fiona está mirando su Instagram. Ha alcanzado los tres millones y medio de seguidores. Le ha prometido a Luke, su asesor de Instagram, que hoy colgará una *storie*. Es muy estricto con ella, pero se lo permite, viendo que puede conseguirle veinticinco mil libras por un *post* sobre unas vacaciones gratis en las Maldivas. Aun así, todo le resulta muy disciplinado y tedioso. Ahora Fiona es una marca y todo el mundo se cree en el derecho de decirle lo que debe hacer. Y lo que es peor: de decirle lo que *no* debe hacer. ¿Quizá debería rebelarse un poco? Junto a ella, un hombre vestido de plátano se come un plátano. Mira qué hora es. Acaban de dar las once. «Es la hora de tomar decisiones, Fiona.»

Elizabeth tampoco le pide mucho, dentro de lo que cabe, pero, aun así, Fiona tiene algunos reparos. De entrada, le había pedido a Elizabeth que hablara con su representante («Ay, querida. No creo que sea la mejor forma de hacerlo, ¿no?»). Elizabeth se esforzó al máximo para convencerla. ¿Qué era lo peor que podía pasar?, le había dicho. Bueno, muchas cosas, la verdad. Por eso Fiona no termina de decidirse.

Una mujer disfrazada de yogur pasa por su lado, así que probablemente se trate de un anuncio de yogures. Fiona no come yogur desde que Gwyneth Paltrow dijo algo al respecto en TikTok.

¿Está cayendo Fiona en una trampa? ¿Debería negarse y zanjar el asunto de una vez por todas? ¿Por qué se plantea siquiera la idea de hacerlo?

Elizabeth y Joyce le habían lanzado todo tipo de preguntas en su primer encuentro y, la verdad sea dicha, Fiona había pasado un rato muy agradable con ellas. Había sido muy agradable que una anciana que había fingido un desmayo y otra que llevaba una pistola en el bolso la acusaran de asesinato.

En fin, si quieren su ayuda, la tendrán. Quizá. Tal vez. Levantará

polvareda como mínimo. Hoy día, proponer nuevos contenidos lo es todo. Cosas novedosas. Fiona se pregunta qué titular le dedicará esta vez la edición online del *Daily Mail*.

Uno de los hombres con barba y gafas se le acerca.

—Hola, Fiona. Soy Rory. Hemos retocado mínimamente el guion y quería preguntarte si no te importaría que te pusiéramos una manchita de yogur en la nariz. Pensamos que podría funcionar divinamente. Darle un toque de humor, ¿no?

Fiona lo obsequia con su sonrisa deslumbrante.

—No voy a ponerme yogur en la nariz, Rory.

Este asiente.

—Vale, vale, perfecto. Lo hacemos sin yogur en la nariz. Me encanta.

Rory se esfuma. El hombre disfrazado de plátano le pide un selfi y Fiona le hace saber, con tacto, que no está siendo profesional.

Vuelve a consultar su móvil y escribe la información que le ha pedido Elizabeth. Por última vez se pregunta por qué lo hace. ¿Por diversión, quizá? ¿Porque es algo nuevo e interesante que hacer? Para ver cómo se resuelve todo, desde luego.

¿Y quizá, solo quizá, por Bethany?

Fiona niega con la cabeza. No es una mujer sentimental. Lo hace para tener más seguidores. No hay otra explicación posible.

Pulsa el botón de «Enviar». La suerte está echada.

69

A Chris le cuesta seguir las palabras de Andrew Everton. La sala está muy concurrida y hay conversaciones animadas por todas partes. Es una noche de entre semana y la gente está tomando una copa. La euforia del alcohol se deja sentir en el ambiente. Cuando se dirigen a la mesa, Andrew Everton le habla directamente al oído.

—¿Un suicidio?

—Eso parecía —dice Chris.

—No me creo nada que tenga que ver con este caso —replica Everton—. Una amiga tuya vino a verme.

—¿Ah, sí? —dice Chris, volviéndose hacia el oído de su jefe.

—Una mujer llamada Elizabeth.

Menuda sorpresa.

—Lo siento —dice él cuando llegan a la mesa.

—Qué va —responde Andrew Everton.

Chris busca la tarjetita con su nombre. Le ha tocado junto a Patrice, gracias a Dios. A veces les da por separar a las parejas en esos actos.

—Tu amiga me ha encargado un trabajo —explica el comisario.

—No me sorprende viniendo de ella —repone Chris.

—¿Es de fiar?

—Desde luego que no —contesta Chris, pero su carcajada dice lo contrario, y Andrew Everton asiente.

Chris retira la silla de Patrice para que esta pueda sentarse.

—Creo que podría acostumbrarme a esto —dice ella dirigiéndose a Andrew Everton—. ¿A quién tendría que detener Chris para que vuelvan a invitarlo el año que viene?

El comisario se ríe.

Donna y Chris van a recibir una medalla «al mérito en el cumplimiento del deber». Están chapadas en oro. Terry Hallet tiene una y le ha enseñado unas fotos.

Andrew Everton se vuelve hacia Chris y Patrice.

—¿Os gustaría ver la medalla?

—Por supuesto —dice ella—. Las maestras no vemos medallas muy a menudo.

El comisario se mete la mano en el bolsillo y saca una bolsita de terciopelo. Abre el cordón y extrae la medalla.

—En eBay te darían un buen dinero por ella —comenta Patrice al tiempo que aprieta la mano de Chris.

Frente a ellos, hay dos sillas vacías. Donna vendrá con Bogdan. Al final no le quedó más remedio que confesar. Cine polaco, claro. Patrice todavía no lo ha conocido, pero ha visto fotos y está entusiasmada, quizá demasiado para el gusto de Chris.

Pero Bogdan hace muy feliz a su compañera, y esa es la única cosa que le interesa.

Patrice le da un beso.

—¿Te hace ilusión?

—Es la primera vez que gano algo —dice él.

—¿Y mi corazón no te lo has ganado? —replica ella.

—Tu corazón no puedo colgarlo en el cuarto de baño de la planta baja para impresionar a los invitados, ¿no? ¿Y a ti te hace ilusión conocer a Bogdan?

—Ay, Dios —exclama Patrice—. Muchísima.

De nuevo le parece que quizá está más entusiasmada de lo normal. Chris sospecha que Bogdan será un yerno político difícil de igualar. Aunque, para que eso ocurra, antes tendrían que celebrarse unas cuantas bodas. Bueno, en realidad solo dos. «Deja de pensar en bodas, Chris. Di algo para impresionar a Andrew Everton.»

—Hace tres meses que no me como un Toblerone.

—¿De verdad? —dice Andrew Everton.

«Madre mía, Chris...»

El maestro de ceremonias, un humorista que Chris ha visto en televisión, Josh no sé cuántos, empieza la ceremonia con un monólogo. Es muy divertido, se mete con todo el mundo y se ventila como si nada a los borrachuzos que lo importunan con preguntas. Chris ve que Donna entra por la puerta lateral del gran salón. Ha llegado sola. «Ay.» Patrice y él la observan mientras se aproxima a la mesa y se sienta; su gesto parece un acantilado en una negra tormenta. A su lado queda vacía una silla.

—¿Bogdan no viene? —pregunta Chris.

—Elizabeth lo necesitaba —dice ella.
Bien, eso se está convirtiendo en una costumbre.
¿Está pasando algo que no sepan?

Tercera parte
Hay que ponerse al día de las noticias…

70

Joyce

Me encuentro en Staffordshire. Estamos casi todos. Por lo menos, todos los que debemos estar. Elizabeth y Stephen han venido: se encuentran en una habitación al final del pasillo, pero esta mañana todavía no han salido. Ron y Pauline duermen en el ala este: esta mansión tiene alas. Ibrahim los trajo en coche. Él se aloja en la casa del guarda que hay al final del camino.

Henrik también está aquí, como es evidente, porque esta es su casa. Es como Downton Abbey, pero con una máquina de *pinball* y un *jacuzzi*.

Mike Waghorn también ha venido. Anoche le propuse que se tomara un brandy con nosotros en la biblioteca, pero quería acostarse temprano porque le hemos dado trabajo para hoy y se lo está tomando en serio.

Al final nos quedamos solamente Ibrahim y yo. Nos preparamos una copa y charlamos. Está muy animado porque ha descubierto la identidad de «Carron Whitehead». Descifró el enigma en el coche, de camino a la mansión. Cuando me lo dijo, lo miré del derecho y del revés, pero había dado en el blanco.

Cuando quiere, puede ser muy inteligente. De todos modos, el mérito de «Michael Gullis» es mío. Y eso fue lo que resolvió el caso.

Le dije a Joanna que lo había resuelto y ella me dijo «Bravo», y me pareció que era sincera. Incluso me envió un emoji con un pulgar levantado.

En cuanto a «Robert Brown RML», seguimos sin saber nada, pero tampoco es que importe demasiado de momento. Estoy segura de que tarde o temprano lo averiguaremos.

A Stephen le enseñaron la biblioteca cuando llegamos. Parecía un niño con zapatos nuevos, le brillaban los ojos y sonreía de oreja a oreja. Rejuveneció varios años.

Viktor está desayunando en su habitación y tomando notas para más tarde. Es interesante ver cómo se organiza. Andrew Everton también está de camino. Anoche se celebró la entrega de premios de la Policía de Kent y no podía perdérsela. Chris y Donna iban a recibir una condecoración. Lo vi en el Instagram de Donna. Tengo entendido que Bogdan debería haberla acompañado al acto, pero tuvo que traer a Elizabeth y a Stephen a la casa. Me pregunto si le habrá sabido mal a Donna. Creo que nadie se ha enterado de que están saliendo, aunque hace un rato lo he hablado discretamente con Pauline. Lo que está claro es que Donna no aparece sonriendo en las fotos.

Alguien no ha venido. Es Fiona Clemence, pero eso no significa que no

participe.

Alan se ha quedado en casa.

Por cómo lo digo, parece que lo haya decidido él porque tenía mejores cosas que hacer. Si todos hemos venido a Staffordshire, os preguntaréis quién cuidará de él.

Tenemos un vecino nuevo en Coopers Chase. Se llama Mervyn y es galés. Siempre he sentido debilidad por los galeses. Fue maestro de escuela. Y la verdad es que salta a la vista. Estricto, pero justo. Pelo cano, bigote oscuro, ya os imagináis su aspecto. Un encanto. Se lo enseñé a Pauline de lejos y me dio su visto bueno. Pensaba que Pauline se habría molestado un poco conmigo por cómo la interrogué esa tarde tomando un té, pero ni por asomo. Supongo que quiere lo mismo que todos nosotros: que la verdad salga a la luz.

Pues bien, Mervyn tiene una cairn terrier llamada Rosie y nos tropezamos los cuatro hace un par de días, durante el paseo de los perros. Alan olisqueó a Rosie, y supongo que Alan, si se lo preguntaran, diría que yo también olisqueé a Mervyn. En resumen, nos pusimos a charlar y esa misma tarde le llevé una tartaleta de crema con una cereza, solo como gesto de bienvenida a la urbanización. Mervyn se ocupará de alimentar y pasear a Alan hasta mi regreso. Le dije que se lo agradecía en el alma y él me regaló una pequeña sonrisa.

Y, antes de que me lo preguntéis, sí, Mervyn es heterosexual. Estuvo casado dos veces y tiene cinco hijos. Y en uno de sus estantes vi un DVD de *Top Gear*.

En principio solo tendríamos que estar aquí veinticuatro horas, a menos que se tuerzan mucho las cosas. Lo que me recuerda que he de decirle a Ibrahim que aparque su coche detrás de la casa. A Bogdan no ha hecho falta decírselo: ya lo ha escondido.

La idea es empezar sobre las doce del mediodía. Creo que cada uno sabe lo que debe hacer. A mí no me ha tocado ningún papel en concreto, así que haré de espectadora.

Y creo que me lo he ganado a pulso, ya que he sido yo quien ha descubierto quién asesinó a Bethany Waites.

Muy pronto lo sabrá el mundo entero.

Le di a Mervyn mi número de teléfono. «Por si quieres enviarme una foto de Alan», le dije, pero todavía no lo ha hecho. Voy mirando el móvil, pero nada de momento.

71

Es humillante que te dejen tirado frente a una verja con los ojos vendados, pero, si ese es el precio de la entrada, que así sea. Es de esperar un poco de paranoia dadas las circunstancias.

La entrada a la casa es majestuosa. Un largo camino de grava, setos ornamentales, fuentes, esculturas de leones. Pero los empleados que se ocupan de todo hoy no han venido al trabajo. Ni un solo chófer o jardinero que asome la nariz, que pueda contar después lo que ha visto. Tal y como habían acordado. Mira a las ventanas y tampoco percibe movimiento alguno. Cabe la posibilidad de que sea una trampa, aunque, de momento, no lo parece.

La casa en sí es demasiado grande. Mucho más de lo necesario si ese hombre, el vikingo, vive aquí solo. Dado el secretismo que rodea toda la operación, y dada la naturaleza monosílaba de su intercambio de e-mails, el riesgo parece asumible. Estarán a solas y tendrá que jugar sus cartas a la perfección. Conseguir lo que has venido a buscar y largarte. No es fácil, nada fácil, pero la recompensa bien vale la pena.

Un toque en el timbre. El sonido reverbera en lo más profundo de la solitaria casa. ¿Cuánto habrá pagado el vikingo por esto? ¿Veinte millones de libras? Como mínimo.

Oye unos pasos que se acercan y la gran puerta de roble se abre. Ahí está él, el hombre en persona. ¿Cuánto medirá? ¿Dos metros? Una barba enorme, un camiseta de los Foo Fighters ceñida a su enorme torso.

Una mano tendida, un apretón.

—Usted debe de ser el vikingo.

—Y usted —responde este— debe de ser Andrew Everton. Permítame que lo acompañe a la biblioteca.

Andrew Everton sigue a la enorme figura por el vestíbulo de mármol y, luego, por un pasillo alfombrado. Hay obras de arte en todas las paredes, en su mayoría demasiado modernas para el gusto

del comisario jefe, aunque algún que otro velero o iglesia normanda lo arreglan. El vikingo lo conduce a la biblioteca, un refugio de maderas oscuras, cuero rojo e iluminación tenue. Andrew Everton piensa en el cartel que tiene colgado en su despacho: EL DELITO NO VALE LA PENA. Eso ya lo veremos.

El vikingo le señala las paredes, cubiertas de libros del zócalo al techo.

—¿Le gusta leer, comisario jefe?

—Me gusta escribir libros más que leerlos, si le soy sincero —responde Andrew Everton antes de sentarse en el sillón que le indica su anfitrión—. Supongo que podemos ahorrarnos toda la cháchara, ¿no cree? Es una casa preciosa, el viaje ha sido agradable, no necesito ir al baño y tengo suficiente con un vaso de agua.

—Muy bien —asiente el vikingo, y se instala en un sofá de dos plazas llenándolo casi por completo. Enciende una lámpara que hay al lado—. ¿En qué puedo ayudarlo, señor Everton?

72

Joyce

La lámpara es la clave de todo. Al encenderla, se activan todas las cámaras y los micrófonos. Estamos en la cocina del servicio, situada en la parte trasera de la casa, guardando un silencio sepulcral, y ahora podemos ver las imágenes en directo de la biblioteca. No vemos a Henrik porque no ha querido salir en el vídeo. Por su imperio criminal, no porque sea tímido. Aunque también es bastante tímido, o eso me parece.

Por cierto, el otro día miré mi cuenta de criptomonedas y ahora tiene un valor de cincuenta y seis mil libras. Así que gracias, Henrik.

Andrew Everton parece muy seguro de sí mismo. No tiene ni idea de dónde se ha metido. Elizabeth le dio un soplo sobre el vikingo («Esto quedará entre nosotros, Andrew»), el blanqueador de capitales que había intentado matarnos. «Puedo conseguirte una cita con él, no me preguntes cómo ni me preguntes dónde; simplemente, dame las gracias. Podrías hacerle una visita, ¿no?»

Y eso es exactamente lo que Andrew Everton está haciendo ahora. No para recabar pruebas, no para detenerlo, sino porque es un hombre que necesita a un blanqueador de capitales como agua de mayo.

Porque Andrew Everton fue el cerebro del fraude con el IVA. Andrew Everton mató a Bethany Waites y chantajeó a Jack Mason y a Heather Garbutt para hacerlos callar.

En su libro *Usado en su contra*, creo que ya os he hablado de él, el protagonista es un jefe mafioso llamado Big Mick. ¿Y cuál es el nombre completo de Big Mick?

Michael Gullis.

Un error chapucero en los primeros compases del fraude. Nadie está a salvo de cometer un error.

Y si os estáis preguntando si podría tratarse de una coincidencia, el nombre de otro de los primeros beneficiarios también aparece en una de las novelas de Andrew Everton.

Ya os dije que Ibrahim resolvió el enigma de «Carron Whitehead». Era bastante simple.

Es un anagrama de «Catherine Howard». La comisaria «dura como la teca». Qué listo es Ibrahim.

Así que supusimos que Andrew Everton no había podido recuperar el dinero de la estafa y que tendría interés en mantener una charla privada con el vikingo.

Y esa «charla privada» es lo que estamos viendo ahora.

73

—Soy agente de policía —dice Andrew Everton—. Lo entiende, ¿no?

—Lo entiendo —asiente el vikingo—. Y no hay problema siempre y cuando no esté grabando esta conversación en audio o en vídeo.

—Lo mismo digo —responde el comisario—. De todos modos, si me estuviese grabando, nada de lo que diga aquí tendría validez judicial, así que estaría perdiendo el tiempo.

—Nadie está grabando a nadie —contesta el vikingo—. Yo no trabajo así. ¿Dice que necesita mi ayuda?

Andrew Everton se inclina hacia delante.

—Tengo diez millones de libras repartidas por varias cuentas en todo el mundo. Ahora mismo no dispongo de ningún medio para recuperar el dinero sin levantar sospechas. He pensado que usted podría ayudarme.

—¿Diez millones? Sí, es fácil —dice el vikingo—. ¿Y qué gano yo?

—Medio millón —contesta Everton.

El vikingo se ríe.

—Y un comisario jefe a su servicio. Usted cuide de mí, que yo cuidaré de usted.

El vikingo asiente.

—Necesito saber de dónde sale ese dinero. Ciertos capitales prefiero no tocarlos.

—Un fraude con el IVA, de hace unos diez años. Móviles que entraban y salían de Dover. Dinero fácil.

—¿Fue idea suya? —pregunta el vikingo.

—Culpable —dice Andrew Everton—. Estaba escribiendo una novela. Tengo la desgracia de que me gusta escribir y se me ocurrió este plan, aunque en realidad era más bien para el argumento de la novela. Sin embargo, después de pensarlo un poco, me dije: «¿Sabes qué?, no voy a meterlo en la novela, lo haré de verdad».

—Inteligente.

—Bueno, a veces me sirvo de crímenes reales en mis argumentos. Esta vez aproveché uno de mis argumentos para un crimen real.

—¿Cómo lo hizo? —pregunta el vikingo.

—Todavía no era comisario jefe en esa época, pero tenía algunos conocidos. Hablé con un tipo que se llamaba Jack Mason. El hombre tenía toda clase de negocios turbios, pero nunca lo cazamos porque era inteligente. Y eso era precisamente lo que necesitaba. Le conté el plan y decidimos hacerlo juntos.

—¿Y se sacó diez millones?

—Por ahí anda la cifra —dice Everton.

—¿Y por qué lo dejó?

—Una periodista se puso a investigarlo. Y se acercó tanto que empecé a sentirme incómodo. Consiguió mandar a la cárcel a una de mis colaboradoras, así que lo dejamos.

—¿Y esa periodista lo dejó?

—Pues no —replica Andrew Everton—. Murió.

74

Joyce

Elizabeth y Viktor parecen muy felices con cómo se está desarrollando todo.

Hay que reconocerle el mérito a Henrik. «¿Fue idea suya?», «¿Cómo lo hizo?», «¿Se sacó diez millones?», «¿Por qué lo dejó?». Todas las preguntas que le habían insistido que hiciera. La confesión perfecta.

Elizabeth sabía que Andrew Everton sería totalmente sincero. Necesita que el vikingo confíe en él y lo ayude, es lo bastante ególatra para querer arrogarse el mérito de la estafa y, como él mismo ha dicho, nada de lo que hemos grabado tendría validez judicial.

Pero, evidentemente, no nos hará falta. Esa es la parte más bonita del plan de Elizabeth. Andrew Everton será declarado culpable mucho antes de que pise el interior de un tribunal de justicia.

Mike está caminando por la cocina, ensayando las frases que dirá luego.

75

Fiona Clemence está recibiendo un sinfín de mensajes de amigos preocupados.

Han hackeado a Fi.
¡Insta hackeado!
¿Has visto tu Insta?
Fi, qué coño pasa?????

Fiona consigue que algunos amigos influyentes corran la voz.

Chicos, @FionaClemClem ha sido hackeada. ¡No miréis! Algo muy raro está pasando en la cuenta de @FionaClemClem. Esto es demencial.

De pronto, más de doscientas cincuenta mil personas estaban viendo su Instagram Live, y la cifra seguía subiendo de segundo en segundo. Y lo que estaban viendo todos sus seguidores no era a Fiona Clemence comprando maquillaje o dando consejos de *hot yoga*.

Lo que estaban viendo era al comisario jefe de la policía de Kent confesando una estafa multimillonaria en una transmisión en directo.

No se veía con quién conversaba, pero se encontraba en una especie de biblioteca, y hablaba sobre teléfonos móviles y hacer tratos con delincuentes. El número de espectadores sigue subiendo a medida que se difunde la noticia. Instagram, Twitter, TikTok; incluso la gente mayor está compartiendo la noticia por WhatsApp. Todo el mundo lo está viendo, todo el mundo lo comenta, todo el mundo pide la cabeza del tal Andrew Everton.

Incluso el técnico que le está alisando el pelo a Fiona esta mañana le enseña su móvil y le dice: «¿Lo has visto?».

Como si no fuera con ella, Fiona también ve que su número de seguidores en Instagram se dispara por encima de los cuatro millones mientras el drama se desarrolla en su cuenta «hackeada». En estos instantes, el comisario jefe está echando un vistazo a la sala y se oye

que alguien escribe en un teclado. La sección de comentarios del vídeo ha entrado en erupción.

Elizabeth no había pedido más. El nombre de usuario y la contraseña de la cuenta de Instagram de Fiona. «Solo será una horita, querida —le había dicho—. Ni siquiera te darás cuenta.»

76

Andrew Everton aguarda tranquilo en el sillón mientras el vikingo teclea algo en su portátil. Todo perfecto por ahora. El vikingo le cae bien, y parece que el sentimiento es mutuo. Sin embargo, lo más importante es que confía en él y se siente a salvo en esta salita acogedora, perdida en medio de la nada. Andrew Everton tiene la sensación de que saldrá de esta casa mucho más rico de lo que era al entrar en ella.

El vikingo cierra su portátil.

—¿Mató a alguien?

—No —dice Andrew Everton—. Todo fue limpio.

—¿Seguro?

—Escuche, gané dinero, me salté la ley, me porté mal, pero no maté a nadie. —¿Y si el vikingo piensa que el riesgo es inasumible?

—He leído que la periodista se llamaba Bethany Waites —dice el vikingo—. Bethany Waites trabajaba en *Diario de noche del sureste*. ¿Era la periodista que informó de su noticia?

—Esa fue, sí —asiente Everton.

—Y la chica murió —señala el vikingo—. ¿La mató alguien?

—Pues sí —dice Everton—. Pero no fui yo. No tiene de qué preocuparse conmigo.

—Pues quizá sí me preocupa —replica el vikingo—. ¿La mujer que fue a la cárcel se llamaba Heather Garbutt?

—Exacto —afirma Andrew Everton.

—¿Y también murió?

—Sí, también. Y también en esta ocasión yo no tuve nada que ver. Se suicidó. Una tragedia, pero...

—¿Y su cómplice, Jack Mason?

—Deje que se lo explique —dice Andrew Everton—. Sí, Mason también murió.

—Muchos muertos a su alrededor —comenta el vikingo—. Eso me preocupa.

—Por supuesto, lo entiendo a la perfección.

—Por eso le pido que sea sincero conmigo. Estamos solos aquí y necesito poder confiar en usted. ¿Los mató?

—No —asegura Andrew Everton.

—¿Quizá mató a una o dos de esas personas? —insiste el vikingo.

—Yo no maté a nadie.

—Pues es una coincidencia muy llamativa.

—Sí —acepta Everton—. Es una coincidencia muy llamativa. Pero puede confiar en mí.

77

Joyce

Ibrahim lo tiene todo abierto. Miles de personas están viendo la emisión en directo a través de la cuenta de Fiona. «Bethany Waites» se ha encaramado al primer puesto en la lista de *trending topics* de Twitter. La gente comparte vídeos de ella, cuelga artículos de prensa de los días posteriores a su desaparición. Su cara aparece por todas partes.

Lo mismo que la de Andrew Everton. La sección de comentarios ha enloquecido con el «Puede confiar en mí». La policía de Kent ha tenido que desactivar su cuenta de Twitter. Incluso Sky News se ha hecho eco de la noticia. No tienen autorización para reproducir las imágenes, pero las están comentando para sus espectadores.

Recapitulando: Andrew Everton ha confesado la estafa y ha confesado que era socio de Jack Mason, pero todavía no ha confesado los asesinatos. No diré que esperaba que lo hiciera. Aunque estés a solas con alguien, no es plato de buen gusto reconocer que uno es un asesino, ¿no?

Pero eso es justo lo que pretendemos. Que Andrew Everton confiese todo lo que ha hecho. Que diga la verdad frente al mundo entero. Hacer justicia por Bethany.

Elizabeth y Viktor están deliberando en un rincón. No sé qué le estará diciendo ella, pero Viktor asiente. ¡Creo que ha llegado la hora de que la Bala entre en escena!

78

Detrás del vikingo hay una puerta cerrada, que ahora se abre. Un hombre entra en la biblioteca. Es bajito y calvo, y lleva unas gafas demasiado grandes para su cara. ¿Qué está pasando aquí?

—No —dice Andrew Everton—. No. Acordamos que estaríamos solos.

—Le presento a mi socio —comenta el vikingo—. Se llama Yuri.

—Un gusto conocerlo, comisario jefe —dice Viktor—. Veo que ha estado usted muy ocupado.

—Esto no es lo que pactamos —insiste Everton.

—Concédame un minuto —pide Viktor—. Si no le gusta lo que voy a decirle, me iré y usted podrá marcharse también. No tiene nada que temer.

—Un minuto —acepta Andrew Everton, buscando una salida con la mirada.

—Mi amigo, al que llaman el vikingo, es el genio entre los aquí presentes. Aunque bien podría ser que tú también lo fueras, Andrew. ¿Puedo tutearte?

—Desde luego, Yuri —contesta él.

—Salta a la vista que eres un hombre inteligente, Andrew. Todo un comisario jefe, mi enhorabuena. Y también un autor de prestigio, bajo el pseudónimo de MacKenzie McStewart. He leído hace poco, con gran placer, *Puede guardar silencio*, una gran novela, muy ambiciosa, en mi opinión. Me ha recordado a John Grisham. Ahora, como guinda de esta lista de logros, descubrimos que eres un maestro del crimen... Policía, escritor de novela negra, maestro del crimen. Parece que tus aptitudes se solapan un poco, ¿no crees?

Andrew Everton asiente. Hay algo en ese hombre que le agrada. Y lleva razón con lo de *Puede guardar silencio*. La novela tiene un aire a John Grisham.

—Bien, podríamos decir que casi eres un maestro del crimen, ¿no? La estafa salió bien, muy sencilla, muy elegante, pero todavía no

has podido recuperar el dinero. Y es aquí donde entramos nosotros. ¿Podemos localizar el dinero? Sí, por lo menos mi amigo puede. ¿Nos gustaría hacer negocios contigo? También, porque eres un hombre con poder y me figuro que tal vez puedas ayudarnos en varios terrenos. ¿Estarías dispuesto?

—Lo estaría —asiente Andrew Everton—. Si me conseguís esos diez millones, os daré lo que queráis.

—Veo que somos de la misma opinión —señala Viktor—. Y eso es precisamente lo que imaginaba. A ambos nos gusta el dinero, por supuesto que sí, pero también somos hombres con principios. A veces nos saltamos las normas, es innegable, pero las normas no son para todo el mundo, ¿no?

—Desde luego, desde luego —conviene Everton. Está a punto de conseguir su dinero, ya lo nota en la punta de los dedos. Todos estos años deslomándose finalmente darán fruto. Una casa en España, un estudio donde escribir, con vistas al mar. Fingirá que ha firmado un contrato millonario con una editorial, muy confidencial, y dejará su trabajo para siempre. Ese hombre, con sus gafas enormes, es la última pieza del puzle.

—Pero necesito poder confiar en ti —añade Viktor—. E intuyo que lo haré. Intuyo que somos parecidos. Que tenemos opiniones parecidas sobre este mundo despiadado en el que vivimos.

—Y que lo digas —dice Andrew Everton. Vio una casa en internet, en la Costa Dorada. Tenía dos piscinas nada menos, por el amor de Dios.

—Así que necesito que me digas la verdad —continúa Viktor—. Sobre la periodista. Y sobre tus dos amigos. Tres muertes, todas ellas relacionadas con tu estafa. Quiero confiar en ti, así que necesito que seas sincero conmigo. Los mataste tú, ¿verdad? Puedes decírmelo.

Andrew Everton sopesa cómo reaccionar. ¿Qué quiere oír de él ese hombre? ¿Que los mató a todos? ¿Que no los mató? ¿Qué sería una respuesta «con principios» en este caso? Toma una decisión.

—No los maté —dice por último—. No soy un asesino.

Viktor asiente.

—¿Así que los tres murieron sin más?

Everton asiente.

—Sí, los tres... murieron sin más.

—Me decepcionas, comisario jefe —suelta Viktor—. Esperaba oír

la verdad.

Andrew se ve ahora en un dilema. ¿Es posible que este hombre sepa la verdad? Sopesa las distintas mentiras que podría contarle. Está tan cerca de su objetivo. «No lo eches a perder ahora. Mantente en tus trece. Este hombre sabrá valorarlo.»

—No los maté.

Viktor pone un gesto de contrariedad.

—Andrew, no me gusta nada oír esto, a tenor de la información que obra en mi poder.

—¿Qué información? —pregunta él. Seguro que va de farol. Solo lo está poniendo a prueba. «Sigue negándolo, sigue negándolo, y en cuestión de días estarás en España.»

—Que fuiste tú quien asesinó a Bethany Waites. Enterraste su cuerpo en el jardín de una casa en Sussex, y lo usaste para chantajear a tus socios en la estafa, Jack Mason y Heather Garbutt, para que no se fueran de la lengua. Que luego ordenaste la muerte de Heather Garbutt en la cárcel de Darwell y que, por si fuera poco, además asesinaste a Jack Mason hace dos noches. —Lo de Jack Mason es una conjetura, pero el comisario jefe no tiene por qué saberlo.

Andrew Everton se queda estupefacto, paralizado. ¿De dónde habrá sacado ese tipo la información sobre el cadáver de Bethany y el chantaje? En verdad, esto no tiene ningún sentido. Jack Mason jamás habría dado su nombre, ni en un millón de años. Y a Heather Garbutt la tenía aterrorizada con lo que podía hacerle. ¿Cómo lo ha sabido?

—Solo la verdad, Andrew —insiste Viktor—. Así sabremos a qué atenernos. Así podremos seguir adelante confiando el uno en el otro.

Andrew Everton debe tomar una decisión crucial. ¿Confesar? ¿Cómo va a mantenerse firme en su versión de los hechos si el tal Yuri parece conocer la verdad? ¿Confiar en Yuri y en el vikingo? ¿Pronunciar las palabras? Están los tres solos en una habitación perdida en medio de la nada. Es muy consciente de que la siguiente frase que salga de su boca podría reportarle diez millones de libras.

—De acuerdo —dice al fin—. ¿Me garantizáis que esta información jamás saldrá de aquí?

—No nos ve nadie —aclara Viktor—. Y tampoco nos oye nadie.

Andrew Everton junta las palmas de las manos como si rogara perdón.

—Yo asesiné a Bethany Waites.

79

Connie Johnson lo está viendo todo en el plasma de su celda. La conexión wifi se está comportando por una vez y puede ver la emisión a través de YouTube.

Así están las cosas, pues. Asunto concluido. Andrew Everton ha cantado. El comisario jefe. Había coincidido con él un par de veces y le había parecido bastante simpático. Pero ¿un asesino? ¿Quién lo habría dicho? Y qué ventajoso para Connie.

Aun así, ese hombre no había asesinado a Heather Garbutt.

Connie había encontrado su cadáver cuando volvió a su celda para una nueva charla. Las agujas de hacer punto y todo lo demás. Había una nota de suicidio junto al cadáver, unos últimos adioses, etcétera. Heather Garbutt estaba aterrorizada a causa de algo y, viendo a Andrew Everton en pantalla, Connie por lo menos sabe ahora el motivo.

Connie había pensado rápido. Ibrahim y su banda estaban sobre la pista del asesino de Bethany Waites y, según sus cálculos, probablemente iban a dar con él. Y no se había equivocado, ¿no? Connie había pensado que no le vendría mal implicarse en el asunto. Echar una mano. El juez quizá sería un poco más benévolo con ella si ayudaba a descubrir a un asesino.

Así que había roto la nota de Heather —«Adiós, ya no lo aguanto más», o algo por el estilo; solo la había leído por encima— y había escrito otra de su puño y letra. Y en el texto hizo que Heather pareciera la víctima de un asesinato, además de presentarse a sí misma como alguien con información. Una salvadora.

Ahora que Connie sabe que Andrew Everton mató a Bethany Waites, puede poner en marcha la segunda parte de su plan. Tiene que inventarse alguna prueba que demuestre que también asesinó a Heather Garbutt. El chico de las oficinas, el del Volvo, que había borrado la grabación en la que se la veía entrar en la celda de Heather esa noche... Connie está convencida de que también se acordará de

haber visto a Andrew Everton esa noche en la cárcel. Y Connie recordará, sin duda, algo que Heather le había dicho. Un comentario aparentemente inofensivo sobre la policía: «Esto llega hasta lo más alto», o alguna tontería por el estilo. Se divertirá inventándose ese recuerdo.

Everton será condenado y Connie conseguirá que le resten algunos años de condena por haber colaborado con las autoridades. Maravilloso. Y cuanto antes pueda salir, antes podrá ocuparse de Ron Ritchie.

Tiene que reconocerle el mérito a Ibrahim. Le había ido muy bien conocerlo.

Aunque ahora recuerda que Ibrahim le dijo que se había preocupado por Heather Garbutt. Y que eso demostraba que no era una sociópata.

Y, mientras él se lo decía, ella tenía la nota de suicidio rota de Heather Garbutt en el bolsillo.

La terapia es un proceso fascinante. Se muere de ganas de continuar.

80

Joyce

Supongo que os imagináis el revuelo que se ha armado aquí cuando lo ha dicho.

—Viktor golpea de nuevo —ha exclamado Elizabeth—. La Bala nunca falla.

Ahora hay más de tres millones de espectadores viendo la emisión del Instagram de Fiona. Todos han oído lo mismo y no se cortan ni un pelo a la hora de dar su opinión. Todos quieren saber qué ocurrirá a continuación.

Voy escribiendo a medida que lo veo. El ambiente se ha relajado mucho y los tres charlan sobre cuentas bancarias. Viktor está sirviendo unos vasos de whisky.

Ron acaba de contarnos una historia sobre un policía de Yorkshire que lo golpeó con una porra. Le he preguntado si le habían golpeado muchas veces en esos años y me ha dicho que sí.

Incluso tratándose de nosotros, hemos hecho un trabajo en equipo extraordinario. Descifrar los nombres de los documentos financieros, lograr que Jack Mason se sincerara, trabar amistad con Fiona Clemence. Tal vez decir «amistad» sea pasarse, aunque, viendo los números actuales de su cuenta en Instagram, quizá terminemos siendo amigas. Henrik también ha aportado su granito de arena, y nuestro maravilloso Viktor le ha sonsacado la confesión. Y eso que Pauline y Mike todavía no han intervenido. Pauline ha tenido que volver a maquillar a Mike Waghorn porque ha llorado. Acabo de decirle que hay tres millones de personas viendo la emisión y me ha contestado que está preparado.

Hace un rato, le he preguntado a Bogdan cómo estaba Donna, y él me ha dicho que a qué me refería, y yo le he dicho que a qué va a ser, y él me ha dirigido una sonrisita monísima y ha levantado el pulgar.

Lo que me recuerda que acaba de llegarme un mensaje de Mervyn. Me ha hecho ilusión ver su nombre en el móvil y se me ha acelerado el corazón cuando lo he abierto.

Alan bien.

Bueno, ya me lo trabajaré. Todos le hemos deseado buena suerte a Mike. Hora de volver a mirar la pantalla.

81

Donna y Chris lo están viendo en el ordenador de ella. Todos sus compañeros de departamento lo están viendo. Todos los presentes en la comisaría de Fairhaven lo están viendo. Lisa y llanamente, lo está viendo todo el mundo.

Puede decirse que Andrew Everton se ha convertido hoy en el nuevo «hombre más odiado de Inglaterra». Aunque Donna comenta que *Puede guardar silencio* se ha encaramado al primer puesto de la lista de «Productos del momento» en la sección de libros de Amazon.

Quienquiera que haya hackeado la cuenta de Instagram de Fiona Clemence ha asestado un golpe maestro. Hay un vendaval de conjeturas sobre quién podría ser el responsable. Como si Chris y Donna no lo supieran perfectamente.

La última novedad para el montón de gente que se agolpa alrededor del ordenador de Donna, todos angustiados no vaya a ser que el comisario los incrimine en algún delito, es que Mike Waghorn, el viejo de *Diario de noche del sureste*, acaba de hacer acto de presencia en la biblioteca del vikingo.

—¡Es tu colega, Donna! —exclama el agente Terry Hallet.

—Antes fue colega mío —dice Chris—. ¡Le hice una prueba de alcoholemia!

En la pantalla, Mike se sienta en una silla, frente a un Andrew Everton con gesto de incredulidad. Mike mira directamente a la cámara escondida que graba la escena.

—Hola, soy Mike Waghorn, informando para *Diario de noche del sureste*...

—Mike, ¿qué estás haciendo...? —dice Everton, pero él lo manda callar.

—Quiero dirigir unas palabras a los millones de personas que en estos momentos están siguiendo nuestra emisión en directo. Esos millones de espectadores que acaban de oír la confesión del comisario jefe Andrew Ev...

Everton salta de su sillón y casi sale de cuadro. Un brazo musculoso lo atrapa, obligándolo a sentarse de nuevo. No habría forma de identificar al dueño del brazo si no reconocieras los tatuajes que lo adornan. Donna los reconoce de inmediato. Así que ahí es donde estaba anoche. «Confía en mí», le había dicho él. ¿Quizá debería empezar a acostumbrarse a confiar en él? Donna se pregunta si toda la pandilla estará ahí. No le cabe la menor duda.

Mike Waghorn, siempre profesional, espera a que los gritos ahogados de Andrew Everton se apaguen en la distancia antes de continuar.

—El minuto de fama que todos merecemos, sin duda. Ver a un hombre confesar unos crímenes tan abyectos. Ver a todo un comisario jefe confesar que ha cometido una estafa, que es un corrupto, que ha chantajeado y que ha asesinado. Ciertamente ha causado el revuelo que esperábamos. Tarde o temprano habrá un juicio, sin duda complicado por la dudosa validez legal de las imágenes que están contemplando, pero al fin y al cabo habrá un juicio. Andrew Everton irá a la cárcel, de eso no cabe la menor duda, aun a pesar del sistema judicial que al parecer tenemos en este país, tan dado a mimar a los criminales y a mostrarse indulgente con ellos. Pero no es el momento de hablar de eso. Cortaremos la emisión en breves instantes y devolveremos la cuenta de Instagram a Fiona, su legítima propietaria. Gracias desde lo más hondo de mi corazón, Fiona, por la ayuda que nos has prestado hoy. No puedo imaginar un mejor homenaje a Bethany. En cuanto a ustedes, los telespectadores, retomarán sus vidas enseguida, volverán a sus puestos de trabajo, cenarán, verán un poco la tele, harán lo que hayan planeado para hoy. Por supuesto, también hablarán de lo que han visto. Y mañana también lo harán, aunque un poco menos. Y quizá, dentro de un par de días, intercambien algún comentario, pero en poco tiempo todo será agua pasada. Así funciona el mundo de las noticias. Habrá otras noticias sensacionales que tomarán el testigo. A lo mejor una de las Kardashian tendrá un hijo. Por ello, soy consciente de que solo puedo disponer de su atención durante un tiempo limitado. Algunos de ustedes seguramente ya estarán perdiendo el interés, toda vez que aquí ya hemos concluido nuestra misión: Andrew Everton está siendo esposado en el pasillo que hay a mi izquierda y el cuerpo de policía de Staffordshire se halla en camino. Pero, si me lo permiten, me gustaría pedirles apenas un

minuto más. Seré breve, se lo prometo. Quiero hablarles de una amiga mía, Bethany Waites, que fue asesinada hace casi diez años. Si no hubiese sido asesinada, no me cabe la menor duda de que todos ustedes conocerían hoy su nombre. Bethany era una persona entregada a su trabajo, una currante, nadie le regaló nada. Podía pasarse toda una noche discutiendo, ganarte si le echabas un pulso y tumbarte bebiendo. Una mujer del norte, desde luego, si se me permite decirlo. Bethany Waites era una periodista magnífica, pero ante todo era una magnífica amiga, y yo la quería. No es que la quisiera, es que todavía la quiero. Así que cuando su atención se desplace a otros asuntos, a la siguiente noticia de relumbrón, les pediría solamente que recordaran su nombre de vez en cuando: Bethany Waites. Porque merecerá ser recordada mucho después de que Andrew Everton haya caído en el olvido. En fin, estas son las noticias que teníamos que darles en esta edición de mediodía. Gracias a todos por seguirnos, cuídense y cuiden los unos de los otros. Les ha hablado Mike Waghorn.

82

Todo Kent está tiritando. Hace frío y la Navidad está a la vuelta de la esquina.

—Ya te lo he dicho —insiste Donna—. Te he perdonado.

—Pero era importante —replica Bogdan—. Era un premio. ¿Y si no vuelves a ganar otro?

—Gracias por tu voto de confianza. Te voy a dar una regla básica: si me van a entregar un premio, quiero que me acompañes, a menos que estés capturando a un asesino mientras su confesión se transmite en directo a través de la cuenta de Instagram de una presentadora famosa. En ese caso, quedas disculpado.

Carwyn Price ha sido acusado de intimidación. Donna vio que le deslizaba una notita en el bolso. Decía: «Todos te odiamos. Eres un chiste». Un hombre que no reacciona bien cuando lo rechazan. Bethany, Fiona, Donna, probablemente un sinfín de mujeres a lo largo de los años. Solo recibirá un cachete, pero no volverá a poner los pies en *Diario de noche del sureste* durante una buena temporada.

Todavía no han resuelto el misterio de Juniper Court. ¿Es posible que ella y Chris se equivocaran al respecto?

Bogdan aparca con cuidado. La comisión de aparcamiento de Coopers Chase no ha perdido ni un ápice de su influencia. Si acaso, la ha aumentado después de un reciente y fallido golpe de Estado. Elizabeth irá hoy al acantilado, y Bogdan ha prometido pasarse a ver a Stephen. Sabe que él se alegrará de ver también a Donna.

Antes de bajarse del coche, Bogdan se vuelve hacia ella.

—Tengo un premio para ti.

—¿Un premio para mí?

—Sí —dice él—. Me siento culpable. —Mete la mano en una bolsa de viaje que tiene en el asiento trasero y le ofrece la estatua de Anahita, la diosa del amor y la batalla—. Donna, recibe esta condecoración...

—¡Bogdan! —exclama ella.

—Quería que me la grabaran, pero por lo visto no se puede.

Donna no da crédito a lo que tiene entre sus manos.

—¡Bogdan! ¡Costaba dos mil libras! Con ese dinero podríamos haber pasado dos semanas en Grecia.

Él sonríe.

—Kuldesh me la vendió por una libra. Y me pidió que te dijera que siguieras esquivando los ladrillazos.

—¿Por qué te la vendió por una libra?

—Bueno... —contesta Bogdan, abriendo finalmente la puerta del coche—. Me preguntó si estaba enamorado de ti y le respondí que sí.

83

Ron lo propuso, y sus razones tendría, ciertamente, y ahora están todos ahí reunidos. Un frío de mil demonios, sin duda, pero Ron hizo bien. Están en lo alto del acantilado de Shakespeare, frente a las aguas del canal de la Mancha, que se extienden sin fin. Las olas rabiosas rompen al pie del acantilado, a un centenar de metros, y su fragor se eleva para recibirlos como una discusión entre susurros que llega del piso de abajo.

No fue ahí donde murió Bethany, ahora lo saben, pero es el mejor sitio para brindar con una copa por su memoria.

Andrew Everton no ha dicho una palabra sobre el asunto. Y no es de extrañar. Así que de momento todavía no saben con exactitud qué ocurrió esa noche. ¿Adónde había ido Bethany? ¿Dónde la había asesinado Andrew Everton? ¿Quiénes eran los dos ocupantes del coche cuando se dirigía a este mismo acantilado? Además, nadie había sido capaz de descifrar el enigma de «Robert Brown RML». Ibrahim se había vuelto medio loco buscando anagramas.

Pese a ello, sí que habían encontrado respuesta a otras preguntas. Uno de los guardias de la cárcel afirma que Andrew Everton visitó a Heather Garbutt la noche de su muerte. Él lo niega, pero ¿qué iba a hacer si no?

Y Jack Mason. Ron ha intentado recordar los detalles de la última noche que pasaron juntos. La culpa que decía sentir Jack.

Todos llevan una rosa que tirarán al mar. Elizabeth y Joyce, Ibrahim, Mike y Pauline. Hasta Viktor los ha acompañado para rendirle tributo. También se lo propusieron a Henrik, pero este les dijo: «No lo entiendo. No la conocía. ¿Por qué iba a tirar una rosa al mar?». Algo de razón tenía. No todo el mundo quiere formar parte de una pandilla, ¿no?

De uno en uno van arrojando sus rosas. La de Joyce es impulsada por el viento hacia atrás y le da en la cara, así que ha de volver a intentarlo. Como no hay una sola nube en el cielo, Bethany los vería

hoy a todos si pudiera mirarlos desde arriba. En la cabeza de Ron no caben estos pensamientos, pero en su corazón hay espacio de sobra para ellos.

Mike Waghorn pronuncia unas palabras, varias de las cuales es preciso repetir porque el viento arrecia. Luego propone un breve paseo por el borde del acantilado. Justo lo que Ron esperaba.

—Esta parte me la salto —dice este último—. Ya sabéis cómo tengo la rodilla.

Unas cuantas cejas inquisitivas. Todos saben que a Ron no le gusta hablar de sus rodillas. Pero guardan silencio y no tardan en ponerse en camino. Pauline se sienta a su lado, justo como Ron esperaba.

—¿Estás bien, mi amor? —pregunta ella.

—Voy tirando —dice él—. Estaba pensando en mi cuarto de baño.

—Nunca dejas de sorprenderme, Ronnie. ¿Estás pensando ahora en comprar un ambientador?

Ron sonríe, pero con algo de tristeza.

—No, solo es que no estoy acostumbrado a tener a una mujer cerca de mí... Toda la parafernalia, ¿sabes? Las cremas, el maquillaje y qué sé yo.

—Ocupo demasiado espacio, ¿eh? ¿Te he dejado sin sitio para tu desodorante Lynx Africa?

—Me encanta, si te soy sincero —dice Ron—. Ahora parece más acogedor, ¿no? Siempre he sido sincero contigo, Pauline. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, cariño —replica ella con gesto preocupado—. ¿De qué va todo esto?

—¿Tú lo has sido siempre conmigo?

—Claro —asegura Pauline—. Me fumo algún canuto a escondidas de vez en cuando, pero aparte de eso...

—¿Robert Brown RML?

—¿Qué pasa con él?

—Ya sé que no soy el más inteligente del grupo —afirma Ron—, pero ya iba siendo hora de que descifrara algo.

—¿Ron?

—Es el maquillaje —dice él—. Lo he tenido ahí plantado en el cuarto de baño todo este tiempo. Debajo del espejo donde me afeito.

Perfectamente colocado. Mirándome a la cara.

Ron contempla a Pauline. No quiere decirlo, pero no le queda más remedio.

—Tu rímel —dice finalmente—. Bobby Brown. El que más te gusta. Bobby Brown Rímel. Robert Brown RML.

84

Donna y Bogdan se besan al salir del coche, se besan en el pasillo, se besan frente a la puerta de Elizabeth y Stephen. Bogdan no está acostumbrado a las demostraciones públicas de afecto. ¿Y si alguien los ve? Además, lleva una bolsa llena de comida que hay que meter en la nevera.

Pero está enamorado y acepta que eso entrañe sus propios desafíos. Bogdan llama a la puerta, luego la abre y llama a Stephen en voz alta.

Él está sentado en el sofá, con el pijama puesto, lo que no es en absoluto inusual.

—Ha llegado la pareja feliz —dice—. ¡Pero qué guapos sois!

—La pareja muy feliz —precisa Donna—. Hola, Stephen.

Donna todavía lleva la estatua en la mano. Stephen se incorpora y se acerca a echarle un vistazo.

—Nuestra vieja amiga Anahita —señala, y se le iluminan los ojos —. La diosa del amor y la batalla. Te va como anillo al dedo.

Donna sonríe y se mete en la cocina para poner a calentar la tetera.

A Bogdan le encanta ver brillar los ojos de Stephen. Le encanta ver esa inteligencia. Vio la lista que preparó Stephen de los libros de Henrik. Tan detallada, tan hermosa. Luego lo afeitará y le pondrá un bálsamo en la piel. Después, un poco de crema hidratante. Es la primera vez que Stephen se somete a un régimen de cuidados cutáneos en toda su vida —«Solo agua y jabón, chavalote»—, pero nunca es tarde para empezar. ¿Quizá también debería darle vitaminas? ¿Se opondrá Elizabeth? Solo un poco de vitamina C y D para empezar. Sale muy poco a la calle.

—Hablando de batallas —dice Bogdan, tomando asiento junto al tablero de ajedrez—. ¿Echamos una partida?

Stephen le dice que no con la mano.

—¿No quiere jugar hoy? —insiste Bogdan. ¿Quizá prefiere ver

una película juntos? ¿O pasar el rato contando anécdotas? Bogdan cocinará una paella.

—Yo no, chavalote —dice Stephen—. Elizabeth es la jugadora de ajedrez en esta casa.

—¿Elizabeth?

—Yo lo he intentado varias veces —añade Stephen—. Y no hubo forma de pillarle el tranquillo. ¿Tú sabes jugar?

—Sí, sé jugar.

—¿Y eres bueno?

—Depende —responde Bogdan, decidido a contener las lágrimas que se agolpan en sus ojos—. En ajedrez, solo sabes lo bueno que eres cuando te enfrentas a otro jugador.

Stephen asiente y mira el tablero. Bogdan se pregunta qué estará viendo.

—Pues eres mejor que yo —declara Stephen—. Esto del ajedrez es un juego del demonio.

Donna vuelve a la sala con dos tazas de té. Stephen sonríe de oreja a oreja.

—Eso es lo que quiero, desde luego que sí —declara—. Una taza de té. Eso es lo que quiero.

85

Ron los ve volver. Pero están lejos y el camino es cuesta arriba. Tardarán un rato en llegar. Joyce camina del brazo de Mike Waghorn.

—¿Toda la verdad? —pregunta Pauline.

—Creo que me lo debes —dice Ron.

—Yo también lo creo, Ronnie —admite ella—. Pero no quiero que los otros lo sepan. No quiero que Mike se entere.

Él se encoge de hombros sin demasiada energía. ¿Es ahí donde todo ha de terminar? ¿En lo alto de un acantilado frente al mar embravecido?

—Eran las diez y media más o menos —empieza Pauline, casi sin ser capaz de mirarlo a los ojos—. Por increíble que parezca, estaba a punto de acostarme, porque al día siguiente entraba temprano a trabajar. Entonces oigo que llaman al timbre. Paso del timbre, porque la noche nunca trae nada bueno a menos que lo hayas encargado. Vuelve a sonar, machaconamente, hasta que al final me digo: «¡Me rindo!», y echo un vistazo a la cámara del portal. Y ahí está ella.

—¿Bethany Waites?

—Bethany Waites. Le abro y espero a que llame a la puerta de mi piso. «Adelante», le digo, «¿qué pasa?». Vi que algo iba mal, porque de lo contrario la habría echado a patadas. Lleva una chaqueta de pata de gallo y unos pantalones amarillos, como si acabara de comprarse la ropa en un mercadillo. Sin maquillar. Se sienta y me dice: «Pauline, necesito que me hagas un favor». Yo le digo: «¿A las diez y media de la noche?». Y ella me pide que me siente y que escuche lo que tiene que contarme. Yo le digo: «¿Quieres que llame a Mike?». Y ella me dice: «No lo llames, no quiero que se preocupe».

—¿Qué tenía que contarte? —pregunta Ron.

—Bethany me dice: «Pauline, tienes que creerme, alguien quiere matarme. Tengo una noticia que no quieren que salga a la luz. Acabo de recibir un mensaje, con amenazas». Tú ya me conoces, Ronnie. Lo he visto todo en esta vida, pero en ese momento no supe qué creer.

Aun así, en su mirada hay algo que me dice que es verdad. O por lo menos que se aproxima bastante a la verdad. Así que le digo a Bethany: «¿Qué puedo hacer? ¿Qué favor me pides? Si puedo ayudarte, lo haré».

—¿Y qué favor te pidió? —pregunta Ron. Le llega ahora la risa de Joyce, sus notas agudas transportadas por el viento.

—Me cuenta que tiene una cita con alguien. Necesita parecer distinta. Dice que sabe que no hago milagros, pero me pide que la maquille y que le preste una peluca. Cambiar su apariencia lo suficiente para poder engañar a alguien. Me enseñó una foto que llevaba encima y no me pareció imposible.

—Entonces ¿aceptaste?

—Primero intenté convencerla de que no lo hiciera. Si tienes problemas, acude a la policía. No es plato de mi agrado, ya me conoces, pero a veces la policía es útil. Ella me dice que no puede ir a la policía, que solo necesita que le haga ese favor y que todo habrá terminado dentro de unos días. Me dice que confíe en ella, que sabe lo que está haciendo, y que además me pagará.

—¿Cinco mil libras? —pregunta Ron.

—Le digo que no quiero el dinero, que, vale, que si tiene problemas, pongámonos manos a la obra. Así que la maquillo como en la foto. Cojo una de mis pelucas, se la ajusto, la recorto un poco y, hora y media después, no está mal el resultado. Nada mal, de hecho. Ella está satisfecha. No para de mirarse el reloj y ahora me dice: «Pauline, ya estamos. Deséame suerte». Y yo le pregunto que adónde va, y ella me dice: «Si no tienes noticias mías mañana por la mañana, llama a la policía, pero que sea una llamada anónima». Y yo le digo: «No quiero que vayas, voy a llamar a Mike». Y ella me dice: «No tengo alternativa». Me da un abrazo, cosa que nunca hacía, y me da un papelito con unos números. Me dice: «Ahí está tu dinero». Y se larga.

Ron se da unos golpecitos con los dedos sobre el muslo.

—¿Eso es todo? —pregunta.

—Eso es todo —confirma Pauline—. ¿Me crees, Ronnie?

—Te creo, Paul —dice él—. Creo que es verdad. Pero estás omitiendo un detalle, cariño. Estás omitiendo por qué nunca se lo has contado a nadie. Tú sabías dónde estaba Bethany durante esas horas en las que se le perdió el rastro. Sabías que iba a verse con alguien. ¿Y guardaste un silencio sepulcral? No tiene sentido. Lo normal habría

sido que fueras corriendo a ver a Mike y luego a la policía. No me lo creo.

Ron observa que Pauline echa un vistazo a los caminantes, cada vez más próximos.

—Hay algo más —dice ella entonces—. Cuando le estaba ajustando la peluca. Tengo varios maniquís para los vestidos y las pelucas. Supongo que te haces una idea. Antes de marcharse, Bethany me pidió que le prestara uno. Yo le dije: «¿Prestarte un maniquí? ¿Estás loca?». Pero como todo era una locura, al final termino diciéndole: «Tú misma».

—¿Un maniquí?

—Por la mañana, encuentran su coche al pie del acantilado, hacen públicas las imágenes de las cámaras de seguridad, así que ya me dispongo a llamar a Mike, pero en ese mismo instante se me ocurre algo. Pienso en el maquillaje, en la foto que me enseñó, en las imágenes de las cámaras con dos personas dentro del coche. Pienso en la ropa que lleva, Ronnie. Recuerdo que incluso le dije que antes me vería muerta que con esos trapitos.

—Entonces pensaste que...

—No pienso, Ron. Lo sé. Y Mike se quedó destrozado cuando Bethany murió. Él la quería y ella a él. Y, para bien o para mal, llegué a la conclusión de que sería mil veces peor para Mike si se enterase de que Bethany lo había fingido todo, se había largado con viento fresco a saber dónde y a saber con qué cantidad de dinero y no le había dicho ni una palabra. ¿A santo de qué haría algo así? Nunca lo he entendido.

Pauline mira al mar.

—No había marcha atrás posible. Nadie fue acusado del asesinato, nadie salió perjudicado, y decidí callarme. Y ahora aparecéis vosotros, y la gente empieza a caer como moscas, así que intenté dejar algunas pistas. Sabía que no podía contar la verdad después de todos estos años, pero supuse que podríais averiguarlo, y que Mike tendría que afrontar la verdad. Pensé que ya iba siendo hora.

—No doy crédito —dice Ron.

—Solo quise hacer lo mejor para todos —repone Pauline.

—¿Y el dinero?

—No lo he tocado —asegura Pauline—. Tiré el papel y nunca

volví a pensar en ello. Lo de Robert Brown RML fue una broma de Bethany, no mía.

—Y bastante buena, por cierto —dice Ron.

—Sí, te habría caído bien —asiente ella—. ¿Podrás perdonarme, Ron?

—No hay nada que perdonar.

—¿Un masaje mañana? ¿Nos damos un caprichito?

—No te pases.

El resto del grupo está a punto de llegar.

Ron se vuelve hacia Pauline.

—¿Dónde crees que puede estar ahora?

Ella sonríe y se pone de pie para saludar a los recién llegados.

—Creo que está en el cielo, velando por nosotros.

Joyce se sienta al lado de Ron, en el mismo lugar que ocupaba antes Pauline.

—Un paseo vigorizante —comenta—. Qué pena que os lo hayáis perdido.

Ron rodea con el brazo a su amiga y ve que Pauline hace lo propio con Mike.

86

Hace años que tiene una alerta de Google programada en el móvil. Si alguien mencionaba el nombre «Bethany Waites», le llegaba un aviso. Echaba un vistazo, sopesaba los posibles riesgos y luego retomaba su nueva vida. En los días anteriores al aniversario de su muerte solían aparecer unas cuantas menciones, pero fueron reduciéndose con el paso de los años hasta que al final cesaron por completo. A todos los efectos, Bethany Waites había dejado de existir.

Hasta hace tres días, cuando Bethany Waites se convirtió de pronto en una de las personas más famosas del mundo durante toda una tarde. Y Bethany Waites había seguido todo el revuelo, desde luego; cómo iba a perdérselo, aunque viviera en Dubái...

No había salido de casa, había suspendido todos sus compromisos. Aunque tampoco es que hiciera falta, la verdad. Hacía muchos años que Bethany era Alice Cooper. La gente se reía de su nombre, pero tenía su utilidad.

Cuando estuvo investigando la estafa del IVA, Bethany aprendió todo lo que pudo sobre el blanqueo de capitales. Invitaba a comer a profesores y criminales. Incordiaba a todos los expertos disponibles. Un investigador policial de Alemania le había dicho que el mejor alias para un estafador era el nombre de un famoso. «Es imposible que te encuentren en Google», le había contado. Y tenía toda la razón. Busca «Alice Cooper» en Google y tendrás que pasar un montón de páginas antes de llegar a su empresa de «Formación en Medios y Soluciones de RP» en la octava planta de un edificio de oficinas en el puerto deportivo de Dubái.

Aprendió mucho más que ese simple truquillo. Tanto aprendió, de hecho, que no solo pudo descubrir el rastro del dinero estafado, sino también acceder a él.

Y entonces Andrew Everton le envió la bala. La bala con el nombre rayado en el metal, burdamente, a un lado.

Fue entonces cuando supo que corría peligro. Sabía que Andrew

Everton se había enterado de que ella le pisaba los talones. Sabía que él quería hacerle daño. Seguro que le había pinchado el móvil. Y habría visto el mensaje de «Pura Dinamita» que le había enviado a Mike.

Así que solo tenía dos opciones. Seguir escarbando, seguir investigando, ser valiente. ¿O encontrar una salida?

¿Tenía alguna posibilidad de batir a Andrew Everton? Un agente de policía de alta graduación. Alguien con los recursos necesarios para acceder a sus mensajes, alguien con un corazón lo bastante frío para enviarle una bala.

En realidad, no tenía alternativa.

Así que encontró una solución de compromiso. Durante las semanas siguientes, sirviéndose de todo lo que había aprendido, empezó a distribuir el dinero de Andrew Everton en cuentas nuevas. No extrajo nada. Ahí reside el verdadero peligro. Pero sí lo desvió. Y lo escondió.

Después de su muerte, Andrew Everton y Jack Mason, pobrecillos, se quemaron las cejas durante una larga temporada intentando recuperar su dinero, pero la red que habían diseñado era tan opaca y tan inteligente que ni siquiera pudieron ver que el dinero ya había desaparecido.

Bethany lo tenía todo preparado. Su asesinato, su desaparición, el pasaporte nuevo con un nuevo peinado y maquillaje. También la sangre, para manchar el coche, que se había extraído ella misma con unos kits de análisis en casa. Había aprendido todo tipo de trucos, pero no se veía capaz de dar el paso definitivo. Hasta la noche en que recibió el e-mail de Andrew Everton: «Ven a verme. Solo quiero hablar».

Bethany supo que había llegado la hora de los adioses. De decir adiós a su vida, a su historia, a Mike. Y decir hola a Dubái, a una nueva vida y a diez millones de libras.

Había esperado un año antes de empezar a embolsarse el dinero. Había sacado cien mil libras de una cuenta opaca en Panamá, solo para ir tirando y pagar la cirugía. Muchos años antes, había grabado un reportaje sobre una mujer de Faversham que se había hecho de oro con la cirugía estética, y la mujer la ayudó encantada, a cambio, eso sí, de una cuantiosa suma. En Dubái podías conseguir casi cualquier cosa que se te antojara si tenías diez millones de libras en el bolsillo. Y

lo que Bethany Waites compró fue el anonimato.

Y se salió con la suya, por supuesto. Pero ¿qué había conseguido en realidad?

Tenía remordimientos, sin duda. Antes de desaparecer, había recibido un par de desplantes de la BBC. Y eso había hecho mella en su autoestima. Había empezado a pensar que nunca alcanzaría el éxito, que nunca conseguiría salir de allí. Lo que hacía que los diez millones, y la nueva vida que traían aparejada, fueran todavía más tentadores. Pero ¿quizá debería haber perseverado? Mira lo que había pasado con Fiona Clemence. Pero Bethany no tenía la confianza de Fiona. Y tampoco su atractivo, aunque ahora, después de la cirugía, se le parece un poco más. Podría haber aguantado el tipo, pero se le presentó una oportunidad y no la dejó pasar. Mike le había dicho que siguiera luchando, que al final lo conseguiría, pero era demasiado joven para saber que él tenía razón.

Y lo que peor lleva es Mike. Es el pesar que todavía la desvela de madrugada. Si llegara a enterarse de que lo abandonó voluntariamente se moriría de pena. Bethany lo sabe, como supo también que Pauline iba a pensar lo mismo. Podría haberse quedado allí, ser valiente. Podría haber denunciado a Andrew Everton, haber subido peldaño a peldaño en el escalafón, disfrutar de una buena carrera profesional, pasarse a tomar una copa con Mike cada vez que bajara a Kent. Eso es lo que podría haber hecho.

Pero su pensamiento sigue volviendo una y otra vez a la bala. La bala con el nombre rayado en un lado que le envió Andrew Everton. Con el objetivo de asustarla, sin duda, pero una bala que a fin de cuentas le había costado al inspector diez millones de libras.

Después de la bala, Bethany ya no tenía alternativa. Ahora mismo la tiene delante. La sopesa en la mano, tal y como hizo esa noche de hace tantos años. «Ten cuidado con una bala que lleva tu nombre.»

Y el nombre fue lo que finamente le hizo tomar la decisión. Porque el nombre rayado en la bala no era «Bethany Waites». Eso podría haberlo superado.

El nombre era «Mike Waghorn».

87

Mike Waghorn revisa su correo electrónico. Cada año, coincidiendo con el aniversario de la muerte de Bethany, los telespectadores le envían sus condolencias. No son muchos, y según va pasando el tiempo cada vez son menos, pero suficientes.

Este año solo ha recibido cuatro. Tres de contactos habituales y uno de una cuenta que nunca ha sido capaz de identificar. Con una dirección de e-mail que no admite respuestas. Quedaba sepultado entre el alud de mensajes que recibía en los primeros años, pero ahora destaca mucho. El mensaje de esa cuenta siempre consiste en una solitaria rosa roja. Mike nunca le ha dado importancia.

No encontraron el cadáver de Bethany. Gente de todo tipo le había explicado por qué, que si las mareas, que si esto, que si lo otro, y Mike había dado por bueno lo que le decían. Bastaba echar un vistazo para encontrar muchos casos parecidos, y Mike lo había hecho.

Luego les dijeron que Bethany había sido enterrada en el jardín de Heather Garbutt. Aunque la policía tampoco encontró allí el cadáver, pese a que excavaron de lo lindo. Entretanto, Andrew Everton sigue clamando que es inocente.

«¿Y si...? —Mike ha empezado a pensarlo—. ¿Y si...?»

Observa el mensaje con la rosa roja. Busca hacia atrás. El mismo mensaje todos los años. Todos de la misma cuenta que no admite respuestas.

¿Qué quiere decir esa rosa roja? Amor, para empezar. ¿La bandera de Lancashire? Eso sería quizá demasiado. Pero a Bethany le gustaban las exageraciones. Le gustaba tomarle el pelo. «Pura dinamita», sin lugar a dudas. Menudo disparate esperar que él desvelara ese enigma.

Desde luego, los mensajes no son de Bethany, claro que no. Son solo rosas de una persona afectuosa. Pero la fantasía es bonita. La idea de que Bethany no esté muerta, sino viviendo en algún sitio..., ¿quizá con el dinero de la estafa? Nadie daba muestras de tener el dinero, e

incluso Henrik había dicho que parecía haber desaparecido sin dejar rastro en algún punto del entramado. ¿Había desaparecido el dinero con ella?

¿De verdad era posible que Bethany lo hubiera abandonado sin decirle adiós?

Por diez millones de libras, ¿por qué no? Era estúpido, era codicioso, pero ¿quién no ha sido estúpido y codicioso alguna vez en su vida? Mike había sido un estúpido durante toda su vida, hasta que Bethany le hizo ver la verdad. Ojalá se hubiera quedado el tiempo suficiente para que él hubiera podido devolverle el favor.

Quizá los mensajes son de Bethany. Mike puede pensarlo si así lo desea. Y, si lo fueran, desearía que ella hubiese visto la emisión del otro día. El homenaje que él le rindió. Espera que, dondequiera que esté, en el cielo, bajo tierra o en algún punto intermedio, Bethany sepa que la quiere.

Mike se sirve un vaso de sidra directamente de la botella de plástico. ¿Por qué no? Levanta el vaso.

—Por los amigos ausentes.

88

Joyce

Han pasado unos días desde todo el revuelo. Supongo que habré de poneros al corriente de todo lo sucedido desde entonces.

He terminado mi relato. Ya no se titula «Baño de sangre caníbal». He preferido llamarlo «La vida no es más que un sueño. Un relato de misterio de Gerry Meadowcroft». Lo he enviado al *Evening Argus* y han acusado recibo inmediatamente. He contestado para darles las gracias y desearles un feliz fin de semana, pero el e-mail no les ha llegado. No he vuelto a saber de ellos.

He empezado otro relato en el que el inspector Gerry Meadowcroft va a Marruecos. Yo nunca he estado allí, pero vi el documental de Rick Stein en el que iba a Marrakech y me sirve de inspiración para muchas de las descripciones.

Andrew Everton está en la cárcel. Belmarsh, máxima seguridad. Para su propia protección, sobre todo, me imagino. De momento lo han acusado de fraude, aunque siguen investigando los asesinatos de Bethany y Heather. Es interesante pensar que, en condiciones normales, la emisión en directo del vídeo que hicimos habría invalidado el juicio, pero la polémica fue tan descomunal que creo que los poderes del Estado entendieron finalmente que había que dar la impresión de que se hacía justicia. Andrew sigue clamando que es inocente, pero, pase lo que pase, permanecerá una buena temporada entre rejas.

Lo curioso del caso es que sus libros se están vendiendo como churros. Ocupan el primer puesto en la lista de los más vendidos de Kindle y una editorial está sacando ejemplares de verdad, en papel. Netflix ha comprado los derechos para una adaptación. Es cierto lo que se dice de la publicidad. Aunque Andrew Everton no verá ni un penique de todo ese dinero. El juez se lo ha embargado todo hasta que devuelva los diez millones que estafó.

Me parece que nunca lo acusarán de los asesinatos. ¿Dónde están las pruebas? Han cavado hasta el último centímetro del jardín y del bosque que hay detrás de la casa de Heather Garbutt y no han encontrado ningún cadáver. Lo que sí han encontrado son muchas más armas, montones de dinero, pasaportes falsos, artículos robados, todo lo que se os ocurra. Al parecer, cada vez que Jack Mason cavó un agujero a lo largo de todos estos años en busca del cadáver, lo aprovechó para esconder algo. La primera arma que encontramos, el fusil de asalto, no se había disparado nunca, y las cien mil libras eran el botín del atraco a la oficina de correos de Tunbridge Wells.

Hace poco fui de compras a Tunbridge Wells. Carlito nos llevó a todos en el

minibús. Había leído en algún libro que en Tunbridge Wells había un supermercado Waitrose, pero no era verdad. Eso sí, había una preciosa librería Waterstone y me compré un libro de Stephen King que se titula *Mientras escribo* y la nueva novela de Marian Keyes.

Seguramente, la gran noticia de estos días es Mike Waghorn. Todo hijo de vecino ha visto su homenaje a Bethany, y nos ha dicho que su teléfono no ha dejado de sonar desde entonces. Lo han contratado para hacer una serie titulada *Los asesinos en serie más infames del Reino Unido*. Además, ha participado en la tertulia de la BBC —que es la que más me gusta— durante una semana, y le han pedido que vuelva. Y la semana que viene subiré otra vez a Elstree para verlo en *¡Para el reloj!*, edición famosos. Elizabeth tenía un compromiso ineludible, por lo visto, así que Pauline será quien me acompañe.

Fiona Clemence nos invitará a todos a cenar después de la grabación, y no me extraña, porque ahora tiene ocho millones de seguidores en Instagram y está a punto de empezar a grabar una versión del programa para Estados Unidos.

Pauline y Ron han pasado el puente en Stratford-upon-Avon. Le he preguntado a Ron qué obra de Shakespeare habían visto, pero me ha mirado como si no supiera de qué le hablaba, así que me figuro que habrán ido de pubs todo el fin de semana. A Ibrahim se le ve un poco perdido sin Ron. Sé que se alegra mucho por nuestro amigo, pero quizá me tocará estar un poco pendiente de él... A menudo sacamos a Alan juntos, y sigue hablando por los codos, tan feliz como siempre, pero me preocupa de todos modos.

Y ya que hablamos de sacar a pasear al perro, lo cierto es que me cruzo a menudo con Mervyn y Rosie. Mervyn es tan guapo que a veces me da la impresión de que estoy a punto de menear la cola como una perrita cuando lo tengo al lado. No es muy hablador, pero en ocasiones eso también puede ser un descanso, ¿no? Con la mayoría de los hombres, te pasas casi todo el rato asintiendo y dándoles la razón.

De vez en cuando le llevo un guiso, siempre en cantidad suficiente para dos, para ver si capta la indirecta, aunque él se limita a decirme: «Gracias. Con esto tengo para dos días». Aun así, cuando me lo dice con esa voz suya tan profunda y dominante... En fin, ya me conformo con eso. De momento no ha dado ninguna muestra de interés, aunque el otro día llevaba *The Times* bajo el brazo y me dijo: «Hay un artículo sobre Margaret Atwood. Sobre cómo escribe sus libros. He pensado que podría gustarte». Debe de ser la frase más larga que me ha dicho desde que nos conocemos, así que nunca se sabe. Leí el artículo para que tengamos algo de que hablar la próxima vez que lo vea.

La Navidad está a la vuelta de la esquina, y espero que Joanna y Scott vengan a verme. En realidad, todavía no he preguntado a nadie qué planes tiene. Me pregunto si Ron pasará las fiestas con Pauline. Quizá les apetezca venir un día. E Ibrahim, sin duda. No sé qué hará Viktor por Navidades. Se lo preguntaré mañana sin falta, aprovechando que nos ha invitado a todos a comer en su casa. Esta vez me llevaré el bañador. Me da igual el frío que haga.

Mi cuenta de criptomonedas, que alcanzó las sesenta y cinco mil libras, ahora solo vale ochocientas. Le escribí a Henrik y él me contestó: «Joyce, no pierdas la fe».

¿La fe en qué? No lo sé. Pero, se diga lo que se diga sobre las criptomonedas, esto es mucho más divertido que invertir en bonos.

Me han pasado muchísimas cosas este año, y la que más feliz me hace acaba de meterse corriendo en la sala para buscarme las cosquillas. Alan considera que ya es hora de irse a la cama y, como de costumbre, tiene más razón que un santo.

89

La avaricia, ese fue el problema. El error fatal. ¿Por qué no se contentó con lo que tenía?

De hecho, fue la avaricia, pero también ser demasiado brillante. Los dos errores fatales.

Estar encerrado en Belmarsh, cuando debería estar en una terraza española con una cerveza fría y una máquina de escribir ardiente.

«Una cerveza fría y una máquina de escribir ardiente», garabatea Andrew Everton en su bloc de notas. Su nuevo libro, *Culpable o no culpable*, será el mejor de todos los que ha escrito; solo hace falta que le dejen usar un ordenador. Quizá, cuando haya condena, se lo permitirán, ¿no? ¿Cuántos ejemplares tendrá que vender para devolver los diez millones de libras según la Ley de Activos Criminales? Un montón, imagina.

El fraude del IVA, tan simple, y sin víctimas. ¿Cómo había podido salir tan mal? El argumento para una novela convertido en un delito en la vida real. Tendría que haberlo dejado como libro. Confiar en su talento como escritor. «Un aire a John Grisham», había dicho alguien sobre sus novelas, pero no recuerda quién fue.

Tampoco debería haberle enviado la bala a Bethany. Esperaba amedrentarla. Nunca debería haberle escrito que se reunieran. No debería haberse expuesto de esa forma. La vida no es una novela.

Tantos muertos y él solo había asesinado a uno. Les había dicho a Jack y a Heather que había matado a Bethany, como es evidente. Era un golpe magistral: chantajearlos con un cadáver que nunca existió. Los guardacostas le dijeron que, si el mar no expulsaba el cuerpo en una semana, lo más probable era que nunca apareciera, y de ahí sacó la idea. Una idea brillante. Demasiado brillante a la postre; era tremendamente injusto. Ser demasiado brillante no debería penalizarte.

Y al tipo de las gafas de culo de botella también le había dicho que la había asesinado. Porque había pensado que eso era lo que

esperaba oír. Creyó que así recuperaría su dinero.

La avaricia. Y ser demasiado brillante. Mirad de qué sirve.

¿Quién mató a Bethany Waites? Andrew Everton no tiene ni idea. No fue él y sabe que Jack Mason tampoco pudo serlo, porque de lo contrario su pequeña artimaña con el chantaje no habría funcionado. ¿Y dónde terminó todo el dinero? Tampoco tiene la menor idea. ¿Quién era el tipo de las gafas? ¿Era Elizabeth Best la mujer que parecía a simple vista? Toda su vida había empezado a irse a pique desde el mismo instante en que la conoció. Tantas preguntas y tan pocas respuestas.

Mientras contempla las cuatro paredes de su celda, aislado del resto de los reclusos, confinado las veinticuatro horas del día por su propia seguridad y haciendo sus necesidades en un cubo metálico atornillado a una de las paredes, Andrew Everton piensa que, para ser tan brillante, parece que hay muchísimas cosas que se le escapan.

Hay algunas noticias positivas, y uno siempre debe centrarse en el lado positivo de las cosas. No han encontrado ninguna prueba que lo relacione con las muertes de Bethany y de Heather. Su abogado se ventilará sin despeinarse a ese «testigo ocular» de la prisión de Darwell. ¿Es posible que pueda librarse de la acusación de asesinato? La opinión pública pide a gritos su cabeza, pero la opinión pública siempre está pidiendo algo a gritos. La gente no tardará en cambiar de tema. Mike Waghorn tenía razón en eso.

A lo mejor solo lo condenan por fraude. ¿Y qué pena tendría que cumplir? ¿Quizá cinco años de una condena a diez? ¿Por qué no escribir una serie de bestsellers sobre un preso que resuelve crímenes desde su celda? Podría titularla «Entre rejas» o «El hombre del pabellón».

Sí, mejor centrarse en las cosas positivas.

Paradójicamente, todo parece indicar que no lo van a considerar ni siquiera sospechoso del único crimen que sí cometió. En cuanto Jack Mason empezó a irse de la lengua, Andrew tuvo que matarlo. No tenía alternativa. Fingir que era un suicidio como tantos otros. Jack lo entendió en el mismo instante en que le abrió la puerta.

«La muerte siempre llama a la puerta», apunta Andrew Everton en su cuaderno de notas, debajo de «Buenos títulos».

Si logra refutar los asesinatos que se le imputan, los cinco años pasarán volando.

90

Chris está celebrando la resolución del caso como cualquier policía curtido en mil batallas desde la noche de los tiempos. Está tomándose una kombucha de arándanos mientras moja bastoncillos de apio en un plato de hummus orgánico.

Piensa que asesinar a alguien era mucho más fácil antes de la aparición de las pruebas de ADN. Casi le dan pena los psicópatas que se dedican a matar a la gente en estos tiempos.

Si matas a alguien, sobre todo si lo haces a quemarropa con un arma de fuego, entonces —y no hay forma agradable de expresarlo— su ADN te salpicará de arriba abajo. Y ese ADN luego lo transferirás a cualquier cosa que toques.

En la entrega de premios de la Policía de Kent, Patrice había preguntado a quién podía detener Chris para obtener otra condecoración. Para disfrutar de otra noche de esmoquin y prosecco gratis el año que viene. Otra bonita y reluciente medalla en otra bonita bolsa de terciopelo.

Pues bien, después del mensaje que acaba de recibir, Chris está convencido de que el año que viene volverán a invitarlo. Y todo gracias a Patrice.

La cosa empezó así. El arma era demasiado pequeña. Ese detalle le había estado inquietando desde el principio. Siendo un hombre con acceso a tantas armas, legales o ilegales, ¿por qué iba a suicidarse Jack Mason con una tan pequeña que podía llevarse en el bolsillo?

La respuesta, como ocurre a menudo, era muy sencilla. El arma era pequeña porque alguien distinto de Jack Mason la llevaba en el bolsillo.

Cuando Andrew Everton había robado el arma de la excavación en el jardín de Heather Garbutt, la había elegido porque era la más pequeña. Sencillamente porque iba a tener que salir de allí entre varios agentes de policía sin que nadie la viera. No podría haber escondido un AK-47, aunque de hecho habían encontrado dos.

Chris había solicitado que se practicaran nuevas pruebas al arma y los resultados demostraron que había sido enterrada junto a otras cuatro armas descubiertas durante la excavación. Las mismas fibras de la tela en la que habían estado envueltas, la presencia de ciertos ácidos del barro. Y también la munición. Así que Andrew Everton había visto el arma, se la había llevado y luego había empleado esa arma, que era propiedad de Jack Mason, para dispararle.

Era una prueba sólida, sin duda. Pero no era perfecta. Nadie había visto que Andrew Everton se la metiera en el bolsillo. Cualquiera de los presentes en la excavación podría haberla robado. El propio Jack Mason podría haberla desenterrado unas semanas antes. Mientras planeaba su suicidio, Jack podría haber pensado: «Sé lo que voy a hacer. Voy a desenterrar una pistola pequeñita que enterré hace diez años». Durante el juicio, cualquier abogado mínimamente competente podría sembrar dudas sobre el arma. Y no cabía duda de que Andrew Everton tendría un abogado competente.

Sin embargo, para Chris, esa prueba era suficiente para saber que Andrew Everton había asesinado a Jack Mason. Solo le faltaba demostrarlo.

Lo habló detenidamente con Donna. No querían que Everton subiera al estrado y se librara de una acusación por asesinato recurriendo a un tecnicismo legal. Chris necesitaba encontrar alguna prueba que situara a Everton sin asomo de dudas en el lugar donde se había cometido el asesinato y en el momento en que este había ocurrido. Un poco de ADN.

Pero ¿dónde encontrarlo?

A la postre fue Patrice quien tuvo la idea. Sugirió el sitio preciso en el que podrían encontrar ese ADN. Chris no las tenía todas consigo. Más que nada porque sería casi una ironía del destino. Sin embargo, después de recibir unos cuantos empujoncitos más, se había puesto en contacto con el laboratorio forense. Los resultados han llegado hoy. Patrice tenía razón. Acaba de enviarle un mensaje para decírselo, aunque ahora mismo tiene reunión con el AMPA de la escuela.

Evidentemente, Everton debió de lavarse a fondo. La sangre y demás restos orgánicos, con el ADN de Jack Mason que contenían, habrían desaparecido hacía tiempo. Pero el comisario había sido descuidado. O tal vez había pecado de arrogancia, lo que era más probable, piensa Chris, ahora que conoce un poco mejor al personaje.

¿Quizá no había destruido su ropa hasta el día posterior al asesinato? ¿El día en que se había deshecho en risas y sonrisas, sentado junto a Chris y Patrice, durante la entrega de galardones? ¿Quizá había vuelto a contaminarse con los restos mientras hacía desaparecer la ropa?

Sea cual sea el motivo, a Andrew Everton le costará mucho explicar la presencia del ADN de Jack Mason en el sitio donde acaban de encontrarlo.

En esa bonita y reluciente medalla y en esa bonita bolsa de terciopelo que Andrew Everton le entregó a Chris en la gala de premios de la Policía de Kent.

Para celebrarlo, Chris se mete otro bastoncito de apio en la boca.

«A ver cómo sales de esta.»

91

Hay algo que Bogdan no quiere decirle, y Elizabeth lo nota. No es sobre Donna —tres hurras por la pareja y eso—, pero algo hay. Aun así, ha vuelto a dejarlo a solas con Stephen. Lo hablarán cuando vuelva a casa.

—Ha sido toda una aventura —dice Viktor—. Y te lo agradezco. Me han disparado, enterrado y devuelto a la vida. Y he echado un montón de partidas de *snooker*.

—Bienvenido al Club del Crimen de los Jueves —contesta Elizabeth.

Están sentados en la terraza de Viktor, con un portátil abierto y unos cuantos gin-tonics. Londres se extiende ante ellos en una amplísima vista de verdes, azules y grises. Los autobuses son como glóbulos rojos. Todo parece tranquilo desde ahí arriba, pero ambos conocen perfectamente los secretos que se ocultan bajo los tejados de la ciudad. El dinero, el asesinato, el daño que pueden hacer las personas. Lo ven así por pura deformación profesional. Donde cualquiera vería una recoleta chimenea en una casa unifamiliar, ellos ven un cadáver que arde. Así son las cosas cuando llevas casi sesenta años en este negocio.

Hace frío, pero el frío les ayuda a ambos a pensar. Andrew Everton está entre rejas, a la espera de juicio. Jack Mason y Heather Garbutt reposan bajo tierra. Henrik ha regresado a Staffordshire, pero ha empezado a enviarle vídeos de gatos que encuentra en internet a Viktor. Elizabeth lo interpreta como un alto el fuego y no cree equivocarse. Está contenta. Ahora que ha vuelto a encontrar a Viktor, no le gustaría perderlo.

Pero ambos coinciden en que el trabajo ha quedado a medias. Viktor había conseguido que Andrew Everton confesara. Frente a él, todo el mundo confesaba tarde o temprano. Pero había algo que no encajaba. Ambos lo pensaban. Lo habían hablado largo y tendido. ¿Habían desvelado toda la historia? ¿Se habían equivocado de hombre

con Andrew Everton?

—¿Cómo está Stephen? —pregunta Viktor.

—Mejor otro día —responde Elizabeth.

Henrik ha seguido buscando, pero, por más que mire, el dinero ha desaparecido sin dejar rastro. Habían despejado la incógnita de «Carron Whitehead» y «Michael Gullis». Pero ni se habían acercado a «Robert Brown RML». Quizá algún genio podría descubrir qué se ocultaba bajo ese nombre, pero tanto Elizabeth como Viktor habían arrojado la toalla.

Aun así, Henrik había encontrado una pista. Era otro abono al principio de la estafa, en esta ocasión por valor de cien mil libras.

Viktor tiene abierto el archivo en el portátil y ambos lo estudian. Henrik ha reconstruido el recorrido de la transferencia hasta llegar a las islas Vírgenes Británicas, donde el dinero se dividió en cuatro pagos distintos. Uno de ellos terminó en las islas Caimán, pero ahí se enfriaba la pista. Otro fue a parar a Panamá y otro a Liechtenstein, donde se perdían en los pasillos infinitos del secreto bancario. Pero el cuarto pago era el más interesante. Se abonó al Banco Internacional de Dubái. Resulta llamativo.

—¿Por qué enviar el dinero a Dubái? —inquiere Elizabeth—. Desde luego, hay un montón de sitios mucho más seguros y oscuros.

—¿Para acceder al dinero? —apunta Viktor—. Podría ser un dinerito de bolsillo para alguien, ¿no?

Elizabeth contempla la posibilidad de dedicar un tiempo a investigar la pista de Dubái. Tiene conocidos allí. Han desaparecido diez millones de libras en alguna parte, pero a veces tan solo hacen falta cien mil para atrapar a alguien. Y a Elizabeth le encantaría atrapar a quienquiera que haya asesinado a Bethany Waites.

Pero ¿acaso está siendo ingenua? Quizá se le está escapando algo obvio; por lo menos, esa es la sensación que tiene. Sabe en lo más profundo de su ser que algo no encaja. ¿Está perdiendo facultades? Los años no pasan en balde. Últimamente ha empezado a usar un hidromasaje para los pies. Incluso ha pensado regalarle uno a Joyce por Navidad. ¿Ha llegado el momento de dejarse de todas estas tonterías? ¿De andar correteando de un lado a otro persiguiendo sombras?

Viktor tirita de frío. Elizabeth lo arropa con la manta.

—Gracias —dice él—. En tu país hace mucho frío.

—También en el tuyo —repone ella, y Viktor le da la razón.

¿Hora de dejarse de todas estas tonterías? Elizabeth se ríe para sus adentros. ¿Acaso hay algo más que tonterías en este mundo?

—Quizá un poco de sol de invierno nos sentaría bien, ¿no? —sugiere.

—Quizá —conviene Viktor—. ¿Alguna propuesta?

—Tengo entendido que en Dubái hace un tiempo muy agradable en esta época del año.

—Eso he oído —dice él—. Y también cuentan que es un lugar fantástico para ir de compras. Incluso tienen galerías de arte.

—Bien, podríamos echar una ojeada a esas galerías, ¿no crees?

—Y hacer algunas compras —asiente él—. Y tomar el sol como lagartos.

—Mal no nos sentaría, ¿no? —señala Elizabeth. Es posible que se haya hecho mayor, pero sabe que en Dubái encontrará algo. La pieza que falta.

—¿Sabes? —dice Viktor—, recuerdo estar en el fondo de ese hoyo mientras me tirabais paladas de tierra. Recuerdo levantar la vista, miraros a todos y preguntarme si era esta la vida que quería. Coopers Chase. El té, los pasteles, los pájaros, los perros y los amigos. Quizá eso es lo que me conviene. Supongo que lo entiendes.

—Perfectamente —dice ella.

—Me sentía solo —añade él—. Y tú le has puesto solución. Tú y tus amigos. Mis amigos. Son de lo que no hay, ¿eh?

—Son de lo que no hay —le da la razón ella.

—¿Te he contado que voy a hacerme con una mesa de *snooker*?

—Ron no hablaba de otra cosa cuando veníamos en coche —contesta Elizabeth—. He tenido que fingir que me quedaba dormida.

—Al final lo que importa es la gente de la que te rodeas, ¿no crees? —dice Viktor—. La gente es lo que importa. Puedes viajar por medio mundo para encontrar tu vida perfecta, mudarte a Australia si me apuras, pero al final lo que importa es la gente que conoces.

Elizabeth mira la piscina, suspendida en el cielo. Joyce está haciendo largos, con la cabeza por encima del agua para no mojarse el pelo. Los chicos, Ibrahim y Ron, están junto a la piscina, sentados en unas tumbonas sin quitarse el abrigo. Ibrahim trata de leer el *Financial Times*, pero el viento se lo pone difícil. Ron intenta volver a poner la tapa de su taza de café.

Hace mucho frío para darse un baño, pero Joyce no iba a dejarse amilanar. Elizabeth le ha dicho que no fuera boba, que la piscina seguiría estando ahí en verano. «Ya, pero quizá nosotros no», le ha respondido Joyce, y no le faltaba razón. Hay que aprovechar las cosas mientras uno pueda. Quién sabe cuándo nadarás por última vez, cuándo darás tu último paseo, cuando darás tu último beso. Elizabeth se hace una idea de lo que Bogdan le está ocultando. Y lo acepta.

Joyce advierte que su amiga la mira y la saluda con la mano. Elizabeth le devuelve el saludo. «Sigue nadando, Joyce. Sigue nadando, querida amiga mía. Solo quiero que mantengas la cabeza fuera del agua todo el tiempo que puedas.»

Agradecimientos

Estos agradecimientos son, literalmente, lo último que debo escribir y, en cuanto los termine, me permitirán irme de vacaciones.

Quizá podría haberme ido de vacaciones en otros momentos mientras escribía este libro, pero, para ser sincera, los editores tienen una forma especial de mirarte con la que parecen preguntarte: «¿De verdad tienes que marcharte a un retiro bucólico tan cerca de la fecha de entrega?».

Mientras escribo estas líneas, Liesl Von Cat está tumbado sobre mi escritorio, como casi siempre. Me da un toquecillo desganado con la pata cada vez que mis dedos retumban sobre el teclado con demasiada fuerza para sus delicados oídos.

Cuando Liesl duerme sobre el teclado, me tapa la pantalla o maúlla desesperada porque tiene hambre, aunque acabe de darle de comer, sé que en todo momento procura ayudarme.

De hecho, estoy en deuda con muchísima gente que me ha ayudado, persuadido, apoyado o, en el caso de mi gata, maullado durante la escritura de *El misterio de la bala perdida*.

En primer lugar, con los lectores. En este negocio, nada ocurre sin lectores, sin ti. A menos que solo estés leyendo estos agradecimientos en una tienda mientras esperas a que alguien compre papel de regalo. En cuyo caso, ¿por qué no comprar un libro? No tiene por qué ser este. Compra uno de Mark Billingham o de Shari Lapena.

Pero, si has leído el libro, entonces te lo agradezco de todo corazón. Lo he pasado bomba en compañía de la pandilla, y espero que tú también. Mi único cometido es tratar de entretenerte, y de verdad que espero que lo hayas pasado bien. Aunque ese «pasarlo bien» haya supuesto llorar en público o pasarte la parada del autobús.

Gracias, también, a los increíbles libreros del mundo. Creo que a estas alturas ya os he conocido a casi todos, y puedo decir que sois unos héroes. Lo sois porque amáis los libros, porque sabéis recomendar el más indicado a vuestros clientes y porque podéis decir

«¿Quiere una bolsa?» trescientas veces al día sin perder la sonrisa. Prometo que el año que viene, por estas mismas fechas, tendré listo otro libro para que lo vendáis.

Tengo la gran fortuna de contar, asimismo, con un magnífico equipo editorial. Vaya mi agradecimiento eterno a mi editora Harriet Bourton, de Viking Press, por su paciencia, su ingenio y su pericia. Trabajar con ella ha sido un auténtico placer. La «piscina flotante» descrita en el libro no solo existe, sino que, de hecho, se encuentra justo al lado de la sede londinense de Penguin Random House, en Battersea.

> Un poco más arriba hay unos guardias de seguridad en la entrada de la embajada de Estados Unidos y, a su izquierda, un grupo de chicas jóvenes pasa por la puerta giratoria de la sede de una editorial.

En mi imaginación, ese grupo lo componen Harriet, Ella Horne, Olivia Mead, Ellie Hudson, Rosie Safaty y Lydia Fried, mi maravilloso equipo en Viking Press, inmortalizado en estas páginas impresas. Gracias por el trabajo extraordinario que hacéis: sois el mejor equipo que hay en este mundillo. ¡Mirad qué cerca habéis estado de Joyce y Elizabeth sin daros cuenta!

Gracias a la increíble Sam Fanaken, gurú de las ventas, por entender lo mucho que me gusta ver una gráfica. Y gracias a su brillantísimo equipo, Rachel Myers, Kyla Dean, Alison Pearce, Eleanor Rhodes Davies, Linda Viberg, Madeleine Bennett y Meredith Benson, así como a Samantha Waide y Grace Dellar.

Estoy en deuda, una vez más, con el talento excepcional de Natalie Wall y Annie Underwood en labores de corrección y producción editorial. Natalie fue la primera persona capaz de explicarme sucintamente ciertos secretos gramaticales que se me resistían. He aprendido la lección y nunca voy a olvidarla.

Y vaya también mi agradecimiento a Donna Poppy por su excelente labor como correctora. Donna no solo tiene unos conocimientos enciclopédicos sobre los futbolistas del Liverpool, sino que además sabía que los trenes del sur de Inglaterra disponen de un servicio de reparto de comida en carrito. También merece un premio por ser la primera persona a quien sus padres dieron el nombre de dos personajes distintos de los libros del Club del Crimen de los Jueves.

Gracias a Tom Weldon por su apoyo, su sabiduría y los Pingüinos

Dorados.

Tener una carrera como escritor es prácticamente imposible sin contar con un agente literario de categoría, y mi agente, Juliet Mushens, es la mejor del sector. He disfrutado de su apoyo y de su imaginación sin límites. También es una maravilla cotillear con ella. Brindemos por muchos más Pingüinos Dorados. Juliet se ha rodeado de una eficaz nómina de colaboradoras: Liza DeBlock, Kiya Evans y Rachel Neely. Cada vez que sale un libro nuevo, todas ellas suben un peldaño más en el escalafón. Al final tendremos que ampliar la escalera. Por cierto, Liza, ya tengo esa declaración fiscal búlgara que me pedías.

Tengo muchos editores maravillosos en todo el mundo, y este año he tenido la suerte de empezar a conocerlos en persona. Gracias a todos. Una vez más, dando continuidad a la tradición, me las he ingeniado para nombrar a Estonia en esta novela. Espero que no haya pasado desapercibido.

Vaya también un agradecimiento a mis editoras en Estados Unidos, que han desempeñado un papel fundamental en estos libros. A la incomparable Pamela Dorman, y a Jeramie Orton, ¡menuda operación nos hemos montado esta vez! Gracias, asimismo, desde mi orilla del Atlántico a la vuestra, a Brian Tart, Kate Stark, Marie Michels, Lindsay Prevette, Kristina Fazzalaro, Mary Stone y Alex Cruz-Jiménez. Y gracias a la maravillosa Jenny Bent. Brindemos por un año de menos llamadas de Zoom y por conocer a muchísimos lectores y libreros en Estados Unidos.

Quiero dar las gracias a Pauline Simmons por el nombre y a Debbie Darnell por la personalidad. Gracias a Angela Rafferty y a Jonathan Polnay por responder a mis consultas sobre el ADN con gran prontitud y pericia. Sin vuestra colaboración, Andrew Everton no habría sido condenado. Estamos en deuda con vosotros. Y un agradecimiento especial a Katy Loftus. Siempre formarás parte de la pandilla.

Mi familia siempre ha sido el motor de mis libros. Gracias, como siempre, a mi madre, Brenda, por tantísimas cosas. Siempre estaré en deuda con ella. Gracias a Mat y a Anissa, a Jan Wright y a mis abuelos Fred y Jessie, por su fuerza y su bondad.

Gracias a mis hijos, Ruby y Sonny, que se están convirtiendo en unas personas cada vez más monetizables y que me hacen sentir feliz

y orgulloso todos los días. Tengo la gran fortuna de ser vuestro padre, aunque uno de vosotros nunca me deje ganar al *Mario Kart*.

Y, finalmente, quiero expresar mi amor y mi agradecimiento a Ingrid. No concibo que hubiera un tiempo antes de conocerte. Colmas mis días de alegría y risas, y compartir el resto de mi vida contigo es el mayor de los privilegios que pueda imaginar.

Quiero hacer constar, asimismo, que fue a Ingrid a la que se le ocurrió el título del libro. Y también fue ella la responsable de que la maravillosa Liesl Von Cat llegara a mi vida.

Y, hablando de Liesl Von Cat, debo dejaros. He cerrado la ventana de mi estudio y la gata me está dejando meridianamente claro que no piensa aceptarlo.

Hasta la próxima...

El misterio de la bala perdida
Richard Osman

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Bullet That Missed*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Silvia Jansen / Getty Images

© Richard Osman, 2022

© de la traducción, Albert Fuentes Sánchez, 2022

© Editorial Planeta, S.A., 2022
Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2022

ISBN: 978-84-670-6742-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

FIONA DAVIS
Los SECRETOS de
LA BIBLIOTECA
de la QUINTA
AVENIDA
ESPASA

Los secretos de la biblioteca de la Quinta Avenida

Davis, Fiona

9788467067385

416 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En la Biblioteca más icónica del mundo, el robo de unos libros de incalculable valor cambiará el destino de tres generaciones.

Nueva York, 1913. Laura Lyons no puede pedirle más a la vida: es la esposa del superintendente de la Biblioteca Pública de Nueva York, situada en la célebre Quinta Avenida, donde viven junto a sus dos hijos. Además, acaba de ser admitida en la facultad de periodismo de Columbia, una de las únicas mujeres en lograrlo. Un día y de forma misteriosa, empiezan a desaparecer de la biblioteca valiosos ejemplares, lo que convertirá a Laura y su familia en los principales sospechosos de los robos.

Nueva York, 1993. Sadie Donovan trabaja como curadora de libros antiguos en la misma biblioteca en la que vivió su abuela, la célebre ensayista Laura Lyons, pionera del feminismo en los Años Veinte. Sadie ha ocultado su parentesco con la escritora, pero cuando la biblioteca se enfrenta a una oleada de robos de manuscritos, sus pesquisas la llevarán a bucear en su pasado familiar, y sacarán a la luz la verdad acerca del mayor misterio de la historia de la Biblioteca.

Cómpralo y empieza a leer

ANA PARDO DE VERA
CHANTAJE
A UNA JUEZA
ESPASA

Chantaje a una jueza

Pardo de Vera, Ana

9788467066951

264 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La crónica de la corrupción imperante en nuestro país se convierte en novela y el resultado es un relato sobre la sed incontenible de poder.

Defenestrada, pero nunca vencida, Amalia, una jueza de un juzgado de instrucción de Lugo, vive retirada en Navia de Suarna, y desde su casa roja contempla a menudo la noche densa y hermosa, plagada de estrellas, de las indomables montañas de Os Ancares.

Ahora trabaja como abogada resolviendo los pequeños asuntos de sus habitantes. Su deseo de justicia y reparación sigue intacto, no han acabado con él quienes la apartaron de su carrera. Entonces se empeñó en destapar un macrocaso de corrupción en el que estaban implicados políticos relevantes del Partido Demócrata Cristiano, que gobierna Galicia y España esquivando un escándalo tras otro, empresarios, abogados, jueces o magistrados del Supremo.

Ya no es jueza, también ha dejado por el camino su matrimonio, su maternidad y a buenos amigos, aunque ha hecho otros nuevos, como Flor, la dueña de la taberna O Burato, donde Amalia come todos los días con sus dos copas de mencía…

O mejor dicho, comía, pues ha aparecido muerta en su cama al anochecer.

Blanqueo de capitales, proxenetismo y prostitución, políticos sobornados, abogados sin escrúpulos, dos partidos que se suceden en el gobierno y que se cubren las espaldas al margen de su presunta ideología, jueces con ansias de poder…

Ana Pardo de Vera se estrena en la novela con un «suspense político» que radiografía a la perfección lo que sucede cuando la

administración del Estado se corrompe y son pocos los que luchan por evitarlo.

@pardodevera en Twitter y @anapardodevera en Instagram

La crítica dice:

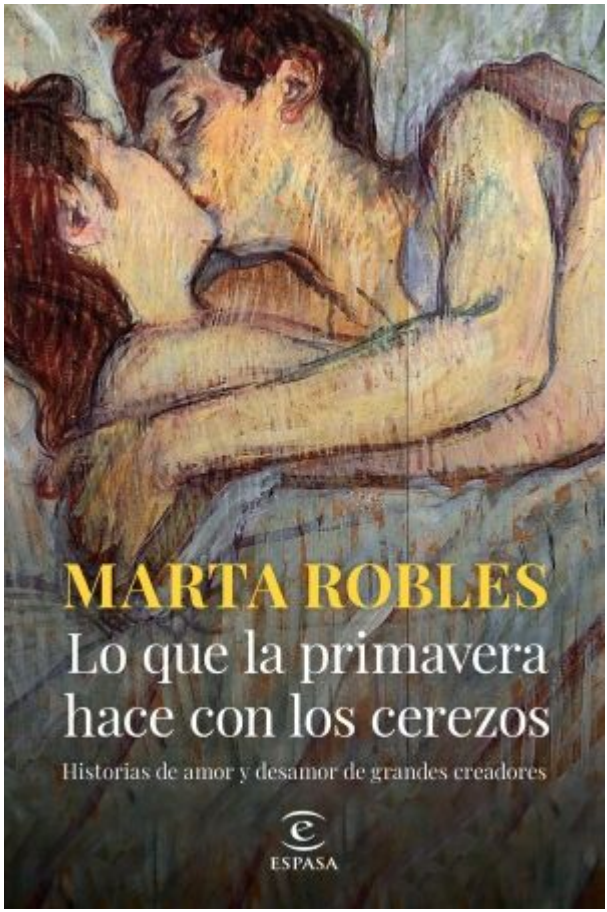
«Una novela sobre la corrupción y el poder. *Chantaje a una jueza* es el salto natural de una brillante periodista a la novela», **Mamen Mendizábal.**

«Ana Pardo de Vera, periodista y filóloga, publica un libro que, aunque es ficción, se inspira en casos de corrupción y forma de hacer política que se dan en España», **Rubén Fernández-Costa, *El Español*.**

«Chantaje a una jueza es una zambullida en la cultura de la política gallega, manchada de caciquismo y corrupción, narcotráfico, prostitución y trata», **Candela Barro, *Público***.

«Chantaje a una jueza es una obra maestra, de esas que siempre recordaremos como iniciática, y que nos marcó a fuego durante décadas», **Xurxo Fernández, *El Correo Gallego***.

Cómpralo y empieza a leer


MARTA ROBLES
Lo que la primavera hace con los cerezos
Historias de amor y desamor de grandes creadores
ESPASA

Lo que la primavera hace con los cerezos

Robles, Marta

9788467067835

460 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Después de revolver en la trastienda de nuestra historia para mostrarnos cómo las «pasiones carnales» de reyes, reinas y poderosos determinaron el curso de los acontecimientos («las grandes decisiones no se toman ni en audiencias reales ni en despachos, sino en las distancias cortas»), Marta Robles explora en este nuevo ensayo la relación entre las emociones y la creación artística.

Con el estilo ágil y directo que la caracteriza, la autora nos sumerge en las vidas de creadores de muy distintas disciplinas —músicos, escritores, poetas, pintores, escultores, cineastas, fotógrafos…—, muchas de ellas tumultuosas y salpicadas de asombrosos episodios tan intensos como destructivos que acompañan a las personalidades creativas.

¿Creación? ¿Destrucción? ¿Amor? Este libro habla de ello, de amores y desamores, de pasiones y de sexo, de abandono, de pérdidas y de dolor, y de cómo esta combinación alquímica, tan mágica como difícil de explicar —y, a veces, de vivir—, actúa en la pulsión creativa de los genios. Ese efecto tan prodigiosamente condensado en el verso de Neruda que da título al libro: «lo que la primavera hace con los cerezos».

Cómpralo y empieza a leer

MARIAN ROJAS ESTAPÉ

CÓMO HACER QUE TE PASEN COSAS BUENAS

Cómo hacer que te pasen cosas buenas

Rojas Estapé, Marian
9788467053982
232 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Uniendo el punto de vista científico, psicológico y humano, la autora nos ofrece una reflexión profunda, salpicada de útiles consejos y con vocación eminentemente didáctica, acerca de la aplicación de nuestras propias capacidades al empeño de procurarnos una existencia plena y feliz: conocer y optimizar determinadas zonas del cerebro, fijar metas y objetivos en la vida, ejercitar la voluntad, poner en marcha la inteligencia emocional, desarrollar la asertividad, evitar el exceso de autocrítica y autoexigencia, reivindicar el papel del optimismo…

Cómpralo y empieza a leer

María Lara
Laura Lara
MENTIRAS
de la
Historia
de España
ESPASA

Mentiras de la Historia de España

Lara, Laura

9788467067842

520 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Hubo un rey mago español? ¿Sabías que el primer parlamento no fue inglés, sino leonés? ¿Y que Cervantes tenía brazo? ¿Por qué se asocia el yugo y las flechas con un símbolo inventado por la ideología fascista? ¿Es verdad que los italianos que combatieron en la batalla de Guadalajara pensaban que venían a España a grabar una película?

En este libro las autoras diseccionan algunos episodios esenciales de nuestro país que han sido tergiversados, malinterpretados u ocultados, y aprovechan para desmontar tópicos y leyendas. Un ameno y didáctico ensayo para aprender más sobre el mayor Imperio jamás conocido, el español.

Cómpralo y empieza a leer